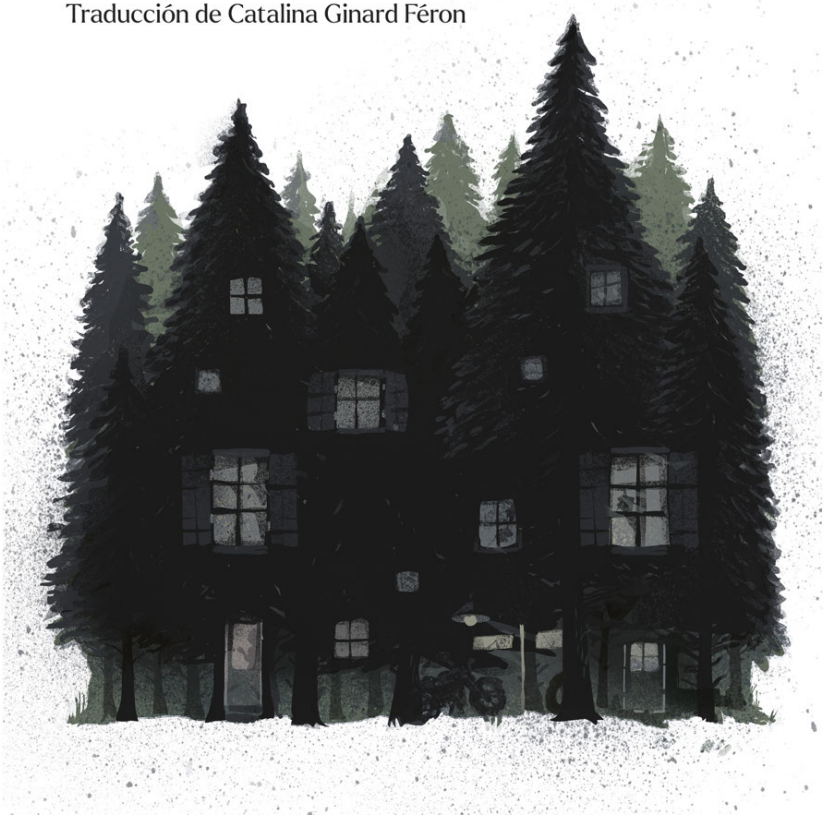
BUNKERBOOKS

Gijs Wilbrink

LAS BESTIAS

Traducción de Catalina Ginard Féron

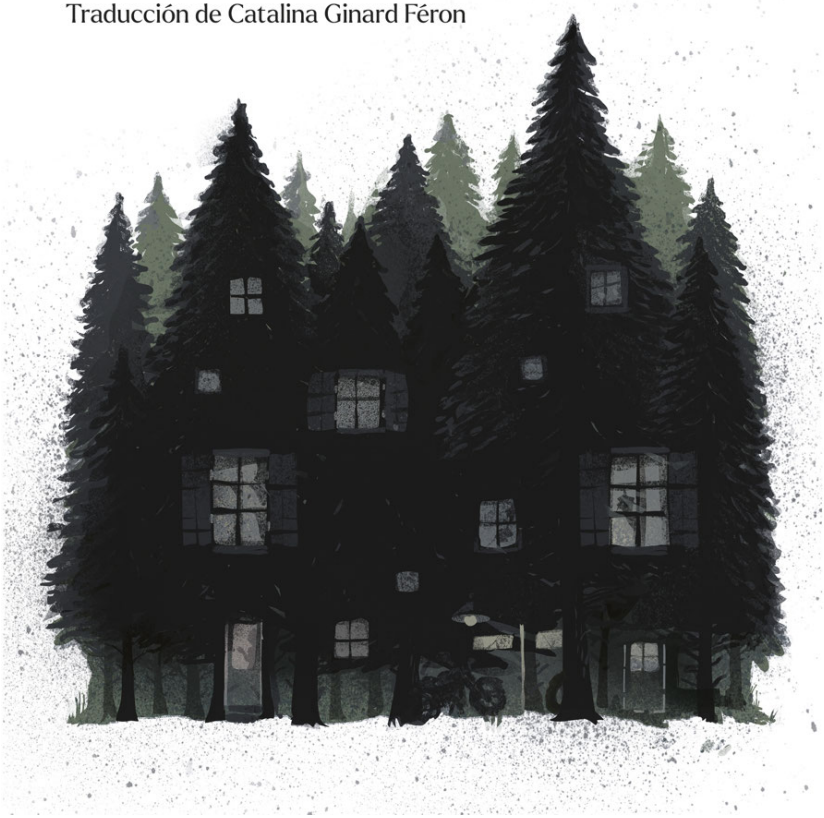


BUNKERBOOKS

Gijs Wilbrink

LAS BESTIAS

Traducción de Catalina Ginard Féron



Las bestias

Gijs Wilbrink

Las bestias

Traducción de Catalina Ginard Féron

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Este libro fue publicado con el apoyo de la Fundación Neerlandesa de las Letras.

Nederlands Letterenfonds
dutch foundation for literature

Título original: De beesten

© 2022 Gijs Wilbrink, originalmente publicado con Uitgeverij Thomas Rap, Amsterdam

© De la edición en castellano: Bunker Books, 2024

© De la traducción: Catalina Ginard Féron, 2024

Ilustración de cubierta: © Rubén Jiménez Martín «El Rubencio»

Diseño de cubierta: © Bunker Books

Bunker Books S.L.

Cardenal Cisneros, 39, 2º - 15007 A Coruña

www.bunkerbooks.es

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

http://www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-127254-6-9

Depósito legal: CO 2133-2023

Esta novela es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de un escritor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos o trasfondos reales es pura coincidencia.

Para Arja y Sasha y para Janneke

La niebla ocultaba el pie de los árboles en la otra orilla. La humedad que caía me acariciaba la calva y la cara. La hojarasca cubría el suelo que pisaba con mis zapatos. Quien no se fijara no vería movimiento alguno, quien no estuviera atento no oiría sonido alguno. Sin embargo, unas pequeñas ondas recorrían la superficie del agua quieta; parecían surgir así sin más, aunque por supuesto procedían de la humedad que caía. A fin de cuentas, nada existe que no roce otra cosa.

Jeroen Brouwers,

Kroniek van een karakter

Una sonrisa, un beso de despedida, te vuelves un par de veces, y entonces, entonces estás seguro: volverás algún día.

Joop Wilbrink,

Ulft blif Ulft

Take me from this place I know

The ruined landscapes that I once called home

Conrad Keely,

Source Tags & Codes

Primera parte

LO QUE ANTE TODO DEBO CONTAR SOBRE TOM KELLER

A mí no me gusta hablar, pero en mi opinión, todo empezó a torcerse para Tom Keller aquella noche en la que sus dos tíos se lo llevaron al bosque y lo obligaron a hacer cosas que un niño de nueve años no debería hacer nunca. Era imposible que Frank, el padre del pequeño, lo hubiese permitido. Aunque, en realidad, creo que Frank no estaba al corriente, a pesar de que por aquel entonces aún no lo habían metido en chirona.

Sin embargo, no tardaría en enterarse y acabaría sabiendo lo que todos supimos: que Johan y Charles se llevaron consigo a aquel pobre chaval durante la noche más larga del invierno. Se fueron con él al bosque en su apestoso y desvencijado Volvo, entre cuyas ruedas habían tensado un alambre, de esa guisa cruzaron a todo trapo los helados senderos forestales y cuando llegaron al final del camino dejaron que aquel niño —su propia sangre, su sobrino— regresara a pie para recoger del suelo los conejos decapitados.

Aquellos dos ni siquiera se volvieron para mirarlo. Estaban de un humor de perros; aquella noche las bestias estaban inquietas, se avecinaba una tormenta.

El interior caldeado y húmedo del Volvo debía de apestar a sudor y a tabaco de liar, mezclados con el tufo de unos cuantos faisanes, liebres y turones muertos y desollados que los hermanos habían dejado sobre la bandeja trasera. En la oscuridad, los cadáveres parecían el viscoso pedazo de carne de un animal con seis patas delanteras y tres colas. Tenían por costumbre meter los cuerpos dentro de fundas de almohada que luego cerraban con un nudo, pero aquella noche todo estaba manga por hombro.

Durante el día, le habían enseñado a Tom a desollar. Le indicaron que debía dejar la piel que cubría la parte inferior de las patas, para que los clientes del pueblo pudieran ver que no les daban gato por liebre, que se trataba de un conejo o de un turón, y no del gato perdido de los vecinos. Que debía cortar el pellejo alrededor de los tobillos, cogerlo entre el pulgar y el índice y tirar de él hacia arriba desde las patas. Que bastaba con hacer otro tajo a lo largo del coxis, sin tocar la carne, para sacar todo lo demás como quien da la vuelta a un abrigo.

A la luz del día, Tom le había pillado el tranquillo bastante rápido; sin embargo, a la cenicienta luz de la luna, no tardó en hacer una carnicería.

Sus tíos no movieron ni un dedo para ayudarle. Se quedaron dentro del coche mirando absortos el parabrisas empañado, en completo silencio. A veces, Johan y Charles podían salir juntos y pasarse una noche entera de correría sin decir otra cosa que no fuera «me cago en la hostia». Si uno de ellos se caía en un charco de agua profundo, era me cago en la hostia. Si una bestia lograba escaparse antes de que ellos la destrozaran de un tiro con el fusil Lee-Enfield que Frank le había comprado a un canadiense después de la guerra: me cago en la hostia. Y ahora al ver que, tras un cuarto de hora, Tom aún no había regresado con los conejos decapitados, también me cago en la hostia.

me cago en la hostia.

Charles, el menor, cogió el Lee-Enfield y el faro de moto que habían reconvertido en foco, saltó del coche y cerró la puerta de golpe. Johan, su hermano mayor, asintió y se fue tras él con su habitual lentitud y torpeza.

Aquellos dos no se parecían en nada. Bueno, sí, tenían los ojos muy separados, eso era lo que todos decían de ellos, pero aparte de eso nada. A sus veintisiete años, Johan ya tenía la expresión de un tipo que, después de toda una vida de duro trabajo, no hace más que mirar al frente, callado y amargado. Un rostro surcado de arrugas, marcas y rasguños, y cubierto por una incipiente barba de pelos hirsutos y desiguales. Charles era cinco años menor y tenía un cuerpo más fibroso; su espeso y rebelde mostacho era lo único que le permitía aparentar más años y más independencia, cuando en realidad no era más que un pelagatos, un canalla que siempre iba a la zaga de su hermano mayor, su gran ídolo y mentor. En el pueblo lo llamaban Sharrel y él había adoptado ese nombre, como si un Keller no pudiera llevar un nombre francés tan elegante como Charles ni pronunciarlo a la elegante manera francesa sin avergonzarse. Era un granuja de pelo largo y desgreñado, que por detrás recordaba a una cortina de tiras; nada que ver con la carnosa nuca rapada de Johan. Sin embargo, si algo delataba que pertenecían a la misma familia eran aquellos ojos, o los mugrientos

monos vaqueros bien metidos en las botas, las gorras azul oscuro y el constante maldecir entre dientes. Así regresaban caminando por el sendero del bosque.

Los Keller llevaban instalados aquí al menos ciento cincuenta años (parece mucho, pero no es nada comparado, por ejemplo, con mi familia que vive en el centro del pueblo desde hace siglos; nosotros en el café Teeking a la sombra de la iglesia, mientras que ellos, desde que llegaron aquí —y de pronto ya solo se hablaba de ellos y nunca más de los siglos anteriores—, vivían escondidos en las profundidades de las afueras, al otro lado del bosque), en aquella casona sin cortinas que tampoco las necesitaba porque de todos modos nadie miraba en su interior, puesto que nadie se acercaba nunca a su lado del bosque, y si alguna vez se acercaba alguien a su lado del bosque, esa alma perdida no volvía nunca la vista hacia su jardín, sino que pasaba siempre de largo, para no captar conscientemente todo lo que sucedía en los pequeños cuartos de aquella casona sin cortinas. Se podría decir que era una granja, aunque la familia Keller nunca había tenido ganado allí: el único olor de animal detectable procedía de los cadáveres que Johan y Charles dejaban secar al aire libre. No obstante, el olor a muerte quedaba en cierto modo enmascarado por el nauseabundo hedor de la gasolina y el aceite para motores, una peste que después de una rara visita a aquellos parajes permanecía una hora en las fosas nasales.

Ya casi empezaba a clarear cuando Johan y Charles se pusieron a registrar el sendero en busca de su sobrino. Con la luz del día llegaría el guardabosque y con él también la Policía, si llegaban a sospechar que habían estado haciendo de las suyas con el Volvo. A cada paso, la capa de barro que recubría sus botas se volvía más gruesa y pesada. Frank los mataría si regresaban sin Tom. Ojalá lo hubiese hecho —¡oh, ojalá les hubiese retorcido el pescuezo!—, pues entonces nada de esto habría pasado y todo el mundo se habría librado del drama que vendría después y tal vez nadie habría tenido que contar esta historia. Sin embargo, dieron con él, lo captaron con la intensa luz del faro de motocicleta, al borde del camino, entre los cardos y las ortigas, tiritando y sollozando como

uno espera encontrarse a un niño de nueve años en semejante situación.

Johan vio las piernas temblorosas del chico sobresalir de entre la mala hierba, se le acercó de unas cuantas zancadas y se quedó observando a Tom, que yacía boca abajo. Su mano había quedado apresada en una trampa de lazo en la que también había caído un conejo. El animal, de tamaño mediano con un pellejo de un blanco sucio, estaba medio muerto. Aún se movía débilmente y el alambre le había seccionado la casi totalidad de la pata trasera izquierda.

Nadie sabe si Tom había querido liberarlo o redimirlo de su sufrimiento, pues nunca habló de ello, ni siquiera más tarde después de que dejara atrás a toda su familia y menos aun cuando, tras el accidente, se vio obligado a regresar e irse a vivir con ellos con el rabo entre las piernas como un perro, para que lo cuidaran y alimentaran tres veces al día como un perro, para quedarse confinado en el patio hasta que alguien lo sacara a pasear, como un perro. Sin embargo, algo en aquel conejo medio muerto en la trampa de lazo le produjo una sensación distinta a los conejos completamente muertos que había visto hasta entonces, algo por lo que tras aquella noche no volvió a acompañar nunca más a sus tíos, a pesar de lo importante que era para él que aquellos dos lo apreciaran.

cuanto más tires, más se tensará, le advirtió Charles.

El niño se quedó allí tumbado sin moverse durante unos cuantos segundos, tiritando sobre la tierra mojada.

Johan sacó las tenazas que llevaba en el mono y cortó el lazo, la mano de Tom se soltó. Él se la metió bajo la axila, rodó sobre su espalda y desde allí abajo miró a aquellos dos ogros. Poco a poco consiguió reprimir sus sollozos y reducirlos a un suave gemido. El conejo se alejó tambaleándose por el sendero, arrastrando su pata suelta sobre un charco helado.

Johan agarró a Tom por la mano libre y lo levantó. Entonces, Charles le hundió la culata del Lee-Enfield en el estómago y lo observó un buen rato con aquellos ojos separados e inyectados en sangre cuya mirada parecía golpear más fuerte la cara de Tom que

el fusil sus tripas. Un chorro caliente corrió por sus piernas. Se echó a llorar de nuevo.

remátalo.

Involuntariamente, Charles clavó la vista en la boca de su fusil, lo que pareció desconcertarlo por un instante, como si fuera capaz de ver su propia muerte. Eso lo enfureció aún más. Volvió a darle un golpe de culata a su sobrino en el estómago.

Tom cayó hacia atrás, entre los cardos, pero se apresuró a ponerse en pie. Dejó de sollozar. Agarró el Lee-Enfield y lo levantó, intentando tiritar lo menos posible mientras encañonaba al conejo que se había arrastrado bastante lejos: era un luchador. Tom gemía en voz baja.

me cago en la hostia remátalo ya. Charles apagó el faro. Los primeros albores de la mañana empezaban a filtrarse entre las ramas desnudas de los árboles.

La luz lo teñía todo de gris —los cardos, la fina capa de hielo que cubría los charcos, el largo sendero del bosque, los interminables prados detrás de los árboles, las lejanas avenidas de alisos y los setos de arbustos—, todo se fue tiñendo de un gris insoportable y desolador, más aún aquellas tres figuras y el conejo tambaleante, que se miraban en un insoportable y desolador atolladero: el mayor impaciente, el mediano agresivo como un perro lebrel y el menor muerto de miedo.

Y fue en aquel momento, lo sé, tal como podía saberlo cualquiera a quien Johan contó la historia aquella semana en el cross, fue en aquel momento cuando se selló la maldición del niño. Lo juro. Tom miró una vez más a Charles con sus tristes ojos azules, luego volvió la vista hacia el conejo y por último cerró los ojos cuando sucedió.

Por primera vez en su vida, Tom Keller mataba algo con un gran fusil.

31 DE DICIEMBRE

—El siguiente tema se titula Libertad para todos los animales.

Feedback de guitarra. El viejo y sombrío edificio okupa conocido como el Beurskrach ruge como la cavidad torácica de una ternera enferma: su resonancia quejumbrosa, las costillas de acero que brotan del hormigón armado destrozado a golpes, el tufo a rastas viejas, orina y cerveza rancia. La bestia ya ha empezado a pudrirse, los abrigos negros cubiertos de símbolos escritos con típex llenan sus pasillos como moscas y sus larvas. Punks, okupas. Isa intenta descubrir una cara conocida en ese enjambre, el rostro familiar de Erva, Dex o alguno de los otros que en los últimos cuatro meses, y por primera vez en mucho tiempo, la han hecho sentirse como en casa. Isa entorna los ojos para escrutar el local, pero todo está en movimiento. Entonces decide bajar la mirada.

Por lo visto ha encendido un pitillo.

¿Sabrá Erva que sigue fumando? Isa suelta el cigarrillo y hunde los puños en las cuencas de los ojos. Unas manchas caleidoscópicas se mecen en su retina, bailan al son de la guitarra que se ha apoderado de todo el espacio. Cuando por fin desaparecen, el pitillo en el suelo ha vuelto a la vida, se desliza por el piso, convertido ahora en una de las larvas.

Sí, ahora lo recuerda: Erva sabe lo de los cigarrillos y lo de la bebida. Lo que Erva no sabe es que sigue fumando porros, ni tampoco sabe de dónde viene Isa.

Su procedencia no es tan difícil de ocultar en esta ciudad a kilómetros de distancia del pueblo fronterizo en el que se crio. Sin embargo, en lo que respecta a las drogas, la diferencia entre que te descubran o no suele depender de detalles insignificantes, minúsculos como un rimshot en un tambor; como esa misma tarde cuando Isa realizaba la ceremonia de exorcismo que siempre lleva a cabo cuando su mejor amiga va a buscarla, el ritual de la adicta en secreto: ducharse y frotar, usar pasta de dientes, incienso y colirio, masticar un chicle Wrigley's que ya había perdido su sabor cuando lo sacó del envoltorio, beber suficientes vasos de agua como para eliminar cualquier color de la orina. Abrir las ventanas de par en par —ponerse tres sudaderas descoloridas una encima de la otra, y

helarse de frío por el viento gélido de la Nochevieja que llena la estancia— hasta ahuyentar por fin el pestazo a hachís, humo y espray corporal Impulse que apenas logra camuflar nada, hasta recuperar el olor del ratón muerto que lleva días buscando sin encontrar. Y rezar, no de verdad, pero aun así rezar para que Erva no llegue demasiado pronto y que cuando llegue, no se pongan a filosofar bajo ningún concepto.

Erva se hacía esperar, a veces llegaba demasiado pronto, otras demasiado tarde. Entonces a Isa le entró el picor y empezó a dar vueltas por el cuarto, a mirar fijamente las manecillas del reloj de plástico de ikea sin distraerse, ni por la aguja del tocadiscos que se había quedado atascada en el último surco de Raw Power y cada tantos segundos emitía un suave prlpup, ni por la absurdidad de su propio comportamiento, y menos aún por el cuadro detrás del cual había escondido su marihuana; ese calor relajante en la pared, que casi podía sentir físicamente chamuscarse sobre su piel y que le susurraba que la respuesta a su picazón se encontraba justo allí: detrás de ese cuadro, en la bolsita de plástico llena de maría.

—El siguiente tema se titula Amordazado y enjaulado.

El Beurskrach chilla, sus costillas se estremecen, la caja torácica se balancea. Sobre un escenario improvisado con pallets y cajas de cerveza, dos cantantes berrean a más no poder, intentando seguir el ritmo de un batería que parece pensar que siempre será 1995 con tal de que golpee con suficiente rapidez. La manía con la que ataca la batería resulta excitante, casi poética. Para celebrar una Nochevieja memorable, los dos cantantes se han disfrazado vagamente como los personajes de televisión Bassie y Adriaan: un payaso macabro con el maquillaje corrido y un acróbata que rueda asustado sobre el suelo.

En el bar, venden latas de cerveza Schultenbräu y bebidas alcohólicas en vasos de cartón, Isa ya no recuerda cuántas veces se ha dirigido hacia allí esta noche, con el paso cada vez menos seguro. Agarra el paquete de tabaco para liar. A pesar de que casi no le queda nada, apenas hay unas cuantas hebras resecas entre las peladuras de patatas, consigue liarse algo parecido a un pitillo.

¿Qué diablos está haciendo aquí sola? Sin Erva, la oscuridad del edificio okupa es un poco más oscura y a Isa le resulta más difícil distinguir los rincones y las sombras, tal como le sucedía de niña en su cuarto, que empezó a adquirir formas cada vez más alucinantes después de que madre le prohibiera a padre sentarse en la cama de Isa para arrullarla. En algún lugar de la zona nebulosa entre la conciencia y el sueño, los muebles empezaban a mecerse, las puertas de los armarios se abrían con suavidad y al poco rato empezaba a oír a las bestias, sus chillidos deformados y los ruidos que hacían, como si corrieran sobre el tejado. Cuando Isa encendía su lamparilla de noche, las cosas volvían a estar en su sitio y los ruidos sonaban muy lejanos.

Esta noche no tiene lámpara. Desde el primer instante en que Isa entró en el edificio, perdió a Erva, o al menos eso cree; la niebla en su cabeza solo le permite tener retazos de recuerdos. Lo más probable es que vinieran juntas y que enseguida Erva se sumara al enjambre de tíos apiñados justo delante del escenario, como hace siempre en los conciertos. Y, no obstante, la sensación amarga que Isa nota en su vientre no puede deberse solo a la bebida. ¿Se han peleado? Isa se tapa los oídos con las manos para no oír las chirriantes guitarras, de pronto nota quemazón en la sien derecha y aparta la mano de golpe y, por segunda vez esa noche, deja caer el cigarrillo recién encendido al suel...

La entrada. Sí, allí estaban antes de que perdiera de vista a Erva, entraron juntas y en un determinado momento fueron a parar al pasillo cubierto de pegatinas, Erva le dio un codazo y con cautela señaló con sus grandes ojos marrones a una mujer en un rincón: treinta y muchos, el pelo corto a lo Pat Benatar, una barbilla prominente que resultaba atractiva, un jersey negro de cuello alto que le daba un no sé qué parisino. La mujer hablaba con un corpulento skinhead que llevaba una telaraña negruzca tatuada seguramente dos vidas antes en su brillante cabezota.

—Esa es Hanne van der Kaa —susurró Erva—, antes pertenecía al r.a.t.

Isa no sabía si debía mirar o no.

—¿No fueron ellos los que incendiaron una oficina de impuestos?

—¡Tía! —Erva le tapó la boca con la mano, olía bien—. No, no fueron ellos, al menos Hanne no, oficialmente no. Pero, en cualquier caso, una noche pasaron por un montón de gasolineras para cortar las mangueras de bombeo y tapar las salidas. Y ella misma ha liberado a más animales de laboratorio de los que puedas contar. Nunca la han pillado.

No se le notaba. Por su aspecto, Hanne van der Kaa podría pasar por la persona menos extremista de todo aquel edificio, por lo que Isa se preguntó qué no habrían hecho los demás. ¿O son precisamente las intelectuales de cuello de cisne las que pasan al activismo directo y el resto se limita a mirar? ¿Y a cuál de las dos categorías pertenecía la propia Isa?

—Es una maldita vendida —dijo Erva.

—¿Qué?

—Esa Hanne. Antes, una mujer como ella marcaba la diferencia. Pero ahora solo viene a hacerse la interesante en un concierto aquí o allá. Y mira a lo que se dedica ahora.

La mujer se estaba sacando algo del bolsillo trasero para entregárselo al oso tatuado, una bolsita transparente llena de pastillas.

—Es una vulgar camella —concluyó Erva—. Tía, te aseguro que acabaremos jodidos por culpa de esa mierda, y, encima, las personas como ella nos dan un empujoncito en dirección al precipicio. Mira lo que les hace a nuestros amigos. De un día para otro, pasan de estar decididos a cambiar esta jodida sociedad a convertirse en yonquis incapaces de levantarse de la cama. ¿Cómo se puede mejorar lo más mínimo el mundo si te pasas todo el puto día en otro planeta?

Esa era la ideología que Erva había sacado directamente de sus bandas norteamericanas favoritas: el mundo se dividía en dos clases de personas, drogadictos y revolucionarios, sin término medio. Isa tragó saliva, sabía a azufre.

El picor que sentía apenas una hora antes. El ritual al que se sometía una y otra vez en su cuarto —mirar fijamente las manecillas del reloj, morderse las uñas—, una escena absurda y patética en la que, mientras los minutos pasan a rastras, Isa se va observando cada vez más desde fuera, como si se hubiese elevado y convertido en una mancha de humedad en el techo. Después se ve a sí misma (a la verdadera Isa, no la mancha de humedad) sentada en el deslucido sofá o en el suelo, entre los calcetines, las bragas y los pantalones sucios, los platos sin fregar llenos de curry, ceniza, picadura de tabaco y un sándwich de queso olvidado, entre fanzines, libros de arte amarillentos y discos de los Ramones, Lärm, nra y Bikini Kill (y el álbum de los Waterboys que le pidió prestado hace un montón de tiempo a Dex), nerviosa, con las pupilas dilatadas sin apartar la vista del reloj porque una vez más no ha podido resistirse a la tentación de fumarse otro canuto justo antes de que alguien viniera —o pudiera venir— a visitarla. En esos momentos estúpidos, su adormecido colocón se transforma en paranoia, e Isa no logra pensar en otra cosa más que en todas esas personas importantes en su vida que recorren el pasillo de un lado a otro, vestidas con ropa de camuflaje y que pueden derribar la puerta en cualquier momento para pillarla in fraganti, y entonces, por fin, consigue recuperar la serenidad, envuelve los últimos restos de hachís que aún le quedan en una cantidad exagerada de bolsas de basura que cierra con una cantidad exagerada de cinta americana para luego lanzarlo todo a un contenedor exageradamente lejos de su piso de estudiante, durante un paseo nocturno en el que Isa frena el paso en cada callejón y cada portal para explorar los alrededores en busca de la presencia de todas esas Personas Importantes: amigos, enemigos, profesores y familiares, a pesar de que su familia vive lejos de aquí, a una hora y media de carretera en dirección este, al otro lado del río IJssel.

Sin embargo, esta noche en cuestión no era el momento de dar un paseo nocturno, puesto que Erva ya estaba de camino. Cancelar la cita antes de que alguien salga de casa tiene un pase, pero dejar que una amiga haga todo el trayecto hasta tu casa para luego despacharla con una nota ruin en la puerta es ir demasiado lejos, incluso para Isa en este estado. Además, en realidad le apetecía salir con Erva esa noche; ir a ver la primera actuación de Dex y su banda de powerviolence Sound The Alarm en el Beurskrach, para celebrar

el flamante año nuevo, cargado de buenas intenciones de hacerlo todo mejor. Y por consiguiente, en esta ocasión, Isa tuvo que limitar su ritual de exorcismo a eliminar los olores de su boca y su habitación, y por consiguiente escondió la bolsa de hierba, no a kilómetros de distancia, sino detrás de ese cuadro, la reproducción de Van Gogh que compró unos años antes, durante el Día de la Reina, en un mercadillo de su ciudad natal, y que colgaba entre los pósteres encima de su sofá.

Calavera con cigarrillo encendido, Vincent van Gogh, Amberes, 1886.

Cuando Isa vio el cuadro en ese mercadillo, pensó: «Así acabaré yo, así iré a parar al ataúd, con un pitillo encendido apretado entre los dientes». Van Gogh pintó la calavera a modo de broma estudiantil cuando asistía a clase en la Academia de Arte de Amberes, la ciudad a la que se trasladó con expectativas de porcelana, solo para descubrir que la realidad cotidiana pisotea sin piedad precisamente los tesoros más frágiles hasta hacerlos añicos: apenas tres meses después prosiguió su viaje hacia Francia. Qué sabía él de que le darían su nombre a un museo o que en ese museo colgarían su calavera con cigarrillo. El tenderete en el que Isa descubrió la reproducción encajaba mucho más con la intención original del pintor, mucho más que un museo; el cuadro atrajo su mirada entre las cadenitas de plástico para chupete y las camisetas con el logotipo de Shell sin ese. No obstante, Isa se sentía atraída por la calavera, fuera o no una broma; parecía obra de un maniaco que la había plasmado con pinceladas furiosas sobre un fondo amenazador, y era como si, desde aquella oscuridad ominosa, la calavera flirteara con ella y le guiñara un ojo, sin que la ausencia de globos oculares en sus cuencas vacías fuera un inconveniente. Era una pícara. Como si quisiera decir: «Exacto, mocosa, soy un cadáver descompuesto que fuma un cigarrillo. ¿Y tú quién eres?».

Esa fue la primera vez que Isa se dio cuenta de que el arte podía molar.

Se sacó un billete de diez florines del bolsillo del pantalón y, después de colocar aquel armatoste sobre el manillar de la bicicleta, pedaleó hasta casa tambaleándose y suspirando bajo el frío sol de primavera, a lo largo de cada kilómetro de prado, de brazo de río y de bosque de pájaros que había que pasar para llegar desde el

pueblo hasta el lugar donde se encontraba la granja de la familia. Una distancia que ya odiaba recorrer en bicicleta sin cargar con un cuadro pesado. En cuanto cumpliera dieciocho años se agenciaría un coche, un Golf o un Polo o algo por el estilo, y se marcharía lejos de la granja y de las bestias que le impedían dormir.

Las bestias —varios cientos de visones— ni siquiera eran de sus padres sino de su padrino que, desde que ella tenía recuerdo, vivía en el anexo al fondo del patio (o los parasitaba, como decía su madre, aunque jamás utilizaría esas palabras delante de él). Era un hombre huesudo, pero con la fuerza de un buey, la piel como un balón de fútbol ajado, alguien que conseguía su dinero con diez proyectos a la vez y que, de una u otra manera, siempre andaba necesitado.

De niña, Isa lo consideraba el hombre más chulo del mundo, muy diferente a sus padres, porque era un bocazas y tenía un humor negro. A veces, la dejaba acompañarlo al centro del pueblo o al mercado de ganado y en esas ocasiones Isa se percataba de la cautela con la que lo trataba la gente y del silencio que se hacía cuando entraba en algún lugar. Poseía una superioridad natural —habría sido un líder estupendo— que contrastaba con el carácter de su padre, al que todos ignoraban cuando entraba en algún sitio.

No, en aquella época no había nadie a quien ella admirara tanto como a su padrino. Sin embargo, los visones empezaron a asquearla cada vez más, aquel cobertizo en la parte trasera, aquel oscuro almacén de sufrimiento. El proyecto más duradero de su padrino empezó de forma inocente como un pequeño entretenimiento (en la época en que la propia Isa era pequeña e inocente), pero fue creciendo como un tumor hasta convertirse en un maltrato animal que se le fue de las manos y que Isa a duras penas podía seguir ignorando. A sus padres no parecía molestarlos; a veces, su padre incluso ayudaba en el cobertizo, como buenamente podía con su pierna, así al menos hacía algo. En una ocasión, Isa entró y las vio. Regresaba de la escuela cuando, desde el otro lado del patio, oyó un chillido tan desgarrador que soltó las llaves de la bicicleta y, sin pensarlo, echó a correr hacia allí. La puerta del cobertizo estaba abierta; algo insólito, seguro que su padrino había olvidado cerrarla con llave al salir a pasear con el perro. Lo que más recuerda es la

terrible, la absurda cantidad de bestias amontonadas en jaulas de malla de alambre y cómo luchaban entre sí a vida o muerte. El piso estaba cubierto de excrementos y pedazos de pieles. Isa sintió que le fallaban las piernas, buscó apoyo en una gran caja situada a su izquierda y entonces cometió el error de volver la vista para ver qué había dentro: decenas de visones sin vida, amontonados de cualquier manera, con las bocas abiertas y unos ojillos muertos y angustiados que la miraban fijamente. Isa dio media vuelta y salió corriendo del cobertizo con ganas de vomitar. Algo había cambiado aquella tarde, de eso se dio cuenta enseguida. Tendría que ponerse a buscar un coche y una casa muy lejos de allí. Solo le faltaba un cumpleaños, un permiso de conducir y algo parecido a un plan.

El Día de la Reina, cuando descubrió el cuadro, por fin llegó ese plan: iría a estudiar Historia del Arte. En el instituto ningún profesor la había inspirado, ninguna visita al museo Kröller-Müller o a uno de los pequeños museos a este lado del IJssel; sus padres no eran de los que visitaban museos, eran más bien de los de quedarse-en-el-sofá-bebiendo-cerveza-y-haciéndose-reproches-hasta-la-mañana-siguiente. No, Isa dejaría que su futuro lo decidiera ni más ni menos que un esqueleto con un cigarrillo. Las decisiones más importantes en la vida no son en absoluto decisiones.

Fue el primer objeto al que le dio un lugar cuando se marchó a vivir a la ciudad, cuatro meses antes. El primer objeto en su primer piso de estudiantes, su nuevo hogar. ¡Cuatro meses! Eso significa que ya ha aguantado más que Van Gogh en Amberes.

El primer día había pillado un colocón. Apenas había deshecho el equipaje, se había contentado con colgar el abrigo del pomo de la puerta y el cuadro en la pared, antes de tumbarse en el sofá con un porro: aquella noche dio su primer paseo para tirar el hachís que acababa de comprar. Era el Decimoctavo Intento de dejarlo, pero el primero en su recién estrenada vida, como la hoja inmaculada de un paquete nuevo de papel de fumar. A la mañana siguiente, Isa tenía realmente la sensación de que el Decimoctavo Intento sería el bueno, que no había sido un intento sino un triunfo. Con fervor, se puso a vaciar cajas, a arrastrar muebles a su sitio y a colgar carteles y espejos en las paredes. Unas horas más tarde se sentó, agotada, en el alféizar de la ventana y miró la Voorstraat, una calle que durante

su paseo nocturno le había parecido invadida por yonquis y prostitutas como zombis; ahora, Isa vio a estudiantes bebiendo café sobre los adoquines rojos irregulares, un skater practicaba kickflips sobre las rejillas de drenaje. Entre los tejados puntiagudos de las casas señoriales brillaba una serena luz rosada. Se sentía rebosante de optimismo, a punto de estallar; le gustaba esta ciudad, aunque solo conociera una calle.

Sin embargo, esta noche Isa estallaba por otras cosas, esta noche volvía a estar sentada en su habitación, presa de temblores y picores, sin apartar los ojos del reloj para no mirar por error al Van Gogh. El Decimoctavo Intento de dejarlo había quedado en eso: un intento y no un triunfo; a estas alturas ya va por él Vigesimoctavo Intento.

Fuera se había puesto a nevar. Los copos blancos entraban por la ventana abierta y se arremolinaban desconcertados por la habitación antes de convertirse en manchas de humedad en la moqueta. Hacía tanto frío en su cuarto que Isa pensó que también podía esperar fuera en la nieve, a pesar de que no tenía ni gorro ni guantes.

Y ya que salía a la calle para esperar a Erva, si cerraba la puerta con decisión detrás de sí y echaba la llave, impidiendo las miradas entrometidas del exterior, bien podría fumarse un último pitillo antes de salir.

Y bueno, ya que iba a fumarse un cigarrillo, bien podía añadirle algo de hachís.

Y armada de esa convicción, Isa se levantó, se acercó a la calavera, sacó la bolsa de hierba de detrás del cuadro y, antes de darse cuenta, ya estaba en medio del cuarto pegando el porro a lengüetazos (el pegajoso papel de liar se llevó un trozo de labio inferior frío y azulado) y, después de dar una primera calada, se rio de la ridiculez de la última hora, se rio de la manera en que, poco antes en el sofá, se había dejado zarandear entre la autocompasión y el autodesprecio, mientras que, por primera vez esa noche, la nube en su cabeza le permitía ver claramente que sus conatos por dejar de fumar eran un intento de romper con algo que siempre había sido, de dominar la inseguridad que sentía en este nuevo

entorno, el miedo profundo de que la desenmascararan como una farsante, como una charlatana provinciana salida de un nido de maltratadores de animales, como una mentirosa, mientras que sus razones para dejar de fumar porros ponían al descubierto justo la misma inseguridad, pues en realidad solo quería dejar los porros para ser aceptada: por Erva, por Dex, por todo ese mundillo, por la ciudad que aún era nueva para ella después de cuatro meses, por sus compañeros de clase, sus profesores y las personas que ahora mismo no podía ponerse a clasificar en categorías específicas, ni darles taxonomías de acuerdo con criterios considerados y reconsiderados, pues mientras ella estaba allí, fumándose su porro y gozando de su gloriosa epifanía de autoconocimiento, su intento de llevar a buen puerto esta corriente de pensamientos se vio interrumpida por unos fuertes golpes en la puerta.

—El siguiente tema se titula Entonces, usa la cabeza.

Uno de los cantantes, el acróbata, tropieza con el cable del micrófono y se abre la rodilla con un clavo oxidado que sobresale de un pallet. La música chapotea contra el cemento y lucha por abrirse paso hacia arriba. La sala es vertiginosamente alta: por lo que se ve, los okupas han arrancado a martillazos los suelos de las primeras plantas. En el rincón, hay una escalera de caracol de acero que está sujeta con eslingas al techo de lo que debe de ser el cuarto piso. En una ocasión, Dex le contó que los okupas vivían allí arriba con sus pastores alemanes y que se pasaban las noches más despiertos que dormidos, preparados en todo momento para echar abajo la escalera si la Policía trataba de sacarlos a la fuerza. Y añadió que estaban dispuestos a luchar hasta el final para impedir que el edificio acabara siendo un bar para yupis.

Ahí arriba han reconvertido una habitación en almacén para cuando llegue el momento: un arsenal con bombas de pintura, bengalas y cócteles molotov. Isa recorre la sala con la mirada en busca de una salida de emergencia. Las imágenes en su retina se quedan rezagadas detrás de los movimientos de su cabeza.

Una vez acabado el tema, el payaso cantante se levanta con esfuerzo, suelta un asmático «gracias» por el micrófono. El enjambre

de punks se tranquiliza, el hormigueo de larvas ha cesado, el batería lanza las baquetas a la sala y los miembros de la banda bajan del escenario, no entre bastidores, puesto que no los hay, sino bajando torpemente por los pallets y abriéndose camino entre la multitud. Los cuerpos se frotan contra los cuerpos, el sudor se mezcla con el sudor.

El acróbata es el único en deambular un poco confuso por el escenario. Se mira la pierna y hace una mueca, se acaba de percatar de que su rodilla está sangrando. La adrenalina alivia más el dolor que mil jodidos porros, diría Erva.

A lo largo de los últimos cuatro meses, Isa ha acabado conociendo de verdad la ciudad que le gustó desde el primer instante, y todo Gracias a Erva. Son inseparables desde su primer encuentro, en un puente sobre el canal Oudegracht, donde Erva repartía ejemplares gratuitos de Cleangrrrls, su revista autoeditada, rodeada del humo dulzón y sulfuroso del coffee shop. En la portada de papel reciclado granulado se veía una foto en blanco y negro de la creadora tensando sus músculos en un gesto irónico, con el cabello negro rizado, los ojos oscuros perfilados con kajal, las inequívocas palabras don't drink don't smoke don't fuck desafiantes sobre su camiseta sin mangas. Erva era una abstemia con la imperiosa necesidad de incendiar el mundo, empezando por el patriarcado. Después del Decimoctavo Intento, eso era justo lo que Isa necesitaba: normas, estructura. Algo en lo que creer mientras no creyera en sí misma.

Fueron inseparables desde el momento en que Isa aceptó el fanzine. Una amistad intensa e inmediata, ese tipo de amistad que se desea durante la infancia con igual fervor que el primer enamoramiento. Juntas ignoraban las fiestas estudiantiles en la plaza Neude y la plaza Janskerkhof y se divertían en cuevas de okupas como Vismarkt 4 y Ubica y aquí, detrás del complejo del Palacio de congresos, en el Beurskrach. Latas de cerveza de cincuenta céntimos para Isa, gaseosa para Erva. Isa se tronchaba de risa con las muletillas de Erva y su mal genio —un día le dio un cabezazo a un pijo por llamarla «Morticia»— y, a su vez, a Erva le hacía mucha gracia el acento provinciano de Isa. Ambas se mantenían en perfecto equilibrio. Isa le prestaba libros de arte y a cambio le pedía

prestados discos y ropa; lo que más necesitaba era la ropa, pues llevaba años apañándoselas con dos viejos tejanos, unas cuantas camisetas desgastadas y ropa interior ajada. De tanto en tanto, se encontraba sus viejos harapos en el fondo del armario y en esos momentos se daba cuenta de que llamaba muy poco a sus padres. Sin embargo, ahora era una persona distinta, era como Erva. Con su pelo azabache y sus camisetas negras intercambiables a veces daban la impresión de ser dos gemelas a las que habían separado y que por fin se habían vuelto a reencontrar en un mundo al que era mejor enfrentarse con un aliado fiel.

Dex y los demás miembros de Sound The Alarm suben al escenario. Nadie diría que esta será su primera actuación; los punks presentes en la sala se apretujan frente al escenario como si fueran a ver una banda a la que han sido leales durante años. El edificio okupa vuelve a rugir.

En las últimas semanas, la máquina promocional de Sound The Alarm ha estado funcionando sin descanso. En su local de ensayo, Dex grabó una demo que luego ha ido repartiendo gratis en los conciertos. La campaña ha funcionado: desde el primer blast beat, el enjambre empieza a zumbar de nuevo. Los chicos saltan del escenario, entrechocan sus cuerpos, agitan sus puños al aire.

Hace unos días, Isa y Erva fueron a ver el ensayo de la banda. El local se llenó de acordes discordantes y de los berridos de Dex, el robusto amplificador de bajo Ampeg al que se habían subido Isa y Erva, rugía bajo sus traseros. Dex resultó ser un líder nato con su carisma, el pelo corto encrespado, los músculos del cuello tensos y aquellos penetrantes ojos de un azul intenso que, debido al contraste con su piel oscura, parecían centellear como el flúor. De su boca salía un dolor hermoso. En la cabeza de Isa las imágenes se sucedían al ritmo de la música: un callejón mugriento, unas sombras fugaces, Dex que la apretaba contra la pared mientras le metía la mano en el pantalón. Imágenes que últimamente la acosan cada vez más. Miró a Erva, sentada a su lado sobre el amplificador y trató en vano de entablar contacto con ella. Erva también estaba hipnotizada, no apartaba sus grandes ojos marrones de Dex y de los músculos de su cuello, era una mirada que Isa creía reservada a

preadolescentes cuando observaban a los chicos del curso superior jugar al fútbol. Ruborizadas, escribían los nombres de Niels, Dave y Jeffrey en la mochila de la otra, se besaban en el aparcamiento de bicicletas y dejaban que les metieran mano en las cuadras que había junto a la discoteca de ’t Olde Wiel.

Erva y Dex. Por lo visto, Isa no era la única que no lo contaba todo.

En el Beurskrach, Dex no es el único que impresiona, también lo hace la música que en esta sala tiene mucho más espacio para respirar que en un sofocante local de ensayo. El apasionado estruendo se sucede sin ton ni son, como una variante sónica de sentimientos reprimidos que se estrellan en mil pedazos contra un suelo de hormigón. Dex da vueltas por el escenario, se enrolla el cable del micrófono alrededor del cuello, sus hechizantes ojos parecen salirse de las órbitas.

Un punk con la barba llena de restos de comida se acerca a Isa, huele a rastas y perro mojado. Cuando abre su lata de cerveza, la espuma le mancha la camiseta y le moja la barriga a través de los agujeros de las polillas. Toma un sorbo y, cargado de buenas intenciones, sostiene la lata delante de la cara de Isa. Ella se lo agradece amablemente, vuelve a bajar la vista, hacia la sudadera que le ha prestado Erva y que lleva estampadas las palabras animal liberation front. ¿Qué dirían sus padres, y su padrino? Le da un codazo al perro mojado, le quita la cerveza de la mano y toma un gran trago.

¿Dónde está Erva? ¿Estará cerca del escenario, sacándose sus frustraciones del cuerpo a base de golpes y patadas, o estará mirando hechizada a Dex? ¿Dónde está, dónde está y qué diablos ha pasado? Isa cierra los ojos y por unos instantes se siente ingrávida. Le falla la concentración. Concéntrate, joder. Estaba con Erva en el pasillo cerca de la entrada, antes de eso oyó golpes en la puerta de su habitación, y entre ambas cosas un largo y brumoso agujero en su memoria. Sin embargo, tuvieron que llegar desde su cuarto hasta aquí de alguna mane…

Nieve.

Sí, llegaron hasta aquí caminando juntas en la nieve, después de

que Erva hubiese aporreado su puerta sin contemplaciones; por el camino, las palabras de reproche de Erva se extinguían en la manta blanca extendida sobre la desierta Voorstraat.

—En realidad, estoy harta.

Isa casi había olvidado qué efecto tiene la nieve en los sonidos que te rodean, que de pronto los oyes tal como son, que oyes lo que oyen tus oídos. Con sus Dr. Martens, Erva iba dejando unas huellas profundas en la suave capa blanca que cubría la calle mientras le soltaba uno de sus temibles sermones a Isa.

—¿Sabes? Esta noche he estado dudando una hora si debía ir a buscarte y si debíamos ir al concierto. Me parece tan jodidamente hipócrita decir una cosa y luego no hacer nada de nada.

Isa asintió, pese a que solo había entendido a medias las afirmaciones con las que acababa de mostrarse de acuerdo; nunca hubiese imaginado que la ciudad pudiera ser tan silenciosa y fría como su pueblo, en cambio ahora, con aquel manto de nieve en una noche en la que la mayoría de los estudiantes había vuelto a casa para estar con la familia, era como si Erva y ella avanzaran por los senderos de su niñez.

—Las bandas denuncian el sexismo, pero mientras tanto en el escenario todos me miran como si fuera un marimacho cuando coreo a gritos las letras —siguió sermoneando Erva—. Y, por muy marimacho que les parezca, si me dejo llevar en volandas, les falta tiempo para sobarme el culo y las tetas.

Tal vez Erva no se había dado cuenta de nada cuando llamó a la puerta. No se había olido que, presa del pánico, Isa había lanzado el porro por la ventana, ni de que abrió lo mínimo la puerta de su cuarto, ni que se retorció con torpeza para salir de ahí y cerrar la puerta tras de sí. «Vámonos» —había murmurado Isa—, «que llegamos tardísimo». Al menos, Erva no dijo nada al respecto, por lo pronto solo hablaba de lo mucho que la decepcionaban todos los demás.

—Y luego está Dex.

Isa se quedó parada.

—¿Qué pasa con Dex?

—Se suponía que la semana pasada iba a sumarse a nosotros. Estuve tres días preparando una acción de protesta en una granja de animales de peletería, y él va y no se presenta. Y esta noche en el escenario seguro que ventilará a los cuatro vientos la pena que le dan esos animalillos.

Isa tragó saliva.

—¿Qué tipo de granja dices que era?

—Una en el sur del país. ¿Por?

Isa se relajó. Aunque la posibilidad de que Erva y Dex y el resto de la pandilla se presentaran en casa de sus padres con antorchas encendidas era muy pequeña, Isa quiso apartar esa idea de su cabeza tan rápido como se le había metido dentro. Sin embargo, ese breve e involuntario recuerdo le devolvió el olor de las bestias, el nauseabundo hedor del miedo. El siguiente tema se titula: demasiados secretos.

—Si hubiese sido en la zona oriental, habríais podido desayunar en casa de mis padres —contestó.

Erva por fin se rio. Su risa suena a relincho, es una que recuerda más a Beavis and Butt-head que a un modelo del activismo. Quizá sea por eso por lo que casi nunca ríe.

—Pero Ies, tía. ¿Te vienes con nosotros pasado mañana?

—¿Adónde? —La cabeza de Isa empezó a llenarse de niebla, era como si su voz saliera de un pozo de arena.

—A Arnhem. Tenemos que lanzar un mensaje claro contra las pruebas nucleares francesas. Con o sin Dex.

Preferiblemente con Dex.

—No sé —contestó Isa—, tengo que entregar un ensayo antes de

que acaben las vacaciones de Navidad. Si la cago, no aprobaré primero de carrera.

—No me vas a dejar colgada tú también, ¿verdad?

—Todavía no he escrito nada.

—Quizá deba ir sola.

—Es de verdad el peor plan de la historia.

—¿Y no te bastaría con entregar tu columna?

Los zapatones de Erva surcaban la nieve, a Isa le costaba seguirla.

—¿Lo que escribí para Cleangrrrls? Un ensayo científico es otra cosa, Erva.

—Vale, perdona, siento que mi revista no cumpla tus estándares académicos. —Alzó la barbilla y lanzó un escupitajo contra un escaparate.

El artículo de Cleangrrrls era bueno. «Gritar a la noche estrellada: lo que puede aprender cualquier banda underground de Vincent van Gogh». Isa lo escribió de un tirón, después de fumarse dos porros y pasarse una hora tumbada, contemplando Noche estrellada, Retrato de Eugène Boch y Noche estrellada sobre el Ródano en su libro sobre Van Gogh. Las pinceladas azules y amarillas de las ilustraciones bailaban ante sus ojos, los cielos estrellados y arremolinados le provocaban una mezcla de esperanza y tristeza. Aquella noche, escribió tres mil palabras, gracias a una inspiración soñadora que le gusta comparar con la furia soñadora con la que su ídolo arrojaba sus emociones sobre el lienzo: emoción por encima de técnica, así debería ser toda la vida, y ese debía ser en cualquier caso el punto de encuentro entre Van Gogh y los punks. Después de dudar mucho rato le había mostrado el texto a Erva, sin tener demasiadas expectativas sobre lo que esta opinaría de él y mucho menos sobre lo que querría hacer con él. Una semana más tarde, aquellas palabras —las tres mil— estaban impresas en Cleangrrrls. Y el nombre de Isa figuraba al pie. Isa tocó el papel, el grano grueso, las sutiles diferencias de grosor de la tinta seca. Esto era

real, había creado algo. Y a Erva le parecía bueno.

Isa se quitó un copo de nieve del ojo. Ya iba un paso por detrás de Erva. Se apresuró a dar un salto para acercarse, la agarró por los hombros y le susurró al oído.

—Ya se me ocurrirá algo. Por supuesto que te acompaño.

—¡Qué mujer! —Erva cogió la mano de Isa y se la apretó contra la mejilla—. La única con la que puedo contar.

Y eso fue todo. Nada de descubrimientos ni reproches. Lo demás es paranoia.

La música se ralentiza, la banda inicia lentamente un titubeante intermezzo. Dex se acerca con los brazos extendidos a la parte delantera del podio y mira a la sala, Isa se pregunta si la ve, lo más seguro es que no. Lo más seguro es que, visto desde el escenario, el público no sea más que una masa oscura y pululante, sombras confusas sin verdaderos rostros, un agujero negro al que el cantante intenta mirar de la forma más carismática posible sin tener nunca la certeza de que alguien capte o admire su endemoniada mirada, por no hablar de que se la devuelva. Isa cree detectar inseguridad en la expresión de Dex, una vulnerabilidad que, por primera vez esa noche, suaviza algo los horribles retortijones que ella siente desde hace horas en el vientre. Isa se da cuenta de que está incómodo, de que es consciente de que se las está dando de mesías delante de un público de… ¿cuántas serán: ciento cincuenta? ¿Doscientas personas? Una minoría dentro de una subcultura, en la que siempre te preguntas qué piensa realmente la gente: en el caso de Dex eso se traduce en apartar la vista y retroceder; en el de Erva en arrebatos de cólera, un cartucho de dinamita con una mecha más corta que una vela. Dex baja los brazos y vuelve a su rutina hiperactiva. Sus ojos recorren la sala, las paredes desnudas, la podredumbre del hormigón, pasan por los miembros de su banda, el lío de cables de guitarra en el escenario y acaban en la oscuridad. Sus tímidos movimientos causan sensación entre los punks que bailan el pogo. Les parecen auténticos. Apasionados. Urgentes. Pero en los nerviosos ojos azules de Dex, Isa detecta más que nada

desesperación; desesperación por evitar el agujero negro anónimo: la ceguera que deja al artista desnudo sobre el escenario, como si se encontrara en un combate de boxeo ante un contrincante que no puede ver. Como si luchara contra sí mismo.

Eso hace que las inseguridades de la propia Isa se vuelvan de pronto muy pequeñas. Lo único que debe hacer es quedarse aquí, al fondo de la sala, con la espalda apoyada contra la pared y las manos en los bolsillos, en actitud indiferente. Ni siquiera lo bastante valiente como para sumarse como Erva a los tíos que se están dando codazos y patadas justo delante del escenario. Los moratones no son el problema, pues se acostumbró a ellos en la escuela. El problema es llamar la atención...

—Menudo exhibicionista, ¿no?

Jop Kistemaker se ha plantado a su lado; es un toro carnoso al que Isa se ha presentado tres veces este año, una de ellas incluso después de haber pasado media noche de marcha con él y Dex. Su cabeza rojiza es demasiado grande para su cuerpo y cuando habla sus movimientos lerdos recuerdan a los de un animal de dibujos animados. Todo el mundo conoce a Jop Kistemaker, Jop Kistemaker conoce a todo el mundo; o mejor dicho: a todos los que considera interesantes.

—Es Ilona, ¿verdad?

Ya empezamos.

—No. Isa.

—¿Lisa?

—Isa.

—No me entero de nada con esos aullidos de Dex. —Jop Kistemaker agita los brazos, gesticula a los del escenario, el aro que lleva en la nariz se mece suavemente—. ¡Tíos, bajad un poco el volumen!

Una chica con el pelo teñido de verde se vuelve y le lanza una mirada hostil, los demás no se percatan de nada. La cazadora vaquera de Jop tiene las mangas cortadas, sin duda porque ya no le

entraban los bíceps. Isa observa los bordes deshilachados, el movimiento de los brazos, y cientos de pecas le devuelven la mirada, puntitos naranjas que parpadean a la luz estroboscópica. La marean. Jop baja el brazo, lo pone alrededor del hombro de Isa, ella nota el calor del bíceps sudado en su nuca. Isa toma una bocanada de aire. El aire que entra en su boca parece estar a cien grados.

Isa sabe que Dex admira a Jop Kistemaker. Y que admira su fanzine, el sello discográfico que dirige, las acciones y los conciertos benéficos que organiza.

—Ya suenan mejor que en la maqueta. —Le grita las palabras al oído, la única manera de hacerse oír por encima de la música.

—Seguro que a Dex le alegrará saberlo.

—Sí, seguro que le alegrará sabeeelo.

—Venga ya, yo no hablo así.

—No eres de aquí, ¿verdad que no?

Es algo que le sucede todos los días: por mucho que se esmere en hablar el neerlandés que se supone es estándar y culto, y mantenerlo durante conversaciones enteras, basta con que se relaje para que de repente salga de su boca una eee demasiado larga, o que se trague una erre, para que de repente la pillen. «No eres de aquí». «¿Qué estás haciendo aquí, si puede saberse?».

Jop Kistemaker tiene la boca tan cerca de la oreja de Isa que su lengua está a punto de perderse en su cóclea.

—Musicalmente, nadie lo diría, pero Dex y los chicos me recuerdan en intensidad y desparpajo a ese disco de Sonic Youth con J Mascis y Mike Waters de los Minutemen al que le entró una depresión después de que falleciera su cantante, aunque aquel disco suena todavía más amorfo y a veces es como si estuvieras escuchando el golpeteo de unos ladrillos contra una plancha metálica, pero justo cuando crees que no hacen más que perder el tiempo, de repente salen con la fantástica versión de Addicted to Love y entonces recuerdas que saben muy bien lo que se hacen.

—Watt.

—What?

—No. Watt, el bajista de los Minutemen se llama Mike Watt.

—Eso he dicho, ¿no?

—Has dicho Waters.

—Whatever. Dime, Isa, ¿no eras artista?

—Estudio Historia del Arte.

—Ya, la enésima carrera para acabar en el desempleo.

—Al igual que la mayoría de los que están en esta cueva. Y esos ni siquiera estudian para llegar hasta ahí.

—¡Ja, ja, ja! —Con cada «ja», el brazo de Jop Kistemaker extiende un poco más la mancha de sudor en la nuca de Isa—. Sí, menuda pandilla de pobres miserables.

—Están sin un duro, pero no son pobres.

Isa coge su tabaco para liar, intenta hacerse un mísero pitillo con las últimas hebras de tabaco. Tal vez a Jop Kistemaker fumar le parezca tan asqueroso como a Erva.

—¿Conoces a Edvard Munch? —le grita Jop por encima de la música—. Ese sí que era cojonudo, la anterior portada del álbum de Darkthrone estuvo inspirada en su cuadro El grito.

—Estudio Historia del Arte, por supuesto que conozco a Edvard Munch.

Isa lame el papel, pega el cigarrillo y lo enciende. El bíceps no retrocede ni un centímetro.

—Me fascina el vínculo entre música extrema y arte clásico, hace poco leí un artículo con buenísimas comparaciones entre Van Gogh y el hardcore punk.

Por un momento, Isa considera en serio la posibilidad de que otra persona haya escrito un artículo sobre ese mismo tema, sobre «su» tema, se pregunta si habrá cometido plagio, si aquella noche había estado mirando realmente los cuadros en su libro sobre Van Gogh, o si quizá estaba tan colocada que se puso a copiar otro artículo. Jop Kistemaker sigue con su inspirado discurso sobre las interesantes comparaciones entre el pintor preferido de Isa y la música favorita de Isa, y al cabo de unas pocas frases queda claro que le está explicando su propio artículo. Isa le da una calada al cigarrillo y luego le suelta el humo en plena cara. Él sigue hablando como si nada.

—Y el propio Van Gogh se inspiraba constantemente por la música, fue a clase de piano para comprender mejor la gradación de tonos y en sus cartas a su hermano escribió que quería crear pinceladas que se fusionaran como la música tocada con sentimiento. —Mientras habla va produciendo cada vez más saliva—. Y ahora observa bien a Dex en el escenario, ¿no te parece que es música tocada con sentimiento? ¿Conoces una interpretación más directa de los sentimientos que esta?

—Yo escribí ese artículo.

—¿Qué dices? Espera, mira, mira a ese exhibicionista retozar por todo el escenario, es fantástico, ¿no?

—El artículo del que me estás hablando, sobre Van Gogh, lo escribí yo. En el fanzine de Erva.

Lo ha oído, no cabe la menor duda, puesto que Isa se lo ha gritado al oído, tal como lleva haciendo él desde hace largos minutos. Sin embargo, Jop Kistemaker no aparta la mirada de la banda, de Dex que se ha quitado la camiseta y ahora está tumbado de espaldas sobre el escenario, contorsionándose. «No more», grita en el micrófono, «no more no more no more». Y de repente, Isa ve por fin a su mejor amiga, llevada en volandas por una decena de manos, por cientos de dedos hormigueantes. Los grandes ojos de Erva no se apartan ni un solo instante de Dex, como si estuviera observando una obra de arte abrumadora. No puede ayudar a Isa, nadie puede ayudarla.

Por fin, Jop Kistemaker aparta el bíceps de su nuca. Durante todo ese tiempo, Isa ha estado tan obsesionada con ese brazo pegajoso que no se había percatado de que él había ido deslizando cada vez más su mano hacia abajo. Se estremece cuando se la mete en el pantalón, en sus braguitas y le soba la nalga desnuda.

—Con esa boquita tuya, seguro que haces unas mamadas cojonudas.

El siguiente tema se titula: te voy a arrancar tu jodida nariz de un mordisco.

La imagen es cutre a más no poder: está sentada sobre una torre improvisada de cajas de cerveza, intentando reprimir las náuseas con un Jack Daniels serbio de imitación en vaso de cartón; para parecerse un poco al arquetipo de espíritu-atormentado-en-la-barra, se necesita al menos un vaso de cristal, un taburete de nogal macizo y tal vez unos cubitos de hielo. Sin embargo, no le queda más remedio que apañárselas con eso. Isa vacía de un trago el tercer vaso y enseguida pide dos más. La cabeza le chirría y no está segura de que sea por las guitarras.

Menudo cretino.

Ojalá lo hubiese hecho de verdad, arrancarle la nariz de un mordisco, ojalá lo hubiese hecho. Antes, en casa, habría sacado a un tipo como Jop Kistemaker por los pelos del local, sin que le importara el tamaño de ese cretino, pero aquí no: aquí, Isa había balbuceado algo así como «tengo que ir al baño» y se había ido directa a la barra para desinfectar su asco con mucho, muchísimo alcohol.

Debajo de la barra hay un pastor alemán que tirita, Isa cree oler que ha cagado en el suelo. Con tal de que haya apreciado los himnos animalistas de la primera banda. En la pared hay clavado un tablero de madera, en el que se indican las normas de la casa okupa con letras sinuosas escritas con pintura. no animal abuse, no fascisme, no rascism, no sexisme, no homophobia, no blaming the victim, no doble standards. La vida anarquista y antiautoritaria está repleta de mandamientos. Ni siquiera han incluido los «don’t drink don’t smoke don’t fuck» de Erva; seguramente estarán en un anexo.

No blaming-the-victim. Pero ¿qué pasa si eres víctima de un sobón, icono de la movida, y qué pasa si le echas la culpa a tu propia respuesta cobarde? ¿Puede una culparse a sí misma como víctima o va eso en contra del último mandamiento: la doble moral? ¿Y cuál es entonces la alternativa: darle un puñetazo a un tipo como Jop Kistemaker y gritar que te han agredido? ¿Cuántas personas van a creerla, a ella, una recién llegada que se limita a aceptar dócilmente lo que predica su amiga, una veleta que gira con cada viento políticamente correcto, frente a un tipo que puede ser el mismo que ha colgado ese tablero sobre la barra? Isa intenta volver a leer las normas de la casa, las letras se mueven como un hervidero de gusanos rastreros.

Falta poco para las doce. Dex y los miembros de Sound The Alarm descienden del escenario sin ni siquiera tomarse la molestia de desconectar los amplificadores de sus guitarras. La sala se vuelve a llenar de un insoportable feedback. El DJ, que justo se disponía a preparar el set del after party, se vuelve mosqueado hacia el escenario vacío. Al final, alguien del público se acerca para apagar los altavoces. Las luces de discoteca se encienden, la tenue iluminación que animaba los espectáculos en vivo da lugar a una violencia de colores primarios epilépticos. El DJ pone música new wave de los ochenta: Dream Baby Dream. Algunos visitantes empiezan a bailar agitando los brazos a lo loco, Hanne van der Kaa reparte pastillas a todos los que quieren aceptarlas, los abstemios se quedan en un rincón con cara seria. Así, todo el mundo espera a su manera que llegue 1996.

El picor.

Isa se levanta, avanza tambaleante entre la multitud. Las luces de discoteca se convierten en pinceladas, manchones impresionistas. Los sintetizadores le perforan los oídos y le llenan la cabeza, vuelve a sentir náuseas, se va renqueando hacia los aseos, se deja caer contra la puerta y se adentra en un agujero de luz negra. Los azulejos del baño están pintarrajeados con activismo de rotulador, los espejos están cubiertos de pegatinas que se reflejan en la luz azul. Isa encuentra un lavabo en el que vomitar. Se moja la cara con agua, deja correr el grifo hasta que su vómito se ha escurrido por el desagüe, se busca a sí misma en el espejo. En la gran pegatina donde debería estar su cabeza, lee muerte a los ganaderos.

Un olor dulzón, delicioso y familiar se escapa de uno de los retretes. Llama a la puerta, el cabeza rapada con la calavera tatuada sale del cubículo, con un porro encendido entre los labios.

—¿Me invitas a uno?

El tipo le dobla el tamaño. Entresaca un paquete de Javaanse Jongens del bolsillo y le lía un porro, lo pega con la lengua. Cuando se lo pone entre los labios, Isa nota el papel húmedo con la saliva del skinhead. Vuelve a acercarse al lavabo y se apoya brevemente en él con el codo, pero después de una profunda calada consigue volver a erguirse, mientras el ardor se apodera de su pecho. Se siente ligera como una pluma, intocable, inmune a lo rancio de este lugar, a toda la negatividad, es como si lo demás ya no existiera, como si nadie más existiera, ni el cabeza rapada, ni siquiera la propia Isa, ni las moscas y larvas cuyo bullicio al otro lado de la puerta suena cada vez más atenuado, más alejado, muy lejos de este vacío de luz azulada y melancolía adolescente, se siente tan aislada que parece imposible que alguien consiga superar nunca la distancia de allí hasta aqu…

La puerta se abre, alguien entra en los aseos. Una sombra o dos o una doble.

—¿Isa?

La voz suena hueca. Una sombra oscura se levanta en las esquinas del campo de visión de Isa, la imagen que queda es brumosa. Es como si el piso empapado del inodoro se abriera bajo sus pies y una fuerza invisible la hiciera flotar en el vacío.

—¿Ies?

Algo tira de ella hacia abajo. Isa se prepara para un porrazo contra las frías baldosas, pero dos brazos la mantienen en pie. Entonces ve la cara de Dex, muy cerca de la suya.

—¿Isa? ¿Estás bien?

—Sí… sí. Creo que me he mareado un poco.

—Ten, bebe algo de Coca-Cola.

Dex le acerca una botella de cristal a los labios, la boca se le llena de azúcar líquido. Con cada sorbo que toma, la sombra se aleja un poco más, los pelos oscuros en la mandíbula de Dex se vuelven más nítidos, sus ojos resplandecen en la luz ultravioleta. Su rostro está muy cerca.

—¿Estás mejor?

Dex se gira y deposita la botella de Coca-Cola en algún lugar, pero ¿dónde? ¿En el aire? Isa espera oír el sonido estridente del cristal contra la cerámica, pero este no llega. Dex se vuelve de nuevo hacia ella.

—Vuestra actuación ha sido realmente enfermiza —le dice Isa en voz baja.

—Gracias —le contesta él sonriendo. Tan cerca.

—¿Dex?

—¿Sí?

Isa le coge la mano.

—¿Te parezco una puta, Dex?

—¿Qué?

—¿Puedo morrearte sin que me condenen por ello? Pues eso sería doble moral, ¿no? Normas de la casa.

Al otro lado de la puerta ha empezado la gran cuenta atrás hacia un hermoso Año Nuevo. Diez, nueve. Isa no espera la respuesta. Se mete la mano de Dex entre las piernas y hunde la lengua entre sus labios, lo besa con la agresividad de cien bandas de punk. Siete. Huele su sudor fresco, el porro que sigue sujetando entre los dedos humea. Dentro de unos segundos todo será hermoso y nada de esto importará ya. Cinco. No puede durar más de unos segundos, Dex vuelve a soltarse o, eso cree ella, algo, una nueva fuerza, lo aparta de ella contra su voluntad. Cuatro. Alguien le quita de un golpe el porro de la mano. Isa se frota los ojos y aparece el caleidoscopio danzante.

—No me jodas, Isa.

Tres. La voz de Dex suena ligera. No, no es su voz. Dos. Las manchas se alejan, Isa alza la vista y, por primera vez desde que ha entrado, ve los aseos con nitidez, más claros que el cielo sobre la ciudad nevada, los urinarios, la poesía en las paredes, la botella de Coca-Cola que no flota, sino que está en el puño agarrotado de la segunda sombra que ha entrado con Dex, la sombra sin la cual se ha sentido perdida toda la noche, la única de todas las personas de esta desvencijada cueva a la que nunca querría herir. Uno. Esa querida y colérica sombra de grandes ojos que Isa esperaba que nunca la miraran como lo hacían antes sus compañeros de clase, con esa incomprensión, con ese rencor no disimulado, con esa mirada que petrifica y paraliza a Isa y no le permite hacer otra cosa que rezar, por una vez rezar de verdad como si tuviera la más mínima idea de cómo se hace, rezar para que esa botella de cristal sujetada con tenso resentimiento no acabe dándole a ella …

Feliz Año Nuevo.

El siguiente tema se titula: todo se vuelve negro.

UN PASTOR, UN CURA Y UN CICLOMOTOR

No nació subido a una moto. A la gente le gusta decir esas cosas, por los titulares y los premios y el gran futuro por delante que podría haberse hecho realidad si, de pronto, no se hubiese buscado la desgracia siendo un sano y prometedor joven de veinticuatro años. Nacido encima de una moto. Pero no fue así. Los Keller no decían ni una palabra sobre el nacimiento de Tom y los demás nos limitábamos a susurrar.

Por todo el pueblo circulaban rumores. Se susurraban de puerta en puerta, en la calle, en las tiendas, con tal sigilo que se diría que eran las voces del viento y de las agitadas hojas de los árboles las que los difundían. Rumores sobre aquella desdichada noche que tendría que haber estado llena de dicha. Sobre la habitación oscura y sin calefacción con aquellas seis criaturas vivas que, aquella noche, deberían haber sido siete.

Quedaron seis. Cuatro de ellos con aquella cara inconfundible, con aquellos ojos de pitbull demasiado separados entre sí, con aquel rostro impenetrable que aquí todos empezamos a llamar la cara de los Keller, pese a que fue la de los Bannink la que heredaron al nacer los hermanos Frank, Johan y Charles de su madre Netta; sin embargo, se había convertido en propiedad de los Keller, tal como le sucedió a la propia Netta Bannink el día en que se casó con uno de la familia, el desdichado día en que dejó que aquella estirpe absorbiera toda su identidad, incluido su rostro. En aquel cuarto, congregadas alrededor de un lecho lleno de calientacamas de hierro, cuatro cabezas con el mismo rostro miraban con los labios apretados cómo el padre Lubbelink hacía todo lo posible por mantener viva a la mujer que gritaba sobre las sábanas mientras ella misma creaba vida.

En un primer momento, fue la propia Netta quien asistió a la parturienta. Debió de exigirlo ella misma. Cuando todavía era Netta Bannink, había desempeñado el papel de comadrona improvisada alguna que otra vez; siendo ya Netta Keller consideró que, a pesar de la ausencia de un título o de conocimientos actualizados, ese dato era suficiente para mantener el ritual del nacimiento de su nieto dentro de su propio clan. Cuando la cosa se torció, no se le ocurrió nadie más a quien pedir ayuda que a su sacerdote.

Hacía ya años que la iglesia de Sint Martinus no había celebrado la eucaristía sin que Netta estuviera presente. Se sentaba al fondo a la derecha, muy maquillada, con los ojos de pitbull puestos en el presbiterio y en el hombre que se hallaba en él predicando, y permanecía sentada con el cuerpo tenso y menudo inmóvil en el duro banco de madera; sin importar si el resto de los obedientes feligreses estaban de pie o arrodillados o se acercaban al altar para comulgar. Netta susurraba la misa entera, desde el salmo 56 hasta las avemarías, pero lo hacía sentada, durante toda la celebración, semana tras semana, sola en un banco en el que no tomaba asiento nadie más aparte de ella.

Su banco permanecía vacío, aunque la iglesia estuviera llena a rebosar.

Su banco permanecía vacío, aunque la gente tuviera que quedarse de pie en la nave central.

Lo normal, si tu nuera está a punto de morir desangrada, es llamar a una ambulancia, en cambio, Netta hizo venir a la única persona en la que se atrevía a confiar en una iglesia llena.

Sobre la nuera (la mujer de Frank y la madre de Tom que nunca llegaría a convertirse en la madre de Tom) sabíamos que era alemana: «prusiana», diría mi difunta madre si aún estuviera entre nosotros. Era mayor que Frank, eso también lo sabíamos. Sin embargo, nadie sabía de dónde la había sacado él, nadie la había visto nunca salvo el cura y este solo la había visto dos veces. La primera, cuando los casó un lunes por la tarde en que la iglesia estaba tan vacía que ni siquiera se tomó la molestia de poner más iluminación que la de un par de velas en el altar de mármol, por lo que ellos seis —de nuevo esos seis: el padre Lubbelink, Netta, Charles (que a la sazón era un diablillo de diez años), Johan y Frank (apenas superada la adolescencia), y la alemana— tuvieron que celebrar aquella unión, sagrada y profana en medio de la oscuridad, en el limbo, confiando ciegamente en un futuro que nunca se extendería más allá de lo que alcanzaba la parpadeante luz de las velas.

La segunda vez que el cura la vio fue medio año más tarde, la noche en que Tom Keller llegó al mundo en aquel cuartucho frío mientras

su madre abandonaba ese mismo mundo. El padre Lubbelink no pudo hacer nada al respecto. Ocurrió de sopetón, uno de los calientacamas de hierro cayó al suelo, Frank lo siguió con sus ojos de Keller mientras rodaba por el entarimado. Cuando volvió a mirar a la cama, ya había sucedido. De sopetón, como siempre pasan esas cosas. Tom había nacido, pero en el cuarto seguía habiendo solo seis seres vivos.

A la mañana siguiente, Frank volvió a presentarse en la fundición como si nada hubiese pasado, inconmovible como un haya. En su cara no había ni rastro de duelo por la mujer que había perdido, ni rastro de alegría por el hijo que había ganado. Ni rastro de confusión por el extraño estado de ánimo en que ambas emociones conviven, tropiezan, luchan sin cesar por desbancarse la una a la otra. Aun así, debió de sentirlo todo y, teniendo en cuenta lo que le hizo al padre Lubbelink dieciséis años más tarde (dieciséis años, cuando la impenitente confianza de Netta en el cura volvió a ser, por segunda vez, fatídica para un Keller), debió de culparlo desde el principio, incapaz de canalizar su rabia por la muerte de su mujer hacia su propia madre, y menos aún hacia su hijo recién nacido.

No obstante, hasta que explotó la bomba, durante dieciséis años no se le notó nada a Frank. Siguió yendo seis días por semana a la fundición, donde aquella mañana, el capataz intentó convencerle sin demasiado entusiasmo de que, si no podía mantener la atención centrada en ese tipo de trabajo, existía una elevada probabilidad de que se produjera un accidente —una mutilación o algo peor— que afectara al propio Frank y al resto de los obreros. A pesar de ello, Frank se mantuvo impasible y, con su habitual concentración y seriedad, vertió el hierro hirviente en los moldes y al final del día fue a buscar su paga y volvió a casa. No tenía otra opción. Era el único de la familia que se ganaba el pan honestamente: los otros dos solo sabían robar, conseguían su dinero a base de afanar, contrabandear, estafar, engañar, amenazar, extorsionar, apalear, patear, golpear, estrangular; unos métodos de los que Frank no quería saber nada. Y cada larga jornada de trabajo ponía en riesgo su vida en la fundición de la que era frecuente que se llevaran a los obreros con quemaduras al puesto de primeros auxilios.

Mientras tanto, Netta cuidaba del niño.

Tom creció en un viejo matriarcado, sin una madre que pudiera darle el amor que solo las madres pueden dar, y prácticamente sin un padre que lo controlara. Johan y Charles no podían pedir una presa más fácil.

Convirtieron a Tom en su protegido. En un criado disfrazado de protegido. En el cobertizo, que antes era un establo, pero que ahora hacía las veces de taller donde se arreglaban motos viejas, Tom era el encargado de realizar el trabajo sucio, como desatascar carburadores llenos de lodo o sujetar piezas muy pesadas hasta que le fallaban los brazos o eliminar el barro y la mierda de los rincones más imposibles de la cadena. Los sábados le ordenaban pedalear hasta el pueblo para comprar herramientas: llaves, tuercas, faros o kits para reparar pinchazos. Todas las semanas recorría los mismos kilómetros a través del bosque y los prados, y después de cruzar el brazo del río por el dique de Wolsink, por fin lo veíamos llegar al pueblo en bicicleta y pasar delante de las austeras casas y las dos iglesias y de nuestro bar en la plaza —mugrientos los dedos, la ropa y la frente—, y cada año veíamos cómo la bicicleta que le habían dado a los cinco años se le quedaba un poco más pequeña, cómo sus rodillas se acercaban cada vez más al manillar y, finalmente, cómo con cada pedaleo chocaban con él. A pesar de ello, no le cambiaban la bicicleta y cada sábado Tom Keller volvía a la ferretería para comprar herramientas para la afición de sus tíos.

Se convirtió también en su afición. Tom estudiaba cada movimiento que hacía Johan cuando arreglaba un estárter o desmontaba un embrague mientras murmuraba cosas como saca la boquilla de engrase, saca la bujía, mete el tope de ajuste en el agujero de la bujía, así, de lujo, gira lentamente el cigüeñal hasta que la cara superior del pistón toque la clavija, de lujo, poco a poco, eh, poco a poc... me cago en la hostia, te digo que poco a poco.

En realidad, Johan era el único mecánico con talento; Charles se limitaba a ocuparse de que las motos no se cayeran cuando su hermano llevaba a cabo una reparación, a dar unas vueltas de prueba en la pista de cross una vez completado el arreglo, a maldecir cuando este no había dado resultado y a fumar mucho tabaco de liar.

El trabajo sucio que le encargaban no se limitaba a arreglar motos o

a ir a comprar. Poco a poco se fue ampliando de las motos a otras actividades de sus tíos, de ordenar el cobertizo a limpiar los huesos y las vísceras y otros despojos después del desuello y embalaje de las bestias recién sacrificadas, hasta que culminó en la larga noche de invierno en el bosque en la que Tom mató a aquel conejo; la noche en que Tom decidió, por primera vez, que la vida a la que Johan y Charles hacían frente día y noche con la misma disciplina solemne y silenciosa quizá no fuera la mejor para él.

A la mañana siguiente de aquella noche, cuando Tom se despertó, una tormenta histórica asolaba la región, tal como habían presagiado con su inquietud las bestias del bosque. Histórica para todos excepto para Charles y Johan, que no dudaron en enviar a Tom de nuevo al pueblo, esta vez con el conejo que él mismo había matado (y que Johan se apresuró a meter en una bolsa de papel cuando advirtió que el chaval tenía intención de irse con el animal ensangrentado encajado en el portaequipajes de la bicicleta).

Era un domingo por la mañana. Todo aquel al que se le pregunte lo recordará con exactitud: era un domingo por la mañana y se había levantado una tormenta invernal que imposibilitó la misa matutina y dio al traste con los demás planes. Una tormenta que asoló el camping cerca de Hartelmansegat y arrastró doce caravanas hasta el lago, causando la muerte de una familia de Limburgo y un golden retriever.

A pesar de ello, sus tíos enviaron al chico al pueblo. Tom apenas había dormido y mientras pedaleaba por las sendas del bosque, sus rodillas frotaban contra el manillar; pasó por el lugar donde la noche anterior había descubierto al conejo, la pequeña bicicleta daba bandazos sobre la tierra helada, los guijarros y las raíces. Las ráfagas de viento en su espalda hacían que pedalear fuera más peligroso, pero también más fácil. De vez en cuando, Tom dejaba colgar las piernas, y así evitaba que chocaran con el manillar. Ir en bicicleta sin pedalear. Pensó en las motos de sus tíos que él siempre tenía que arreglar o encerar o lijar, pero que nunca le dejaban conducir. Las motos que siempre tenían el viento de espalda y que avanzaban con la misma facilidad y el mismo peligro que experimentaba él ahora.

Una tarde, se había colado a hurtadillas en el cobertizo para echarle

un vistazo a la Café Racer de Norton que Johan había robado el día anterior en un camión. Tom había empezado observándola con cautela, desde el vano de las destartaladas puertas, sin embargo, se había acercado paso a paso y para cuando se dio cuenta ya estaba encorvado sobre el sillín de cuero. Con las manos agarrando el manillar y los ojos cerrados se imaginaba circulando por la carretera desierta, entre los maizales, cada vez más rápido, hasta que el maíz que lo rodeaba se convertía en una bruma verde amarillenta, en un túnel de luz que lo aspiraba hacia otro mundo a una increíble velocidad. Tom giraba con fuerza a izquierda y derecha, y en las curvas se descolgaba con todo su cuerpo, tal como había visto hacer tan a menudo en las revistas de deporte a grandes motociclistas como René Baeten y Jan Clijnk. Siguió inclinándose, más y más, hasta casi tocar el suelo, balanceó su cuerpo al otro lado y cayó con moto y todo, atravesando su espejismo, hasta dar contra el frío suelo de hormigón.

Todo el peso de la Norton le aplastaba el muslo, Tom no podía moverse. Así se pasó una hora en el cobertizo pidiendo ayuda a gritos, hasta que Johan acabó encontrándolo, lo liberó y luego a modo de castigo lo encerró durante el resto de la tarde en el sótano; allí, Tom tuvo que taparse los oídos con las palmas frías para no oír cómo Charles lo chinchaba arañando la puerta del sótano y repitiendo sin cesar que se lo comerían los caracoles.

Después de aquella experiencia, Tom no volvió a intentarlo y durante largo tiempo tuvo que arreglárselas sin esa sensación de libertad, hasta el día en que corrió por el bosque con la tormenta en la espalda. Quería que el fuerte viento impulsara su bicicleta, por encima de los árboles, más allá del pueblo, hacia un lugar donde las personas no se vieran oprimidas por el yugo cotidiano, no se vieran obligadas a asesinar bestias ni a dejarse quemar vivas por el hierro candente.

El conejo que llevaba en el portaequipajes era para el padre Lubbelink que, casi cada semana, encargaba bestias a la familia; pero el cura no llegaría a recibir nunca ese conejo. ¡Oh!, ciertamente hubo una iglesia y una casa parroquial y un niño de nueve años que consiguió llegar, con una oreja ensangrentada y una bicicleta rota y un conejo muerto en la mano izquierda, y que llamó

a la puerta, pero no fue el cura quien le abrió.

Tom llamó a la puerta de la casa parroquial, después de haber arrastrado la bicicleta durante tres cuartos de hora, esperando encontrarse con un hábito blanco, un vaso de limonada y un rostro conocido (el mismo que odiaba su padre, aunque eso todavía no lo sabía entonces), un rostro amable al que le pudiera contar cómo una ráfaga de viento lo había empujado contra un gran roble en el bosque, cómo le había desgarrado la oreja y le había torcido tanto la rueda delantera que ya no se podía pedalear con ella. Sin embargo, lo que apareció detrás de la pesada puerta no fue una cara conocida ni amable.

Tom no lo comprendía. No sabía que se encontraba en la iglesia equivocada ni que, desde siempre, el pueblo había tenido dos comunidades religiosas. No sabía nada de la frontera entre católicos y protestantes de este país, la que todo el mundo dice siempre que forma una línea horizontal perfecta a lo largo de los ríos de Brabante, si bien en realidad es mucho más irregular y extensa. Sin tener en cuenta los enclaves católicos septentrionales, hay una especie de frontera que sube en diagonal desde el sur de Zelanda hacia el río Mosa y después sigue hacia el este, cruzando el río IJssel hacia Alemania, atravesando ciudades y pueblos como el nuestro, como un muro que, sin necesidad de alambradas ni de un Checkpoint Charlie, ha abierto una brecha entre sus habitantes, los ha aislado y los ha enfrentado unos con otros, justo en esta zona fronteriza. Por eso nosotros, los papistas apostólicos y romanos, celebramos la feria y el carnaval como el que más, mientras que ellos, los calvinistas, con sus medias negras mantienen las cortinas pudorosamente cerradas; por eso, según nuestro cura, es mejor que nuestro hijo no regrese a casa si sale con una de sus hijas, por eso ellos miran recelosos cómo los papistas apostólicos y romanos criamos familias con doce, trece, catorce retoños (y cómo el cura se apresura a llamar a la puerta y pedir explicaciones si, debido a un aborto o una enfermedad u otra desgracia, pasa un año sin que se haya engendrado a un nuevo bebé). Por eso, en resumidas cuentas, cada pueblo de aquí siempre ha sido o muy católico o muy protestante, o —como en nuestro caso— ha permanecido irreconciliablemente dividido.

Dos iglesias. El pequeño Tom con sus nueve años no lo sabía. No obstante, nunca más lo olvidaría, a partir del momento en que se abrió la puerta y apareció el pastor protestante con aquellas manazas y la típica mirada de qué-estoy-oliendo-ahora que irradiaba tanto autoridad como impaciencia, y el pobre niño que, a pesar de que no lo reconocía, alargó la mano y, con las mejores intenciones, sacó el goteante conejo de la bolsa y lo sostuvo delante de las narices del pastor, al que no llamó reverendo sino padre, padre Lubbelink por supuesto, y aún antes de poder pronunciar otra palabra recibió dos bofetadas en la oreja ensangrentada de las manos más grandes que había visto nunca.

Las palabras del pastor se mezclaron con el viento furibundo y pasaron silbando por las orejas de Tom como fragmentos sueltos hacia la calle vacía antes de que él las recompusiera hasta formar frases comprensibles. qué dices padre, de padre nada a mí no me vengas con bestias cazadas ilegalmente, chusma más que chusma. Y dicho esto, le cerró la puerta en las narices.

Tom dejó caer el conejo al suelo, se apretó la mano contra la oreja para atenuar el dolor. Tenía el cordón del zapato suelto. Miró su bicicleta inútil que ahora estaba tirada en plena calle, la había tumbado una ráfaga de viento. Era imposible llevarse a rastras aquel trasto todo el camino de vuelta a casa, imposible regresar a casa caminando con semejante tiempo, con o sin bicicleta rota en la mano.

Y, en aquel momento, mirando el conejo y su bicicleta sobre los adoquines mojados, sumó uno y uno, y se le ocurrió la idea de coger ambos objetos inertes y llevarlos al reparador de bicicletas, ofrecerle el conejo como pago y la bicicleta para que la reviviera. Y así lo hizo.

Por fuera, la tienda parecía oscura y vacía, como todos los comercios de todos los pueblos en domingo. Tom palpó el pomo de la puerta de cristal, contuvo la respiración, empujó con cuidado y suspiró aliviado cuando la puerta se abrió. El viento hizo el resto; arrancó el pomo de su mano y abrió la puerta de par en par, mientras estrellaba a Tom contra el alféizar de la ventana contigua

haciendo temblar el cristal. Apartó la cabeza, temeroso de que los caracteres menger e hijos bicicletas le estallaran en la cara. El cristal se quedó en el marco. Tom se palpó la oreja y se miró los dedos, había dejado de sangrar.

Metió su bicicleta dentro a empujones y con la vista recorrió la silenciosa tienda que siempre estaba llena de bicicletas, viejas nuevas grandes pequeñas de mujer y de hombre, todas juntas sin un sistema claramente reconocible. En la esquina de la pared colgaba un puñado de carteles descoloridos, solapados como si Menger hubiese tenido la idea de llenar toda la pared con ellos, hasta que la vida se interpuso demasiado impidiéndole completar su proyecto. En uno de los carteles se veía a un niño de pelo negro y pantalón corto, que pedaleaba sonriente por el bosque. con su gaselle, reina de las bicicletas, peter no nota ni los clavos ni las chinchetas. Clavos en el bosque. Seguramente, cerca de Peter también se despellejaban animales.

Tom cruzó la tienda tirando de su bicicleta. La bolsa de papel en el portaequipajes había empezado a gotear y dejaba tras de sí un rastro de sangre en las baldosas. En la trastienda había un pasadizo que daba a otra sala —una que olía como el cobertizo de Johan y Charles— donde dos bicicletas colgaban del techo con cadenas. Al lado de la mesa de trabajo, Tom vio un ciclomotor, así como herramientas esparcidas por todas partes. En el rincón, un viejo sofá de piel en el que dormía un hombre que a todas luces no contaba con que un cliente se acercara a su tienda.

Tom se sacó los calzoncillos de entre las nalgas y dio un paso al frente, intentó no hacer ruido, pero tropezó con el cordón del zapato y acabó cayendo con la bicicleta al suelo del taller. El reparador de bicicletas se despertó de un sobresalto.

¿qué diablos haces?

El hombre se incorporó y se frotó los ojos. Sacó una caja de cigarrillos del bolsillo de su mono. A Menger sénior nunca se lo veía sin un cigarro entre los dientes. Era un hombre corpulento aquejado de una intensa tos que cada pocos minutos sacudía su voluminoso cuerpo. (Un constante recuerdo al hecho de que hacía años que debería haber dado un paso atrás y dejar el negocio a su hijo. Sin

embargo, es sabido que algunas personas son más tozudas que su cuerpo, y Menger seguiría al frente de su establecimiento hasta el día en que Mientje Diepink se lo encontró tendido en el sofá de su taller y ya no pudo despertarlo).

Menger carraspeó, encendió un cigarro Justus van Maurik y miró con indiferencia al niño que tenía delante.

chico, hoy ando muy atareado.

Tom se puso en pie, sacó la bolsa del resorte del portaequipajes y se la dio al hombre. Cuando Menger miró dentro, mudó la expresión y pasó de irritado a sorprendido, a ilusionado, incluso esbozó una sonrisa y ni siquiera parecía molesto por las gotas de sangre que caían más y más sobre su mono. La cabeza de la bestia había quedado destrozada por la bala del Lee-Enfield, pero el resto del cuerpo estaba prácticamente intacto. Era un ejemplar grande. Menger se lamió el labio superior.

es justo lo que me apetecía.

El hombre se levantó y dejó la bolsa ensangrentada en el alféizar. Apoyó los puños en la repisa de madera para hacer frente a un intenso ataque de tos y, con cada convulsión, su papada se movía a uno y otro lado. Cuando Menger acabó de toser, se volvió y miró la bicicleta.

veamos qué puedo hacer por ti.

Sacudió varias veces la rueda delantera, pero esta no se movió.

tan torcida como una furcia, gruñó detrás de su cigarro.

Tom contempló el taller, las bicicletas que colgaban de cadenas y el ciclomotor junto a la mesa de trabajo. Era una Mobylette Kaptein, de al menos diez años. Estaba cubierta de barro, tenía un faro roto y un bastidor que, pese a estar oxidado, aún parecía resistente. Un desecho para la mayoría de las personas, un tesoro para un Keller. La bujía y el volante de inercia yacían en el suelo al lado del ciclomotor, los contactos del ruptor estaban conectados al transformador con dos abrazaderas como Tom había visto hacer

algunas veces a sus tíos. Alguien había intentado arreglar la ignición.

Detrás de él, Tom oyó que Menger le daba un buen meneo a su bicicleta.

mira, puedo ponerle una rueda nueva, pero la cadena ya está oxidada, los frenos desgastados y si no me equivoco este trasto es demasiado pequeño para ti.

Tom se acercó a la Mobylette y accionó lentamente el motor. Los contactos se abrían y cerraban como debía ser. Miró la lámpara en el transformador para ver si se ponía a parpadear. Pero no se encendió.

esa mobylette también está lista para el chatarrero, dijo Menger. Dio una gran calada a su cigarro y observó al niño con expresión divertida. ¿entiendes de esas cosas o no?

Tom se encogió de hombros. En la mesa de trabajo había un trozo de papel de lija, lo cogió y empezó a limpiar los contactos del motor. Según Johan, aunque casi nunca es una solución, tampoco hace daño. El reparador de bicicletas emitió un sonido que Tom no pudo decir si era una risa o un carraspeo y alzó la vista.

tengo una idea, dijo Menger, si consigues arrancar este ciclomotor, puedes llevártelo a casa y yo veré si puedo alegrar a un párvulo con tu bicicleta.

Menger se sacó los zuecos y volvió a tumbarse en el sofá.

pero no pienso ayudarte, chaval. ando muy atareado.

Tom limpió con la lija los contactos del motor, volvió a sujetar el volante y comprobó la bujía, que produjo una bonita chispa azulada. Atornilló la bujía e intentó arrancar el motor. Nada.

hazme caso, ese trasto tiene más problemas aparte del encendido. me he pasado ya dos horas intentando arreglarlo y han sido dos horas perdidas.

Menger sacó otro Justus van Maurik de la caja y lo encendió con la

colilla del cigarro del que ya no quedaba prácticamente nada.

Dos horas perdidas. Tom tenía mucho más que perder que dos horas. Revisó todos los cables, los soltó uno por uno, los limpió y los volvió a conectar. Cable de aceleración, cables de embrague, cables de frenado, pronto dejó de importarle si tenían que ver o no con el arranque o no arranque del motor. Era tal su fervor que no se había percatado de que el hombre tumbado en el sofá se había quedado dormido hacía ya rato.

Y de pronto, cuando se disponía a montar de nuevo el cable de gas que acababa de limpiar en el bloque de cilindros, justo entonces lo vio: el cable del embrague y el del gas estaban montados al revés. Tom sonrió. Quien hubiese manipulado aquel ciclomotor era un chapuzas en comparación con sus tíos y él. Tom desconectó el cable del embrague y con sumo cuidado lo colocó todo en el lugar que le correspondía. Se sentó en el ciclomotor y le dio con fuerza a la palanca de arranque.

Por segunda vez aquel día, el reparador se vio sacado bruscamente de su sueño por el joven que se había colado en su taller. Se sobresaltó y tuvo un ataque de tos que sacudió todo el sofá. Tom volvió a apagar el ciclomotor, pero permaneció sentado encima, con las manos en el manillar, sin intención de soltarlo nunca más.

El reparador se puso los zuecos y se acercó al niño arrastrando los pies. Cuando su cuerpo se interpuso entre Tom y la lámpara del techo, el taller se quedó a oscuras durante unos instantes. Agarró el manillar e hizo una mueca.

maldita sea, pienso mantener mi palabra.

Menger indicó a Tom que se apeara. Juntos sacaron el ciclomotor del taller, cruzaron la tienda y salieron por la puerta principal. La tormenta había amainado, empezaba a oscurecer. El aire olía a piedras húmedas y hierbas de invierno.

abre del todo el estárter, arranca y lárgate. después de diez segundos, ciérralo a la mitad y después de unos kilómetros puedes cerrarlo del todo. ¿sabes cómo funciona un taqué?

Tom tenía la sensación de que ningún libro de mantenimiento, ningún catálogo de Kaptein del mundo podía contener una sola palabra que él no conociera sobre esta Mobylette. Su Mobylette. Él era el único que había logrado resucitar a aquella máquina. Pisó el estárter, dio gas y avanzó unos metros. El motor se apagó y Tom dio con sus huesos en el suelo: lo sabía todo sobre la Mobylette, salvo cómo conducirla.

Oyó a Menger reírse a su espalda. ahí dentro dabas la impresión de entender bastante.

Tom volvió a subirse al ciclomotor, se secó un moco del labio superior. Abrió el estárter, arrancó la Mobylette y escuchó el borboteo del motor antes de darle gas poco a poco. Era el sonido más hermoso que había oído nunca. El ciclomotor volvió a avanzar de golpe, pero esta vez Tom se mantuvo sobre él. A modo de despedida tocó la bocina sin volverse y enfiló la calle principal lo más rápido que pudo, salió del pueblo, hacia la estrecha carretera de Rietmanpad bordeada de plantas que la helada había cubierto con una mortaja blanca, de álamos y nogales y hierba mora hacia los interminables prados.

Después de todas las cosas que no tenía en común con sus tíos, por fin había una con la que podrían entenderse. Estaba impaciente por ver las miradas de Johan y Charles cuando les mostrara su nueva adquisición. En ese mismo instante comprendió que, seguramente, aquellos dos le confiscarían de inmediato el ciclomotor, se lo quedarían ellos o lo venderían después de hacerle algunos apaños superficiales.

Por ello, decidió no contarles nada sobre aquella tarde, ni sobre el pastor, ni sobre Menger y menos aún sobre su genial Mobylette Kaptein. Escondería su nuevo ciclomotor en el bosque antes de llegar a casa. Diría que había perdido el conejo y como castigo recibiría una terrible paliza, lo encerrarían en el sótano, lo llamarían hijo de puta y, por enésima vez aquel día, le reventarían la costra que tenía en la oreja, pero él guardaría su ciclomotor.

La Mobylette vibraba sobre el suelo desigual. A Tom le pesaban los brazos y el viento helado le cortaba las mejillas y, no obstante, no podía imaginarse que existiera nada más hermoso en esta vida.

Siempre la tormenta en la espalda. Ir en bicicleta sin pedalear.
Siguió avanzando a una velocidad de rugido hacia una vocación que implicaría tanto su salvación como su perdición.

1 de enero

Isa hubiese querido saltarse este día. Este día que ni siquiera es un día de verdad, y que, como todo comienzo de un año nuevo, debería pasar de largo como una melodía lejana, un fade in y un fade out alternado con unos pocos trazos improvisados. Y hubiese preferido verlo pasar desde una gran distancia amortiguada por una almohada tapándole la cabeza, la puerta bien cerrada con llave y el teléfono descolgado. Así, no habría recibido nunca aquella llamada. Y ahora no estaría sentada en el coche esperando a recobrar el control de su respiración y a que desapareciera la condensación en el parabrisas opaco y no se estaría preparando para realizar el trayecto que ha tenido miedo de recorrer desde que se mudó a la ciudad.

Este día de Año Nuevo empezó como debía ser, con el fade in imparcial, la intro de un disco que solo empieza de verdad a partir del segundo tema. Con el denso rocío de la mañana desaprovechada, las improvisaciones para conseguir comida, una vaga curiosidad sobre los inexplicables enigmas de la víspera —vasos llenos de colillas al lado de ceniceros llenos de bebida, bolsas de patatas fritas abiertas a las que no parece faltarles ni una patata, sándwiches de manteca de cacahuete y de queso a los que solo les falta un bocado—, Isa se adormece antes de conseguir dilucidar estas y otras cuestiones, deja los platos sin fregar y el piso sin aspirar, se masturba más de lo habitual, mordiendo la almohada hasta sentir dolor de mandíbula. El miedo al mañana, el deseo de volver a la embriaguez de ayer, cuando la bebida aún la hacía levitar y no la hundía en un pozo profundo. La jaqueca que le recuerda que su mejor amiga le lanzó una botella a la cabeza cuando daban las doce.

¿Era eso lo que había sucedido de verdad?

Isa pensó que debía llamarla. Ahora. Más tarde. En cuanto lograra abrir los ojos sin que le estallara el cráneo. Poco importaba cuál de las dos se disculpara antes —una por su deslealtad o la otra por su respuesta acaso demasiado violenta—: de todas formas, Isa sabía que ella sería la primera.

Pensándolo bien, aquella era una manera deliciosa de empezar el

día: autocompadeciéndose entre las sábanas malolientes, sola con sus problemas.

El sol se colaba entre las polvorientas lamas de la persiana: cuando tocara las cuencas de los ojos de la calavera de Van Gogh en la pared de enfrente habría pasado gran parte de la tarde, ahora estaban justo debajo de sus costillas. Isa se estiró y fue al cuarto de baño, sentía la cabeza como un bloque de hormigón. Vomitó dos veces bajo la ducha. Mientras se lavaba el pelo, esperaba de alguna manera que el champú que le descendía desde la coronilla por el cuerpo se tiñera de rojo oscuro, al menos de rosa, sin embargo, la espuma seguía siendo blanca, y en la piel del cráneo no descubrió cicatrices ni costras. Tal vez, la botella de cristal no le había dado en la cabeza, tal vez solo le doliera el cerebro, la vida. Tal vez, aparte de su amistad con Erva, no se hubiese roto nada la noche anterior; la noche que ella veía estallar en mil pedazos en su mente. Isa ni siquiera recordaba cómo había vuelto a casa.

Cerró el grifo de la ducha, sintió escalofríos, cogió las primeras prendas que encontró en la cesta. Unos vaqueros descoloridos y la sudadera de animal liberation front de Erva. La ropa desprendía un olor ácido, solo después de haberse vestido por completo se percató de que era lo que llevaba puesto la noche anterior. Qué más daba, de todos modos no pensaba ir a ninguna parte. Isa llenó una botella de 7up con agua para tragarse un puñado de paracetamoles.

La luz anaranjada del sol bañaba la calavera, la coda de la tarde era un hecho.

Ya no le quedaba hachís y no tenía la menor intención de comprar más. En serio. Isa subió la persiana y sintió una necesidad casi religiosa de recoger el caos que había sobre la mesa del salón, fregarlo todo y empezar de nuevo. Estaba a medio camino cuando levantó el cenicero de hierro fundido que se había llevado de su casa paterna; se quedó parada un instante al ver los dos grandes ojos que surgieron de debajo del cenicero y que ahora la miraban fijamente desde la mesa del salón, juzgándola, ampliados y en un blanco y negro sin matices sobre la cubierta de papel del último Cleangrrrls. Hizo caso omiso del regusto amargo en su boca, se dejó caer en el sofá y cogió el fanzine de la mesa. Erva, Erva Arslan.

Desde su primer encuentro, en aquel puente, Isa quedó impresionada por el sentido de la elegancia de Erva; en comparación con muchas revistillas tópicas, caseras y mal fotocopiadas, Cleangrrrls es un compendio de buen gusto. Unas emulsiones serigráficas palpables sobre un papel fino reciclado; unas fotografías bellamente iluminadas de la creadora; unos hallazgos tipográficos que superaban con creces las fuentes poco imaginativas de WordPerfect y, lo más importante, unos contenidos que rehuían siempre las típicas entrevistas a bandas en un inglés precario. Erva es más una ensayista, alterna los artículos sobre los derechos de las mujeres, los animales y las minorías con historias personales, historias sobre la vulnerabilidad de una chica multicultural que intenta mantenerse en pie en una subcultura que, pese a todas las buenas intenciones, sigue estando dominada por chavales monoculturales. Aunque también contienen historias que rellenan las lagunas que deja Erva en las entrevistas. Algunas personas harían mejor en medir, escribir, releer e imprimir sus palabras antes de confrontar a la humanidad con ellas. Cada vez que hojea la revista, Isa revive los momentos más hermosos y los más terribles de la adolescencia de Erva. En su artículo, Erva habla de su ateísmo y de las innumerables veces que ello suscitó un enfrentamiento con su padre, cuenta la historia de sus progenitores que a su vez estaban atrapados entre las normas de su país de origen y las de la comunidad del pequeño barrio al que habían emigrado y donde todo les parecía más opresivo e imperativo. El piso que estaba siempre lleno de personas que se presentaban así sin más a tomar el café, pero que nunca lo hacían realmente por pasar un rato agradable; sus padres que se arrodillaban cinco veces al día con creciente desgana, no porque ya no creyeran, sino porque, con tanto control social, lo sentían menos como una elección y más como una obligación. Isa había leído un montón de veces cómo Erva se dejó convencer por un conocido para dejar atrás aquel apartamento y aquel barrio e irse a vivir a una casa okupa. A la sazón tenía quince años. El prometido refugio resultó ser una vieja y sucia estación de bomberos repleta de yonquis y punks a los que se les llenaba la boca de anarquismo y revolución, pese a que, en realidad, no hacían más que emborracharse con cerveza Schultenbräu y pelearse en torno a nuevos dogmas. Ella compartía una habitación con un pastor alemán esquelético llamado Crash. Durante las noches buenas, Erva dormía en un colchón en el suelo,

durante las malas, se acostaba en el suelo porque Crash se había meado en el colchón. Una sucesión de decepciones, con solo sus principios a los que aferrarse, unos principios que lograba poner en práctica gracias a las lecciones que había aprendido en casa sobre una estricta disciplina y abstinencia (a diferencia de los inútiles con los que estaba condenada a convivir en aquella estación de bomberos). También más tarde, cuando hacía mucho tiempo que había dejado atrás aquel mísero colchón, el mundo siguió decepcionando a Erva de todas las maneras posibles. Ahora era Isa quien la decepcionaba.

Debía llamarla.

Primero un cigarrillo. Isa sacó unos florines de entre los cojines del sofá y buscó sus Dr. Martens; encontró una junto a la puerta de entrada y la otra debajo del calefactor, ambas salpicadas de manchas ácidas. ¿Quién había sido el guarro que había vomitado anoche sobre sus botas? En el ropero encuentra un par de All Stars, una de ellas seguía teniendo incluso la suela bien pegada. Se puso el abrigo y tras un momento de titubeo abrió la puerta de su cuarto, un acto casi simbólico en un día como este que no era un día de verdad, una forma de decir: «sí, estoy preparada, para el año, para el mundo fuera de esta habitación, para mucho más que este pequeño paseo hasta el estanco». Y para demostrarse a sí misma lo receptiva que era al mundo exterior, antes de salir del cuarto volvió a colgar el auricular del teléfono, el auricular que empezó a sonar antes de que le diera tiempo de cerrar la puerta tras de sí.

La llamada. No era el sonido del aparato lo que le provocaba a Isa punzadas en el vientre, sino los silencios intermedios, los momentos de esperanza de que llegaría demasiado tarde para asumir todas las responsabilidades que acababa de imponerse, el temor de que esa esperanza se desmigajara con el sonido de un siguiente timbrazo. En el cuarto silencio descolgó el auricular.

—¿Erva?

—¿Mande?

—Oh, perdona. Soy Isa.

—Entonces, ¿por qué dices Erva cuando descuelgas?

Sabía quién era, claro que lo sabía, casi nadie tenía su número de teléfono. Isa suspiró, se desabrochó el abrigo.

—Hola, mamá, feliz Año Nuevo.

—Niña, ¿por qué no descolgabas? Llevo llamándote desde anoche.

—¿Todo bien?

Isa se oyó a sí misma hacer la pregunta superflua de la que, a partir de cierta edad, las personas creen saber la respuesta antes de formularla, pese a que la alarma suele ser falsa. En cuanto uno de sus progenitores aparece de improviso al otro lado de la línea, se preparan para recibir esa noticia por la que de repente deberán apartar todos sus planes y dificultades a fin de dejar sitio para ese problema monumental: esa o aquel está en el hospital, fulanito o menganito ha muerto. Es solo a partir de una determinada fase de la vida —cuando están a punto de alcanzar la edad adulta— que la mayoría de las personas desarrollan un sentido adicional para ese tipo de llamadas; Isa la llevaba esperando desde hacía cuatro meses, cuando había visto desaparecer en su retrovisor la lluvia azulada de flores marchitas en la granja de sus padres. La imagen del retrovisor se fue haciendo más pequeña, pero nunca acabó de desaparecer del todo, permanecía siempre al acecho escondida en un rincón de su cabeza, esperando ese momento de descuido para exigirle su atención con el estruendo de todos los teléfonos del mundo: «ahora escúchame bien, ha sucedido algo mientras estabas fuera». Pues claro que no todo va bien. Una persona a la que amas ha sido arrestada, ha sido maltratada, alguien va a divorciarse.

O «no consigo encontrar a tu padre por ningún lado».

—¿Qué dices?

—Papá ha desaparecido.

—Espera un momento. ¿Cómo?

—¿Mande?

—¿Que adónde puede haber ido? No puede andar muy lejos.

—Niña, no lo sé.

A Isa le daba vueltas la cabeza. Miró afuera, el cielo sobre las casas señoriales había oscurecido. En el este parecía haber tormenta eléctrica.

—Tal vez se haya ido al bar Ter Woerd. Hoy hay fiesta de Año Nuevo, ¿no?

—Ayer ya no estaba.

—Entonces, ¿desde ayer? ¿O desde hace más tiempo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Yo estaba currando.

Isa tenía la sensación de que caía, pero estaba decidida a no dejar que eso sucediera, a no dejar que la noticia la afectara tanto. Como si de alguna manera fuera culpa suya haber dejado solo a su padre. Y era cierto que aquel hombre que apenas podía cuidar de sí mismo estaba solo; solo con un tío que no le servía de nada a nadie, con una mujer que, más que nada, cuidaba de otras personas, durante turnos de día y turnos de noche enteros, durante fines de semana enteros. Su padre. El hombre que nunca iba a ninguna parte, que apenas podía caminar sin ayuda.

Aquel hombre se las había apañado de algún modo para perderse.

—¿Niña? —oyó decir a su madre. El sonido parecía proceder de mucho más allá de la atmósfera.

—¿Sí?

—¿Puedes venir?

Isa cerró los ojos en busca de otra sensación. La ventanilla del coche abierta, la granja que desaparecía detrás de ella, el reflejo del sol

sobre el brazo del IJssel, el olor de la madreselva. Negó con la cabeza, no era culpa suya, no era responsabilidad suya. Se supone que los padres deben salvar a sus hijos, no al revés, así es en todas partes, así funciona con todo el mundo.

El siguiente tema se titula: no puedo ayudarte.

Isa se apretó el puente de la nariz, chasqueó la lengua.

—Ya me he puesto el abrigo.

—Vale. Aju.

La nieve de ayer se ha convertido en una papilla helada; lo que antes era blanco es ahora gris pálido, en algunos lugares marrón sucio alrededor de las huellas de los neumáticos. El coche patina por las calles estrechas y vacías, roza de vez en cuando una bicicleta mal aparcada o el retrovisor de otro vehículo, sin la ayuda de dirección asistida o frenos abs. Basta con dar frenazos cortos, le había dicho el anterior propietario. Cuando por fin consiguió ahorrar suficiente dinero, Isa puso los ojos en un Toyota Corolla, pero su padrino la convenció de que no lo hiciera («mejor un alemán que un japo») y a través de sus contactos le había conseguido un Opel Kadett marrón rojizo que no necesitaba muchos arreglos. La calefacción apesta, la guantera vibra y en el casete hay atascada una cinta del grupo Normaal; a estas alturas, Isa puede soñar las letras de Alie y Zieuwentse Karmis, a veces literalmente, cuando, después de un largo viaje, sigue oyendo en su cabeza la voz de Bennie Jolink durante toda la noche. El coche tiene los mismos años que ella, un dato estúpido que le hizo sentir un cariño inmediato por él, y se emociona cada vez que lo deja aparcado al borde de la ciudad, en el barrio donde todavía se puede estacionar gratis. Siempre le pareció obvio que tendría un coche cuando cumpliera los dieciocho, una de las muchas cosas que en su nueva ciudad resultaron no ser en absoluto tan obvias, sino más bien exóticas; casi ninguno de los que conoce tiene coche, de todas formas, aquí no sirve para nada, solo es un motivo de preocupación. ¿He cerrado bien las puertas, no he dejado nada a la vista, he apagado los faros? También hoy, después de caminar durante media hora con dificultad por la nieve, ha exhalado un suspiro de alivio al encontrárselo intacto, con la cerradura ni siquiera congelada y la

batería aún llena. Solo ha tenido que rascar un poco el hielo.

Padre no puede andar muy lejos. No con su pierna.

Durante los partidos de fútbol que jugaba de niña con su padre en el patio, improvisando la portería entre dos toperas, ella era la más rápida de los dos y él la seguía cojeando (siempre bien abrigado como un hombrecillo Michelin, porque es friolero); a cada paso, su pierna mala avanzaba trazando una curva, porque se mantenía rígida como un palo y no se doblaba como las piernas de los padres normales, su pierna dura, esa cosa de plástico que crujía como si fuera de madera y que por las noches, antes de acostarse, él se quitaba con un gemido y guardaba en posición vertical entre la cama y la mesilla de noche, ese utensilio rebelde al que insultaba y maldecía tan a menudo pero del que no podía prescindir. Puesto que, por muy lento y torpe que fuera su padre con aquella cosa (y que a decir verdad sigue siendo, incluso después de todos los años que ha tenido para acostumbrarse), sin pierna ni siquiera llegaría al umbral sin darse de bruces contra las baldosas.

En una ocasión, hace muchísimo tiempo —Isa ya no recuerda cuántos años cumplía su padre aquel día—, ella quiso darle una sorpresa decorando la sala de estar con guirnaldas y dibujos en los que había escrito con grandes letras hurra qaqa (acababa de aprender a escribir, aún no sabía de qué lado debía ir el palito de la pe). Para asegurarse de que su padre no descubriera la sorpresa antes de que estuviera lista, se coló en el dormitorio paterno y con sumo cuidado se llevó la pierna a la planta baja, la escondió detrás del zócalo suelto de la cocina. Casi había acabado cuando oyó que su padre se despertaba en el piso de arriba, oyó su pavor y su confusión seguidos del pavor y la confusión de su madre, y decidió devolver deprisa aquella cosa antes de que se pusieran a discutir. Su madre quería darle un cachete, sin embargo, a padre le pareció hilarante y, cuando vio las decoraciones en la sala de estar, estrechó a Isa entre sus brazos, apretándola contra la pierna buena y le hizo saber que nunca se había sentido tan cumpleañero. Madre salió de la habitación con el ceño fruncido.

En los años siguientes, Isa escondía la pierna cuando quería sorprenderlo con algo, aunque lo hacía solo cuando madre tenía un turno de fin de semana. Si padre se despertaba temprano y

descubría que su pierna no estaba junto a la cama, se encogía de hombros y daba media vuelta, deleitándose de antemano al pensar en los crujientes panqueques de trigo sarraceno o en el café fresco o los huevos fritos con beicon que ya podía oler a través del entarimado.

Llegó un momento en que Isa empezó a jugar al fútbol sin él, se había apuntado al equipo femenino como defensa derecha, tirones de pelo, rodillazos. Muy de vez en cuando él iba a verla, siempre que se sintiera bien y dispusiera de un medio de transporte, aunque lo normal era que se quedara tumbado en la cama. Una mañana, Isa estaba en la cocina, acababa de precalentar el horno con intención de sorprender a su padre con panecillos alemanes calientes, cuando le echó un vistazo al calendario de partidos adherido a la nevera y descubrió con horror que el encuentro que jugaban fuera de casa aquel día se celebraría por la mañana en lugar de por la tarde. Presa del pánico, metió las enfangadas zapatillas de fútbol, el uniforme y las espinilleras en la bolsa de deporte y saltó sobre la bicicleta para llegar, jadeando y justo a tiempo, al punto de encuentro, donde el equipo se repartió en cinco coches para cruzar el río IJssel. A pesar de que las robustas chicas del equipo rival eran repelentes y jugaban sucio, el equipo de Isa consiguió dominarlas y en el descanso iban ganando por 2-0. Hasta bien entrada la segunda mitad, Isa no cayó en la cuenta de que había abandonado a su padre a su suerte, con su pierna escondida detrás del zócalo de la cocina, él postrado en la cama, una situación contra la cual ella no podía hacer nada hasta que acabara el partido y el equipo volviera al pueblo. A partir del momento en que se dio cuenta de ello, su concentración desapareció por completo, el temor colonizó su mente como una furiosa plaga de langostas sobre los campos de cultivo. En los últimos minutos cruciales, dejó pasar en tres ocasiones a una rival, perdieron el partido, tras lo cual, en el vestuario, no la tildaron de inútil, pero sí tuvo que soportar un hosco silencio, un silencio tortuoso que se alargó durante el interminable camino de vuelta. Al final de la tarde, cuando por fin llegó a casa, Isa se encontró a su padre en el suelo del cuarto de baño, con el pantalón del pijama medio bajado, rodeado de un penetrante olor a meado. Había caído rendido a escasos dos metros del inodoro. Isa se disculpó entre sollozos. Le colocó la pierna y lo puso debajo de la ducha, nunca más volvería a darle una sorpresa.

Aquella misma semana, se dio de baja en el equipo de fútbol.

Ese hombre se las ha arreglado ahora para perderse. Debería haberlos llamado más a menudo, mucho más a menudo, por mucho que le costara. Los primeros meses lo había hecho, unas cuantas veces, eran conversaciones incómodas en las que ninguna de las dos partes contaba nada nuevo; sin embargo, desde que la compañía telefónica había cambiado todos los prefijos en el marco de la «Operación Decibelio», le parecía demasiada molestia calcular el nuevo número de sus padres y aprendérselo de memoria. ¿Cuándo fue eso? En octubre. Hacía tres meses.

El coche pasa delante del Palacio de Congresos, detrás, en algún lugar, el Beurskrach está gimiendo después de una noche libertina. Isa ya echa de menos sus problemas: el chico ante el cual se ha puesto en el mayor de los ridículos, el plazo para salvar sus estudios, la amiga con la que seguramente lo ha echado todo a perder para siempre. Incluso echa de menos su dolor de cabeza, ni siquiera se ha percatado de que había desaparecido, lo único que le queda de su resaca es el cansancio y la desazón. Así es la vida: deseas algo, suplicas y ruegas para conseguirlo y antes de que el universo te lo conceda por fin vuelves a estar pidiendo el siguiente deseo de rodillas. No hay redención, vivimos de un anticlímax al siguiente.

Los retazos de la víspera empiezan poco a poco a formar un conjunto lógico. El pulular de abrigos negros, el estruendo, el pastor alemán tembloroso debajo de la barra, la mano de Jop Kistemaker en su pantalón. Isa no comprende su propia reacción o, mejor dicho, la ausencia de reacción. Antes, en casa, tenía agallas, era valiente y fuerte y no se rendía cuando las cosas se ponían feas, cuando sus compañeros de clase la reducían a ser un miembro más de aquella maldita familia, una fracasada más. En cuanto otros padres oían su apellido, prohibían a sus hijos jugar con ella. Parece otra vida: los silencios en el fútbol, los rumores en el vestuario de secundaria, Dayenne Töttink que la esperaba junto a la verja e intentaba tirarla de la bicicleta a patadas, las calumnias escritas en las puertas de los aseos o el día en que Isa cogió su abrigo y descubrió que alguien le había metido una rata muerta en la capucha. A pesar de todo, ella seguía luchando: lo hacía en el patio

de la escuela, en la piscina, en la pista de baile, contra docenas de Dayenne Töttink y de prototipos de Jop Kistemaker. Es increíble cómo en los últimos meses ha ido perdiendo su arrojo y su fuerza, cada vez que mentía y se hacía pasar por quien no era, cada vez que escondía su acento, cada vez que asentía cuando Erva afirmaba algo con lo que ella no estaba necesariamente de acuerdo. Isa se ha vuelto cada día un poco más blanda, frágil y podrida como el hormigón del edificio okupa.

Isa siente sus párpados pesados, su boca seca. Aprieta el encendedor, coge a ciegas un paquete de Chesterfields de la guantera y saca un cigarrillo con los dientes. Sabe que continuará topándose con ese Jop Kistemaker, Dex seguirá hablando maravillas de él e Isa nunca podrá explicarles su historia ni a él ni a Erva. No tal como la han visto al final de la noche. Él-dijo-ella-dijo. Isa exhala el humo por la boca, toma otra calada. Se atraganta con la ironía. Le entran ganas de reírse; eran justo esas paridas de instituto las que quería dejar atrás cuando se mudó a la ciudad. Cuando cayó a cámara lenta hacia los brazos abiertos de los que debían de convertirse en sus redentores. Académicos iluminados y sublimes, amantes del arte, intelectuales alternativos, gente con ideas sobre cómo se podían y debían hacer las cosas de otra manera. Cruzados con un insaciable afán de oír el crepitar del aire, sentir la carne de gallina en la piel y las mariposas en el estómago, lo de menos era el motivo: el arte que eleva el alma, la experiencia trascendental de la música intensa, los momentos de energía inasible y no reproducible entre el artista y su público, o las ideas revolucionarias que ponían patas arriba todo lo que antes se consideraba verdadero y lógico. Ha venido hasta este lugar para convertirse en la persona que debería haber sido todos esos años, un lugar en el que no la castiguen por un apellido que delata que su padre es un fracasado, su tío un maltratador de animales y su abuelo un delincuente. Y, pese a que este es en muchos sentidos justo el lugar que buscaba, el lugar donde en principio nadie se interpone en su camino, aquí también ha perdido mucho de sí misma, y nunca se había sentido tan insegura como en los últimos meses. Ya sean las ideas en los panfletos y los fanzines o los debates durante los seminarios, su entusiasmo sobre el hecho de que aprender algo nuevo siempre se ve anulado por su vergüenza de no saberlo desde hace tiempo, y hace mucho que ha olvidado que en su juventud fue la más lista de

la clase. Eso la bloquea; ahora desaprovecha las clases en la universidad, que en otras circunstancias le habrían fascinado desmesuradamente, porque se pasa el tiempo ocupada con cuestiones periféricas. Ahora ya lleva mucho retraso y solo le queda esperar a que se desplome todo el castillo de cartas. A veces, querría abandonar, si la alternativa no fuera mucho peor, si irse de casa no hubiese sido la única posibilidad de sobrevivir.

Siente debilidad y una inseguridad paralizante. Isa puede luchar contra la intimidación física, pero es un becerro tembloroso ante su variante intelectual. Isa nunca contradice a Erva y Dex, ni siquiera cuando pontifican sobre los crímenes perpetrados en las granjas y los criaderos, a pesar de que ella sabe distinguir con exactitud entre los hechos y las leyendas urbanas. Como aquella vez cuando estaban ellos tres sentados en la acera delante de la casa de Isa cada uno con su bocadillo de tempeh y las manos pringosas por la salsa almibarada; ella escuchaba a los otros dos discutir y espolearse a ver quién la decía más gorda: mientras que Dex hablaba de torturadores de animales, Erva los llamaba fascistas, e Isa se tragaba cualquier matiz con un bocado de salsa de soja dulce. Al margen del hecho de que querrías saltarle a la yugular a cualquiera que diga de tu familia lo mismo que piensas tú en lo más recóndito de tu mente, al margen de eso, al menos podrías abrir la boca cuando pillas a alguien proclamando falsedades. Pero esa es tu asignatura pendiente. Y, además, seguro que estás equivocada. Mira lo que pasa cuando, por una vez, abres la boca: te castigan y Jop Kistemaker abusa de ti.

Isa se incorpora a la autopista, por fin puede acelerar, aquí la sal ya ha hecho su trabajo. Al pisar el acelerador, la palanca de cambios empieza a temblar con nerviosismo, los cuatro cilindros chirrían y relinchan. Isa entorna los ojos, el parabrisas está opaco por el hielo viejo y ya no le queda líquido para limpiarlo. La ausencia de color en el paisaje blanco grisáceo bajo el cielo gris blanquecino tampoco es de gran ayuda. Isa cambia la radio del coche del casete a la radio fm, el canturreo abrasivo de Bennie Jolink da paso a un presentador despierto. Que si los oyentes saben lo traicionero que es el hielo. Que si se acuerdan de otro Año Nuevo, el de hace tres años, cuando

treinta coches chocaron en cadena en la densa niebla entre Arnhem y Nimega. El testimonio presencial de un agente de policía, que estaba en el lugar en el momento del accidente. Amasijos de coches, unos encima de otros. Nidos de ferralla. Un muerto, decenas de heridos, vehículos que hubo que cortar para sacar a sus ocupantes de la opresión, grúas hidráulicas que levantaban los coches accidentados para comprobar que no hubiera alguien debajo. El agente recuerda que se pasó una eternidad registrando un Peugeot 205 porque dentro había un zapatito de niño. La madre sostenía que su hijo no iba en el coche, pero nunca se sabe; a veces, las cosas que ven las personas son muy diferentes a la realidad. Que si habían pensado en todo eso antes de tomar la carr...

Isa vuelve a pasar de la radio a la cinta de casete de Normaal. Cuando cumplas dieciocho haz lo que quieras, oh Alie. Se acabaron el orden y el control, tú ya sabes lo que te conviene, oh Alie, oh Alie.

A la derecha el montículo. La última vez que recorrió esta distancia, en sentido inverso, el montículo era el último escollo paisajístico en interponerse entre ella y su meta, los brezales morados que le daban la bienvenida la animaban diciéndole que casi había llegado a su destino. Meses antes de emprender el viaje, Isa ya había empedrado el camino mentalmente, adoquín por adoquín, hundiendo con firmeza en el suelo con un martillo de goma una tras otra las versiones en las que podría convertirse. Tan pronto como tomó la decisión de marcharse, sintió que cortaba los lazos con el pueblo y con su casa: se había desarraigado y nada podía ya afectarla.

Isa mira a través de la ventanilla mate. Ahora que regresa, el montículo le recuerda al lomo tieso y frío de una oveja muerta, lo que no la tranquiliza en absoluto sobre lo que le espera al otro lado de la protuberancia.

En los meses ingrávidos que transcurrieron entre la decisión y la marcha, cuando pavimentaba su espíritu con adoquines, lo hizo todo sola. Después de una extensa ronda orientativa, optó por una encantadora ciudad universitaria que era tan vieja como la antigua Roma. Al día siguiente de conseguir su título de secundaria, se matriculó en Historia del Arte, sin solicitar el asesoramiento a su decano, ni la autorización a sus padres: en adelante notificaría las

cosas en lugar de pedirlas. Puso un anuncio en el periódico local y encontró una habitación, buscó información sobre becas y préstamos para estudiantes, sobre el importe máximo de un préstamo si los padres no pueden aportar ni un céntimo, sobre el plan de estudios, sobre los profesores que le darían clase. Algunos de ellos habían publicado libros que ella encargó en la librería del pueblo, junto con los que necesitaría para su primer año de carrera. Y los examinaba noche tras noche en su dormitorio, a la luz de las velas porque su madre decía que había que ahorrar electricidad, con ardor en los ojos a causa de la concentración y la falta de sueño y los porros que fumaba uno tras otro durante esas noches. A veces, Isa levantaba la vista de sus libros y miraba absorta las sombras oscilantes proyectadas sobre la pared que al cabo de un rato empezaban a adquirir las formas de las bestias que oía moverse fuera, en sus jaulas. Entonces, volvía a sumergirse rápidamente en sus libros, huía hacia otros mundos, contemplaba la temblorosa lejanía con Edvard Munch y su melancólico amigo Jappe Nilssen desde Åsgårdstrand, lloraba por la vida junto con la bebedora de absenta de Degas, reflexionaba sobre los desolados paisajes de Anton Mauve, anhelaba el clamor de la ciudad de Camille Pissarro, todos ellos paraísos metafísicos que ella querría capturar y estrechar contra su corazón. Y si no lo conseguía, lo aprendería todo sobre los materiales que utilizaban estos creadores de paraísos, sus trasfondos, sus círculos sociales, sus ardientes aventuras sexuales y sus apasionadas oleadas de inspiración. Sin embargo, entre todos aquellos impresionistas y postimpresionistas y neoimpresionistas, Isa sentía que su corazón latía con más fuerza por Vincent van Gogh. En primer lugar, debido a los violentos mundos oníricos de su periodo francés (del que Isa acabaría escribiendo en Cleangrrrls), pero poco a poco también empezó a apreciar sus primeras obras, los estudios de campesinos que realizó cuando vivía en Brabante, antes de pavimentar su salida y huir a Francia pasando por Amberes. Admiraba su capacidad de encontrar belleza donde otros no la veían. Cabeza de campesina con cofia blanca. Cabeza de campesina con gorra blanca. Cabeza de campesina con cofia oscura. Los retratos grises y deprimentes de su primer periodo le atenazaban la garganta; los rostros toscos, las manos nudosas, todo era tan triste y reconocible, como si lo hubiese pintado pensando en ella, como si Van Gogh quisiera decirle, a través del tiempo, que ya no tenía por qué sentirse sola.

Una tarde, entró en la oscura cocina de su casa paterna y se sentó junto a los comedores de patatas; padre y madre tenían el color polvoriento de las patatas con piel, como si también ellos hubiesen atravesado el tiempo procedentes de otro siglo para sentarse a su lado en la mesa. Su madre la miraba mientras buscaba algo que decir, su padre masticaba una chuleta gris. Entre ellos, encima del centro de la mesa, colgaba una tira adhesiva llena de moscas.

—Aquí hay corriente —Madre había encontrado algo que decir. Se estremeció ostensivamente e hizo un ademán hacia la puerta abierta —. No puedes entrar aquí y sentarte dejando la puerta suelta.

Hundió el dedo en el charco de salsa que había en su plato, se lo metió en la boca y sorbió. Una observación aburrida que eliminaba de inmediato toda la belleza que Isa esperaba encontrar en la mesa. No se tomó la molestia de levantar la vista del plato.

—Qué callada estás hoy —siguió diciendo su madre—. ¿Te has vuelto uno de esos malditos protestantes? ¿Le estás dando las gracias al señor por las ricas papas? Veeenga, suelta la boca.

—La puerta está bien cerrada.

—¿Mande?

—Querías decir que la puerta está abierta, no suelta. —Isa intentó pinchar una patata del plato, pero esta se deshizo en cuanto la tocó con el tenedor—. Abierto va con cerrado, suelto va con fijo. Por cierto, lo mismo se aplica a mi boca.

Una norma que su profesor de Lengua intentó meterles en la cabeza durante seis años, en vano para la mayoría de sus compañeros de clase y durante mucho tiempo también para Isa, hasta que empezó a irritarle que sus padres lo dijeran siempre mal.

Madre la miró con su ceño permanente y siguió mordisqueando el hueso de su chuleta. Isa se levantó, se sirvió un vaso de suero de mantequilla y suspirando sacó una cuchara del cajón con la que, una vez sentada, se llevó algunas patatas desmenuzadas a la boca.

—¿Vuelves a estar fuera todo el fin de semana? —preguntó con la

boca llena.

Su madre no contestó.

—¿Mamá? ¿Tienes que ir otra vez a casa de Diepenbrock?

—Niña, ya sabes que sí.

Isa se imaginó la mansión, el sendero de grava que bordeaba la vía del tren y que llevaba a una fachada enlucida de blanco bajo un tejado de paja ennegrecida; recordó la cabeza de vaca encima de la puerta detrás de la cual su madre desaparecía fines de semana enteros desde hacía años. Una sola vez, dejó que Isa entrara con ella una mañana, cuando aún era demasiado pequeña para quedarse sola en casa y madre no sabía qué hacer con ella mientras su padre acudía a su cita en el hospital. Por dentro la mansión era majestuosa, pero estaba mal conservada: las altas estancias olían a madera húmeda y tabaco para pipa, el mármol había adquirido el mismo color amarillento que los círculos concéntricos que la humedad había dejado en el papel pintado, algunos de los bustos sobre la mesa del recibidor tenían muescas, los peldaños de la enorme escalera de madera del vestíbulo crujían como un cerdo quejumbroso. Isa nunca había visto nada parecido; a pesar de su corta edad, mientras su madre andaba con fundas protectoras azules por el piso de arriba, ella aprovechó la oportunidad para encaramarse a la barandilla y deslizarse a toda velocidad hasta la planta baja. En aquella gran casa vivía solo el viejo señor Diepenbrock, eso sin contar con el personal que lo atendía las veinticuatro horas. De día, se hacía cuidar y alimentar gratuitamente por las enfermeras de la Asociación de la Cruz; sin embargo, para las noches y los fines de semana no le quedaba más remedio que gastarse algo del dinero familiar que custodiaba con celo. Si le gustaba una enfermera, le hacía una señal para que se acercara a su silla de ruedas, apretaba un dedo contra la prótesis de voz que llevaba en el cuello y le cacareaba con voz chillona que SI QUERÍA GANAR UN DINERILLO EXTRA, o SI QUERÍA QUEDARSE DE VEZ EN CUANDO HASTA LA MAÑANA SIGUIENTE O LA OTRA, ya había UNA HABITACIÓN PREPARADA. Una oferta que la mayoría de las enfermeras declinaba educadamente, pero que no podía rechazar alguien que tenía que mantener a un marido, además de a una hija. De ese modo, la madre de Isa llevaba años

bajando a la mansión, todos los viernes cerraba tras de sí la pesada puerta de entrada y solo volvía a salir de allí el domingo por la tarde con un sobre lleno de billetes de diez florines y los ojos hinchados y ojerosos.

—¿Cuánto llevas yendo allí? —le preguntó Isa por fin.

El charco de patatas y salsa en su plato parecía de barro.

—Diez años más o menos.

—Estará encantado de que lo ayudes de esta manera. —Isa consiguió esbozar una sonrisa amable—. ¿Qué cosas haces allí?

Su madre alzó la vista.

—De todo. Vendar llagas, porque tiene muchas llagas. Preparar las pastillas. De vez en cuando poner una inyección, ayudarlo a vestirse, a ducharse, a lavarse.

—¿Lavarse? —Isa estuvo a punto de atragantarse al tomar un gran sorbo de suero de mantequilla—. ¿Todo ese cuerpo? ¿Y también tienes que limpiarle el culo a ese viejo?

—Sí, tiene incontinencia.

—¿Qué significa eso, que lleva pañales? ¿Y tú tienes que cambiarle los pañales llenos de mierda?

—Joah, niña, significa eso.

—Y seguro que a veces el pañal da problemas, ¿no? —Isa olía sangre—. Que se le escurre la mierda y le resbala por las piernas. ¿Y qué pasa si lo estás lavando allá abajo justo cuando caga, te llena los brazos? Si quieres que te sea sincera, a veces apestas un poco cuando vuelves a casa después de pasar un fin de semana allí.

—Nadie te ha pedido que seas sincera.

Su madre se chupó otro dedo lleno de salsa y no dijo nada más. El sonido de sus lametones era más agradable que el silencio alrededor. Tras un largo mutismo, dejó el tenedor y el cuchillo

juntos en la mesa, se secó la boca con el mantel y volvió a dirigirse a Isa.

—Acábate el plato.

—Cuando lo lavas, ¿tienes que lavarle también la entrepierna?

—Niña, acábate el plato.

—¿Le gusta? Creo que al viejo verde le gusta. —Isa le lanzó una mirada traviesa a su padre, pero él no se la devolvió—. ¿Y es esto lo que siempre quisiste ser de mayor?

Cabeza de una campesina que querría golpear a su hija contra las baldosas.

—¿Te crees mejor de nosotros, es eso?

—Que nosotros.

Su madre golpeó la mesa con el puño, se levantó y al hacerlo la tira atrapamoscas le rozó la cara.

—Has cambiado, niña —dijo apuntando a Isa con el dedo mojado muy cerca de su frente—, te estás convirtiendo en una engreída.

Padre agarró la mano de madre, la bajó y se la apretó. Ella volvió a sentarse.

Isa había ido demasiado lejos, lo sabía muy bien. Aunque, a decir verdad: sí, se creía mejor que sus padres, mucho mejor, y cada vez le apetecía menos ocultarlo. Y su silencioso padre también se daba cuenta, Isa lo veía en sus ojos, incluso creía detectar algo de orgullo en ellos, a pesar de lo mal que se había portado con su madre, y también vio algo más en los ojos de su padre, pero lo ignoró apartando la vista: la sangre detrás de esos ojos, las lágrimas que se asomaban, la llegada de una forma totalmente nueva de dolor fantasma. Su padre la perdería, ella se iría y lo dejaría atrás como un niño indefenso, ella que tal vez era el principal motivo por el que él se levantaba por las mañanas. No obstante, si quería irse algún día de este lugar, debía hacerlo: no debía limitarse a marcharse, sino también devorar a sus padres como hizo Saturno

con sus hijos, tenía que esconder detrás del zócalo de la cocina todos los posibles futuros en los que ella figuraba como la que siempre se quedaría en casa y no sacarlos nunca más de ahí. Ella era la hija, no él. Y los hijos no deben cuidar de sus padres.

Así pues, al poco tiempo se marchó del pueblo. Abandonó la vieja granja de sus padres, abandonó los bosques que había menospreciado durante toda su infancia, pero que, en los últimos meses y gracias a sus libros de arte, había empezado a reconocer como la pura representación de la belleza natural que artistas como Tholen y Daubigny intentaban captar con tanta desesperación. El bosque se había convertido en su refugio, era el lugar donde podía soñar su futuro con mayor nitidez. Sin embargo, ni siquiera dejar los bosques le dolía, pues le esperaban otros más hermosos: los bosques primarios del conocimiento que harían florecer su mente. Lo creía de verdad. En fin, qué se le va a hacer.

Una densa bruma se eleva desde el IJssel y envuelve el puente sobre el río en una cortina de niebla. El antepecho de acero no puede distinguirse del horizonte incoloro, la orilla y los prados al otro lado apenas son visibles. El único tono que rompe un poco el panorama de este día de invierno es el del agua grisácea que sigue fluyendo testaruda bajo el puente. Ahora oscurece con rapidez, los ligeros matices que se aprecian aún en el paisaje no tardarán mucho en ser engullidos por la negrura de la noche. El coche se abre camino a través de la niebla, casi como si algo o alguien intentara frenarlo. Los limpiaparabrisas secos rascan el cristal frío. Una vez ha alcanzado la otra orilla, la niebla se vuelve más ligera y le permite ver mejor. Por fin el campo. Paisaje al anochecer.

Isa toma una bocanada de aire fresco, lo exhala contra las ventanillas y con asombro siente descender una cierta ligereza sobre ella. Los recuerdos de la vida a este lado del río que, durante meses enteros parecían tapados por una niebla espesa, al igual que el paisaje, surgen ahora con mayor claridad: lo que hacen las personas, lo que temen, lo que esperan de la vida.

Desde que los vio por última vez en la fiesta de graduación, sus antiguos compañeros de clase se habían ido convirtiendo en siluetas

borrosas al otro lado de un cristal empañado, reducidos a sus rasgos físicos secundarios; aquel y aquel otro llevaban gafas, ese tenía un peinado de futbolista, la otra un flequillo que le colgaba delante de los ojos. Sin embargo, ahora la mayoría de ellos vuelve a tener rostro, sus ojos adquieren color, su piel estructura, sus mejillas hoyuelos y sus mandíbulas forma. En este momento, algunos de ellos se estarán emborrachando por segunda vez en la fiesta de Año Nuevo en el bar Ter Woerd, apenas recuperados de una Nochevieja bañada en alcohol. El preludio de un año previsible. En el calendario municipal no pasa un mes sin que haya ocasión de ponerse ciego en uno u otro local de mala muerte. Fiesta de Año Nuevo en Ter Woerd; unas semanas más tarde, el carnaval con su Rosenmontag; después, la inauguración de las ferias; las hogueras de Semana Santa; el Día de la Reina; el madrugón del día de la Ascensión; la fiesta de los sintecho; la fiesta del pueblo; la feria; durante todo el verano, borrachos al borde de la carretera viendo el desfile de tractores, los Monster Jam, el hombre más fuerte, el autocross, el motocross; después la feria un pueblo más allá; Kloetenpop; Oktoberfeest en una de las salas de ’t Olde Wiel; el once del once para preparar el siguiente carnaval; el cañón de carburo; Nochevieja, y por fin, después de dos horitas de sueño, toca hacer acto de presencia en el bar Ter Woerd con los ojos enrojecidos. Repítase hasta la muerte.

Los sábados, mientras esperan la llegada de estas sagradas tradiciones, buscarán refugio en uno u otro bareto o tomarán el discobus para ir hasta la discoteca de ’t Olde Wiel; antes de entrar devorarán una salchicha con mayonesa en el food truck que hay justo al lado para poder pasarse toda la noche morreándose (con lenguas marinadas en mayonesa y carne picada) en la sala de rock, la sala de cháchara, la sala de dialecto o —si la cosa va a más— entre las balas de heno de las cuadras, rodeados por los jadeos y gemidos y el sobeo de otras parejas. El mayor reto de una de esas noches es la vuelta a casa, primero en el discobus, en el que te ponen una multa de cien florines si vomitas. Isa consiguió una sola vez devolver en silencio en la cesta del asiento delantero sin que nadie se percatara. Solo ahora se para a pensar que todas las redes tienen agujeros y que, por tanto, al día siguiente alguien tuvo que recoger su apestoso vómito. La época del instituto fue una serie de primeras veces: las primeras chuletas en el muslo, la primera vez

que de enviaron al despacho del director, el primer campamento, las primeras botellas de Feigling robadas en una gasolinera de Alemania, el primer cigarrillo, el primer porro, la primera lengua nerviosa y extraña de un chico en la boca, la primera lengua suave de una chica, el primer mal de amores, la primera vez que pelear te dolió de veras, las primeras braguitas ensangrentadas, la primera vez que bailaste pogo en Green Jellÿ y oíste a los Rage Against The Machine en la sala de rock de ’t Olde Wiel, la primera vez en las cuadras con un hombre que te doblaba la edad, la primera píldora del día después. Momentos que una prefiere compartir con amigas que con tus padres. No es que tuviera amigas a las que dejara acercarse tanto. Nunca se sintió lo bastante a gusto como para llevarse a compañeras de clase a casa, presentárselas a sus padres, a su padrino; se reservaba, esperaba a poder pegar el predicado «amistad» a algo con peso. Sin embargo, ni siquiera ahora que ha encontrado a esa persona consigue entregarse por completo a ella, incluso en los últimos meses mantuvo todo el peso del cariño de Erva a una distancia segura. Y ahora está del todo roto. En miles de pedazos.

Por puro automatismo, Isa gira el dial hasta dar con Radio Grandioos, la emisora regional cuya señal llega justo hasta el río IJssel, están soltando un rollo sobre cañones de carburo y lavados de estómago después de las fiestas de Nochevieja salidas de madre. Decide que lo mejor es apagar la radio.

Anoche volvió a alucinar por primera vez en meses. Algo la había despertado y juraría que vio cómo las nubes de humo del esqueleto de Van Gogh ascendían hasta el techo. Se quedó petrificada, solo movía los ojos para seguir el recorrido de los penachos, vio cómo llegaban al techo y se convertían en un hervidero de bichos que corrían espantados de un lado para otro, se dispersaban por toda la superficie como buscando una vía de escape aleatoria. Algunos se caían al suelo, en la cama, sobre su cara, en los orificios de su cuerpo. Isa cerró los ojos con fuerza y volvió a quedarse dormida.

Ahora es de noche. En la serpenteante carretera provincial es como si no hubiese nevado o helado y puede que en esta comarca sea así, gracias a Dios. A la luz de los faros, los arbustos y los robles que

flanquean el asfalto se ven desnudos y mojados. Al salir de la autopista, la carretera se desvía bruscamente, serpentea durante kilómetros dejando atrás campos de cultivo, puentes y aldeas, hasta llegar poco después, por fin, al pueblo de Isa. El coche avanza a cien por hora sobre el asfalto abandonado, apenas frena cuando atraviesa los pueblos de carretera, las silenciosas comunidades y las ocasionales fábricas oxidadas plantadas como un seto a lo largo de la carretera, para nadie un destino, para todos algo que superar y dejar atrás cuanto antes.

Un poco más y llegará.Primero tendrá que ir hasta el cobertizo en la parte trasera de la finca y llamar a la puerta de su padrino. Se pone nerviosa solo de pensarlo. Pese a que Isa siempre se ha sentido tácitamente vinculada a él y a la temeridad con la que se enfrenta al mundo, su madre tiene razón cuando repite, por enésima vez, que su padrino nunca ha movido un dedo por su familia. De niña, la corta distancia que debía recorrer sobre la grava para llegar a su puerta, cuando la enviaban a pedirle un favor en nombre de su madre (aunque nunca era su madre quien se lo pedía), se le antojaba larguísima y, con cada paso, no levantaba los pies sino que desplazaba las piedrecillas con las puntas de los zapatos dejando tras de sí un rastro marrón. Ahora Isa se pregunta por qué sus padres le pidieron que fuera su padrino, hace mucho tiempo y si no había más candidatos con los que se llevaran mejor. Él siempre estaba en casa y nunca estaba, a todas horas ocupado con sus misteriosos asuntos; aun así, a veces, mientras Isa y sus padres veían la tele en la sala de estar, él aparecía de la nada, cogía el mando a distancia de la mesa y cambiaba de canal, para luego volver a salir sin un solo comentario o gesto. Isa se echaba a reír, le encantaba ese sentido del humor y nunca se paraba a pensar en la extraña dinámica que existía entre sus padres y su acosador, y los profundos motivos que sustentaban ese acoso casi diario. De alguna manera, sentía afecto por él. Tal vez precisamente porque su presencia perturbaba y a la vez relajaba el ambiente en casa. Su padrino. En realidad, estrictamente hablando no era tío suyo, puesto que era hermano de su abuelo y tío de su padre, aunque había tan poca diferencia de edad entre esos dos que Isa tenía la sensación de que era un tío directo (y no un tío abuelo ni nada por el estilo, un término que parecía reservado a personas de la época de los coches de caballos).

Es una familia pequeña: Isa no tiene tíos de sangre. Solo a la tía Annie, la hermana de su madre, pero ambas llevan años sin hablarse porque Annie dice tonterías a espaldas de todos (son las palabras de madre). Por parte de padre, Isa no tiene tíos ni tías, solo su padrino y otro tío abuelo que vive en Alemania, un hombre grande e intimidante con el que se cruza, como mucho, una vez al año en un cumpleaños. Además, tiene un abuelo que está en la cárcel por una historia muy larga de la que ni siquiera conoce los detalles...

Detrás del suyo ha aparecido otro coche, no sabe de dónde ni cuándo ha sucedido, pues desde que salió de la autopista su retrovisor ha estado lleno de un vacío engullidor. De vez en cuando, se ha cruzado con un coche que circulaba en dirección contraria, camionetas llenas de polvo y barro que se largaban del lugar al que ella se dirige, pero eso era todo.

El coche que circula detrás de ella se le acerca de forma preocupante y por un instante Isa teme que salte contra el parachoques. Cuando reduce la velocidad al llegar a una rotonda, el otro acelera, da un volantazo, la adelanta y gira hacia la izquierda en la rotonda, luego enciende su sirena y bloquea la salida. Isa pisa el freno y su coche se detiene con una sacudida. ¡Mierda! Una pequeña figura con uniforme de la policía sale del coche. Isa aprieta el volante y cierra los ojos durante un segundo. Luego coge el bolso para ver si se ha llevado la cartera y el carné de conducir: los pocos minutos entre la llamada de su madre y el momento en que cerró la puerta de su piso eran un gran agujero negro. Encuentra ambas cosas.

Unos golpecitos en la ventanilla. Isa le da a la manivela para abrirla.

—Vaya, vaya, muchacha, ¿tanta prisa tienes por llegar a Ter Woerd?

El hombre tiene una voz nasal y chillona. Isa observa impávida cómo el agente se saca un lápiz y un bloc de notas del bolsillo. Es extrañamente ancho para lo pequeño que es, a juzgar por su cabeza y sus hombros se diría que era más alto, pero que en algún momento de su vida quedó comprimido en estatura. Por su tamaño,

Isa esperaba otra voz, profunda y resonante como un tronco que se rompe. Lo reconoce por la mancha que tiene en la frente, aunque no consigue recordar su nombre. Su padrino se quejaba a veces de él, de cómo siempre intentaba pillarlo por algo. Unas cuantas veces, se presentó sin avisar en la granja para husmear en el cobertizo, aludiendo a molestias por malos olores (como si alguien viviera lo bastante cerca como para quejarse), problemas con los permisos (como si entendiera de esas cosas), inminentes registros domiciliarios (como si fueran a realizarse nunca). Veels, así se llama. John Veels. El viejo cabrón entrometido. No parece reconocer a Isa.

—No se puede correr a esa velocidad por una zona urbana —dice.

—No, pero debo ir a casa para...

—¿Cómo te llamas?

El hombre anota algo en su libreta, sin mirarla. Sus dedos también son cortos y anchos, es como si tuviera cinco pulgares en cada mano.

—Isabella, pero nadie me llama así.

—¿Apellido?

—No vas a multarme, ¿verdad? Tengo una emergencia.

—Apellido.

Veels golpetea con nerviosismo el lápiz contra su cadera, ya ha soltado el cierre de su pistolera. Isa cree poder oír la reverberación de cada golpecito, por leve que sea. Ya no está acostumbrada a oír que un sonido se lleve a término, a oírlo desaparecer en un pozo de silencio en lugar de ser reprimido de inmediato por el murmullo omnipresente de otros sonidos. El silencio resulta frío. Isa se masajea los párpados y suspira.

—Keller —contesta por fin con un hilo de voz—. Isabella Keller.

Veels alza la vista de golpe.

—Dios sí, ahora que lo dices, los ojos. Vaya, vaya. —Su boca esboza una sonrisa sardónica—. Venga, sal del coche.

—¿Por qué?

Isa sabe muy bien por qué, es justo el motivo por el que se fue tan rápido de aquí, por lo que sucede aquí cada vez que menciona su apellido.

—Señor —intenta de nuevo—, mi padre ha desaparecido.

—Sal del coche.

Isa sale del coche, quiere cerrar la portezuela, pero Veels se lo impide agarrándole la mano.

—Veamos lo que podemos encontrar aquí dentro…

Se queda parado un momento, sin soltarle la mano. Después se inclina hacia delante y alarga el brazo hacia la guantera. Isa tiembla, no recuerda si aún queda hachís dentro. Si es así, el hombre parece no haberlo encontrado, pues vuelve a cerrar la guantera de golpe. Sus rodillas crujen cuando se endereza. De nuevo un pequeño eco. Veels se le acerca, su boca huele a cigarros.

—¿La hija de Sharrel?

—¿Sharrel? —La mera idea—. Ese no tiene ninguna hija.

—Créeme, ese tiene algunas por aquí y por allá. —Veels se rasca la mancha de la frente—. O eso dicen.

—Dicen tantas cosas.

—Pero eres familia suya, ¿no? —pregunta él.

—¿De Sharrel?

—No, del hombre del saco.

—Sharrel es mi pa… —demasiado cerca—. Mi tío abuelo.

—Menuda suerte la tuya.

—Apenas nos hablamos.

—Tarde o temprano lo vamos a pillar con algo. ¿Sabías que ahora también trapichea con drogas y cosas por el estilo?

—¿Y si hablásemos de mi padre?

—¿Puede saberse qué le pasa a tu padre?

—Ha desaparecido.

—Oh sí, ya lo has mencionado. Así que no era una patraña.

—¿Por qué iba alguien a tener prisa en este agujero, si no fuera por una emergencia?

—Te sorprendería. Aquí hay mucho espacio, demasiado espacio y poca gente. Todos conducen como posesos como si fueran a vivir eternamente. Deberías contar alguna vez los ramos de flores en la cuneta.

Con cara de aburrimiento, Veels dirige la mirada a lo lejos, hacia el resplandor anaranjado que la luz intermitente de su coche proyecta en los prados circundantes.

—Un Keller huido —murmura.

Es evidente que le cuesta fingir interés por la historia. Por un instante, se diría que trata de avistar al padre de Isa en los prados anaranjados, como si de este modo intentara, sin mucho ánimo, poner su granito de arena en el emocionante caso de desaparición para retirarse encogiéndose de hombros tras ese primer intento.

—¿Y de qué Keller se trata? —pregunta por fin.

Si hubiese sido su madre la desaparecida, lo más seguro es que habría puesto el grito en el cielo, fuera cual fuera su apellido. En cambio, un hombre tiene que apañárselas solo, un hombre no da pena, un hombre se lo ha buscado. Isa ya no tiene ganas de mencionar el nombre de su padre, de quedarse decepcionada por la reacción de este viejo pelmazo, de otra respuesta sardónica. Sin embargo, antes de que le dé tiempo a contestarle, Isa ve

desaparecer la sonrisa del rostro de Veels y lo ve esbozar un rictus de sobresalto: «¡oh!», como si acabaran de disparar una escopeta recortada por encima de su hombro. El agente da un paso atrás.

—Tom —dice por fin—. ¿Me estás diciendo que Tom Keller ha desaparecido?

—Niña, mira que puedes llegar a ser boba.

Madre da una calada al cigarrillo, hincha las mejillas y saca el humo con la fuerza con la que se suelen apagar velas o espantar palomas. Con frecuencia se atraganta al hacerlo, fumar en su caso es una especie de hiperventilación voluntaria. El cenicero que hay sobre la mesa gris de la cocina ya está lleno a rebosar y ha empezado a usar su taza de café para dejar caer la ceniza del cigarrillo. Al lado del cenicero una pila de cartas sin abrir, un envase de vino de frutas y la eterna torre de ejemplares amarillentos de la revista Panorama; Isa no recuerda que haya sido nunca más grande ni más pequeña, pero sí que ha estado siempre en este lugar.

—¡Veels! A nadie le ha servido nunca para nada recurrir a ese tío —suelta madre sin dirigirse a nadie en concreto.

—Apareció de repente, no fui a buscarlo yo.

—Bien. Sigue así.

—Dijo que debía presentarme mañana en la comisaría.

—Tú no vas a cruzar el umbral de la comisaría salvo que te arrastren esposada y encadenada. Y encima espero que le hayas dado unas cuantas patadas bien dadas.

Normalmente, cuando madre suelta ese tipo de cosas, lo hace con pasión. Sin embargo, ahora lo dice mascullando y sus palabras ascienden como el humo de su cigarrillo por la tira atrapamoscas para disolverse en la nada contra el techo amarillento.

—¿Has comido?

—Joah.

—Te haré un sándwich mixto —dice su madre.

—Ponle mermelada en lugar de jamón.

—¿Mande?

—Un sándwich mixto lleva queso y jamón, y ya sabes que no como carne.

—Entonces, ¿qué quieres comer?

—Bueno, mermelada estaría bien.

—Tengo mortadela de pollo.

—¿Tienes mermelada?

—Sí, de arándanos.

—Pues eso.

—¿Con mantequilla?

Isa se encoje de hombros.

Madre se acerca a la encimera, pone dos rebanadas de pan en el tablero y las unta con margarina, mientras sostiene su cigarrillo encendido entre dos nudillos.

—¿Tienes un plan, mamá? Si no quieres pedir ayuda a la Policía.

—Nunca hemos necesitado a la Policía para nada.

—¿Le has preguntado a Sharrel si tiene alguna idea?

—Sharrel no sabe nada.

—¿Se lo has preguntado?

—Joah. Neu.

—Entonces iré a verlo.

—No está.

Madre deja de untar, apoya las muñecas en la encimera.

—Pero ¿tienes un plan, mamá?

No le contesta, le tiemblan los hombros.

—Mamá.

—Maldito dolor de cabeza.

Madre tira el cigarrillo en el fregadero y se pone de rodillas. Presiona los dedos contra la frente como Isa la ha visto hacer mil veces. Isa se sienta a su lado en el suelo de la cocina y la abraza.

—Mamá, lo encontraremos, ya verás.

Madre la mira.

—¿A qué hueles?

—¿Qué quieres decir?

—Apestas.

—Podría ser.

—No, no me sueltes.

—Vale.

—No puedo hacer esto. —Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Por supuesto que podemos hacer esto.

—No puedo con este tipo de cosas, no sabría por dónde empezar.

—Ahora estoy aquí.

—Pero no estabas. —Su madre alza la vista, se muerde el labio

mientras mira a Isa. Tiene la cara enrojecida por las lágrimas—. Él te echaba muchísimo de menos.

—Sí, lo sé.

Madre mira al frente, se traga las lágrimas que siguen brotando. Hace un gesto hacia la mesa, Isa se levanta para ir a buscar dos cigarrillos. Los aprieta entre los labios, los enciende y le pasa uno a su madre, que empieza a dar caladas nerviosas, sin decir ni una palabra. Cuando ya no queda más que una colilla, la apaga en el suelo. Solo entonces vuelve a mirar a Isa.

—¿Cómo te va en la escuela entre los eruditos?

—Me va fantástico.

—Pues me alegro por ti.

—Mamá, no sé qué debemos hacer.

De verdad que no lo sabe. Hasta ese momento, el único plan de Isa era pedir ayuda a la Policía, de hecho, Veels la había asombrado con su repentina amabilidad cuando comprendió lo que sucedía. No le puso ninguna multa, ni siquiera le dio una advertencia, de golpe y porrazo parecía haber olvidado la temeridad de Isa al volante. El policía se la había quedado mirando penetrantemente y había insistido en que a la mañana siguiente se presentara en la comisaría, justo lo que ella tenía previsto hacer, hasta que habló con su madre. Ahora tiene que improvisar, ponerse a buscar ella misma. Podrían irse las dos juntas a registrar el bosque. Quizá, la familia pueda echarles una mano. De todas formas, tiene que pasar a verlos, al menos a esos tres hombres, pues es posible que su padre haya hablado con uno de ellos en los últimos días. Llamar a la puerta de Charles y esperar a que abra. Luego ir a la cárcel a ver a su abuelo y, por último, cruzar la frontera alemana para visitar a su tío abuelo Johan, ese coloso con el que ha intercambiado apenas unas palabras en su vida y que, a decir verdad, le da un poco de miedo. Por un instante, la idea abstracta de una familia dispuesta a ayudarse en este tipo de situaciones enciende en ella una chispa de esperanza; una esperanza que se apaga tan pronto piensa de forma concreta en lo parados que son los miembros de su familia.

¿Cómo demonios van a hacerlo?

—Primero a comer.

Su madre se seca la cara de lágrimas y mocos, y se levanta para acabar de prepararle el sándwich a su hija. Isa se vuelve a sentar.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace tres días, el viernes. Después me fui a cuidar a Diepenbrock.

—¿Y cómo estaba entonces?

—Creo que no dijo nada en todo el día.

—¿Sigue ayudando a Sharrel, ahí atrás?

—Ay, no, hace mucho que ya no va. Ya no lo hacía cuando tú aún vivías aquí.

Isa mira por la ventana de la cocina los brazos muertos de las hayas del bosque. Se las ve indefensas, para ellas esta no es la mejor época del año.

—¿Papá ha estado deprimido últimamente?

—Igual que los últimos veinte años.

—¿Se tomaba las pastillas? No vaya a ser que le dé por tener malas ideas.

—Ay, niña.

—Pero me pregunto, de verdad, qué puede hacer, dónde puede estar, con su pierna y eso. No puede andar muy lejos, ¿no?

—Puede haber cogido el autobús.

Todavía no había tenido en cuenta esa posibilidad. Claro que puede haberse subido al autobús, la primera parada está a un kilómetro de aquí, no es del todo inalcanzable. Puede subirse a un bus, a un tren, incluso a un avión. No es que lo haya visto nunca hacer algo así, y menos en los últimos tiempos, de hecho, nadie lo ha visto hacer eso.

De niña, Isa tenía una compañera de clase que había volado en avión una vez en su vida, los demás solo habían visto aviones en la tele o puede que desde abajo. Aunque todo es posible. Sí, padre podría estar en cualquier lugar...

—Aquí tienes.

Madre le pone delante un plato con un sándwich ligeramente tostado. Isa le da enseguida un gran mordisco, está muerta de hambre. El queso no se ha fundido y tiene un sabor graso, como de carne. Isa examina el pan, el bocado que falta, las capas de queso y en medio una loncha gris rosada de mortadela de pollo. Mira a su madre que ha encendido otro cigarrillo, el tercero en media hora, y opta por no decir nada. Después de haberse acabado el sándwich en un par de bocados, se acerca a su madre y la coge por los hombros.

—Mañana saldremos a buscarlo, ¿vale? Ahora estoy aquí.

Una hora más tarde ya se ha acostado en la cama, exhausta.

Puede oírlas, ahí fuera. Es como si estuvieran royendo algo. Ya no está acostumbrada a esos ruidos, en realidad nunca lo ha estado. ¿Cómo conseguía antes dormir en este cuarto sin fumar porros?

El techo se mece con suavidad. Isa se da la vuelta por enésima vez, se obliga a ignorar el radiodespertador mientras sus ojos recorren su viejo dormitorio en penumbra, la pila de libros de texto del instituto, el bajo eléctrico desmantelado en el rincón, al que, en una ocasión, Charles robó las cuerdas para utilizarlas como trampa de animales, los pósteres de The Breeders y Beavis and Butt-head, su viejo escritorio del que por lo visto madre se ha apropiado dejando encima un montón de ropa limpia sin doblar. La habitación ya no es la suya. Sabe que el ropero está vacío pues, cuando se fue, se llevó consigo los pocos harapos que tenía. El techo se tambalea, un agujero oscuro y mellado lo está devorando lentamente desde el centro.

La risa equina de Erva entra trotando en el cuarto, atraviesa las paredes, el sonido galopa por la cabeza de Isa. Hacía horas que no

pensaba en ella, en la decepción en su rostro cuando la descubrió anoche. La idea era irse mañana para hacer una acción de protesta en Arnhem. Se lo había prometido a Erva. Sin embargo, después de lo sucedido anoche, seguro que ya no le apetecerá hablar con ella.

Tiene que llamarla.

Hay tantas cosas que debe hacer.

Tantas.

El techo ha desaparecido.

Sí, allí fuera están royendo. Mordisqueos.

Pisadas sobre la grava, maldiciones susurradas entre dientes, una puerta que se cierra de golpe. Chirridos, traqueteo.

Mañana, Isa tendrá que ir a verlos a todos.

Empezando por Charles.

ESTE PÁRAMO, ESTA TIERRA INGRATA

Vivir de crepúsculo en crepúsculo, esperar una señal de redención, rituales extraídos de tierras ancestrales. Los días eran pesados como bloques de cilindros.

Los viernes por la noche y los domingos por la tarde, el Café Teeking solía estar muy concurrido, pero en los días de entre semana, el bar tenía a menudo un único cliente: Alwies Brokkink. Sin embargo, la gente dejó de venir después de que, un día de entre semana, Alwies muriera en su taburete al atragantarse con una albóndiga; después de eso ya no venía casi nadie, ni siquiera los fines de semana.

En lo que a mí respecta, aquella era una buena noticia, era lo mejor que nos había sucedido a mi hermana Maureen y a mí en nuestra corta existencia, pues significaba que, después del fin de semana, nuestros uniformes de escuela por fin volverían a oler a fresco y no apestarían al humo de cigarrillos que en los días de mucho ajetreo siempre se colaba por las ranuras del techo hasta invadir nuestro dormitorio.

En cambio para nuestro padre, Theo Teeking, la falta de clientes supuso un auténtico desastre.

La previsibilidad de la semana había sido su razón de ser: los domingos por la tarde, la parte católica del pueblo llegaba sedienta de la misa en la iglesia de Sint Martinus situada en la otra acera y los viernes por la tarde venían los obreros de la fundición a gastarse el salario recién cobrado. En esos días, las ventanas se empañaban, y el bar y el apartamento del primer piso se llenaban de humo de cigarros y cigarrillos. Después, el pueblo tenía energías renovadas para enfrentarse a una nueva semana, empezando por la familia Teeking.

Por cierto, que los Keller nunca ponían los pies aquí, gracias a Dios, Virgen santísima. Los viernes por la tarde, Frank se despedía en silencio de sus compañeros de trabajo y se iba a la granja y, para satisfacción de los parroquianos, Johan y Charles preferían beberse la cerveza tibia en otro lugar, en la cantina de la pista de cross o, si les apetecía pasar una noche emocionante, en un puticlub al otro

lado de la frontera. Claro está que las conversaciones giraban en torno a ellos, muy a menudo se hablaba de sus pillajes, de sus correrías y sus saqueos. De aquella vez que, durante una borrachera, Charles se meó en el buzón de la casa parroquial. De la otra vez en que los hermanos destrozaron el escaparate de la gasolinera lanzándole un bloque de cilindros porque Han Gassink, el propietario, no podía hacerles un descuento tras el incremento del precio del combustible. De aquella vez en que, a plena luz del día, se presentaron en la carnicería Zeering con una carretilla llena de cadáveres, con piel y todo, y delante de los clientes que llenaban la tienda ordenaron a Gerremientje Zeering que les comprara el lote. Gerremientje se apresuró a ir a la trastienda en busca de su marido, Olbert, pero a su regreso Charles ya había abierto la caja y sacado lo que él consideraba una remuneración más que razonable para un montón de apestosas bestias. A un cliente se le ocurrió intentar impedírselo (un estúpido ingenuo del pueblo de al lado) pero apenas dio un paso al frente, Johan lo agarró del cuello y le propinó un cabezazo con su frente de granito. Cuando Gerremientje y Olbert por fin volvieron, llegaron a tiempo de ver a los Keller salir por la puerta de la tienda, tranquilos e indiferentes como si no hubiese pasado nada. Nadie fue tras ellos.

Sí, en el bar se chismorreaba mucho, pero el día en que Alwies Brokkink se atragantó con la albóndiga el local se quedó tan muerto como aquel cuerpo morado y pesado que tuvo que ser sacado de ahí por cinco hombres. Padre siguió abriendo el bar, fregaba cada día el suelo, a pesar de que ya no apestaba a cerveza rancia, lavaba el grifo de cerveza, hervía dieciocho huevos y los colocaba en la barra en tres fuentes de seis, anotaba el contenido invariable de cada una de las casillas de la caja en las que, antes, los clientes ponían cada semana un florín para ahorrar para la feria. Durante toda la tarde de los domingos permanecía, cumplidor, delante del mueble bar, incluso cuando hacía rato que las campanas de la iglesia de Sint Martinus habían dejado de sonar y ninguna de las almas recién confesadas había entrado en su local. En la cena, nos comíamos los huevos hervidos, día tras día, duros, verdes y azufrados. Tras una semana ya nos daban asco.

ni se te ocurra hacerlo, annie, decía padre cuando me entraban arcadas.

Sin embargo, su obstinada perseverancia llegó un día a su fin. Todos los que cruzaban la plaza en silencio podían ver a través de las ventanas cómo las tardes se volvían más inútiles, más muertas y más carentes de significado para Theedje Teeking, hasta que un domingo decidió no volver a abrir el bar para no acabar él mismo convertido en un objeto vacío, muerto e inútil. Y aunque padre no tenía la menor idea de a qué dedicar sus tardes a partir de entonces, decidió que, en cualquier caso, aquel domingo por la tarde lo llenaría con lo contrario de sentarse en un bar oscuro y abandonado: con una brisa fresca y bosques de robles y hayas cuyas hojas filtraban poco a poco y a cada paso las preocupaciones. Aquel domingo, padre, Maureen y yo recorreríamos diez kilómetros en bicicleta hasta el Arenal, unos bosques más allá, donde se celebraba el evento del que padre llevaba oyendo hablar a sus vecinos desde hacía semanas, una carrera de motocicletas del club regional en el que el benjamín de la familia Keller haría su debut.

Y así, nos encontramos de repente con padre entre la muchedumbre congregada junto a la cinta elástica. Tom salió al lado de Charles, el hombre a quien nadie se atrevía a mirar, del mismo modo que no nos atrevíamos a mirar en dirección de la casa, aquella casona sin cortinas. No. Nosotros centrábamos nuestra atención en el chico que había a su lado, apenas mayor que Maureen y más joven que yo (ah, bastante más, le llevaba casi diez años, una diferencia insuperable a esa edad), y vimos cómo su tío y él se miraban mientras aumentaba el ronroneo de treinta motos impacientes. El ruido nos envolvía y se metía en nuestras cabezas, sonaba a zumbido de avispas y cuando pienso en ello, mi cabeza se sigue llenando de zumbido de avispas. Vimos los ojos de Tom detrás de sus gafas de cross y reconocimos esa mezcla de miedo y aversión para la que aún no teníamos nombre, pero que todos conocíamos muy bien, esa mirada que todos en el pueblo dedicaban siempre a los miembros de aquella familia, y hasta entonces a ninguno se le había pasado por la cabeza que dentro de aquella familia se pudieran mirar unos a otros de esa manera, que Tom podía mirar así a su propio tío. Y a medida que el sofocante zumbido de avispas se hacía más insoportable, vimos cómo sus ojos cambiaban, cómo la aversión le ganaba al miedo, decidido a darle una lección al demonio, a darle una lección a todas las almas que se habían congregado allí, en la gran pista de arena, a demostrarle que era

más que un apellido del que nadie esperaba nada bueno.

La cinta elástica se soltó, las motos saltaron hacia delante. Ahora Tom conducía una auténtica bsa. Habían pasado unos seis años desde que escondiera su primer ciclomotor en el bosque.

Todo el mundo ya había oído cómo lo habían pillado a la sazón, con aquel ciclomotor. La Mobylette. Tom había aguantado apenas tres meses manteniendo su secreto, dedicándose a escondidas a su pasión en las horas matutinas robadas, mientras Johan y Charles descansaban de sus actividades nocturnas ilegales y Frank se dejaba la salud en la fundición con un trabajo legal. Al cabo de unas semanas, el chico empezó a cometer imprudencias, como confiar en el reloj de su abuela sobre la repisa de la chimenea embaldosada y dejar de realizar las minuciosas rondas por las rendijas de las puertas de los dormitorios para llevar la cuenta de quién estaba dentro y quién fuera, quién dormía con la oreja puesta y quien velaba con el ojo avizor puesto en él y en su agenda secreta.

Y parece ser que, una mañana de primavera, mientras Tom recorría los senderos del bosque en su moto, acelerando, derrapando y frenando con la misma imprudencia osada, pasando por monumentales hayas rojas a punto de iniciar un tricentésimo periodo de floración, por arroyos pausados bordeados de bulliciosas ranas de san Antonio y crías de carpintero en sus nidos, yemas axilares preñadas de agalla, mastuerzos de prado, arroyuelas lilas y lisimaquias amarillas, tomando curvas cerradas desde el camino principal al lateral y de vuelta al principal, tan concentrado en cómo rebotaba sobre las duras raíces de los robles que solo al oír por tercera vez el claxon se percató de que el Volvo de sus tíos circulaba justo detrás de él.

Charles fue el primero en bajar, con la cara de quien ha pasado una noche de mierda. Cerró la portezuela de golpe, un terrón de barro resbaló de la ventana y cayó al suelo. Después se apeó Johan.

¿de dónde has sacado ese trasto?, preguntó Johan.

Tom se apeó de la Mobylette, apretó con fuerza las empuñaduras,

con las venas hinchadas. El motor seguía estando en marcha. Tom miraba absorto el Volvo, como hacen los conejos con los faros de los coches, mientras pensaba en el sótano, en los caracoles.

venga, apágalo ya, le gritó Charles.

Tom giró la llave de contacto, el sonido del ciclomotor se apagó. La rueda delantera izquierda del Volvo había sido reemplazada por una de recambio. Seguro que, debido a ello, en la oscuridad, habían perdido al menos una hora, además de su humor. Johan se sentó en el capó, los muelles crujieron. Charles se acercó al ciclomotor. Les dio una patada a los neumáticos.

¿qué opinas johan? ¿cincuenta florines? ¿setenta si tom le saca brillo?

setenta seguro, sobre todo tratándose de una kaptein. está perfecta. Johan se sacó un paquete de tabaco de liar del mono y cogió algunas hebras. pero la cuestión es en qué se montará tommyboy entonces.

El sol de la mañana proyectaba las alargadas sombras de los árboles sobre el suelo del bosque. Charles se rio. por lo pronto, este mocoso no se montará en nada de nada.

pero, ¿es que no has visto lo que hacía el mocoso este? Johan pegó su cigarrillo con la lengua. este mocoso tiene más talento que tú.

Charles crispó el gesto. Agarró el centro del manillar y le dio un tirón.

suéltalo, le siseó a Tom.

Tom se aferró aún más a las empuñaduras.

suéltalo o te reviento a hostias.

sharrel…

Johan se puso en pie, dio la vuelta al coche y abrió el maletero.

tom voy a reventarte a hostias y encima quemaré el maldito ciclomotor.

¡sharrel!

Charles alzó la mano libre por encima de su cabeza, dispuesto a arrearle un puñetazo a Tom. Su puño era como un mazo, casi tan grande como la cabeza del chico. Pero entonces Charles y Tom se sobresaltaron, ambos se llevaron un susto de muerte por el estallido que retumbó en el bosque como si fueran sus propios oídos los que estallaran en pedazos.

¡me cago en la hostia! El grito de Charles resonó por el bosque. ¿es que te has vuelto loco de remate?

Johan se reía entre dientes, el cañón humeante del Lee-Enfield apuntaba al cielo. Disparó por segunda vez.

bien, dijo satisfecho, ¿hemos acabado entonces?

Y de este modo quedó sellado: Tom tenía talento, su tío Johan iba a cultivar ese talento en los próximos años, mientras que Charles, su otro tío, se iría volviendo cada día más loco de envidia.

De la misma manera en que el conejito blanco fue sustituido por un ciclomotor, el ciclomotor fue reemplazado por una moto. Empezó con un cacharro al que Johan le subió los guardabarros y le quitó el faro para fabricar una moto de cross provisional; sin embargo, apenas un año más tarde Tom ya montaba en una bsa de 250 cc de carrera larga bastante decente que se habían agenciado de forma indecente.

Los tres juntos recorrían los bosques evidenciando la misma falta de respeto por la naturaleza de la que hacían gala durante sus correrías nocturnas; montados en sus estruendosas motos alteraban a las cercetas, a los patos cuchareta y a los rascones que allí anidaban. No solo corrían por el patio de su propia granja, sino también por los prados de los vecinos. Después del verano, cuando los agricultores ya habían recolectado el maíz, los alrededores en su totalidad se convertían en su terreno de cross privado. Les importaba un bledo de quién fueran las tierras. En verano, si los mocosos del pueblo se paseaban por los maizales, los campesinos los echaban con la escopeta de aire comprimido en cuestión de minutos, pero si un Keller recorría tus tierras con su apestosa moto no movías ni un dedo.

Te quedabas dentro y escuchabas.

Oías el zumbido de la moto, oías a Johan dar órdenes. Sus me cago en la hostia. la postura tom. la postura es fundamental, le oían gritar, los codos en alto, la moto bien apretada entre las rodillas. así, sí. bien apretada. de lujo, tom. tremendo.

Te escondías debajo de la ventana de la cocina, si era preciso debajo de la encimera y contenías la respiración, pero sentías demasiada curiosidad para no escuchar mientras él seguía sin cesar con aquello de muy bien, de lujo, tom, apretado como un carnero. tienes que ver la moto como un cohete, tom, un cohete que saldrá disparado de debajo de tu culo si no lo agarras. un arma. tu moto es un arma de un fabricante de armas inglés que casualmente ha empezado a fabricar motos igual que han empezado a hacer todos los fabricantes de armas, conque no te equivoques, chaval, lo que tienes entre las piernas es más un cohete que una moto. un cohete verde amarillento bsa C11, de cromo, acero y aluminio, con un cilindro y doscientos cincuenta cc, con el que corre hasta el mismísimo steve mcqueen. steve sí. pero en la película con los alemanes, monta como si no tuviera que llevarla más de diez minutos seguidos, puesto que con su postura no se aguanta más de diez minutos. la postura es fundamental, tom. venga, una vez más. bien apretada. y ahora el gran eslalon, solo con las caderas. con los brazos no tienes que hacer nada. reclínate. a la izquierda de varsseveld, a la derecha de varsseveld. igual que en la canción, tom. a la izquierda de varsseveld: las caderas tom. vamos. caderas rodillas reclínate. hinchas demasiado los brazos, tom. tommy. antonius. antonius bernard; antonius bernardus franciscus keller. aprietas y fuerzas y toda la sangre se te va a los antebrazos y así se te hinchan. tus brazos no tienen que hacer nada. tus piernas son mucho más fuertes, muchacho. lo entiendo: ves a steve mcqueen sentado en la moto con las piernas abiertas y por supuesto piensas que así también se puede, pero steve mcqueen solo se ocupa de lo que queda bien para las nenas y con las nenas no se ganan competiciones. las nenas no hacen más que estorbar. no es que no sepa lo que se hace, steve mcqueen sabe muy bien lo que se hace separando las piernas, es una máquina de actuar igual que tú te puedes convertir en una máquina de correr, tom, el mejor en su oficio, igual que tú puedes serlo, pero entiéndeme bien: no tenéis el

mismo objetivo. tu objetivo es ganar, tom. ya te veo poner cara de preferiría irme lejos de aquí y que se las arreglen solos, pero no vamos a hacer eso, tú no te vas a ninguna parte. tú no. tú te quedas aquí y vamos a ganar. ahí fuera no hay nadie esperándote. ven, apaga ese trasto, vamos a intentar otra cosa. sharrel ponte delante y agarra el manillar y tú quédate sentado en la moto, sin manos, espalda erguida, rodillas apretadas. y tú, sharrel, ponte a sacudirla; no, sin manos tom, no lloriquees. y luego, sharrel, sacúdela como el toro mecánico de la feria y tú quédate sentado, porque tienes las rodillas giradas hacia dentro y tu postura es buena y no tienes miedo de nada. si lo quieres de verdad, no debes tener miedo de nada, tom. solo entonces podrás relajar los brazos y controlar tu sangre y no hincharás tus músculos. bien. sharrel estás listo, sharrel. ahí vamos. a un lado… y a otro. de un lado… de lujo tom. y a otro. un poco más fuerte, sharrel. a un lado… y venga. a otr… me cago en la hostia, tom, qué demonios haces ahora. mira lo que sucede cuando no aprietas bien. vamos, levántate. levántate y una vez más. no, no hace falta que te quites el barro de las manos, tom, déjalo estar. tus manos se ensucian. déjalo tom. no pasa nada si están mugrientas. no, no te daré guantes. ¿te vas a ir a patinar o qué querías hacer con ellos? pues entonces calla. no me pongas esa cara ahora. no te eches a llorar. no me vengas con esa cara roja llena de mocos que tanto odio y no te atrevas a ponerte a lloriquear de nuevo porque encima te daré tal paliza que dejará en nada los brazos hinchados. venga tom. tommyboy. es solo el susto. es el susto y nada más. así me gusta tommyboy. empecemos de nuevo. tenemos que conseguirlo tom. de lo contrario te apoyarás por completo en los brazos y te los cargarás de tanto apretar. y ahora no pasa nada, pero luego en el cross en la segunda manga se sumarán el estrés y la competitividad y el ácido se acumulará dos veces más rápido en tus brazos y ni siquiera habrás llegado a la mitad y tendrás que dejar la moto porque tus antebrazos se habrán hinchado y reventarán de toda la sangre que has bombeado a los músculos. y entonces no serás capaz ni de coger un vaso de agua, y menos aún de ir en moto. y al día siguiente no podrás hacer otra cosa más que quedarte tieso en la cama y chillar de dolor. y habrás perdido la carrera. créeme, sé lo que me digo, ¿no sharrel? exacto. sé lo que me digo, tom. es una lástima, pero les pasa a los mejores. a mí me sucedió dos veces, porque nadie me lo advirtió nunca. nadie agarró mi moto o la moto de tu padre o la moto de sharrel, ni

la sacudió para enseñarme cómo apretar. ¿a que sí, sharrel? padre bernard ya se había marchado antes de poder enseñarnos nada, ¿a que sí, sharrel? padre bernard, me refiero a tu abuelo, tom, ya había cogido su moto y se había largado con los alemanes antes de que hubiesen acabado de invadir holanda con su blitzkrieg, su guerra rayo. sí, eso, relámpago. a lo que íbamos, padre. es decir, tu abuelo. cruzó la frontera con su husqvarna 50 tva, y tu abuela netta y tu padre y tus cariñosos tíos tuvieron que apañárselos solos. robando patatas en las granjas al otro lado de la acequia. y tenías que estar en casa antes del anochecer si no querías que los alemanes te destrozaran la cabeza a tiros. una vez que no volví a tiempo, me pasé toda la noche escondido en el establo de eggink, entre las gallinas. cuando lo recuerdo se me llenan enseguida las narices de olor a mierda y a meados. pero nadie vino a buscarme, padre ya estaba jugando a ser alemán. en lo que a mí respecta, podía estar muerto y bien muerto. haber sufrido un accidente con la husqvarna, la cabeza destrozada a tiros, kaputt. eso espero. eso esperamos, ¿a que sí, sharrel? exacto. padre podía montar como el mejor, pero no nos enseñó una mierda sobre motos. y al bueno de nuestro hermano frank no le interesaban en absoluto, pero a sharrel y a mí nos habrían venido muy bien sus consejos, ¿a que sí, sharrel? entonces, dime ¿qué vas a hacer, tom? ¿qué vas a hacer? exacto, vas a escuchar. de lo contrario, te quedarás como el tío johan en medio de la pista de cross con las piernas separadas de steve mcqueen y los brazos hinchados y toda la comarca se reirá de ti y por mucho que hayas separado las piernas sobre la moto, las nenas ya no te querrán, tom. no. el tío johan sabe lo que se dice. y cuando estés allí tumbado, puede que tus ojos busquen entre el público el rostro de tu tío johan igual que tu tío johan buscó el rostro de su padre junto a la pista y a diferencia de ese desertor muerto yo estaré presente, reconocerás mi cara allí junto a la pista, pero no será un rostro alegre, tommy. mi rostro siempre estará tanto si aguantas como si te caes, pero si te caes solo por no haber escuchado a tu tío, lo que encontrarás será el rostro del fuego y del demonio. no, ahora no te pongas a lloriquear otra vez. solo te aviso. por tus brazos inflados. les pasa a los mejores, pero a ti no te pasará si me escuchas. y por lo que a mí respecta haremos todo lo que esté en nuestras manos, tenlo por seguro. entrenamiento de brazos. bálsamo de tigre antes de la carrera. descanso para recuperar fuerzas entre las mangas. pero lo más importante de todo es que

aprietes esa jodida moto entre las rodillas y no la sueltes hasta que llegues a la meta. entonces, ¿qué me dices tommyboy? te vas a sentar y te quedarás sentado por mucho que sharrel sacuda ese trasto. bien, tom, así me gusta. de lujo. de lujo.

Zumbido de avispas. Mi hermana y yo estábamos entre el público cuando se soltó la cinta elástica y treinta motos arrancaron, zumbando como avispas hacia el Arenal. Tom participaba por fin en su primera carrera, después de aguantar seis años las órdenes de Johan y sus «me cago en la hostia».

Se congregó mucha gente para presenciar aquella carrera que sería la última para mí, puesto que mi cabeza no aguantaba aquel zumbido. Había más público de lo normal, todo el mundo te lo dirá, aunque diez veces más hombres de la región intentarán convencerte de que ellos vivieron en primera persona todo el proceso, que durante las sesiones de entrenamiento en los prados ya se habían percatado de que aquel chico tenía talento, que querían ver producirse el milagro en una carrera de verdad. En fin, en fin, qué se le va a hacer. La verdad es que en este pueblo nadie tenía la menor idea de talento o de motocross, hasta aquella tarde en cuestión, nadie había sido testigo de los entrenamientos de los Keller, porque si tenías dos dedos de frente te tumbabas debajo de la encimera tan pronto esa familia se acercaba a tu propiedad.

No querías ver nada.

No querías que te vieran.

Solo podías escuchar.

No obstante, aquella tarde nadie tenía miedo, ese era el verdadero motivo por el que todos fueron a ver la carrera. Después de todas aquellas veces que se habían escondido cada vez que la familia se colaba en sus campos para destrozarlos, ahora ese chico se mostraba por primera vez en público con su moto, a plena luz del día donde podían quedárselo mirando descaradamente. Nadie sabía si tenía talento de verdad, por supuesto que no. Nadie entendía de esas cosas. Solo después de aquella competición, todos se las dieron

de entendidos, todos se convirtieron de repente en los mayores expertos en motocross, en cronistas de motocross, en supervisores de motocross, cuando, en realidad, durante la competición no eran ni más ni menos que unos domingueros viendo los monos en el zoo.

La nube de polvo de la salida se fue disipando mientras se alejaban las motos. El primero, Charles, sobre su rueda trasera, como hacía en todas las salidas de todas las carreras. La mayoría de los corredores lo dejaban hacer: su arrogancia era a la vez su mayor fuerza y su mayor debilidad, pues al cabo de unas cuantas curvas solía estrellarse contra un árbol y los demás lo adelantaban.

Tom con el casco lleno de sudor entre la multitud de motos que no iban rezagadas, aunque tampoco adelantadas, tan apelotonadas que era casi imposible decir quién iba en cuarta posición y quién en vigesimocuarta. Sin embargo, después de la primera curva, Tom se soltó del pelotón y echó el cuerpo hacia delante, detrás de él, a su izquierda y a su derecha, iban dos brabanzones que no conseguían adelantarlo. El chico conducía la moto con habilidad por aquel lodazal como si no le exigiera ningún esfuerzo, con tanta fluidez que parecía que estuviera sentado en su bicicleta con el viento en la espalda y no en un coloso rugiente sobre un fango negro. Era imposible adelantarlo. Se fue acercando a Charles y Charles se dio cuenta; de golpe perdió todo su engreimiento, toda su bravuconería, toda su intrepidez.

Aquello se había convertido en una carrera de verdad, casi en una carrera de esas que organizaba la Asociación Nacional de Motociclistas en otras partes de la región en las que habían corrido el tal Gertman o el león de Dörkum o el coloso de Hengel, una carrera de verdad que Charles Keller no quería perder bajo ningún concepto, y sería una carrera justa, tal vez la primera y la última carrera verdaderamente justa en la que participaría Charles en su vida, sin árbitros sobornados ni movidas con balas de heno o barriles de petróleo que los camaradas retiraban en un momento de descuido para que él pudiera coger un atajo.

Charles Keller. El zumbido de avispas llena mi cabeza cuando pienso en él, a veces tengo miedo de que me maten con sus picaduras. A mí no me gusta hablar de él y no diré mucho más.

A partir de aquel momento, al público dejó de importarle si había dos o doscientos corredores en la pista, todos se fijaban solo en aquel canalla y su sobrino. En sus caras y en sus cuerpos cubiertos de lodo negro.

A Tom le costó adelantarlo. Charles luchaba como un tigre, se inclinaba hacia atrás y encabritaba la moto para salvar montículos, zigzagueaba para mantener ocupado todo el ancho de la pista. Pero Tom sabía conducir mejor. La fuerza es solo una parte de la historia, lo importante es la técnica y la táctica y la agilidad, saber cuándo debes girar cuando llegas a una curva. Cuestión de milésimas de segundo. Todos habíamos oído a Johan gritarlo en los años anteriores: la postura, tom. de lujo, tom.

En la penúltima curva, por fin consiguió adelantar a Charles (con una velocidad y un estruendo que estremeció a todos), en la última curva le llevaba ya una ventaja de varios metros. Y durante el último salto la cosa se puso aún más emocionante, Tom estuvo a un tris de caer encima de su rueda delantera, pero consiguió enderezar justo a tiempo su moto. En la línea de llegada fue recibido con un estruendo de vítores. Charles nunca se lo perdonaría.

Aunque hubo aún una segunda manga, en la que, para variar, aquel canalla tuvo la precaución de salir con las dos ruedas en el suelo, eso no le sirvió de nada. Tom ganó. Tom le ganó a Charles y a todos los demás. Tom ganó esa vez y la siguiente y todas las veces. Un Keller que tenía talento para algo. La gente se restregaba los ojos para asegurarse de que lo había visto bien.

Y entonces llegaron los titulares en la prensa y los premios y el gran futuro por delante. A partir de entonces, solo se hablaba de aquel chico y de su familia. Abiertamente. De golpe y porrazo, el bar de Theedje Teeking volvió a llenarse, los susurros se transformaron en una animada cháchara con la boca llena de cerveza y ginebra barata y huevos duros, el tema pasó del terror de los dos hermanos a las habilidades del increíble niño prodigio. Por las noches, Maureen y yo apretábamos la oreja contra el suelo de madera de nuestro dormitorio. Teníamos diez años de diferencia, diez años insalvables que me habían convertido en madre y a ella en hija y eso a pesar de que éramos hermanas de sangre. Diez años durante los cuales nuestro padre y nuestra madre habían intentado tener

más hijos de los que les convenían, a pesar de que madre quería desistir desde hacía mucho tiempo, seguía intentándolo porque el padre Lubbelink los machacaba con aquello de una Gran Familia Católica. Diez años tras los cuales madre quedó agotada y se marchó hacia el norte, de donde procedía, abandonándonos a padre, a Reentje y a mí a nuestra suerte, y convirtiéndome a mí en madre aunque era la hermana mayor. Haciendo de mí una adulta aunque era una niña, pues yo velé por ella, mi hermana pequeña, velé en nuestro dormitorio compartido y nunca permití que nadie, ni del bar ni de donde fuera, la tocara hasta que fue lo bastante mayor como para decidir por sí sola. Mi hermana pequeña y yo apretábamos la oreja contra el suelo y oíamos cómo en el piso de abajo los hombres adultos rajaban apasionadamente sobre aquel chico como si fuera su gran amor, su redentor o, en cualquier caso, su mejor amigo.

Los oíamos vociferar por encima del tintineo amortiguado de vasos y la música de la gramola que emitía versiones submarinas y apagadas de 19th Nervous Breakdown y Lying All the Time. Por encima de eso, el griterío de los hombres —here it comes— mientras rivalizaban entre sí contando trivialidades. Sobre cómo el chico entrenaba, de forma improvisada en el cobertizo, con yunques en lugar de mancuernas y neumáticos viejos en lugar de banda elástica. here it comes. Sobre cuántos días, semanas, años tardaría en cumplir dieciocho años, cuándo se sacaría el carné de conducir y podría participar en competiciones oficiales a nivel nacional en lugar de las rondas regionales que corría ahora con el club de motociclismo. here comes your nineteenth nervous breakdown.

En los años siguientes sería primavera. En este pueblo, en esta tierra ingrata en la que los pobres campesinos bregan desde hace siglos para conseguir que brote algo, lo que sea, en este páramo arenoso donde nunca crece ni florece nada, aquí llegaría la primavera. El griterío apagado debajo del suelo de nuestro dormitorio se oía de forma incesante no solo los viernes y los domingos, sino noche tras noche. Después de una eternidad de silencio y austeridad, se iniciaba una noche interminable de borracheras, suelos sucios y pegajosos, llenos de cerveza seca y cáscaras de huevo incrustadas.

También en el interior del dormitorio cambió algo. Gracias a

Maureen, nuestra pequeña Reentje. La primavera también se desató en mi hermana. Atrás quedaban los tiempos en que se podía pasar la tarde entera jugando estoicamente con su tricotín, aquella muñequita tejedora de formas rubensianas que unos años antes le habían regalado por su Primera Comunión. Cualquiera habría jurado que era sordomuda, en todo caso el resto de la familia juró que le pasaba algo cuando, con el bolillo entre las manos, empezó a producir una incesante serie de tapetes y posavasos, sin reaccionar ante nada, sin prestar atención a nada. Cuando padre o yo le preguntábamos si no querría hacer otra cosa, si no querría salir a jugar a la plaza de la iglesia o entre los cobertizos detrás de nuestro bar, ella se limitaba como mucho a sacudir la cabeza y murmurar que tricotar la ayudaba a quitarse el dolor de cabeza. Así que la dejábamos hacer, a pesar de lo bueno que es el aire fresco para la cabeza. Sin embargo, en cuanto empezó a adoptar las mismas curvas que su muñeca tejedora, lanzó el trozo de madera a un rincón y se dedicó a recortar todos los artículos de prensa que podía encontrar sobre aquel niño prodigio que cautivaba la atención de todo el mundo. Con el mismo estoicismo. Empapeló nuestro dormitorio con fotos de Tom Keller y yo no tenía nada que decir al respecto. Dios santo, Virgen santa, ojalá hubiese dicho algo.

Reentje no era la única que se enamoró de él. Todas las almas estaban enamoradas de aquel muchacho, las chicas que poco antes habían ido con él a la escuela primaria, y también los chicos, sus padres y sus madres, Menger y su hijo y Mientje Diepink y Han Gassink, y también Lien y Gartie de la asociación local de ganaderos, y muchos más. La fiebre no discriminaba por edad o sexo. Cada vez se agolpaban al borde de todo el circuito. En cada carrera, al borde de la pista solo faltaba una persona, una de su propia familia, una con un par de ojos de pitbull muy separados.

No, no era Frank; incluso Frank acabó yendo a verlo, incluso a animarlo, a su manera discreta. Era inevitable. Con cada artículo de periódico crecía el orgullo que sentía por su hijo, y su actitud había pasado del rechazo a la negación, al tímido acercamiento hasta la total entrega y complicidad. En la fundición, hacía horas extras después del cierre para poder fundir camisas de cilindro y otras piezas para su querido hijo. Se llenaba los bolsillos de su abrigo con pernos y tuercas y todo lo que su hijito necesitaba más que su jefe.

Ayudaba a sus hermanos a ajustar la moto, se aseguraba de que todas las piezas estuvieran elaboradas con los mejores materiales, que toda la máquina fuera resistente al calor y sobre todo más rápida que las demás motos en la pista de arena. Durante un momento, por breve que fuera, se forjó un auténtico vínculo fraternal entre Frank y Johan, e incluso Charles. Durante un momento, se forjó un auténtico vínculo paterno filial entre Frank y Tom Keller. Amor, aunque fuera tácito.

No. Frank estaba al borde de la pista. Netta, la abuela, era la gran ausente.

Estaba enferma. El resto no se había percatado de nada, pero estaba enferma, vomitaba sangre, se había quedado en los huesos, como un lebrel, y todas las noches empapaba la cama de sudor. Cuando sus hijos por fin se dieron cuenta, ya era demasiado tarde. Al igual que el resto del pueblo estaban extasiados por la primavera, distraídos y confundidos por el talento de alguien que tenía su misma sangre y, por consiguiente, durante mucho tiempo, no tuvieron ni idea. Y para ser sinceros, tenían solo parte de la culpa, pues Netta escondió muy bien su estado. Por las mañanas lavaba las sábanas para eliminar el sudor, la sangre y los escupitajos antes de que los chicos bajaran para desayunar con unas pocas coles de Bruselas. Y, antes de que ellos volvieran a casa eufóricos, ella se había metido ya de nuevo en la cama. Sin embargo, cada día resultaba más difícil esconderlo. Llevaba cuatro capas de ropa para disimular cuántos kilos había perdido bajo su piel cada vez más flácida, y debió de llamarles la atención que poco a poco empezó a cocinar más austeramente: por las mañanas, ya no preparaba panqueques de alforfón con pasas conservadas en alcohol (no tenía fuerza en los brazos para mezclar la masa), ni papilla de huevo con tocino, ni pan de centeno horneado por ella con manteca de cerdo o salsa de carne, al mediodía ya no había lonchas de queso de cerdo ni embutido anisado con manteca, ni rollitos de tocino, ni papilla de cebada con tocino y pasas, y por las noches ya no hacía puré de patatas (no le quedaba nada de fuerza en los brazos) con peras secas o escarola o chucrut, ni sopa de cebada con pies de cerdo, ni sopa de guisantes con cola de cerdo, ni pastel de carne, ni longworst, bloedworst, zuurworst, krentenworst, ya no preparaba ninguno de aquellos sabrosos embutidos de carne de matanza que ella misma

siempre hervía, trituraba y metía en un intestino delgado o grueso, para luego coserlo y volver a hervirlo, nada de eso, sino que, a partir de un determinado momento, para comer solo servía patatas hervidas con lechuga cruda y una salsa grumosa de suero de mantequilla, para beber un vaso de suero de mantequilla y de postre papilla de suero de mantequilla.

Cuando Netta se dio cuenta de que no se le pasaría solo, de que no faltaba mucho para que solo pudiera quedarse tumbada y necesitara de inmediato manos hábiles junto a su cama, puso su destino por segunda vez en manos de la única persona del pueblo en la que confiaba. Y por segunda vez, no había nada que pudiera hacer el padre Lubbelink para cambiar la situación, pues, por mucho que lo quisiera y por mucho que rezara, las avemarías del mundo entero no podían ofrecer una solución. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió dieciséis años antes, de aquella primera vez que había estado tan deseoso de ayudar, en esta ocasión se le podían reprochar muchas cosas.

Y así sucedió. No hubo forma de evitar los reproches. El cura no pudo hacer nada para cambiar la situación, pero podría haberlo hecho. En esta ocasión, el reproche se abatiría sobre su cráneo como la cólera de Dios, lo obligaría a postrarse, lo abandonaría por muerto sobre el suelo de la iglesia, desangrándose como un cerdo en el matadero.

Jesucristo, ten piedad de nosotros.

A nadie le asombró que un Keller fuera arrestado por el asesinato. La pregunta era cuál de ellos: por supuesto todos esperaban que encerraran a aquel canalla, a aquel demonio. Yo la primera.

Sin embargo, no fue así.

2 de enero

Es una sensación horrible y muy especial que se instala en tu bajo vientre y te exprime y retuerce las entrañas. La experimentas a primeras horas de la mañana, cuando te preguntas, entre el sueño y la vigilia, dónde has ido a parar, qué día es, qué estaba pasando exactamente… y entonces, como un cepo que se cierra, lo entiendes todo de golpe: ¡ah, claro!

Isa lleva ya una hora en su viejo dormitorio sin apartar la vista del radiodespertador con esa sensación, con esa acidez de estómago, esperando que no sea demasiado pronto para despertar a Erva con una llamada ni demasiado tarde para hacer todo lo que debería hacer hoy.

Este será un día muy largo.

Primero debe ir a ver a Charles, se le hace mucho más cuesta arriba que cuando aún vivía aquí. Si te quedas suficiente tiempo fuera, las cosas que antes hacías cada día acaban pareciéndote espantosas. No es tanto el propio Charles el que le da miedo, sino la perspectiva de encontrarse ante su indiferencia, la fría confirmación de que está sola en esto. Y no obstante, su tío tendrá que hacer algo, algo para ayudar. Es familia. ¿Cuál es sino la tarea de un padrino, aparte de asegurarse de que creces para convertirte (la sola idea) en una Buena Católica? Lo menos que puede hacer es cuidar de ella cuando sus padres no pueden, cuando la vida le echa encima una cisterna llena de estiércol. Sí, Charles tiene que ayudarla.

Los intestinos de Isa vuelven a contraerse.

En cualquier caso, su sentimiento de culpa está disminuyendo poco a poco ya que tiene suficientes motivos para cancelar lo de Arnhem, eso si es que Erva sigue esperando que la acompañe. Isa ni siquiera sabe con exactitud qué plan tienen allí, quién irá, qué hay que romper o reparar. En cierta manera está aliviada de no tener que ir, en vista de cómo transcurrió la anterior acción. Aquella húmeda noche de noviembre, el camión de cerdos secuestrado.

Era la primera vez que Isa los acompañaba y en lo más profundo de su ser algo ya le decía que no lo hiciera, quería protegerse contra

las situaciones en las que el activismo rebasa todos los límites de lo legal o siquiera de lo aceptable. Tenía demasiado miedo de resbalar, miedo de acabar, al final de la senda resbaladiza de decisiones cuestionables, en el mismo pozo negro que algunos de sus familiares. No quería acabar en la cárcel como su abuelo, ni estar cada dos por tres bajo vigilancia como Charles. Aunque Isa no quería eso, Erva y los demás no necesitaron muchas palabras para convencerla.

Había estado diluviando la mitad de la noche y por lo pronto no tenía pinta de ir a parar; en las horas previas a la salida, Isa había propuesto en dos ocasiones aplazar la operación, pero los otros no quisieron escucharla. Después de dos horas y media, llegaron a Frisia septentrional y, conforme a lo acordado, se detuvieron en la carretera rural desierta donde, según la minuciosa investigación preliminar de Erva, antes del amanecer debía pasar un camión repleto de cerdos, camino del matadero.

La carretera era muy estrecha y estaba cubierta por un manto resbaladizo de hojas otoñales sobre el que Isa estuvo a punto de caerse al bajar del coche. Le habían pedido que los acompañara como segundo conductor, le habían dado instrucciones de aparcar su Kadett ocupando una mitad de la carretera, con las ruedas derechas en la tierra blanda de la cuneta. La calzada estaba tan abombada que el coche quedó ladeado y a Isa le costó abrir la portezuela. Dex aparcó su familiar a la misma altura que ella y bloqueó la mitad izquierda, una maniobra con la que ocupaban toda la anchura de la carretera.

En cuanto Dex y sus amigos se enteraron de que tenía coche, empezaron a engatusarla para que participara en misiones como esta. Y no eran nada sutiles: como quien no quiere la cosa, le habían ido preguntando sobre su estilo de conducción, sobre si era verdad que, a los diez años, en su pueblo, ya recorría a toda pastilla campos en barbecho con coches desvencijados, sorteando los buitres que atacaban y los ciervos que huían (unos animales que Isa nunca había visto en plena naturaleza), y que luego se pasaba el resto del día en un cobertizo arreglando cacharros viejos con la cara mugrienta. Así la elevaron medio en broma hasta la categoría de una Thelma o Louise que malgastaría su talento y su vehículo si no

participaba cuanto antes en la Buena Causa. Al final, se sintió demasiado halagada para negarse...

—¡Aah, me cago en el coño! —Erva estaba en el asiento del copiloto del Kadett y al bajar había puesto los pies en un denso lodazal.

—¡Chis! —Dex la miró irritado, su susurro cortó la lluvia.

Luego retrocedió para dejar sitio a las tres figuras que bajaban del familiar: Jop Kistemaker acompañado de dos punks cubiertos de costras que limitaron las presentaciones a un breve cabeceo. Entre sus rastas se veían numerosas calvas, parecían dos perros callejeros que se habían arrancado el pelaje a bocados en una pelea.

Jop Kistemaker repartió los pasamontañas, le lanzó uno a Erva que intentaba limpiarse las botas con los cardos que había al borde de la carretera. Los bolsillos del abrigo militar de Jop parecían llenos y pesados. Con cada uno de sus torpes movimientos se oía el entrechocar de herramientas.

Entonces aparecieron los faros. A lo lejos, altos y muy separados.

—Daos prisa —les ordenó Dex.

Isa no lo había visto nunca tan nervioso, tenía el rostro serio y horas antes de que salieran ya había empezado a mostrarse más callado, con los ojos de un rojo cada vez más oscuro.

Los faros se fueron acercando a toda velocidad, solo pasaron unos segundos antes de que fueran visibles los contornos del camión. Si no reducía la marcha, los atropellaría. Justo cuando Isa temía que fuera a suceder de verdad, Dex y Erva se metieron en los dos coches para encender los intermitentes y tocar las bocinas. El camionero pisó el freno a fondo, Isa se protegió la cara con las manos, sin saber muy bien qué pretendía salvar con ese gesto. Las bajó aliviada cuando se dio cuenta de que el camión se detenía rechinando. Jop Kistemaker y sus dos perros callejeros corrieron hacia la cabina y abrieron las puertas de golpe, lanzaron al camionero a la cuneta antes de que tuviera tiempo de comprender lo que estaba a punto de suceder con su vehículo.

Erva y Dex se acercaron a la zona de carga del camión donde estaban los cerdos enjaulados; a la luz anaranjada de los intermitentes, Isa vio cómo hacían un cálculo apresurado del número de cerdos que empujaban sus jetas a través de los finos barrotes, algunos de ellos chillando, claramente asustados y estresados por la parada de emergencia.

—Al menos doscientos —gritó Erva. Una voz chillona sobre un redoble de lluvia apagado—. Cien arriba y cien abajo.

Cuando acabaron la ronda de inspección, Erva se quedó quieta por un momento, maldijo entre dientes y después se dirigió a la cuneta donde los dos punks sujetaban al camionero, mientras Jop Kistemaker intentaba cubrirle la cabeza con una bolsa de lona.

—Kistemaker —gritó Erva—, ¿qué coño estás haciendo?

Jop se volvió de golpe, dejó caer la bolsa y se sacó una llave inglesa del bolsillo.

—Estúpida —gritó mientras blandía la herramienta—, nunca uses mi verdadero nombre.

Erva no retrocedió, ni siquiera parpadeó.

—Pero mira que hay que ser imbécil. Hacemos este tipo de cosas pacíficamente o no las hacemos.

—Este cabrón no se merece otra cosa.

—Reflexiona, gilipollas, estás echando a perder nuestro mensaje. Mañana en el periódico solo hablarán de un pobre camionero y nadie dirá una palabra de los animales. Deja al idiota este en la cuneta y coge el camión. Joder, y si pasa alguien, ¿qué?

Dex no intervino en la discusión, se limitaba a mirarlos desde la sombra de su capucha, con las manos en los bolsillos. Mudo. Tan carismático como resultaría ser en el escenario en Nochevieja, tan tímido era en las confrontaciones de verdad. Jop Kistemaker volvió a blandir su llave inglesa, pero acabó por metérsela en el bolsillo del abrigo. Se puso al volante del camión de cerdos, los punks lanzaron al chófer a la cuneta, le dieron unas cuantas patadas y

también se fueron. Uno de ellos resbaló sobre el asfalto mojado, recobró la compostura y acabó subiéndose a la cabina al lado de Jop, mientras el otro volvía con Dex al familiar. Cuando este por fin se puso en movimiento, Isa y Erva se subieron al Kadett, empapadas y agotadas.

Erva no abrió la boca en todo el trayecto. Mantenía sus grandes ojos marrones fijos mirando al frente, el movimiento de su mandíbula delataba que rechinaba los dientes. Se quitó el pasamontañas de un tirón, el agua de lluvia lo había calado. Se desabrochó el abrigo negro. Tenía los rizos mojados pegados sobre los hombros, su lápiz de ojos se había corrido, una gota de agua se deslizó por su cuello, hasta meterse en su top. Isa olió su sudor dulzón, su desodorante masculino. Quería decir algo, romper el silencio, pero todo lo que dijera ahora sonaría estúpido y banal. No tenía del todo claro qué pretendían hacer Erva y los demás con los cerdos. O, mejor dicho, sabía cuáles eran sus planes, y que según Erva se trataba de lanzar un mensaje, pero no estaba nada claro lo que debía transmitir exactamente ese mensaje.

La columna tomó la autopista en dirección al oeste: el coche de Dex delante, Jop Kistemaker con los cerdos secuestrados en el centro e Isa con Erva detrás. Cuando llegaron al Afsluitdijk, el largo dique que conectaba Frisia con Holanda Septentrional, tomaron la calzada lateral, dejaron atrás una estación de servicio y después redujeron la marcha. Solo unos cuantos coches los adelantaron a toda prisa por la calzada principal; en cuanto perdieron de vista al último, los vehículos se detuvieron. Erva salió del coche y echó a correr hacia el camión, bajó la rampa de carga y abrió la puerta de la jaula inferior. Los chillidos habían cesado y ahora los cerdos gruñían intranquilos. Isa se preguntaba qué esperaba Erva: seguramente que las bestias salieran por la puerta abierta de las jaulas como hacen las vacas el primer día de primavera para abrazar en masa la libertad, trotando más salvajes y bravas que los toros de Pamplona; sin embargo, aparte de cierta curiosidad se produjo poco movimiento en la piara. Los cerdos tenían la mirada apagada. Erva intentó golpear a unos cuantos en el anca e Isa se quedó asombrada de lo vacilante que era su gesto que, más que misericordia o preocupación, parecía transmitir miedo por aquellos animales. En el retrovisor, Isa advirtió los tímidos albores que fueron tiñendo el

mar de verde. Salió del coche y se dirigió al camión, por el lateral también se acercaban Dex y uno de los punks.

—¿Todo bien? —preguntó Isa.

—Claro.

—Venga, déjame a mí.

Isa se metió en el piso inferior del camión, se puso en cuclillas entre las bestias apretujadas unas contra otras. Cuando consiguió avanzar unos dos metros en la jaula, se volvió y le dio un firme empujón al cerdo que tenía justo delante, que se abalanzó sobre los demás. De esta manera unos seis cerdos salieron a trompicones por las puertas y rodaron por la rampa hasta el suelo. Erva y los chicos lo miraban todo con los ojos como platos.

—Veeenga, vooomos—gritó Isa, olvidándose de dónde estaba y con quién—. Vooomos cochinos, p'alante.

Empujó a unos cuantos más hacia las puertas, a uno de ellos le cedieron las patas y se deslizó de barriga por la rampa. Justo como sucedía en el mercado de ganado, el apiñamiento y los tropezones entre las rejas, la cacofonía de olores, impresiones y sonidos que experimentaba de niña cuando tenía que acompañar a Charles al mercado a hacer alguno de sus chanchullos.

—Joder, Ies, ve con cuidado.

Erva dio un paso hacia delante. Isa se preparó para la diatriba que le esperaba. Pero fuera cual fuera el sermón que tenía previsto hacer Erva, se lo tragó cuando vio cómo la horda de cerdos empezaba a seguir el ejemplo de la torpe avanzadilla: de repente todos tenían prisa por dirigirse hacia la rampa de carga. Isa se agarró de las rejas y se encaramó al lateral de la jaula para dejarles sitio. Los cerdos se embalaron. Algunos de ellos empezaron a mordisquearse agresivamente, dos corpulentos verracos fueron a por uno más pequeño y le hundieron los dientes en el cuello. El animal soltó un chillido y empezó a sangrar. Isa les arreó unas fuertes patadas a los verracos, tras lo cual echaron a correr hacia las puertas. El pequeño se fue cojeando tras ellos.

Isa salió del cajón de carga, hizo subir la rampa hasta el segundo piso, abrió la jaula y los cerdos salieron corriendo sin armar estruendo. Cuando se hubo vaciado por completo el camión, se volvió, miró en silencio el mar de cerdos en la carretera, más allá, el mar de agua salada cada vez más claro, el horizonte ondulante. Dejarían aquí el camión, en medio de la calzada lateral. Jop Kistemaker había encendido los intermitentes para minimizar la posibilidad de que alguien atropellara a los cerdos. Seguro que con eso también pretendía enviar algún tipo de mensaje. Los punks habían colgado una pancarta en el lateral del camión: ¿Os estorban? ¿Qué mierda, verdad, una vida sin espacio? Y debajo, en mayúscula: Libertad para todos los animales.

Sin mediar palabra, el grupo se repartió entre los dos coches, los chicos en el familiar e Isa y Erva en el Kadett, que ahora también estaba rodeado de cerdos. Isa tocó el claxon durante un buen rato. Cuando las bestias por fin se apartaron, avanzó despacio por el arcén para adelantar al camión parpadeante y después aceleró a más velocidad que nunca por el dique, en dirección oeste y después hacia el sur, hacia lo que ahora llamaba hogar. ¿Lo había hecho bien, habían hecho algo bueno juntos? El silencio en el coche le golpeaba las sienes como un martillo. No había ningún mensaje, en cualquier caso, las dos personas que estaban en ese coche lo sabían muy bien. Aunque Isa sería la última en admitirlo en voz alta.

A la salida del sol, los primeros automovilistas que empezaron a circular sobre el Afsluitdijk no sabían si frotarse los ojos o pisar el freno con todas sus fuerzas. Miraran por donde miraran, veían cerdos por todas partes: en el dique, comiendo en el arcén, olisqueando los coches parados, gruñendo sobre el asfalto, cerdos despreocupados e inocentes como unos recién nacidos. El tráfico no se reanudó hasta el final de la tarde. No era igual que en 12 Monos, pero en todo caso la acción llegaría al diario De Telegraaf.

Después de aquella noche, Isa se había hecho el firme propósito de no acompañarlos nunca más, porque aquella experiencia no había hecho sino aumentar su miedo por la senda resbaladiza, por el pozo negro. No era la primera vez que se lo proponía. Sin embargo, en cuanto Erva le pedía que hiciera algo, lo que fuera, sus propósitos

se tambaleaban.

Hora de llamar. Isa se pone el pantalón y la sudadera malolientes de la víspera, puesto que no ha traído nada más. En la planta baja, coge el teléfono que desde siempre ha estado en la repisa de la chimenea, al lado del viejo reloj. En esta casa, todo tiene un lugar fijo, todo se mantiene igual, el tiempo se ha detenido, pero el reloj sigue corriendo. Isa marca el número de Erva, el disco gira sobre la carcasa de baquelita. No contesta. ¿Habrá salido ya tan temprano hacia Arnhem? Isa deja que el teléfono suene unas cuantas veces más, cierra los ojos, por unos instantes se queda absorta escuchando el desolado tono de llamada y el tictac del reloj. Si pudiera, sincronizaría el latido de su corazón con este tranquilo tictac. Interrumpe la llamada apretando con sus dedos índice y corazón y vuelve a marcar el mismo número. De nuevo, nada. Entonces cuelga el teléfono y se va a la cocina.

—¡Dios, mamá!

Madre ronca, repantigada en la silla de la cocina, con la cabeza echada hacia atrás como un dispensador de caramelos pez, con un pitillo apagado entre los nudillos.

Isa se le acerca por detrás, se pone a la altura de su oído y, pellizcándose la nariz con dos dedos, le grita con voz nasal:

—Atención, atención, Maureentje Keller diríjase a la piscina de bolas junto a los raticidas.

Antes de que haya acabado la frase, madre se despierta asustada, con los ojos abiertos como platos, y suelta una maldición. Del sobresalto vuelca el cenicero repleto y la ceniza y las colillas vuelan por la mesa.

—Me cago en todo, niña.

—No te has ido a la cama.

—Estaba durmiendo, ¿no?

—Esto no es dormir.

Madre alza los ojos como si pudiera ver más allá del techo.

—Nunca he dormido sola en esa cama.

Madre tiene un aspecto horroroso. Se levanta y coge un trapo húmedo del fregadero con el que limpia la mesa. Está hecha un desastre, no puede con la situación.

—Mamá, ¿papá sigue yendo todas las semanas a ver al abuelo?

—Le dejan visitarlo los martes a las diez y media.

—¿Es decir, hoy? En tal caso, me aseguraré de ir.

Su madre alza la vista, esperanzada.

—¿Crees que puede estar allí?

—Ni idea.

—Fijo que no.

Madre se muerde el labio, se masajea la frente.

—Recondenado dolor de cabeza. —Cuando se ha frotado el sueño de los ojos, señala la sudadera de Isa—. ¿Qué es eso de animal liberation front?

Incluso en la ciudad, la sudadera suscita preguntas. Las escandalosas mayúsculas son de por sí muy llamativas, pero lo que la gente se queda mirando es la imagen que hay encima, el hombre con el pasamontañas que sostiene un corderito liberado en sus brazos. Protege al animal, le da de beber con un biberón. A Isa, la imagen le parece entrañable, pero a la gente corriente le provoca siempre repulsa, la gente corriente siempre asocia el pasamontañas con el terrorismo, por muchos corderitos que se añadan.

—Primero iré a ver a Sharrel — anuncia Isa.

—A ver qué te dice.

—Mamá, haz el favor de tumbarte en el sofá para descansar.

—Sí, ahora voy.

—¿Me lo prometes?

—Joah.

—Me voy a ver a Sharrel.

—Vale, vale. Aju.

—Aju.

La grava que cubre la amplia senda está seca y suelta, a cada paso saltan fragmentos por el patio. Al rebotar, emiten un sonido agudo que perturba el silencio adormecido, como un tenedor en un nervio abierto. Isa avanza entre la granja y el granero abierto donde, además de los coches de la familia, se amontonan algunos vehículos oxidados, un tractor marrón y un puñado de motos que nadie ha tocado en años. La granja tiene forma de T; la vivienda de los padres de Isa da al oeste y está justo delante de una estrecha senda forestal, perpendicular al gran cobertizo del lado este, que tiempo atrás se dividió con un muro de hormigón en una parte delantera y otra trasera. La primera mitad del cobertizo sigue siendo oficialmente de los padres de Isa, pero como no la usan para nada, Charles lleva diez años utilizándola, sin haber pedido permiso, para almacenar Dios sabe qué. De pequeña, a Isa no le gustaba ir, allí el fuerte viento solía aullar a través del tejado de paja y el interior estaba impregnado del olor del sufrimiento. Charles vive en la parte trasera del cobertizo que, con el paso del tiempo, ha ido ampliando, añadiendo primero un anexo para poder disponer de más espacio y más tarde otro donde se encuentran las bestias y que llega hasta el límite trasero oriental de la parcela (de hecho, lo sobrepasa más de un metro, pero ¿quién va a venir a multarlo?), por lo que desde entonces ya no es posible dar la vuelta a la finca pasando por la parte trasera de la granja. Los ladrillos que desentonan entre sí y la decoloración de las placas onduladas de amianto permiten ver con exactitud cuándo se añadió cada anexo. Cuando hay viento todo vibra: los canalones sueltos, las puertas de madera podrida, las ventanas de cristal fino y la tela asfáltica con la que se han oscurecido algunas de ellas. Detrás, hay un campo minado de agujeros y bloques de hormigón que Charles ha hundido en la tierra

para sentar los cimientos de un porche que seguramente nunca acabará. Se oye un ruido como si en el cobertizo hubiera un sistema de ventilación haciendo horas extra; no obstante, de ahí sale un hedor que se vuelve más insoportable con cada paso.

Cuando Isa se acerca a la puerta delantera de su padrino oye ladrar a Sjef, sus ladridos resuenan por el patio. Es un delgado lebrel inglés, que Isa conoce desde que era un cachorro y Charles se lo trajo a casa de un criadero; de niña jugaba a menudo con el perro en el bosque. El perro obedecía bastante, pero en cuanto veía a un turón o a un faisán, salía disparado y corría a ciegas detrás de él e Isa tenía que apartarse rápido, pues todo lo que se interponía entre el perro de caza y su presa acababa tumbado irremediablemente. Una vez tardó demasiado en hacerse a un lado y salió despedida cuando Sjef la embistió. Isa todavía recuerda la imprevisibilidad y la violencia cuando el perro consiguió cazar al faisán. Alrededor de la cabeza de Sjef, que él sacudía con fuerza, se levantaba una nube de plumas marrones. Isa se levantó e intentó dominar al perro, pero era demasiado fuerte y la apartó sin contemplaciones. Cuando volvió a ponerse en pie y se acercó una vez más, Sjef ya le había partido el cuello al pájaro. Solo después empezó a tranquilizarse, dejó al pequeño faisán caer al suelo y lo volvió a coger entre sus dientes a la altura del vientre, esta vez con cuidado, para luego girarse y presentar su presa a Isa.

Ahora, Isa lo oye saltar contra la puerta con su cuerpo musculoso, la madera vibra en las bisagras con cada embestida. Charles debe de estar en casa, ella lo oyó llegar anoche. Al mismo tiempo, juraría que oyó llover toda la noche, sin embargo, la grava reseca le dice que no es posible.

Tiene que hacer algo con esas imágenes nocturnas.

¡Tiene que hacer tantas cosas!

Isa llama a la puerta; no hay respuesta. Aporrea todas las ventanas que encuentra, mientras allí dentro Sjef se vuelve loco, pero no sucede nada en absoluto. La puerta del anexo también está cerrada con llave. Isa relaja los hombros y se propone volver por donde ha venido. Entonces se le ocurre echar un vistazo allí donde debería haber mirado enseguida, en el granero abierto que hay frente a la

casa paterna, donde su padrino siempre aparca su furgoneta.

Ya se ha vuelto a ir.

En tal caso, a ver al abuelo.

Una hora más tarde, se encuentra delante de una pesada barrera que bloquea el puente de madera oscura sobre el foso que rodea el establecimiento penitenciario. El portero debe de llevarle solo unos pocos años, tendrá unos veintialgo, además es más bajo que ella, aunque eso podría ser porque uno de sus hombros cuelga un poco. En la frente tiene un antojo con la forma de Bélgica. Si estuvieran en plena naturaleza, Isa lo devoraría. En cambio, en esta realidad, él se encuentra a salvo a su lado de la cerca de hierro negro, con las manos en los bolsillos, balanceándose en sus zapatos de trabajo.

—Vengo a ver a Frank Keller.

—¿Quién es usted?

—Isabella Keller. —A Isa le tiemblan las mandíbulas.

—¿Tiene alguna identificación?

Isa saca su carné de identidad del bolsillo de su abrigo y se lo entrega al joven. Él se aleja con el carné y se dirige a la garita de recepción de donde había salido antes. Un joven martín pescador se posa sobre uno de los barrotes de la verja, su pecho anaranjado brilla al sol invernal, registra el foso en busca de peces. Isa ve que el portero echa medio vistazo a una lista que cuelga de la pared de la garita. Sea lo que sea lo que hay allí, el chico no lo lee de verdad. Después de un segundo vuelve a salir.

—No figura usted en la lista de visitantes, señora —comunica mientras le da una patada a la verja.

El pájaro se asusta y se aleja aleteando hacia el profundo bosque que abraza el establecimiento por todos lados. El joven sonríe.

Por supuesto, Isa debería haber solicitado una visita antes, ya lo

pensó después de salir de casa de sus padres en dirección norte, mientras recorría los kilómetros de pueblos de carretera para acabar en este lugar. No obstante, sentía curiosidad por saber hasta dónde podría llegar aquí, en este viejo Moloch de prisión al que hacía mucho tiempo que no venía (incluso demasiado; su abuelo siempre se alegraba visiblemente cuando ella acompañaba a su padre en una visita, y esa idea le provoca una punzada de dolor en el vientre). Pueda o no entrar, lo que esperaba al venir aquí era encontrarse a su padre, justo ahora, a la hora en que acude todas las semanas. Sin embargo, aparte de ella misma y el portero aquí no hay nadie, el único coche en el aparcamiento es su Kadett.

—¿Puedes ver si mi padre ha venido a visitarlo? ¿Tom Keller? —pregunta intentando no mirar el antojo en su frente.

—Puedo verlo, sí.

—¿Podrías comprobarlo?

—Los datos de las visitas son secretos.

Joder.

—¿Y no puedes echarle un vistazo rápido a tu lista? ¿Qué cosas terribles voy a hacer con esa información?

—Es imposible, señora.

Isa se vuelve suspirando, da unos cuantos pasos por el puente en dirección al aparcamiento. Se asoma al pasamanos del puente y se queda mirando el agua. El foso no es muy ancho, para un delincuente que se precie apenas supone un obstáculo para huir muy lejos de aquí. Vuelve la cabeza hacia el portero.

—¿Puedo apuntarme para hoy mismo?

—Las visitas se anotan siempre un día antes y la solicitud debe presentarla el propio detenido, señora.

—Pero ¿cómo?

—¿Perdone?

—¿Cómo puede mi abuelo apuntarme si no sabe que quiero hablar con él?

—Podría usted escribirle.

—Pero no puedo esperar al correo ordinario. Si le escribo una carta a mi abuelo, ¿puedo entregártela a ti? Es una emergencia, mi padre ha desaparecido.

—¿Es ese cojo que viene siempre a ver a su abuelo? —pregunta el portero, no especialmente impresionado.

—Sí.

El portero suelta una risita.

—No puede andar muy lejos.

—Oye, capullo, podrías hacerme...

—Hoy no ha venido —contesta él apresurado, al parecer asustado de su propia burla.

—Oh, ¿entonces sí que puedes decirlo?

—Es una emergencia, ¿no? —dice forzando un guiño.

—Gracias. ¿Y la carta?

—Así no es como se hacen las cosas normalmente. Y no sé lo que hizo su abuelo, pero aquí dentro no es muy popular.

—¿Se la puedes dar? ¿Sin que nadie te vea?

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, gracias de verdad.

El joven se va a la garita a buscar un bolígrafo y una hoja de papel. Isa tiembla, quiere marcharse de aquí, este edificio siempre la ha angustiado.

Cuando el portero regresa, ella escribe un breve mensaje.

Inscríbame por favor. Tengo que hablarle mañana a primera hora.

Se trata de papá. Isa.

Ya no hay frontera.

Desde hace unos cuantos meses, se supone que debes sentirte uno con los alemanes, uno con Europa. El pequeño puesto fronterizo parece abandonado; no obstante, mientras se acerca al final del país por la carretera provincial, Isa reduce la marcha y contiene la respiración. A lo largo de estos últimos kilómetros, el asfalto ya parece alemán, así como el paisaje, las casas enlucidas de amarillo pálido, la gente al otro lado de los geranios. Circulando muy lentamente pasa por delante de ’t Peertje, el bar de frontera donde antes todos los contrabandistas de mantequilla o café iban a tomarse una copa. Ahora está muerto. El puesto fronterizo también parece vacío, como ya anunciaban en las noticias a principios de año, es minúsculo en comparación con lo que recordaba Isa. Se le hace extraño no ver barreras, ni oír Halt! Pass vorzeigen!; ni siquiera lleva encima el pasaporte.

Al otro lado de la invisible línea fronteriza, el asfalto sigue siendo igual de malo, pero de repente se puede circular a cien por hora. El coche pasa a toda velocidad por hectáreas de invernaderos rodeados de campos de trigo pelados, el cielo está cargado de tormenta. De tanto en tanto se eleva una corneja. Muchas madres y padres de antiguos compañeros suyos trabajaban en los invernaderos de aquí —y seguramente lo siguen haciendo todos los días—, por la mañana tenían que ir una hora en bicicleta, soportando el mal tiempo y el viento en contra, y después de agacharse, recoger, cortar y arrancar durante un día entero volvían a recorrer la misma carretera interminable, con la espalda más encorvada, la rueda torcida por los baches, el viento de nuevo de frente porque a esas horas ya había girado.

Si se pone a nevar, padre no tendrá ninguna posibilidad.

Johan vive con su mujer Liset y un número variable de perros en una pequeña casa rodeada por una gran parcela a unos cuantos kilómetros de los invernaderos; según el propio Johan, no lo bastante lejos del otro lado de la frontera como para que te tilden de alemán. Sin embargo, la casa amarilla al final de la larga rampa de acceso es a todas luces alemana: una fachada estucada de color pálido con ventanas de pvc de las que cuelgan macetas de plástico llenas de petunias. Aunque la vivienda no es tan pequeña como se imaginaba Isa —en un barrio obrero de la ciudad parecería media mansión—, contrasta de forma extraña con el entorno debido a las dimensiones de la finca que la rodea, como si no encajara.

Por la rampa de acceso, tres rottweilers corren hacia el coche, ladrando y saltando. Isa ve pasar en su cabeza imágenes de montones de cds de Thunderdome de las fiestas del instituto, que también llevaban uno de estos perros viciosos en la carátula, ¿o era un dóberman?

Johan y Liset comercian con estas bestias. Isa sigue sin saber si crían a los perros o si solo los revenden, si son para todo el mundo o solo para el deporte o la caza o para peleas ilegales. Qué más da, ella ha venido aquí a preguntar otras cosas.

Cuando aparca el coche, los perros saltan contra las ventanillas, mostrándole los dientes. Ella mantiene la portezuela cerrada hasta que se abre la puerta principal de la casa y aparece Liset, con el pelo corto con mechas, la camiseta estampada con una foto negra azulada de uno de los rottweilers. Les grita algo a los perros. De inmediato, dejan el Kadett de Isa en paz, vuelven a su sitio en el lateral de la casa y desaparecen en la sombra de donde surgieron. Isa abre titubeante su portezuela.

—¡A ti te conooozco! —exclama Liset desde la entrada.

—Soy Isa, de Tom. —Le sale con voz ronca, incomprensible.

—¿Mandeeee?

—Soy la hija de Tom y Maureen. —Eso suena mejor.

—¡Ay, Dios! Joah. —Se queda en la entrada, inmóvil, indiferente.

Isa da unos cuantos pasos hacia la casa.

—¿Está el tío Johan?

—¿Qué quieres del Johan?

—¿Está o no?

—Mira, niña, el Johan ya ha soltado suficiente pasta y tu padre sabe que no le dará ni un centavo más.

—No vengo a por dinero.

—¿Pues a qué puñetas has venido ahora?

—Papá ha desaparecido.

—Ay, me cago en la leche.

—No tenemos la menor idea de dónde está. Tal vez Johan pueda ayudar.

—Niña…

—Por favor Liset, tampoco consigo encontrar a Sharrel.

Isa baja la vista, ve que ha estado a punto de pisar una cagada de perro. Están repartidas por toda la rampa, cada pocos metros hay algún excremento.

—Sharrel ha estado aquí por la mañana.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿A qué ha venido?

—Eso lo sabe el Johan mejor de yo.

—¿Entonces está en casa?

—Me cago en la leche.

—Deja que hable con él. Será un momento.

—Espeeeera.

Liset desaparece detrás de la puerta, Isa se pregunta si no debería volver a meterse en el coche antes de que lleguen los rottweilers. Sin embargo, Liset vuelve enseguida.

—Venga, p'alante.

El vestíbulo huele a perro, en el piso de arriba se oyen pasos y golpeteos intranquilos. Isa alza la vista y ve que el rellano en lo alto de la escalera está repleto de cachorros que juguetean y hunden los hocicos entre los barrotes. La escalera está tapizada con papel de periódico y repleta de trastos: paquetes de pienso, juguetes, jaulas pequeñas. Es un milagro que alguien pueda bajar y subir por ahí sin romperse el cuello.

—¿Un smodde koffie? —a juzgar por los ruidos, Liset ya se ha adelantado y está en la cocina.

—Eh, no gracias.

—Es café del de antes. Cojonudo pa'l dolor de cabeza.

—¿Os lo pasasteis bien en el bar Ter Woerd?

—Me cago en la leche, de lujo. Se armó una de bueeena...

Desde la puerta abierta del pasillo, Isa ve a Johan sentado delante del televisor y rodeado de más cosas de perros, su enorme cuerpo parece fusionado con la butaca. Lleva una camiseta blanca, demasiado pequeña, con la misma foto de un perro que Liset, si bien la imagen está demasiado desteñida para ver de qué raza es. Sobre su barriga descansa un cuenco con ensalada de patatas que él se zampa mecánicamente y entre sus piernas hay un gran cenicero de pie. Isa respira hondo y entra en la sala de estar. Él no levanta la vista. En la mesa hay un rodillo para liar cigarrillos, una lata de tabaco negro Van Nelle y un táper con varias decenas de cigarrillos liados. El vídeo está encendido y reproduce una emisión grabada de La rueda de la fortuna. En el podio giratorio van mostrando los premios de la tarde. Una cama de agua. Un frigorífico con congelador. Un lavavajillas.

—Necesito un trasto d’esos —suelta Johan, sin mirar a Isa.

—¿Es el Gaston otra veeez? —se oye desde la cocina—. Dios, me gustaría ver la cara de ese tío con esa voz que me tiene.

—Y daaale.

—Pa’ mí que es un guaperas d’esos de casino, con su pajarita y su traje de pingüino y su todo.

—Si gano un lavavajillas, te podrás largar con Gaston.

—¿Y eso a qué coño viene ahora?

—Pues que ya no te necesitaré.

—Tío, no me jodas, otra vez dando por culo. ¿Qué pasa? ¿Has estado en la playa, Jootje?

—¿Mandeeeee?

—¿Te se ha metido arena en los cojones, Jo?

—Cierra el pico.

Johan apaga el televisor, deja el cuenco de ensalada en la mesa. Entonces mira a Isa.

—Pero si es nuestra intelectual, nuestra ilustre letrada. Qué honor. —Hace una reverencia mostrándole el sofá—. Bienvenida a Afrimania, tome usted asiento.

Isa se esfuerza por esbozar una sonrisa. Johan le ofrece la caja de cigarrillos, ella saca uno y se sienta.

—¿Qué te parece esto? Magnífico, ¿verdad? Jugamos a los alemanes. ¿Ya han dado las doce?

—Creo que sí —le contesta ella—, a las once y media me fui de la cárcel.

—De lujo —susurra Johan. Y luego, desde lo profundo de la garganta—: ¿Lies? ¡Lies!

Lo grita en plena cara de Isa y ella nota un calambre en el abdomen. Lo normal cuando se llama a alguien es girar la cabeza hacia esa persona, pero este hombre se mueve lo mínimo en la vida.

—¡Lies! —exclama una vez más, sin volverse hacia la cocina—. ¡Trae algo de beber!

Dos segundos después, Liset entra en la sala con dos botellas de cerveza Krombacher.

—Ten —dice dejando una delante de Johan. Luego se vuelve a Isa —. ¿Y tú?

—Vale, sí.

Liset le da un botellín a Isa, es pequeño y ancho con tapón abatible. Isa lo abre. También el vidrio del cuello es grueso, no es fácil beber a morro. Quiere un vaso.

—No necesitas vaso, ¿a que no?

—Neu.

—Ya viene con vaso, ¿a que sí?

—Joah.

Su tío le dedica una mirada aprobatoria. Abre el tapón, se lleva el botellín a los labios y vacía el contenido en dos tragos anhelantes. ¡Dios, qué gordo está!

—Tío Johan, ¿te ha dicho Liset a qué he venido?

—Lo mismo sí, nunca entiendo a esa tipa. Y menos cuando estoy viendo mi programa. Oye, ¿aún no llevas el pelo de azul?

—¿Qué?

—Los jóvenes de hoy en día parecéis salidos del circo. —Con la mirada recorre el cuerpo de Isa, la ropa sucia, los agujeros en el pantalón—. La sustituta de Leontine lleva el pelo rosa, parece chicle.

—¿Quién?

—Se llama Cindy o así. Piemelstro.

—Pielstroom.

—La rueda de la fortuna.

—Sí, lo capto.

—Con Hans Kazàn.

—Hans van der Togt.

—Un programa de lujo. Al menos cuando estaba Leontine, ahora con esa tal Cindy ya veremos. Pero bueno. —Observa de reojo el cuenco con ensalada de patata, como preguntándose si lo ha dejado descansar lo suficiente para volver a hincarle el diente. Luego alza la vista hacia Isa—. ¿Estás visitando a toda la familia?

—Bueno, en realidad ha pasado alg...

—¿Has venido conduciendo todo el camino hasta aquí desde la costa occidental?

—Ahora vengo de casa de mamá, llegué ayer.

—¿Coges la A1 o la A12?

—Ni idea.

—¿Cómo que ni idea?

Isa toma un sorbo de cerveza.

—Siempre olvido los números.

La mirada de aprobación ha desaparecido.

—Tío Johan, ¿Sharrel ha estado aquí esta mañana?

—Sharrel viene todas las semanas.

—¿Y a qué viene?

—A ayudarme con los perros. Esta tarde se llevará unos cuantos a Helmond.

—¿Te ha dicho algo?

—Me ha dicho que Helmond está que te cagas de lejos. Pero le he dicho que ataje pasando por Goch y que cruce el río después. Así no tiene que coger la A12.

—¿Ha dicho algo sobre papá?

—¿Sobre Tom? Dios sí, algo ha dicho, sí, creo. ¿Lies? —Isa se prepara para más gritos hacia la cocina, pero Liset se adelanta y entra en la sala—. Lies, ¿qué ha dicho el Sharrel sobre Tom?

—Joah, me cago en… lo mismo que ha dicho la Isa, que le se ha ido la pinza y que s'ha pirado.

—Espera, ¿ya sabíais que se había perdido?

—Neu. Joah, Sharrel discutió con él y después ya no volvió a verlo, pero pensé que se refería a una tarde o así —dice Johan—, ¿cuánto hace que se ha ido?

—Al menos dos o tres días.

—Me cago en la leeeche.

—¿Pero Sharrel dijo que estaba confuso?

—Que le se ha ido la pinza —repite Liset.

—¿A qué se refiere? ¿Papá no se había tomado las pastillas?

Johan se acerca el puño a la boca y traga un eructo.

—¿Cómo va a saber eso el Sharrel?

—¿Cuándo lo vio Sharrel?

—No lo dijo.

—¿Y no ha comentado nada más?

—Neu.

—He oído decir que ahora también trapichea con drogas...

Johan golpea el respaldo de la butaca con la palma de la mano, cambia de postura, la butaca cruje.

—Y a ti, ¿quién te cuenta esas cosas?

—Nadie. La gente. —Isa le da otra calada al pitillo, se traga el resto de la verdad con una bocanada de humo—. Tengo que hablarle.

—De aquí a poco volverá de Helmond. Ya hace un rato que se ha ido.

Isa hunde la colilla en el cuello del botellín y se levanta.

—¿Ya te vas?

—Tengo que irme.

—Quédate un poco más. Tengo una perra que lleva diez días en celo, esta tarde la van a cubrir. Así ves algo de la naturaleza.

—Y esa naturaleza solo es bonita, ¿verdad?

—Bueeenooo, yo no diría tanto. Hace poco se me murió una al parir a sus nueve cachorros, y al día siguiente, cuando fui a verlos, resultó que el padre los había matado a los nueve hincándoles los dientes en el cuello.

Isa se estremece. Saturno devorando a su hijo, Francisco de Goya, Quinta del Sordo, 1821-1823.

—Dios, eres igualita a tu padre. Eso no tiene nada de terrible, niña. Lo tuyo no es más que antropomorfismo sentimental.

—Qué palabras tan elegantes, tío Johan.

—¿Creías que aquí solo sabíamos decir coño y de lujo? —Toma otro sorbo de cerveza—. Pero bueno, estate tranquila. ¿Qué piensas

hacer hasta que vuelva el Sharrel?

—No lo sé. ¿Buscar en el bosque?

—¡Buscar en el bosque! Me cago en la hostia, de lujo, Isa. ¡Qué idea tan brillante! Lies y yo te acompañaremos, así seremos tres. —Por un momento da la impresión de que Johan va a levantarse, pero solo se remueve en el asiento. Las patas de madera de la butaca crujen—. ¡Y nos llevaremos a los perros! ¿Se vendrá tu madre, o les está sacando brillo a los huevos de oro de Diepenbrock? Vamos a buscar al cojito en el bosque, ¡menuda idea, tío! De lujo. Dios, se nota quién tiene estudios aquí, ¿verdad?

Apura el resto de cerveza con gesto triunfante, y por poco se atraganta mientras ríe. Entonces, cambia de expresión y se queda callado unos instantes.

—¡Me cago en la hostia, Tom! —exclama por fin. Y a continuación, como si se diera cuenta de algo—: Y a ti ni se te ocurra ir a la Policía...

—Tenemos que hacer algo, ¿no? —replica Isa.

—Ven, niña —le dice Liset señalando el pasillo.

—Pero somos familia, ¿no?

—Esta tarde van a cubrir a la perra, no puedo ir a ningún sitio. Pero tú ve a hablar con Sharrel.

Johan vuelve a encender el televisor y el vídeo, Cindy Pielstroom y su peinado de chicle sonríen a la cámara.

Isa exhala un suspiro y sigue a Liset.

Los rottweilers están esperando delante de la puerta principal, esta vez no ladran. En cuanto Liset abre la puerta, se acercan a olisquear el pantalón de Isa.

—Parecen unas malas bestias, pero de veras que son un cacho pan.

—¿Y su amo?

Liset sonríe por primera vez.

—Igualito. Siempre que no le toquen los cojones.

Isa vuelve a mirar la camiseta de Liset, la foto del rottweiler, sus ojillos negros. Parece un poco asustado. El estampado está desteñido, unas rayas de algodón blanco recorren la imagen.

—¿Te gusta? Le hecho yo misma.

—¿Lo has hecho tú, de verdad? —Isa enarca una ceja.

—Si me mandas una foto de tu perro o tu gato te haré una camiseta chula, así al menos ya no tendrás que pasearte con una d'esas tan lúgubres. ¿Qué pone ahí? ¿Animal liberal front?

—Déjalo.

—¿Qué bestias te gustan?

—No tengo mascotas.

—¿No? ¿Ya te has echado novio? Lo mismo tiene bestias.

—No de verdad.

—Espera.

Liset desaparece por el pasillo, regresa poco después y le entrega un papelito, un folleto en blanco y negro. En lo que respecta a la composición, la mezcla de letras de imprenta y garabatos a mano no pega ni con cola: sin proponérselo parece un fanzine. Junto a la dirección de Liset, una fotografía sobreexpuesta de una mujer satisfecha, inconfundiblemente alemana, con una camiseta xxxl que lleva estampado un gato sin pelo.

—Me saco una buena pasta con ellas. Todos los alemanes quieren tener camisetas de sus perros. Conque si quieres una...

—Vale. —Isa dobla el papel y se lo mete en el bolsillo del abrigo.

—Estás hecha toda una mujer. Vuelve otra vez, joah?

—Sí, tal vez. Ahora tengo que irme.

—Vale, veeete. ¿Te apetece algo pa' fumarte por el camino?

—No gracias. Aju.

—Ajuuus.

Isa lleva ya media hora, media hora sin quitarle el ojo a la puerta de entrada. ¿Qué la detiene, por qué está tan nerviosa? Ha estado aquí decenas, cientos de veces. Con conocidos, con amigas lejanas, alguna vez incluso con el propio Charles.

Un coche alemán aparca delante de ella, dos chicos con gorras dobladas se apean de él y sin volver la vista se acercan al portero, desaparecen en la sala humeante tras el asentimiento de este y vuelven a salir sonrientes al cabo de unos minutos. El coffee shop Friendly Days, el decorado de su adolescencia. Sí, es cierto que se había propuesto no tocar la droga. Y, aunque todavía no ha recaído, desde que se despidió de Liset, siente picor por todo el cuerpo.

¡El día está siendo tan deprimente! ¿Qué demonios esperaba encontrar en el bosque? Acaba de estar allí, dando vueltas durante media hora o tal vez una hora, no tiene ni idea. Gritando «¡Papá!». «¿Papá?». Por supuesto, no ha conseguido nada en absoluto, la única señal de vida que se topó por el camino fue la de una liebre asustadiza que salió corriendo antes de que ella pudiera sonreír. Después de ver a la liebre estuvo alegre durante un rato y pudo disfrutar del bosque como lo hacía antes, con plena atención por las ramas meciéndose al viento y los muchos matices en la paleta de marrones, pero entonces tropezó con una raíz y de golpe volvió a ser consciente de la fría realidad.

¿Por qué iba a estar su padre en el bosque, por qué es esa imagen la que ronda en su cabeza? Padre en el bosque, padre como un viejo roble, padre cubierto de algas y liquen.Llega otro coche lleno de alemanes, en los últimos años se han convertido en una plaga.

Cuando Isa era pequeña, aquí había un gran árbol, en medio de la plaza del pueblo, justo a la sombra de la iglesia de Sint Martinus donde todos los de la clase, salvo ella, hicieron la Primera Comunión. Ella ni siquiera sabe cómo rezar, nadie se lo ha enseñado nunca. A decir de madre, su familia no es bienvenida en la iglesia, aunque ahora que lo piensa le parece muy poco probable. ¿Acaso la iglesia no está abierta para todos? Hace tiempo que quitaron el árbol para poner en su lugar un parking asfaltado que está permanentemente colonizado por coches alemanes (salvo, quizá, los sábados por la mañana, cuando los tenderetes del mercado ocupan la plaza). Ya nadie va a la iglesia: hoy en día, el único templo al que se va los domingos es el restaurante chino, o como mucho el puesto de fritos. Por lo demás, en la plaza hay una carnicería, un taller de bicicletas, la tienda de electrónica y cds de Bob donde Isa compró sus primeros discos alternativos, y en la esquina Friendly Days, el antiguo bar donde nacieron su madre y su tía Annie.

Después de la infructuosa búsqueda por el bosque, Isa había vuelto a la carretera; sin rumbo, pero con una vaga esperanza había visitado los lugares donde antes solía ir con su padre y su madre, unos lugares de los que atesoraba buenos recuerdos, y quizá él también. Primero a los campos de fútbol donde, de tanto en tanto, padre iba a verla jugar un partido o entrenar. Registró el campo y las tribunas sin encontrar nada, por supuesto. Después se dirigió a su escuela primaria, donde él iba a buscarla siempre que se sentía bien, arrastrando la pierna hasta la parada junto al camino del bosque y luego con el bus hasta el pueblo. El patio de la escuela la desconcertó. Vio de todo salvo a su padre: aunque estaba sola, se vio a sí misma, de forma muy clara y nítida, se vio como una niña a diferentes edades —unas seis Isas pequeñas y menos pequeñas, jugando en el balancín, en el columpio que crujía y dándoles patadas a otras niñas— y entonces Isa se vio allí de pie, ensimismada y tal como era en ese momento —el desastre de dieciocho años en el que se había convertido, como si flotara encima de sí misma—, y a su lado vio a otra Isa de dieciocho años que nunca se había ido de casa, que se había quedado aquí y que había encontrado un trabajo aquí cerca, como si fuera lo más normal del mundo, y esa versión de sí misma no parecía tener grandes problemas, en cualquier caso no había perdido a ningún

familiar, y además, Isa vio otra versión, una más vieja que esta, una que venía a recoger a sus hijas de la escuela, dos niñas que a su vez se parecían a las pequeñas Isas, y vio a una versión más vieja de su yo verdadero que volvía aquí veinte años más tarde para deleitarse contemplando por enésima vez este patio tranquilo, con ojos húmedos y sentimentales, y al otro lado del patio vislumbró a una Isa aún más vieja, una mujer rota de la que no podía determinar a cuál de estas dimensiones pertenecía, si se había ido alguna vez o si siempre se había quedado aquí, y de repente, todas las versiones fueron encajando unas con otras, como si fuera una muñeca rusa, hasta convertirse en una Isa completa, y pensó que esa experiencia debía ir acompañada de alguna sensación, de una especie de epifanía, pensó que debería sentirse a sí misma con inusitada intensidad, o algo por el estilo, pero no sintió gran cosa. Salvo picor, eso sí.

Junto a la entrada del coffee shop hay una segunda puerta, hacia el apartamento de arriba. ¿Seguirá viviendo allí su tía? Isa nunca ha entrado, ni siquiera para tomar un café, ni una sola vez para preguntar por el pasado: desde que le alcanza la memoria, su madre y la tía Annie siempre han estado peleadas. Con un suspiro le da a la llave de contacto y el coche empieza a ronronear. Se va a casa, no entrará, no cruzará ninguna de las dos puertas. En cualquier caso, no irá a comprar hachís, ni medio gramo. Se siente fuerte. Respira aliviada.

Isa vuelve a girar la llave, el coche enmudece. Se siente tan floja como una hoja mustia.

Después de estar en el patio de la escuela, había vuelto a conducir, parándose a menudo en lugares por los que, normalmente, pasaba de largo sin pensarlo, no para buscarlos, sino más bien porque ahora le llamaban la atención. La pequeña iglesia a la que iba la parte protestante del pueblo, que ahora le parecía más bonita que la grande: blanca y austera en medio de una pequeña plaza cuyos adoquines habían escapado por los pelos a la asfaltadora. Y se había detenido largo rato junto al brazo del río que parecía más revuelto de lo que ella recordaba. Por primera vez, el pueblo en el que había nacido le recordaba a un cuadro, quizá incluso a varios, aunque aquella tarde apenas se le ocurría ningún nombre. La orilla del

Sena, pero aquí. Sí, el Sena en Champ... en Champ algo. ¿De Renoir?

Sin proponérselo, Isa había vuelto a cruzar la inexistente frontera con Alemania —así, como si nada, hoy en día todo es fácil—, para ir al parque recreativo en el que de niña montó en un caballo viejo que de repente se largó con ella encima, por lo que se puso histérica, si bien, después de trotar un poco, el animal se detuvo. Sus padres se rieron durante semanas. Recuerdos, por todas partes recuerdos. Recuerdos, pero ni rastro de su padre. ¿Qué iría él a buscar en esos sitios? ¿La buscaría a ella? ¿Buscaría recuerdos de ella, los mismos recuerdos, desde la perspectiva opuesta, reminiscencias de los momentos juntos, ahora que ella ya no está? Qué quimera tan estúpida y egoísta. Visitaba aquellos lugares solo para sí misma, pues, en última instancia, todos hacemos las cosas solo para nosotros mismos. Se estaba dando un baño de nostalgia, mientras su padre quizá...

No hay timbre, la puerta está en peor estado que la del coffee shop Friendly Days. Isa llama a la puerta, golpeándola. Tal vez su tía sepa algo, a fin de cuentas es la hermana de sangre de su madre. ¿Por qué no? Se oyen ruidos procedentes de arriba, un vago crujido junto a la ventana. Isa levanta la vista, pero no ve nada, los visillos no se mueven. Vuelve a llamar a la puerta, más fuerte, y unas veces más. No le abren.

¡A la mierda!, entonces ve a fumarte un porro. Simplemente, entra. Ya casi es de noche, no tardarán en cerrar, no seas idiota. ¿Qué quieres demostrar? Estas son circunstancias atenuantes, ¿o no? Padre desaparecido, puede que muerto en la cuneta. Tranquila, reflexiona, relájate, ¿quién va a decirte nada, madre tal vez? ¿Erva? Menuda estupidez preocuparse por algo tan insignificante durante todas esas noches que te has pasado presa de los temblores y los picores en tu cuarto de estudiante. Cuando aún vivías aquí, si alguien se hubiese atrevido a decirte lo que debías hacer con tu cuerpo, lo que podías tomar o inhalar, le habrías dado un viaje de ida a Alemania, para que sirviera de carnaza a los perros de Johan. Isa cierra los ojos, exhala un profundo suspiro y vuelve al coche.

Sharrel está en casa.

Al menos, su furgoneta está aparcada en el granero, medio escondida en la penumbra. Como siempre, tiene las llaves puestas en el contacto, listo para salir. A nadie se le pasaría jamás por la cabeza aprovecharse de la situación.

Seguro que está en casa. En cuanto Isa echa a correr por la grava, Sjef empieza a ladrar, haciendo vibrar la puerta de entrada cada vez que salta contra ella. Una luz anaranjada ilumina la parte trasera del patio, la puerta del cobertizo está abierta.

—¿Tío Sharrel?

Isa tropieza con algo y por poco se cae, siente un dolor agudo en el tobillo. Malditos bloques de hormigón. Al otro lado de la puerta, Sjef enloquece. Isa avanza a trompicones, dejando atrás la vivienda y entra en el cobertizo. Está a oscuras. Choca con algo, un barril grande o algo así, pero resulta difícil ver qué es. El extractor ronronea y cruje, superado por completo por los sonidos de las bestias que ella siempre oye por las noches. Sin embargo, el aparato no parece eliminar ni pizca del hedor. Le cuesta respirar, ni siquiera sabe a qué demonios huele, es una mezcla dulzona de mierda, sangre y Dios sabe qué más.

—¿Tío Sharrel?

Apenas puede abrir la boca sin tener arcadas. Isa parpadea, intenta acostumbrarse a la oscuridad...

De repente, luz, una luz cegadora que da la vuelta al cobertizo, sin darle tiempo de registrar lo que ve, barriles, jaulas, cajas. No recordaba que hubiera tantas, que esto fuera tan grande. Entonces se percata de que hay alguien delante de ella. Charles con su foco que le ilumina la cara.

—¡Me cago en la hostia, lo que faltaba! —le oye decir—. ¡La hija pródiga! Hala, fuera de aquí, mocosa. Aquí no se te ha perdido nada.

—Dios, ¿podrías apuntar a otro lado con esa lámpara?

—¿Te molesta? —pregunta riendo, como siempre en tono burlón, aunque ahora su voz suena distinta que otras veces: más fría, desprovista del tono familiar que solía dar un toque de cordialidad a sus bromas.

Isa huele el cigarrillo encendido cerca de su cara, es el olor menos desagradable en este tugurio. De pronto nota la mano de su tío en el vientre, en el estómago, que la empuja haciéndola retroceder de vuelta hacia la puerta hasta sacarla de allí. Acto seguido, Charles deja el foco en el suelo y cierra la puerta del cobertizo con un gran candado. Sujeta el pitillo entre los dientes. En sus botas tiene grumos de mierda y su chándal Kappa está lleno de manchas. ¡Dios, qué flaco está! El foco ilumina sus muñecas huesudas y blancas mientras le da un tirón al candado para asegurarse de que está cerrado; entonces se vuelve.

Calavera con cigarrillo encendido.

—¿Qué has visto? —gruñe su tío.

—¿Visto? ¡Dios!, un montón de oscuridad y ese maldito foco.

Él la mira sonriente, da una calada sin tocar el pitillo con los dedos.

—Tengo que preguntarte algo.

—Ya vi tu coche anoche. ¿Tienes el depósito lleno? —Se frota las manos para calentarlas, hace crujir los dedos.

—Aún tiene una cuarta parte, más o menos.

—¿Es que no te he dicho siempre que debes mantenerlo al menos a la mitad?

Isa se encoge de hombros.

—Pero bueno. Tú también. Primero tu padre y ahora la mocosa pródiga.

—¿A qué te refieres?

El pestazo sigue siendo insoportable, Isa tiene la impresión de que

alguien ha abierto una lata de gusanos en su garganta.

—¿Es Tom quien te ha mandado hasta aquí?

—No entiendo de qué...

—Recondenada mierda de bestia.

Charles se acerca en dos zancadas a la puerta delantera, contra la cual Sjef está arremetiendo con todo su peso después de tomar impulso. Su tío abre un poco la puerta y da unas cuantas patadas dentro, el animal empieza a gemir y acaba callándose. Charles vuelve a cerrar dando un portazo, y se planta delante de Isa en dos pasos.

—Tom te ha dicho que vengas a verme, ¿no?

—Papá lleva varios días desaparecido, por eso he venido a verte.

—¡Desaparecido! Esta sí que es buena.

—Liset dijo que habías hablado con él.

—Bah, ese pelma vino aquí a armar jaleo sobre el pasado. Se presentó a mi puerta a primera hora de la mañana con picor y los ojos rojos y yo que sé más. Yo no estaba de humor para sus historias. Lo mandé a la mierda.

—¿Y qué pasó entonces?

—Que él siguió machacando y le dije que le patearía la otra pierna si seguía insistiendo.

—¿De qué cosas del pasado?

En la penumbra, el rostro de Charles parece de hierro y sus ojos son negros como la noche.

—Cosas por las que no debe preguntar y tú aún menos.

—Tío Sharrel, por favor.

—Isa, creo que eres una buena chica. ¿Lo dejamos así?

—¿Adónde puede haber ido?

—Me cago en la hostia, ¿cómo quieres que lo sepa?

—¿Cuándo fue eso?

—El fin de semana.

—¿Cuándo?

—Por la mañana. —Sus ojos registran la grava como si los días estuvieran esparcidos allí—. El sábado.

—¡Dios!

—Así que debe de llevar un tiempo fuera.

—Por el amor de Dios, ¿qué has hecho?

—Isa, eres una buena chica, pero ahora tienes que cerrar el pico.

—Está asustado.

—Me la suda.

—Tú lo has asustado.

—Eso espero.

—¿Qué has hecho?

—Te lo advierto por última vez, mocosa.

Entonces Charles presiona el pulgar sobre los labios de Isa, sigue apretando, con fuerza, ella nota que los dientes se clavan en la carne de su labio superior. El pulgar huele como si hubiese removido con él una papilla de todo lo que hay en el cobertizo. Isa tiene arcadas. Muy lentamente, Charles le pasa el pulgar por el labio inferior, por la barbilla, por el cuello, y ella siente un escalofrío por todo el cuerpo. Él retira la mano y la mira a los ojos.

—Cierra el pico —dice.

Está sola en casa. Dentro reina el silencio. No es un silencio sepulcral, sino más bien ese tipo de silencio movedizo en el que notas que hay vida, una presencia, como si la respiración de una persona en otra habitación desplazara penumbra, aire y partículas de polvo que percibes como un picor, un hormigueo en tu piel en el lugar donde te encuentras. Abajo, todas las luces están apagadas. Aunque aún es temprano, el cielo está totalmente oscuro. Isa no puede parar de tiritar.

Se pone las manos sobre el vientre. Cualquiera diría que no es pedir demasiado que durante tres días nadie te toque contra tu voluntad. Las imágenes del Beurskrach, la luz estroboscópica, los tímpanos ensangrentados, la muchedumbre opresiva. Se descalza las All Star y se quita el pantalón y durante unos instantes se queda de pie en el salón, titubeante, entonces se mete la mano en las braguitas. Tiene los dedos fríos, pero ya no tiembla tanto, se sostiene a sí misma, se siente a sí misma, es ella misma, es su mano. Tal vez, si se esfuerza, su mano conseguirá borrar el recuerdo de aquella otra mano.

Cuando sube por la escalera, oye a alguien roncar suavemente, el sonido viene de la puerta abierta del dormitorio de sus padres.

—¿Mamá?

Su madre está en la cama, por fin, duerme como si tuviera que recuperar una semana entera. Pozo negro. Isa se inclina sobre ella y examina su rostro, tiene las arrugas más pronunciadas. Se va de puntillas hacia el otro lado de la cama, el lado de su padre y se mete entre las sábanas. La espalda le duele horrores. Las vértebras están comprimidas. Se queda mirando el techo e intenta sincronizar su respiración con los agradables ronquidos de su madre, espera que de esta manera conseguirá conciliar el sueño. Sin embargo, es demasiado temprano, está completamente despierta. Hay corriente y todo cruje, la madera gime. Los postigos, la puerta del dormitorio, otros lugares en la granja que no logra ubicar y, a los pies de la cama, el pesado ropero de ébano que, después de más de un siglo, sigue en el dormitorio de sus padres, sin importar quién vive, duerme o muere en ese cuarto. La madera está cansada, suspira y gime de dolor por todas las vidas que la han tocado nunca.

A veces, cuando aún vivía aquí y estaba en la cama, tenía la sensación de que los crujidos de la casa la rodeaban por completo. Entonces, ella empezaba a respirar más rápido, los flujos de aire que aspiraban y expulsaban sus pulmones se solapaban, tropezaban unos con otros, impidiéndole conseguir suficiente oxígeno. Era como si la casa viviera y masticara. Como si la desmenuzara.

En la planta baja suena el teléfono. Isa se sobresalta y, cuando se incorpora, una nueva punzada de dolor le recorre la espalda. Ha estado tendida sobre algo, algo que se le clavaba entre las vértebras. Palpa el colchón con las manos, desliza los dedos por la sábana bajera hasta que se topa con algo. Un bloc grande y rectangular, de tapa dura. Una carpeta de anillas. El teléfono vuelve a sonar, ya van tres veces. Isa desciende a toda prisa la escalera, con la carpeta bajo el brazo, y antes de que el aparato suene por cuarta vez, ya se ha puesto el auricular al oído.

—Keller.

—¿Hablo con la señora? ¿La señora Keller? —La voz suena chillona, Isa separa un poco el auricular de su oreja.

—Sí. Bueno no, con Isa.

—Aquí la Policía, le habla John Veels.

Isa traga saliva. Se le contraen las tripas, una vez más hoy.

—¿Lo han encontrado?

—Siento tener que decirle que no, no. Espera, ¿eres la muchacha de ayer, la de la rotonda?

—Sí.

—Confiaba en poder hablar contigo.

—Pues enhorabuena.

—Te esperaba hoy en la comisaría.

Según el reloj que hay en la repisa de la chimenea, acaban de dar

las ocho, pero parece que sea medianoche. Mecánicamente, Isa deja la carpeta de anillas junto al reloj, pasa los dedos sobre el título en el lomo, reconoce la letra ilegible de su madre. Veels sigue hablando sin parar.

—Deduzco que tú tampoco has encontrado a tu padre, ¿verdad?

—Joah, no.

—Mañana por la mañana podemos poner en marcha un dispositivo de búsqueda, pero es mejor que primero pases por la comisaría para denunciar su desaparición.

Indescifrable, Dios, qué desastre. Pone tom, en el lomo de la carpeta. de tom. ¿Y qué más? ¿carteras?

—¿Hola?

carreras de tom. Isa coge la carpeta con una mano y la deja abierta sobre la repisa. Hay artículos de prensa, decenas de ellos, tal vez cientos de artículos de prensa. Su padre subido a un podio, o al menos un chico que se le parece.

—¿Isa?

No puede ser él. Su padre subido a una moto, según el pie de foto, irreconocible con la cara llena de barro y una enorme nube de polvo detrás de él. Un fénix. Nunca lo había visto así. No puede ser él...

—¡Isa!

—¿Sí?

—Ven mañana a la comisaría.

Isa intenta reflexionar, pero le llegan a la vez todo tipo de ideas, que se agolpan en su mente, se empujan y se apartan unas a otras antes de que ella haya podido formarse una imagen clara. Sin embargo, sabe lo que debe contestar.

—Ya lo encontraremos nosotros.

—Hoy ya has tenido tiempo para hacerlo, y ¿cómo te ha ido?

—Lo haremos nosotros.

El policía suspira, y guarda un breve silencio.

—No seas tan tonta, pásate mañana a primera hora —le dice una vez más.

Isa cuelga el teléfono.

Algo cruje en el pasillo, la casa rechina las muelas. Si supiera cómo rezar, lo haría ahora.

En lugar de ello, marca el número de Erva, el último intento por hoy.

No contesta. Qué más da.

la sangre del hijo

Cuaresma. Un haya llorona en una plaza silenciosa, ni un alma en la calle. La vida bajo la sombra de la torre de una iglesia.

Jesucristo, ten piedad de nosotros.

Si bien nuestro Dios castiga siempre de forma inmediata, firme y certera, nunca lo hace de una manera que nos aporte más claridad en cuanto a Su existencia. El Señor nos impone pequeños achaques e incomodidades que tomados uno por uno apenas pueden considerarse una intervención divina (pero aun así pueden sacarnos de quicio) para hacernos saber que lo hemos decepcionado de nuevo, al menos de eso estaba seguro el padre Lubbelink.

Después de correrse sobre su estola morada mientras escuchaba la confesión del joven Lievink, el cura sufrió una tos seca durante un mes entero. Ay, María, llena eres de gracia, era como si le rasparan poco a poco la garganta por dentro hasta vaciarla, como si la pluma de uno de los ángeles de Dios lo perforara con lentitud, cada día medio milímetro para conseguir que la pluma saliera de su garganta a través de una costra. ¡Tos seca! Un castigo tan feo que un lego creería que lo imponía el demonio. Sin embargo, el cura no era un lego.

Lo peor de todo era siempre el dolor de muelas. A veces, el dolor de muelas podía retener al padre Lubbelink durante días, lloriqueando y postrado en su sofá de piel descolorido, con la boca llena de agua salada, y si había pecado mucho podía extenderse hasta su cráneo y paralizar cualquier pensamiento hasta el punto de que era incapaz de articular palabra. Dios te salve María. Por fortuna, el dolor de muelas siempre se calmaba la mañana antes de una misa, bajaba hasta el límite inferior de lo soportable, por lo que nuestro cura nunca se había visto obligado a suspender una celebración por este motivo. Milagros y bendiciones. ¡Gloria bendita!

Gloria bendita, sí, pero mientras tanto, en cada misa, el cura temía inspirar menos a sus feligreses porque se veía obligado a aguantar los rezos, la homilía, el credo y la Sagrada Comunión con el rostro descompuesto. Ese era el peor de los castigos; saber que sus molestias le estorbaban a la hora de llevar a cabo como es debido la

obra de Dios, que los males que padecía podían asestar el golpe definitivo a la fe —ya de por sí tambaleante— de su comunidad.

A nadie le deseas los tormentos de la enfermedad. O a casi nadie (a mí se me ocurre un depravado en concreto), pero todos los sufrimos. Puede que un pecador se libre por los pelos del infierno con un par de avemarías por semana, pero a lo largo de su vida terrenal padecerá un constante estado de dolor moderado; uñas de los pies encarnadas, acidez, forúnculos durísimos, tener que caminar una hora seguida con un tremendo apretón sin poder sentarse en un orinal, impotencia, estreñimiento, picor en lugares inalcanzables, eyaculaciones precoces, eyaculaciones tardías, sensaciones de quemazón, aftas, sabañones, calambres matutinos en la pantorrilla, encías inflamadas, pezones inflamados, almorranas, lumbago, varices, celulitis, tobillos hinchados, sarpullido, eccema, sarna, urticaria, resacas fustigantes, inexplicables e injustas que no guardan proporción alguna con la cantidad de alcohol ingerida la víspera. Así se nos castiga, tanto si lo creemos como si no, y aunque lo creamos y sepamos que vamos a ser castigados, seguimos haciendo cada día lo de siempre, no cambiamos nada, ni la más mísera costumbre, pues no hay nada más difícil en esta vida que el cambio.

Como cualquier otro pecador, el padre Lubbelink soportaba los castigos, y a veces todos al mismo tiempo. Y así pues alzaba los ojos al cielo, suplicando ser perdonado. Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Otra vez, y otra.

La misa siguió celebrándose, cada domingo, incluso después de que, una mañana brumosa, el cura fuera arrancado del sueño por un acceso de tos y, tras frotarse los ojos y ponerse las gafas de culo de vaso, descubriera que sus sábanas estaban empapadas de sangre. La saliva le sabía a hierro viejo.

El padre Lubbelink se puso a toser de nuevo y un chorro de porquería salió de su garganta. De camino al cuarto de baño, se tapó la boca con la mano, pero la mayor parte de la porquería se escurrió, el río marrón rojizo que dejó sobre la alfombra Pazyryk apestaba a hiel y le recordó al Nilo muerto con sus peces podridos. Éxodo 7:17-18, Moisés y Aarón.

El cura aceptó sin lucha la larga enfermedad que siguió, la consideraba como la prueba suprema que debía superar en su viaje hacia la redención: los pinchazos en el pecho mientras predicaba, las noches en que el sudor empapaba dos o tres de sus sábanas blancas, la extrema pérdida de peso que, al cabo de unas semanas, dio que hablar a todo el pueblo. Cuando el cura se percató de que su tozuda perseverancia para seguir al frente de la iglesia era vista con respeto por la comunidad (y que además le procuraba de nuevo iglesias repletas) buscó maneras de poner su enfermedad al servicio del Bien, de poner sus dolencias y sus molestias al servicio de la misa. Y pese a que todos sabían que el arzobispo debía de estar en desacuerdo con esta interpretación de la eucaristía, eso les traía sin cuidado, porque el arzobispo estaba en algún lugar de Utrecht, a un mundo de distancia.

La tos sanguinolenta se convirtió en el punto álgido de cada celebración. No solo nuestra comunidad, sino también las de los pueblos y ciudades vecinos (aun cuando a menudo poseían una hermosa iglesia con un párroco hábil) venían a ver al demacrado cura que justo antes de la sagrada comunión dejaba fluir por su boca la sangre redentora del Hijo, como en San Juan 1:7. La sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado.

En nuestro bar, cuando los hombres no hablaban del chico de la moto de cross, mientras bebían un vaso de ginebra barata, se explicaban unos a otros cómo el cura alzaba los brazos temblorosos sobre su cabeza para mostrar el paño rojo empapado de sangre escupida a los feligreses que abarrotaban la iglesia. El padre Lubbelink se tomaba su tiempo, primero entablaba contacto visual con cada uno de los espectadores, empezaba con los bancos en el transepto izquierdo y luego giraba su cuerpo lentamente hacia la derecha, hacia la nave lateral y la central hasta el otro lado, con tal lentitud que apenas era perceptible movimiento alguno, como un

girasol que se toma todo el día para volverse hacia el sol.

Después colgaba el paño a los pies de la imagen de Jesucristo que tenía detrás de él, de forma que al acercarse al altar, los comulgantes pudieran contemplarlo desde una distancia segura y adecuada. El estrecho pasillo central no estaba pensado para tanta gente. Llegó un momento en que el ritual de la comunión duraba tanto que el organista de la iglesia se veía obligado a repetir tres, cuatro o cinco veces su mísero repertorio: Elegía – Despertad, nos llama la voz – Meditación – Elegía – Despertad, nos llama la voz – Meditación – Elegía – Despertad, nos llama la voz – Meditación – Elegía – Despertad, nos llama la voz – Meditación. Los que estábamos en la iglesia permanecíamos en silencio como Dios manda, abrazábamos el lento calvario como nuestro propio sufrimiento, al igual que el cura esperando ser recompensados por ello después de esta vida terrenal temporal, tal como todas las criaturas humanas del mundo esperaban la redención final de lo que les molestaba.

Y un domingo, este nuevo ritual de comunión impulsó también a Netta Keller a levantarse del banco, rompiendo con su costumbre de permanecer sentada tiesa durante toda la celebración, y dejarse empujar humildemente por la muchedumbre en el pasillo central. Sin embargo, cuando llegó delante no se detuvo para recibir la hostia. Netta siguió avanzando, con la austera ropa que llevaba todos los domingos, pasó delante del cura y de sus monaguillos, hasta llegar a la imagen de Jesucristo para poder ver lo más cerca posible el paño ensangrentado. Ni el padre Lubbelink ni nadie osó pedirle que volviera.

Los ojos de pitbull de Netta examinaron el paño con parsimonia. No se volvió, no miró al cura ni a los monaguillos que esperaban en silencio a ver lo que aquella mujer extraña, que todos conocían, pero con la que nadie hablaba, salvo el propio cura (y ni siquiera él la conocía como las personas se conocen entre sí), lo que aquella extraña mujer hacía con la tela, temerosos de que quizás la rasgara, le prendiera fuego con una de las velas del altar o al menos montara una escena y acusara al cura de charlatán.

Los comulgantes se detuvieron, el organista paró y en lugar de la melodía de la Elegía de Rheinberger se instaló un silencio

reverberante. Netta cerró los ojos y aspiró e inhaló hondo, dejó que el hedor a Nilo muerto del lienzo impregnara los pelillos de sus narices y penetrara en sus cavidades, frunció los pequeños labios y los apretó con fuerza sobre el paño manchado de saliva y sangre sagrada.

Quería acercarse a él, buscar la reconciliación, la liberación del mal. Una exhalación recorrió la iglesia, aún puedo oírla si me esfuerzo. El cura indicó al organista que podía seguir tocando.

Netta Keller se consideraba la elegida, estaba lista para superar su propia prueba. En las semanas posteriores a su reconciliación con el Padre y el Hijo, empezó a toser sangre sagrada. Ni Frank ni Johan ni Charles (figúrate) comprenderían nada de eso, así que ella no les dijo nada, los rehuía todo lo posible, lo cual no era demasiado difícil porque ellos solo se ocupaban de Tom y de su serie de victorias en las diversas rutas de. Sin embargo, una tarde en que Frank volvió antes a casa de la fundición para quitarse el mono de trabajo e ir a ver el entrenamiento de Tom, descubrió por fin a su madre de rodillas en su dormitorio, vomitando en el lavabo en el que solía lavar su ropa interior color carne. Frank se disponía a salir cuando oyó a Netta gritar, corrió escaleras arriba y vio que ella apenas conseguía mantenerse en pie y se aferraba con una mano llena de venas palpitantes a la llave del pesado ropero de madera de ébano que había al lado del lavabo. Cuando Frank fue a sostenerla y ella soltó los dedos de la llave, vio las profundas estrías que había dejado el latón en la palma de su mano.

Frank colocó a su madre en el asiento trasero del Volvo y condujo a toda velocidad hacia la consulta del médico.

De la boca de Netta ya no salía vómito, sino otro tipo de inmundicia, una sarta de insultos que le escupió a Frank diciéndole a aquel hijo de puta que diera media vuelta con el jodido coche en lugar de inmiscuirse —me cago en todo— con su alianza con la sangre del hijo. Que Frank supiera solo había un hijo en el Volvo, y por lo demás no comprendió gran cosa de lo que le contaba su madre. Dejó que las palabras le resbalaran y aceleró un poco más.

Cuando llegaron a la consulta, el doctor Stethinck fue quien se llevó la peor parte: recibió una doble carga de improperios, primero los que le dirigió Netta por haber ayudado a Frank a colocar su pequeño cuerpo insumiso sobre la camilla de exploración, y después los del propio Frank, cuando Stethinck intentó dejarle claro que no podía ayudar a su madre si esta no quería que la ayudaran.

El médico estaba dispuesto a exponerles sus sospechas. Que pensaba que se trataba de tuberculosis, sí, todo apuntaba a que era tuberculosis, una mycobacterium tuberculosis que en un alveolo pulmonar es engullida por macrófagos alveolares, la vieja y familiar tisis. Una enfermedad que, a la sazón, ya no era tan difícil de curar si se llegaba a tiempo, ni siquiera hacía falta ir a un sanatorio. Sin embargo, frente a las personas que se dejan contagiar adrede no hay ciencia que valga. Y por consiguiente, el doctor Stethinck no sabía muy bien qué hacer, salvo intentar, con suma delicadeza, sacar de su consulta a aquellos dos Keller maldicientes, a ser posible antes de que la mujer vomitara sobre su alfombra, a ser posible antes de que el hombre se enfadara tanto con él que fuera a buscar a sus hermanos, puesto que todo el mundo sabía que, a pesar de sus insultos, los dos Keller que habían acudido a su consulta no eran los peores, los peores eran la otra mitad del clan.

Al final, el médico consiguió enviar a aquellos dos de vuelta a su maldita casa sin cortinas. Con las manos vacías. Netta ya más tranquila, Frank igual de impotente que durante la anterior crisis, dieciséis años antes, cuando había visto reventar a su mujer mientras paría. Intentó aún a medias convencer a Netta: venga, madre. madre, déjese de insensateces. madre, todavía no es demasiado tarde. No obstante, nadie puede hacer nada contra la terquedad de nuestros seres queridos. No existe eso de arrojarse al fuego por el otro, no si eso significa tener que luchar contra la persona a quien intentas proteger. Estamos condenados a condescender eternamente. Nos halagamos unos a otros y nos seguimos la corriente, y esperamos lo mejor.

A partir de aquel momento todo se precipitó.

Por las noches, Frank, Johan, Charles y Tom oían a su madre y

abuela rezar jadeante en su dormitorio y a medida que pasaban las noches se daban cuenta de que le costaba más respirar. Si Frank conseguía dormirse, su sueño era superficial, consciente del menor sonido o la ausencia de sonido, listo para saltar de la cama e irrumpir en la habitación de Netta si oía que se le cortaba la respiración por unos instantes (lo cual sucedía varias veces cada noche) para luego exhalar un suspiro de alivio cuando comprobaba que su pecho todavía se movía. Entonces le pasaba una manopla húmeda por la cara, le cambiaba las sábanas y volvía a la cama para seguir durmiendo poco o nada.

Una noche —Frank acababa de cambiar por segunda vez la ropa de cama de su madre— se disponía a salir del dormitorio cuando ella le pidió en un susurro ahogado que se quedara a su lado, que cogiera el rosario que llevaba décadas guardado en un cajón del armario, se arrodillara junto a su cama y la ayudara a rezar. Frank resopló y sacudió la cabeza, por unos instantes se quedó donde estaba, pero luego hizo tal como le había pedido su madre. Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El Señor es contigo.

Una vez más, no fue la ciencia médica la que los asistió, sino el cura de Netta, aunque en esta ocasión no fuera física sino solo mentalmente (ella no quería molestarlo pidiéndole que le diera la extremaunción, y de alguna manera tampoco quería admitir que había llegado la hora de recibir la extremaunción), de nuevo en aquel oscuro cuarto de la granja, de nuevo junto a lo que podía convertirse pronto en el lecho de muerte de alguien, tres avemarías, doce, doscientas, hasta que llegó un punto en que Frank tenía la garganta tan áspera como la de su madre. Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Una vez más.

Por momentos, era como si Netta reviviera un poco, adquiriera nueva fuerza gracias al repentino vínculo con su hijo. Y si alguna vez hubo una llama espiritual en el corazón de Frank Keller fue aquella noche, cuando podía sentir arder casi físicamente la esperanza en su pecho cada vez que su madre abría mucho los ojos y su voz adquiría fuerza, para apagarse a la siguiente ronda de oraciones cuando clavaba la mirada vacía en el techo, sus susurros eran más débiles y su pecho apenas se movía. Así, a lo largo de aquella noche, la fe de Frank fue oscilando de la penumbra a la

oscuridad y de la oscuridad de vuelta a una tímida penumbra.

Notaba cómo el rosario se le clavaba en el puño apretado. Sin embargo, aquella amarga noche, Frank no perdió la esperanza, ni siquiera cuando la oscuridad fue dando paso al alba; así pues cuando, tras horas de oraciones, el picaporte de la puerta del dormitorio bajó poco a poco y Tom se asomó para ver por qué los solitarios susurros se habían duplicado en la última noche hasta convertirse en un murmullo solidario y esperanzado, Frank hizo una seña a su hijo para que se colocara a su lado, también de rodillas, con las manos juntas y la cabeza gacha. Reza por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. Una vez más. No pares. Más rápido.

Tom intentaba mantener el ritmo, pero de vez en cuando necesitaba tomar aire, y su padre le daba una colleja si se le escapaba media frase. No pares.

En una sola noche, su padre parecía haberse transformado pasando de ser el mayor renegado de Dios (sin contar los otros dos Keller) a Su más dócil siervo. Le sucedía a más gente. Sin embargo, cuando la noche se fue convirtiendo en día y los primeros rayos de sol entraron por la ventana iluminando a las tres personas que había en la habitación, a Frank le bastó con mirar un instante el cuerpo de su madre para apagar por última vez su llama, sumiendo su corazón para siempre en las tinieblas. Dejó caer el rosario al suelo. Se habían pasado la noche entera rezando sin ser escuchados.

Frank no quiso que la iglesia organizara un velatorio. Aun así, un cenagoso miércoles por la tarde, los cuatro Keller supervivientes enterraron a su madre y abuela en el cementerio católico de la iglesia (así lo había querido ella), entre las tumbas sembradas de ásteres y plantas de rocalla, y en segundo plano el IJssel que corría tranquilo, el brazo del río que en aquellos días aún fluía hacia el otro lado. En el camposanto no había casi nadie, aparte de los cuatro Keller vestidos con sus mejores galas y más callados que nunca, tres hombres y un chico que tiritaba de frío, acompañados por un emisario algo rechoncho de la diócesis de Utrecht que les comunicó que, debido a su enfermedad, el padre Lubbelink quedaba

eximido de todas las obligaciones que no estuvieran directamente relacionadas con las celebraciones de la iglesia.

Al fin y al cabo, a aquellas alturas nuestro cura ya no era capaz de hacer casi nada. Se había visto obligado a tomar medidas. Ya antes de la muerte de Netta, Lubbelink se había asegurado de que besar el paño ensangrentado no se convirtiera en parte integrante de la misa dominical; la comunión ya duraba lo suficiente y, dado su delicado estado, el cura apenas podía tenerse en pie durante el ritual, conque lo último que necesitaba era una pandilla de amotinados que rompieran la barricada de monaguillos, hostias y vino para abalanzarse sobre el paño. Una semana después de que Netta besara el paño, Lubbelink había sacado a colación Daniel 9:5 en su sermón y había instado a los feligreses a repetir en voz alta las palabras hemos pecado, hemos sido injustos y rebeldes y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus leyes, a tomarlas en consideración y reconsiderarlas aún más y luego, por si acaso, unas cuantas veces más, hasta apagar cualquier rescoldo de rebeldía.

No fue hasta aquel miércoles por la tarde durante el solemne entierro informal, cuando Frank se enteró de toda la historia. De la enfermedad del sacerdote de su madre, de su pérdida de peso y los accesos de tos sanguinolenta en público. Al rechoncho emisario de la diócesis (que llevaba apenas una semana trabajando en el municipio) le fascinaba esta historia y se congratuló de encontrar en estos parajes a un grupito de hombres (ni más ni menos que cuatro, incluido el chico que era casi un hombre) que no la hubieran oído antes. Sin embargo, a mitad de su crónica, el entusiasmo del emisario fue menguando cuando vio cómo se crispaba lentamente la cara del mayor de los cuatro, cómo una sombra cada vez más grande iba cubriendo aquel rostro gris con aquellos extraños ojos a medida que avanzaba la historia. Y es que, en aquel momento, detrás de aquellos ojos pasaban todo tipo de cosas: Frank que comprendía hasta qué punto el cura volvía a ser responsable de una muerte en la familia, que el cura había sido el causante de la enfermedad de su madre no solo en sentido figurado sino de la forma más imperdonablemente literal posible, y una vez más pudo sentir casi físicamente lo que sucedía en aquel momento en su corazón, donde en esa ocasión no ardía una llama, sino que crecía una oscuridad que empezaba a abrirse camino hacia el exterior, a

propagarse por su pecho, provocándole una pesada acritud en el vientre cuando atravesó sus intestinos, tomó posesión de sus temblorosos brazos, sus piernas y, antes de que él mismo se diera del todo cuenta de ello, lo impulsó a salir corriendo del entierro de su propia madre.

Frank se dirigió a grandes zancadas desde el camposanto hacia el aparcamiento de la iglesia, hacia el Volvo, abrió la portezuela y tomó asiento al volante, arrancó el coche, cambió de idea, volvió a quitar la llave y salió, se fue a la parte trasera del Volvo para abrir el maletero donde guardaba su Lee-Enfield. Sacó el fusil del coche y se dirigió hacia las puertas abiertas de la iglesia. Cuando el emisario de la diócesis lo vio desaparecer en la oscuridad de la entrada y quiso seguirlo, Johan lo agarró del brazo.

no sé lo que quiere hacer mi hermano frank, pero tendrá un buen motivo para hacerlo, dijo Johan. y no creo que nosotros hayamos acabado.

El hombre intentó soltarse, protestó con vehemencia, incluso luchó con valentía. No tenía la más remota idea de con quién se las veía. Hasta que Charles, que no había dicho ni una palabra durante toda la reunión, se puso delante de él, acercó su frente a la del emisario y se lo quedó mirando con aquellos ojos inyectados de sangre. Charles alzó su mugriento dedo y lo apretó contra la boca del hombre (me entran escalofríos cuando pienso en esa imagen). A algunas personas no hace falta conocerlas para saber que no hay que contrariarlas, algunas personas tienen una mirada de esas. El emisario guardó silencio. Su Dios guardó silencio.

bien, dijo Charles con calma, ¿enterramos por fin a mi madre?

El hombre asintió. Él y los tres Keller que quedaban juntaron las manos y volvieron a centrar su atención en la tumba abierta, en el ataúd con la mujer demacrada, haciendo caso omiso, en la medida de lo posible, de los sonidos de porcelana y cristales rotos procedentes de la iglesia.

Dentro se estaba consumando la sentencia. Cuando Frank entró en la iglesia se detuvo un instante, examinó con calma el recinto hueco

en el que aún resonaba su último paso, el ajado púlpito, los reclinatorios y los bancos del lado de los hombres y del de las mujeres, las velas parpadeantes en la capilla de la Virgen María.

Las estatuas lo miraban fijamente. Los santos, los ángeles y los apóstoles. Su corazón quemado le palpitaba en la garganta. Frank levantó el Lee-Enfield y lo giró por lo que la culata apuntaba hacia delante mientras que el cañón se le clavaba en el pecho. Se aclaró la garganta, contuvo la respiración y después se abalanzó sobre la primera figura de Jesucristo que pudo encontrar, a toda velocidad hundió la culata del fusil en la cabeza de cerámica del Mesías, que estalló en cientos de pedazos.

Acto seguido, Frank decapitó la estatua hueca de María en el crucero izquierdo, alzó el arma con ambas manos por encima de su cabeza, como un hacha y la hundió en algunos de los doce apóstoles. La cabeza de San Pedro rodó por el suelo, milagrosamente intacta. Frank la cogió y la lanzó a través de una de las vidrieras.

El estruendo despertó al padre Lubbelink de su siesta. En las últimas semanas, sus sueños se habían vuelto cada vez más extraños, más febriles y más difíciles de explicar, y esa tarde era justo así. Había soñado que volvía a estar en la escuela, en su antigua clase, y se había quedado mirando la nuca rasurada del niño que tenía delante, su cuello blanco, el vello sobre sus orejas. Y de pronto, el sacerdote comprendió que él ya no era un niño; él era un viejo al que no se le había perdido nada en una clase llena de infantes, y justo cuando se disponía a levantarse para huir del aula a la que no tenía la menor idea de cómo había llegado, la cabeza que estaba sujeta al blanco cuello del niño saltó en pedazos como si fuera de porcelana. El cura se despertó bruscamente. Las sábanas estaban mojadas, tal como sucedía desde hacía algunas semanas cuando se despertaba, y la habitación borrosa. Buscó sus gafas, pero cuando comprendió que los ruidos de porcelana y vidrios rotos no se habían desvanecido junto con el niño de su sueño, se levantó y avanzó mal que bien por el pasillo oscuro de su casa parroquial hacia la iglesia.

Frank no lo oyó llegar. Tal vez, de lo contrario habría parado a tiempo, tal vez no tenía previsto hacer lo que el destino le movería a hacer en unos momentos. No lo sé. Ese siempre ha sido el

principal punto de debate en este lugar, en torno a toda la cuestión, en torno a Frank y sus reproches. Más tarde, ni siquiera el propio Frank recordaría lo que había hecho o no, y menos aun lo que había querido hacer o no.

Cuando el sacerdote entró en la iglesia y vio la terrible destrucción, Frank acababa de irse al presbiterio, a la solemne estatua de Jesucristo en la que, en los últimos domingos, el padre Lubbelink había colgado siempre su paño ensangrentado. El cura intentó llamarlo con su escasa voz. Sin embargo, Frank no oía nada. No decía nada. Y solo veía lo que le quedaba por destruir. Con la poca fuerza que le quedaba en el cuerpo, Lubbelink corrió hacia el hombre que negaba o desconocía su existencia, el hombre al que ni siquiera reconoció sin gafas, el hombre que le daba la espalda mientras blandía un gran fusil dispuesto a hacer picadillo con el Hijo de Dios. El sacerdote agarró la culata del Lee-Enfield, cosa que debió de asustar a Frank (él no lo sabría nunca con seguridad), puesto que se volvió de golpe (nunca lo recordaría) y en su movimiento arrojó al cura contra el altar. Lubbelink cayó al suelo. Frank empezó a expresar sus reproches, se puso a gritárselos al que él consideraba un asesino, el asesino de su mujer y de su madre. El cura lo miraba boquiabierto, sin ni siquiera parpadear. Frank gritó y gritó hasta que le dolió la garganta, y solo cuando paró para tomar aliento, vio el charco de sangre que se había formado debajo del padre Lubbelink. Sintió náuseas. Agarró el rostro del cura, el rostro que lo seguía mirando boquiabierto, ahora se parecía a una de las bestias que Johan y Charles se traían de noche a casa, atónitas y petrificadas y con un agujero sanguinolento en el cogote. En la punta del altar de mármol goteaba un líquido carmesí que dejaba un rastro que llegaba al suelo.

Frank se arrodilló por última vez en su vida, se llevó la mano derecha a la frente y se santiguó. Más tarde no recordaría por qué, a veces las cosas nos parecen oportunas por razones que nadie comprende. Y perdona nuestras ofensas así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

Amén.

No tardaron mucho en apresarlo. Unos dos o tres días, a pesar de las buenas intenciones de sus hermanos que habían escondido el Lee-Enfield y después del entierro habían imbuido al rechoncho emisario de la diócesis de Utrecht de la importancia de la discreción, golpeándolo con una pasión casi religiosa (y obligaron a Tom a participar, puesto que opinaban que tenía edad suficiente para ello).

Sin embargo, Frank sabía que su pecado, el mayor de todos, no quedaría impune. Él se limitaba a esperar. En casa, solo, sentado a la mesa de cocina gris, con la cabeza gacha. Así lo encontró la Policía después de derribar la puerta. El hecho de que no ofreciera resistencia no impresionó al fiscal que pidió cadena perpetua, y cadena perpetua le dieron por lo que en las décadas que siguieron tuvo que ver con impotencia todo lo que le sucedía a su hijo, todo lo que salía mal.

Ahora ya no estaban esos dos, esos dos de los que todo el mundo sabía que no eran ni de lejos los peores de toda la familia. En adelante, Tom tendría que apañárselas sin su abuela que lo había cuidado todos los días de su vida y sin el padre que no estaba lo bastante cerca para dar palabras al amor que sentía por su hijo y que, poco antes, había decidido fundir ese amor en hierro y ofrecérselo en forma solidificada, cosa que el chico aceptó gustoso, pues aceptaba gustoso cualquier forma de amor que recibía, aunque estuviera fundido en una camisa de cilindro, aunque estuviera metido en el más pequeño tornillo sacado clandestinamente de la fundición. Ahora, ese padre tampoco estaba. Tom tenía que seguir solo con Johan y Charles Keller.

Gracias a Dios eso no duraría demasiado, puesto que Tom ya estaba de camino hacia altas esferas donde ellos ya no podrían tocarlo, donde ni siquiera podrían verlo.

Ingrávido, por un breve instante, por fin levantado por el fuerte viento. Hasta que llegó la caída.

¡Oh, Señor, ten piedad!

3 de enero

Arnhem. A primeras horas de la mañana, ha estallado un artefacto explosivo en el edificio que alberga el consulado francés y la sucursal de Banque Paribas. El atentado ha provocado enormes daños; la fachada posterior del inmueble ha quedado destruida y los edificios circundantes han sufrido roturas de cristales. No ha habido que lamentar heridos. La Policía baraja la hipótesis de que el atentado es una respuesta a las pruebas nucleares francesas en el océano Pacífico y que está relacionado con un anterior atentado perpetrado el 17 de octubre del año pasado ante la puerta del banco Crédit Lyonnais en la capital de Güeldres. En dicha ocasión también estalló una bomba por la mañana que no causó daños porque el detonador no estaba bien ajustado. La investigación policial ha puesto de manifiesto que el dispositivo encontrado en Crédit Lyonnais estaba compuesto por un temporizador de cocina de la marca hema, una lata de café comprada en el supermercado Xenos de Nimega, llena de estiércol, así como un detonador. Desde el inicio de las pruebas nucleares, y a petición del cónsul francés, M. Boyard, se habían reforzado las medidas de vigilancia en el consulado. «Hace tiempo que recibimos advertencias, hace unas semanas alguien lanzó un ladrillo por la ventana. Pero, por supuesto, estamos muy conmocionados con semejante grado de violencia. Me alegro de que la bomba no haya explotado durante el día, pues entonces habría habido heridos sin ninguna duda», afirmó el señor Boyard. Y ahora las noticias del extranjero: el ministerio de Defensa enviará tropas a Bosnia para que formen parte de las fuerzas pacificadoras ifor...

Isa apaga el televisor, intenta levantarse. En su cabeza un caleidoscopio. Ante sus ojos aparecen unas manchas que revolotean por la habitación tambaleante, le hacen perder el equilibrio y la vuelven a hundir en el sofá. Allí se queda tumbada, respira hondo y se frota la intranquilidad de los ojos. Fuera, un feroz silencio inunda la oscuridad matutina.

Una lata de café llena de estiércol. Esa imagen, esa idea tan trivial es lo primero que se le pasa por la cabeza, e Isa se sorprende preguntándose qué marca de café habrá sido. Las preguntas importantes llegan después. Unas preguntas que, al igual que todas las cosas importantes en la vida, preferiría aplazar: empezando por la pregunta de si Erva es responsable de todo esto.

Isa vuelve a levantarse, esta vez con más cautela. Se va hacia el fregadero de la cocina, agacha la cabeza sobre los platos sucios y deja que un chorro de agua fría le corra por la cara. Enseguida se traga las ganas de vomitar. El agua fría parece cortarle los párpados, le abofetea las sienes. Se agacha hasta quedar sentada sobre las baldosas, con los ojos cerrados, el sonido del grifo chorreando aún detrás, en algún lugar de su conciencia, muy lejos, cada vez más lejos.

¿Cómo puede Erva aterrizar siempre con ambos pies en ese fango pastoso? Una lata de café llena de estiércol. Le recuerda a Isa las tardes que ha pasado en la habitación de Erva estos últimos meses, los frescos y soleados días de finales de verano en los que Erva, cuando estaba de buen humor, podía ir casi coqueteando hasta la estantería para sacar un ejemplar de The Anarchist Cookbook. Sonreían al ver la advertencia «this book is not for children or morons» en la parte trasera y la torpeza que irradiaban muchos de los manuales o los banales enseres de cocina como desatascadores y jabón que se necesitaban para fabricar explosivos, y se partían de risa solo con leer la palabra booby trap.

¿Sería Erva realmente capaz de hacerlo? ¿Un atentado? Isa no sabe si estar preocupada o furiosa. Ante todo, le decepciona que su amiga intentara involucrarla a toda costa en cuestiones en las que ella no quiere involucrarse en absoluto, y recuerda indignada cómo se quejaba y se lamentaba Erva mientras avanzaban por la nieve hacia el Beurskrach. Ven conmigo a Arnhem. Eres la única con la que puedo contar. Sin embargo, aparte de indignación, Isa también siente frustración ante el hecho de que Erva no le haya confiado el plan completo. Tal vez podría haber hecho algo, podría haberla desanimado. Porque esta no es manera de descubrir algo así, a través de las noticias de la mañana. Al parecer, poco importa a quiénes consideres tus amigos y quién eres —una niña indefensa en el patio de la escuela o una chica independiente y más o menos adulta—, siempre hay alguien listo para dejarte claro que al final estás rematadamente sola. Y eso que ella creía haber encontrado por fin a su gente.

En comparación con esta semana, sus primeros meses en la ciudad fueron livianos, incluso durante los días incómodos al principio de

todo, cuando aún se paseaba perdida por los pasillos de la universidad y no conocía a nadie. En aquellos días, todo la impresionaba: el casco antiguo de la ciudad donde los estudiantes se apresuraban por las callejuelas para llegar a tiempo a clase; los edificios históricos y las enormes iglesias románicas del centro, los empujones para conseguir un sitio en la biblioteca universitaria —un majestuoso edificio que en el siglo xix hizo las veces de palacio de Luis Napoleón—, los canales que centelleaban bajo el sol estival, el runrún en las aulas universitarias con sus altos techos abovedados. A veces, la apabullante antigüedad de todo aquello se le subía a la cabeza, y pasearse entre tanta historia ejercía en ella un efecto casi alucinógeno sobre todo por las noches. Le provocaba un agradable mareo, muy diferente a los delirios nocturnos que la habían visitado en su viejo dormitorio. No obstante, una persona acaba acostumbrándose a todo. A las pocas semanas, Isa ya se orientaba por las callejuelas y los pasadizos, y sabía nadar, con una fluidez casi elegante, con la bandada de estudiantes. Incluso hizo amigos, o al menos, encontró a algunos compañeros de clase que se sentían tan inseguros como ella y que habían llegado a esta ciudad universitaria desde todos los rincones del país, solos, sin conocimientos ni conocidos, y al igual que Isa en busca de alguien con quien hablar. Aliviados, los que compartían un mismo destino se buscaban, comían juntos y a veces quedaban después de clase, aunque, en honor a la verdad, Isa debía admitir que acudía a aquellas citas medio por obligación y experimentando cierta incomodidad. Y, por consiguiente, se sentía cada vez más atraída por la otra vida que había empezado al llegar a la ciudad, la vida al margen de las clases, la vida que, pese a todos los conocimientos y la grandeza de la universidad, le parecía más interesante, en cualquier caso, lo bastante interesante como para perderse cada vez más clases para salir de marcha con Erva y los demás. Incluso lleva retraso en el pago de las tasas universitarias; en las últimas semanas, se ha gastado todo el dinero en discos, conciertos punk y hachís. Ahora que ya es demasiado tarde comprende que debería haber sido más disciplinada. Debería haber participado en las aburridas conversaciones con sus compañeros de clase y haberse dedicado por completo a sus estudios, sin distracciones, sin excusas. Debería haber tomado otra ruta en lugar de pasar por aquel estrecho puente, quizá tendría que haber seguido caminando cuando Erva la abordó aquel día.

La cocina vuelve a dar vueltas y le provoca náuseas. Isa se pone de pie agarrándose a la encimera y mete de nuevo la cabeza bajo el chorro de agua. Coge el tabaco de su madre de la mesa, se lía un cigarro y lo enciende. Después de media calada lo tira en el fregadero. Entonces cierra por fin el grifo.

En la sala de estar, Isa mira el desorden en la mesa: hojas de periódico, un cenicero casi lleno, medio paquete de vino de frutas y un tazón con unos cuantos sorbos de café frío. La noche anterior se pasó horas examinando los artículos de noticias sobre las carreras de cross de su padre. Había decenas, puede que más de cien, en idiomas y escrituras sobre los que no ha pensado desde la escuela. Sacó las páginas sueltas de la carpeta, las dejó sobre la mesa, tragó y volvió a tragar, desesperada por encontrar una historia más grande en algún lugar. En el estado en el que se hallaba, no consiguió asimilar bien ninguno de los artículos.

No obstante, una cosa le quedó clara: su padre era un desconocido para ella. No conocía al Tom Keller del que hablaban con tanta admiración los periódicos. Por supuesto, si entornaba los ojos y le echaba imaginación, reconocía una versión más joven de su padre debajo de aquel casco lleno de barro, pero por todos los demás motivos del mundo no podía tratarse del mismo Tom Keller.

Es cierto que alguna que otra vez, sus padres habían dicho algo sobre carreras de motos. Y cuando Isa le preguntó cómo había perdido la pierna padre, su madre había mascullado algo sobre un accidente e Isa se había imaginado a esos hombres de mediana edad en crisis, consultores cómodamente sentados al volante de sus bmw como si aquel cacharro les hiciera todo el trabajo: eso le parecía más adecuado para su padre. Esto no. Sabe muy poco sobre el pasado de sus padres, nunca le interesó, al menos no de la manera en que se interesaba por otras personas, otros pueblos y otras culturas, su arquitectura y su arte. De hecho, ella casi nunca se cansa del pasado, de la profundidad y del significado que aporta el paso del tiempo a los sucesos, de las historias que se vuelven más míticas a medida que el tiempo las cubre con sus velos brumosos. A Isa nunca se le ocurrió escuchar con la misma fascinación las historias de su propia familia. Durante todo ese tiempo, ni siquiera

se ha parado a pensar lo suficiente en la imagen de ese hombre de mediana edad, en plena crisis, como para llegar a la idea lógica de que, unas décadas antes, su padre era realmente un par de décadas más joven. El chico de las fotos parece tener la misma edad que ella ahora, no habrá más que algunos años de diferencia.

Anoche hubo muchas revelaciones, pero ninguna solución. Se quedó dormida en el sofá y permaneció inconsciente unas cuantas horas a la luz de la carta de ajuste hasta que la noticia del telediario acabó devolviéndola sin piedad a la realidad.

Isa se acerca a la repisa de la chimenea, descuelga el auricular y vuelve a marcar el número de teléfono. Aprieta la baquelita, su mano se crispa y empieza a temblar. Sabe exactamente lo que quiere decir. Lo que quiere gritar.

El tono de llamada suena tres, cuatro veces. Coge el auricular con la otra mano, dispuesta a colgar. En lo que a ella respecta que estalle en mil pedazos. El tono de llamada suena por quinta vez, y entonces alguien descuelga.

El siguiente tema se titula: desgárrate el alma a gritos.

—¿Erva?

Hay vida al otro lado de la línea, de eso está segura. Le parece notar una respiración muy suave, ese tipo de vida que no se oye pero que se percibe claramente.

—Erv…

—Sí.

Isa exhala un suspiro.

—¡Dios! Hace días que intento dar contigo.

—Sí, lo sé. Tú y los demás.

—¿Por qué no cogías el teléfono?

—Porque todos los que intentan llamarme estos últimos días son

unos gilipollas.

—Dios, me tenías muy preocupada.

Isa se siente empequeñecer. No quiere decir esas cosas, quiere que sus temblorosas cuerdas vocales se adapten de una vez por todas a lo que siente el resto de su cuerpo. Aprieta con más fuerza el auricular. ¡Deja ya de temblar y grita de una vez por todas, estúpida!

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, Ies —replica Erva antes de que Isa pueda abrir la boca—, no me apetecía en absoluto hablar contigo. —Su voz suena aburrida—. Has tenido suerte de llamar tan temprano y de pillarme medio dormida y sin reflejos para desenchufar el teléfono.

—¿Has visto las noticias?

—¿Sobre qué?

—Vuestra bomba en Arnhem.

—¿Bomba? Mierda, ¿de veras ha explotado una bomba? —Eso ya suena menos aburrido.

—¿Entonces no eras tú?

—¿Una bomba? No me jodas, tía, ¿por qué somos amigas si piensas esas cosas de mí?

—¿Entonces aún lo soy?

—¿El qué?

—Tu amiga. —¡Estúpida, maldita estúpida cobarde!

—Bueno, en estos momentos una amiga muy gilipollas.

Isa toma aire, se masajea la frente húmeda. Sin proponérselo, sus ojos recorren la sala, el reloj de su bisabuela, los dibujos de flores en la alfombra marrón. ¡Lo conoce todo tan bien y es tan diferente del mundo al otro lado de la línea!

—Ha sucedido algo que debes saber.

—Yo misma he sido testigo de ello, Ies.

—¿A qué te refieres?

—A lo mal que estabas en el Beurskrach, estabas muy pasada de rosca.

—Lo siento. No sé por qué besé a Dex.

—¿Dex? —Erva suelta una risa burlona.

—Es que estaba ahí. Tan cerca.

—No besaste a Dex.

—Que sí, tú misma lo viste.

—Tía, no tengo ni puñetera idea de lo que crees recordar, pero cuando te encontramos en los urinarios estabas muy pasada. Parecías posesa. Y vomitaste encima de Dex.

—¿Que hice qué?

—De lleno en su cara. Eso fue lo único que me hizo gracia, justo lo que necesitaba ese maldito desertor. Me acababa de decir que no quería acompañarme a Arnhem. Se bajó sudando del escenario y se fue a toda prisa a buscarme para comunicármelo. De repente ya no se fiaba de esos tipos, del grupo de Nimega que lo había planeado todo. En ese momento me pareció el mayor cagón del mundo, así que no estuvo del todo mal que le vomitaras encima. Pero fue de lo más deplorable.

—No logro imaginármelo.

—¿No te apestaba la ropa al día siguiente?

—Aún apesta.

—Pues va siendo hora de que la laves para quitarle la vomitera.

—Pero Dex tenía razón sobre aquellos tipos.

—No fui. Lo cancelé el día de Año Nuevo, porque me di cuenta de lo mal que estabas y sabía que tampoco podía contar contigo. Y ahora estoy jodida, ahora hace días que me están acosando, me estoy volviendo loca con tantas llamadas. Así que he dejado de contestar al teléfono. Esos tíos están locos de remate. —Hace un breve silencio—. ¿Han detenido a alguien?

—No lo han dicho.

—Ojalá. Menudos tarados.

—Erva, ¿me diste un golpe con la botella, aquella noche?

—No me jodas, Ies, ¿a qué viene eso?

—No sé. Tienes razón, casi no recuerdo nada. Tengo que contarte otra cosa que no tiene nada que ver. Mi padre...

—Quiero dejarte algo muy claro.

—¿Puede ser para después?

—No estoy enamorada de él, ¿sabes?

—¿De mi padre?

—De Dex.

—¡Oh! —Había que hablarlo algún día—. Yo tampoco.

Es la verdad, solo ahora se da cuenta de ello, lleva días sin pensar en él. Puede que Dex le pareciera interesante solo porque Erva lo consideraba un tipo interesante.

—Aunque te hubieses morreado con él, Ies, eres libre de hacer lo que te apetezca. Pero lo que me pasa es que nunca sé qué esperar de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que nos conocemos me tomas el pelo. Un día has dejado de fumar mierda y al siguiente te encuentro tirada en los aseos con un

tremendo colocón. Y eso no me importa un carajo, de verdad que no, pero lo que sí me importa es que me mientas y te mientas a ti misma.

—Lo he intentado de verdad. Ahora lo he dejado. —¡Estúpida, cobarde!, pareces una ternera temblorosa desangrándose en el suelo enrejillado.

—En serio. A nadie le importa un carajo si lo dejas o no. Pero sé sincera. Ahora les estás tomando el pelo a todos los que tienes cerca, haces como si estuvieras de acuerdo con ellos, pero por dentro te ríes de ellos. Como si fueras mejor que el resto.

Algo en Isa quiere romper el auricular contra las baldosas. Dejar de tiritar, dejar de asentir. Abre la boca, pero no logra emitir sonido alguno, su cuerpo es una calabaza hueca. Está vacía y rematadamente sola.

—¿Por qué no me preguntas nunca si puedes venir conmigo cuando voy a algún sitio? ¡Siempre tengo que ser yo la que te arrastra! —exclama Erva.

Isa se aclara la garganta.

—Porque no quiero invitarme.

—Joder, Isa. ¿es que después de todos estos meses aún no te has dado cuenta de que quiero estar cerca de ti?

—¿En serio?

—Tía.

—Yo también quiero estar cerca de ti.

—¿Puede saberse dónde estás?

El reloj en la repisa da una nueva hora, Isa se sobresalta. Ya no es de noche, aunque fuera sigue estando oscuro. La noche ha acabado y también el tiempo para los problemas que solo son problemas en su cabeza. Ahora tiene que pensar en los problemas del mundo real. Debe darse prisa.

—Lo siento —dice, mientras apoya el puño en la repisa, cierra los ojos y controla su respiración—, tengo que irme.

—Háblame, Ies, venga.

—Quiero estar contigo. Confía en mí. Pero ahora tengo que ir a ver a mi abuelo. Te lo explicaré más tarde.

—Isa.

—Cuídate. Y mejor no contestes al teléfono.

Un moho verde cubre las resbaladizas tablas del puente. La verja está cerrada con llave, no hay ni rastro del portero. La mañana está envuelta en la niebla.

Isa no tiene la menor idea de lo que ha venido a preguntarle a su abuelo. Ni idea de lo que puede hacer por ella el único miembro de la familia en el que ha depositado su esperanza. Isa mira a su alrededor, el agua humeante, el sol que corta el aire helado, las ramas de los árboles, silenciosas y suplicantes, que se tiñen de oro bajo la luz matinal. Un bosque con matorrales. No se ve ningún martín pescador en la orilla, es como si nunca hubiesen estado ahí. El cielo contiene la respiración.

Poco después de que Isa colgara el auricular, su madre bajó entre crujidos por la escalera, un lento escalón tras otro. Entró en la sala de estar en zapatillas y arrastrando los pies, con el rostro cubierto por la sofocante inexpresividad de un paciente perdido en los pasillos de la residencia de ancianos.

—Buenos días, mamá.

—¿Y?

—Johan nada, Sharrel nada, ahora voy a ver al abuelo. De hecho, es el que lo ve más a menudo.

—Salúdalo de mi parte.

—¿Quieres venirte?

—¿Me has apuntado en la lista?

—¡Oh, es verdad, mierda!

Madre se apoyaba en el respaldo del sofá, como si de lo contrario fuera a desplomarse.

—¿Has averiguado algo más, mamá?

—Niña, ayer me pasé toda la mañana en el bosque, llorando y gritando, pero es que no se me ocurría qué otra cosa hacer.

—Yo también estuve en el bosque, por la tarde.

Su madre se hurgó en la nariz, se sacó un moco y luego se limpió el dedo en el sofá.

—Mamá, todo esto no sirve de nada, ¿verdad? ¿Cómo se las apaña la gente en la tele para saber qué hacer en una situación como esta?

Su madre parecía ensimismada, miraba a través de Isa. Seguro que volvía a tener dolor de cabeza. Siempre dolor de cabeza. Madre bajó la vista y posó la mirada en la mesa y vio los artículos.

—¿Dónde has encontrado esto?

—En vuestra cama.

—¿Mande?

—En el lado de papá. De hecho, pensé que tú los habías dejado allí.

—¿Por qué iba a hacerlo? Hacía quince años que no veía esa carpeta.

Madre fue a sentarse en el sofá y cogió algunos artículos de periódico. Al llegar al cuarto o quinto, hizo una pausa larga. Ni siquiera era un artículo completo, solo una esquina desgarrada con una fecha, un trozo de foto en el que solo se veían árboles y la palabra «desastre». Entonces se desplomó, hundió el rostro entre los

cojines. Isa nunca la había visto llorar de aquella manera. Tenía algo de pueril. Se sentó al lado de su madre, se inclinó hacia ella y sostuvo con fuerza su delgado y tembloroso cuerpo. Isa miró el pedazo de papel de periódico que sostenía su madre, no tenía ni idea de a cuál de los artículos pertenecía, hasta aquel momento ni siquiera había reparado en él.

—Mamá, ¿qué es esto?

—El accidente.

—¿De papá?

—¿Dónde está el resto? ¿Has visto el resto?

Isa buscó entre los artículos, los levantó uno tras otro y los fue apilando. A ninguno le faltaba un trozo, nada coincidía con la esquina desgarrada. Su madre volvió a incorporarse.

—No está, ¿no?

—¿Dónde fue ese accidente, mamá?

—En la pista del Arenal. A unos quince kilómetros al norte. Tu padre iba casi una ronda por delante cuando de repente su moto se bloqueó, dio dos vueltas de campana. Ni siquiera era una carrera importante.

—¿Es posible que ahora esté en el Arenal?

—¿Por qué iba a hacer eso? De hecho, la pista ya no existe y tu padre lo sabe.

—Sharrel dijo que papá había ido a verlo justo antes de desaparecer.

—Bueno, sí, a veces lo hace.

—Según Sharrel fue a hacerle preguntas sobre el pasado. ¿Podría tener que ver con el accidente?

—Sharrel no estaba cuando sucedió.

—¿Sharrel perdiéndose una carrera de cross?

—Entonces, yo tampoco lo entendí. Pero no. En aquella época no quería saber nada de eso.

—¿Cómo es posible?

—Sentía envidia. Entonces tu padre era el mejor de todos.

—¿En serio?

—Claro, niña.

Una polilla voló por la sala de estar y se posó en la mesa de centro. Madre cogió una pila de artículos de la mesa, los dobló formando un tubo y aplastó al bicho. Después se quedaron un rato sentadas en silencio, una al lado de la otra en el sofá. Isa repasó tres o cuatro veces todas las ideas que se le ocurrían, pero ninguna parecía cuadrar. Al final, cogió la mano de su madre.

—¿Mamá?

—Sí, niña.

—Se me acaban las ideas. Si el abuelo tampoco sabe nada, solo queda un miembro de la familia que aún no he ido a ver.

—Venga ya.

—Mamá, tengo que hacer algo.

—No sé lo que esperas, pero esa estúpida no te servirá de nada. Desde que me fui de casa, mi hermana no ha parado de contar mentiras inmundas sobre nosotros, fábulas asquerosas, a todo el que quiera oírlo.

—¿Por qué iba a hacer la tía Annie algo así?

—Por despecho. Se muere de envidia.

—¿A quién envidia?

—¿A quién? A la que se ha casado con Tommetje Keller, claro está.

Habla tanto de tu padre, que no me sorprendería que siguiera pensando en él todos los días. Habla de nosotros. Fábulas asquerosas. Ni con diez piedras de sal para caballos conseguirías sacar algo valioso de esa estúpida. Combina todos los cotilleos que ha oído sobre nosotros para convertirlos en una leyenda que solo cuadra en su cabeza. Cree conocer los detalles más pequeños de situaciones en las que ni siquiera estuvo presente.

Madre lio un cigarrillo y lo encendió, los recuerdos de su hermana parecían infundirle una energía inusual, el tipo de energía que solo conseguía cuando algo la enfurecía.

—Los vapores del bar de abajo se le han subido a la cabeza. Todo el mundo me mira con mala cara por culpa de esa estúpida —murmuró. Inhaló, sacó el humo por la nariz y se lo restregó de los ojos—. Pero que les den a todos por el culo. A ella la primera. No quiero volver a ver a esa arpía en mi vida.

—Entonces tendré que ir a ver a Veels.

—Niña.

—Al menos, si el abuelo no sabe nada.

—Ay, ya no sé qué pensar.

—¿Entonces, estás de acuerdo?

—No pienso acompañarte.

—Menuda sorpresa.

Isa se levantó, cogió el cenicero de la mesa, el brik de vino, los tazones y vasos sucios, y se los llevó a la cocina.

—¿Podrías encargarte, al menos, de que esto no se convierta en una pocilga? —gritó volviéndose hacia la sala de estar—. ¿Puedes ocuparte de los platos, la colada, las compras y esas cosas?

No hubo respuesta. Isa volvió a la sala y se acercó a su madre por detrás.

—Y si vas al pueblo, necesito ropa limpia.

—Tengo que ir a casa de Diepenbrock —respondió madre sin alzar la vista.

—¿Qué? Joder, ¿y qué más? ¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pero ese tipo comprenderá que no puedes...

—No me atrevo. —Su madre volvió a frotarse los ojos con la manga y durante unos segundos hundió el dorso de las muñecas en la cuenca de los ojos—. No puedo permitirme que me ponga de patitas en la calle. Ahora no.

—Ay, mamá. —Isa la cogió por los hombros, apretó la cabeza de su madre contra el pecho y la besó—. Venga, no pasa nada.

El cielo contiene el aliento, el mundo parece pintado. Isa sacude varias veces la verja, y entonces se percata de que hay un timbre que puede pulsar. Tiene la sensación de que pasa una eternidad antes de que se abra la puerta del edificio principal y salga el portero. Sus pasos resuenan por el terreno. Es el chico del día anterior.

Isa mira la entrada del edificio que está detrás de él. Las viejas puertas arqueadas que recuerda de su infancia han sido reemplazadas por unas gruesas puertas de acero. Se cierran automáticamente con un fuerte golpe. El protocolo de visitas se ha ido endureciendo en los últimos años: la última vez que Isa cruzó el umbral del penal, el año anterior, le pareció casi exagerado. Tuvo que mostrar sus documentos de identidad y después pasar lentamente por el detector de metales, tras lo cual fue cacheada (es decir: manoseada) y por si fuera poco olisqueada por un perro detector de drogas. ¿Era un trato reservado a su familia o los guardias hacían lo mismo con todos los visitantes?

—No tengo buenas noticias, señora —le grita el portero.

Se detiene a cierta distancia y se apoya en uno de los dos postes de madera que mantienen en alto la gran campana de la cárcel. No hay

ni una pizca de aire y el badajo pende completamente inmóvil, como helado.

—¿No le has pasado mi carta?

—Les hablé de usted y de su abuelo a mis compañeros. Pero lamento decirle que nadie se mostró dispuesto a hacerle un favor.

—¿Quién ha dicho nada de compañeros? ¿No le ibas a pasar la nota personalmente?

El portero se acerca unos pasos, hasta colocarse junto a la verja.

—Me han contado por qué está encerrado aquí —dice en voz baja, la discreción amortiguada de la vergüenza ajena—. Lo que hizo.

—Sí, ¿y?

—Bueno, no es que yo vaya mucho a la iglesia, pero pocas veces me he horrorizado tanto como al oír lo que cuentan sobre su abuelo. Y a decir verdad ya conocía esas historias, de pequeño, mi madre ya me había hablado de ese cura y de esa familia y cuando mis colegas mencionaron el nombre del cura al principio de su historia, lo supe de repente, enseguida me dije: «Oh, es él» y eso fue suficiente; sin embargo, ellos me lo volvieron a contar todo de nuevo, me explicaron lo de la tos ensangrentada y el entierro y los destrozos en la iglesia, incluso parecía que se lo pasaban bien mientras me lo contaban. No me acordaba de los nombres o puede que con los años incluso les pusiera otros. Además, no vivíamos en el mismo pueblo. Pero cuando mencionaron el nombre del cura, supe de inmediato de quién se trataba y qué historia me iban a contar. Siempre he pensado que era una historia inventada, una familia inventada, un cuento para meterles miedo a los niños.

Da la impresión de que el chico quiere añadir algo, pero guarda silencio.

Una familia inventada. Isa ya no puede más. ¿Es que no la ve delante de él? ¿Una persona real, con problemas reales? Le gustaría llenarlo de insultos, pero sabe que no le ayudaría en nada. Aparta la mirada y entonces se da cuenta de que durante todo este tiempo ha

estado mirando descaradamente la mancha de nacimiento en la frente del guardia. Tiene de verdad la forma de Bélgica. ¿Podría ser este uno de los mandamientos en el tablero del edificio okupa, no staring at imperfections? Ella la sigue mirando, qué más da. Justo en el centro, más o menos a la altura de Bruselas, sobresale un lunar oscuro. Isa intenta forzar una sonrisa amable, respirar, mantener una actitud constructiva.

—Entonces, ¿mi abuelo ni siquiera sabe que he venido a verlo?

—Si hubiese dejado un número de teléfono en su carta, se lo podría haber comunicado.

—¿Y ahora no puedo entrar? No sé qué debo hacer si no hablo con él.

El chico se tambalea con nerviosismo sobre sus pies.

—¿Les has dicho a tus colegas que mi padre ha desaparecido? ¿Tom Keller?

—No tuve tiempo.

—Qué hijo de puta.

—Se lo ruego, señora...

—¡Deja ya de señorearme!

Isa ve manchas blancas, se le ha agotado la paciencia. Agarra los barrotes de la verja y tira, empuja, la agita con toda la fuerza de la desesperación que hay en sus brazos, el sonido del metal retumba al aire libre. El portero le grita algo, da un paso al frente e intenta cogerle el brazo a través de la verja, pero falla e Isa consigue agarrarlo de los pelos. Tira de ellos hasta acercar el rostro del chico hacia la verja de hierro que los separa. El portero se queda atascado entre dos barrotes. Grita de dolor, Isa le devuelve el grito. Por fin puede gritar.

—Te arrancaré la nariz de un mordisco, hijo de puta.

En lugar de hacerlo, lo suelta. El portero retrocede y cae de espaldas

sobre los adoquines. Isa da media vuelta y se va corriendo al coche, abandona a toda prisa este maldito bosque antes de que el chico dé la voz de alarma y lleguen refuerzos. El cielo respira entrecortadamente.

La gente viene a estos parajes de forma voluntaria. A los de fuera les gusta estar aquí. Cruzan el río IJssel por voluntad propia para pasar las vacaciones, para admirar el paisaje de parcelas rodeadas de setos, el suelo primigenio, los pastizales dispersos, las ciénagas, el brazo del río, los arenales, los trigales bajo un cielo nublado y los páramos. Los bosques. Se dejan engullir dócilmente por los profundos bosques.

La radio del coche se ha ido a hacer puñetas.

El golpeteo es para volverse locos. Tic-tic, tic-tic, tic-tic.

Cuando Isa arrancó el coche, la radio se encendió sola, a todo volumen, la chirriante guitarra de Ferdi Joly la sobresaltó tanto que aporreó todos los botones para liberar por las malas el eterno casete de Normaal. La música inició una dramática ralentización e Isa pudo oír cómo se rompía la cinta magnética, antes de que el aparato se la tragara. Cuando solo quedó el tic nervioso y mecánico, intentó pasar el casete a la radio fm, pero con su maniobra de liberación había machacado a fondo la mayoría de los botones. Ahora ni siquiera consigue apagar el maldito trasto.

Isa vuelve la vista atrás una vez más. Algo en ella quiere ver cómo los suplicantes árboles desaparecen en la lejanía a su espalda, de forma directa y sin reflejos del retrovisor, sin desvíos, porque algo en su interior sabe que esta es la imagen que le vendrá a la mente con total claridad cuando recuerde estos días. Vuelve a mirar al frente y tiene que dar un volantazo para no acabar en el arcén. El Kadett chirría e Isa se percata de que circula a ochenta por hora con la segunda marcha. La niebla no ha hecho más que empeorar, unas espesas nubes presionan el coche por todos lados. Conque aquí está, esta es la senda resbaladiza de malas decisiones, este es el pozo negro. Era inevitable, siempre ha estado en su interior.

Isa no se la imaginaba tan ligera, tan húmeda y onírica, ya casi no logra recordar lo que ha hecho exactamente ni por qué, salvo que

fue un craso error. Se pregunta si a otros les pasa lo mismo —a los delincuentes, a los asesinos—, que se distancian enseguida de sus actos. Debería preguntárselo alguna vez al abuelo si consigue hablar con él. O a Charles, si se atreve a enfrentarse a él.

Qué comparación tan estúpida. Esto es distinto, ella ha actuado empujada por la desesperación y la frustración, ella no es como los demás. A menos de que resulte que todo el mundo actúa por desesperación y frustración.

No, este hijo de puta se lo merecía. En esencia, ella no es una mala persona, de eso está convencida a pesar de todo.

Intenta rebobinar y recordar. Volver a repasar todo lo que le ha dicho ese chico, Isa intenta saltarse el trozo en que le encajó la cara entre dos barrotes y él se puso rojo y, por un instante, vio en su mirada el miedo que le inspiraba; ella lo aterrorizaba. El rollo de siempre. ¿Qué le dijo para ponerla tan furiosa? No la había mirado en absoluto con autocomplacencia, no se había burlado de ella.

Era por vergüenza, se le había ido la pinza pura y llanamente por vergüenza. Vergüenza de que la historia sobre su abuelo tuviera que ver con algo de lo que ella debería estar enterada, algo de lo que todos estaban al corriente y que ella debería haber sabido desde siempre, algo de lo que debería avergonzarse, pero a decir verdad, de lo que se avergüenza es de no tener ni idea de por qué debería avergonzarse, no tener ni idea de a qué se refieren esas personas cuando hablan de la tos ensangrentada y el entierro y los destrozos en la iglesia. «Fábulas y leyendas», dijo madre. Vale, pero al menos podría haber puesto al corriente a Isa sobre el contenido de esas fábulas y leyendas. Lo que sí sabe es que en la iglesia no los quieren, ni a ella ni a sus padres, ni tampoco al resto de la familia. Y sí, hasta ahora sabía que el abuelo había hecho algo, aunque sus padres siempre le dijeron que se trataba de un malentendido. De alguna manera, durante todos estos años Isa ha asumido que el resto de la comunidad compartía esa opinión. Se le hizo muy difícil mantenerse impasible mientras el chico le contaba aquella historia. Isa asentía como si llevara siglos al corriente de cada detalle, confiando en silencio que no le hiciera ninguna pregunta que desenmascarara su borreguil ignorancia. Y entonces algo se rompió en su interior.

No es grave, no significa nada, puede pasarle a cualquiera. Saldrá bien. Todo saldrá bien.

Después de arrancar el coche, Isa siguió hacia adelante, sin pensar, sin saber adónde iba. En cambio, ahora que por fin intenta leer las señalizaciones a través de la espesa niebla, ve lo que habría podido saber hace rato si hubiese reflexionado un poco. No está muy lejos del Arenal. Isa frena para tomar la salida correcta, gira el volante hacia la izquierda, saliendo de la carretera provincial y accediendo a la pista de arena.

Es casi imposible captar la niebla. Muchos lo han intentado, pero solo unos pocos lo han logrado. Monet era el mejor de todos.

Durante cientos de inviernos, el humo y los gases de escape cubrieron la ciudad de Londres con una gruesa y opresiva capa de niebla, espesa y verde como la sopa de guisantes, que enfermaba a los londinenses, dañando sus vías respiratorias o sus mentes. Sin embargo, cuando Monet visitó la capital británica hace un siglo, vio esa London fog como solo la pueden ver los recién llegados a una ciudad; se obsesionó con ella, se dejó llevar por una tormenta de inspiración que persistiría durante años. Incluso consideraba que Londres debía por completo su belleza a la niebla, esa sombra que lo envolvía todo en el misterio.

El puente de Waterloo, efecto de niebla, Claude Monet, Londres, 1903.

El pintor intentaba captarla una y otra vez. Ríos bajo la niebla, puentes, edificios parlamentarios; tal vez sean sus obras más hermosas, frías, borrosas y misteriosas. Isa puede pasarse horas contemplándolas. Desaparecería en ellas si pudiera. Y, no obstante, aquí en este frío real, ahora que desaparece realmente en la niebla y todo a su alrededor es igual de borroso y vago como en un cuadro de Monet, solo quiere irse a casa. Donde sea que esté.

Aquí no hay nada. Más maleza, una senda intransitable que según los letreros enmohecidos debió de ser una pista de arena. En las ruinas de madera de una tribuna hundida crecen hongos. No hay nada, nada en absoluto, solo malas hierbas cubiertas de malas

hierbas.

El bosque es más grande de lo que esperaba en un lugar que lleva el nombre del Arenal, no es tan grande como el bosque que rodea su casa, pero aun así tendrá varios kilómetros de profundidad. De niña, daba de vez en cuando paseos entre los árboles con padre, lo que significa que ella salía del patio para correr por el sendero mientras padre la seguía arrastrando su pierna. Luego ella cogía un desvío cualquiera y se adentraba en los matorrales, un juego del escondite que siempre ganaba, aunque solo fuera porque sin sabuesos era imposible encontrar a alguien en un bosque tan grande si esa persona se estaba bien quieta. A veces, padre pasaba justo delante de ella, mirando a su alrededor para ver si la encontraba, pero nunca la veía, hasta que ella salía de su escondite de un salto y le daba un susto.

Por pura formalidad, grita varias veces el nombre de su padre, pero su voz carece de convicción, todo le parece absurdo y embarazoso, como si se avergonzara ante espectadores imaginarios. La escena es un débil eco de sus gritos de ayer durante la infructuosa búsqueda por los alrededores de su casa, entonces al menos podía ver a lo lejos sin toparse con un denso muro de niebla. Ahora tiene la voz ronca y la resiliencia debilitada. Aunque su padre estuviera aquí, ella no podría encontrarlo sola, y menos en estas circunstancias.

En fin, en fin, qué se le va a hacer, vamos allá.

—¿Está Veels?

La funcionaria tiene un ojo de cristal. Desde que Isa ha entrado, no ha dejado de aporrear el teclado, de forma lenta, pero violenta, con dos dedos. Solo ocasionalmente, cuando no logra encontrar las teclas correctas, desvía su imperturbable mirada de la pantalla hacia los índices. A pesar de que Isa la aborda, la mujer sigue con lo suyo sin inmutarse por su presencia y solo le contesta minutos más tarde, una vez ha acabado.

—¿John Veels? ¿Quién le digo que ha venido a verlo?

—Isabella Keller.

—Ay, Dios. Un momento.

La mujer gime al levantarse, es bastante más alta de lo que Isa se había imaginado cuando aún estaba sentada. Sin mediar palabra se va a la parte de atrás, sus pasos suenan igual de torpes que su tecleo, las suelas de sus zapatos golpean el linóleo.

La comisaría no es tan vieja —Isa recuerda que la construyeron en su infancia— y, no obstante, en el edificio todo parece anticuado. Los alféizares barnizados de amarillo y azul chillones (el uso de colores primarios que en estos años noventa se han reemplazado en cualquier otro lugar por tonos pastel), los muebles de acero en la sala de espera, el falso techo de amianto, los ruidosos ordenadores que seguramente solo pasarán a Windows 95 bien entrado el siguiente milenio, el suelo de linóleo moteado...

—Ahí la tenemos, por fin.

Veels está en el vano de la puerta, con las piernas separadas y los brazos cruzados. La mujer del ojo de cristal cruza el pasillo y se coloca a su lado, es mucho más alta. Ambos llevan puestos los abrigos.

—Vamos —dice Veels mientras se frota las manos—, nuestra Naddy te tomará algunos datos, descripción y particularidades si las hay, y luego iremos enseguida con los demás. No hay tiempo que perder.

Los tres salen del pueblo circulando a paso de tortuga en el coche que conduce la agente que, al parecer, se llama Naddy y que agarra con fuerza el volante con sus grandes manos. Su forma de usar los pedales y tomar las curvas resulta espasmódica. Desde el asiento de atrás, Isa tiene que entornar los ojos para poder seguir mirando al frente sin marearse, pues la parte delantera y trasera del coche de policía están separadas por una rejilla de malla fina. Veels ocupa el asiento del copiloto, tiene los brazos cruzados, mantiene el incómodo silencio que solo existe entre compañeros de trabajo que no tienen nada que decirse. ¿No debería informarla? ¿Ya está

enterada de todo? ¿Están todos al corriente de todo?

El coche avanza por la carretera de Rietmanpad entre los vacíos campos de cultivo invernales. Debido a las pequeñas diferencias de color en el panorama y la velocidad con la que van pasando las distintas capas, apenas puede distinguirse lo que está cerca de lo que está lejos. Es el efecto de paralaje. Abajo el arcén, rápido y blanco y lleno de telarañas y gotas de rocío, en el centro las borrosas y verdes neblinas que apenas parecen moverse y arriba las nubes de verdad, grises y quietas. Gracias a Dios no nieva.

A través del parabrisas solo se ve la calzada, unos faros sobre el asfalto rodeados de un túnel de niebla. Cuando el bosque se alza por fin al fondo, Veels se vuelve hacia el asiento trasero. Isa se inclina hacia delante para entender lo que le va a decir, pero el olor de cigarros viejos la echa para atrás.

—Me alegro de que hayas venido a la comisaría —dice—, por poco no nos encontramos. Estaba a punto de salir para unirme al grupo de búsqueda.

—¿Ya estáis buscando?

—Hemos empezado esta mañana. ¿No te habías enterado?

—Me había ido a ver al abuelo.

—Ya no tenía ganas de seguir esperando a que te decidieras. Y cuando tenemos la sensación de que la cosa va en serio, empezamos solos. Tanto si la familia coopera como si no.

—Pero ¿adónde vamos?

—Empezamos por vuestra casa y luego peinaremos todo el bosque de forma metódica y meticulosa.

Es decir, un equipo de búsqueda husmeando por la casa de forma metódica y meticulosa. A Charles le encantará. Veels asiente y sonríe como si pensara lo mismo.

—Madre y yo creemos que podría estar en la pista de arena —dice Isa.

—¿En el Arenal? —pregunta Veels rascándose la frente—. Pero si ahí no hay nada. Y, además, el autobús ya no pasa por allí.

—¿Crees que se ha ido en bus?

—Bueno, no podemos descartarlo. Aunque, en realidad, me parece poco probable. Ya he preguntado a la empresa de transporte urbano si alguien lo había visto en el autobús; este fin de semana había tres conductores de servicio, dos de ellos conocen a tu padre y están seguros de que no lo han visto. Pero el tercero todavía es un mocoso. ¿Cómo demonios es posible que, en un pueblo donde los de más de treinta saben quién es Tom Keller, nos haya tocado un conductor de bus de apenas veinte años?

—¿Y ese tercer conductor tampoco ha visto a un hombre con una prótesis de pierna?

—Esa ruta pasa por delante de la residencia de ancianos. Más bien le llamaría la atención si se subiera alguien que camine con normalidad. —Veels hace una breve pausa, y amarga el gesto—. Niña, cómo apestas.

—¿Puedes enviar a alguien al Arenal? He estado allí esta mañana, pero había mucha niebla.

—¿Qué llevas escrito en tu sudadera? ¿Ya vas con cuidado con quien andas en la ciudad? Me he enterado por las noticias de que ahora incluso ponen bombas. Terroristas de izquierdas.

Isa suspira.

—El Arenal.

—¿Qué crees que se le ha perdido allí?

—Antes de marcharse, estuvo leyendo artículos de periódico sobre su última carrera. Sobre el accidente.

—Yo lo presencié —declara Veels.

Resopla, vuelve a girar la cabeza y se queda un rato mirando a través del parabrisas.

—Vale —dice al fin—, enviaré a unos hombres hacia allí. Mientras tanto, nosotros buscaremos aquí.

El coche toma la carretera del bosque, la que lleva a casa de Isa; el arcén está acordonado con cinta roja y blanca. A lo largo de toda la carretera hay decenas de coches aparcados, como si cerca de ahí se celebrara un partido de fútbol o un desfile de tractores. Isa no se esperaba que la participación de la Policía fuera a ser tan evidente. Hay coches, cintas y sirenas. Esto está bien, de eso se trata, ahora todo saldrá bien. Sin embargo, Isa siente un calambre en el estómago cuando pasan delante de su casa. A pesar de ello, no puede evitar echarle un rápido vistazo al granero abierto para ver si detecta la furgoneta. Veels le hace una seña a la agente para que reduzca la velocidad, él también lanza una mirada al patio.

—¿Sharrel no está en casa? —pregunta y vuelve a esbozar una sonrisa.

A unos diez metros de la casa, el coche se detiene. Todos salen, Isa desliza la vista por la linde del bosque y ahora ve bien lo que antes no había notado debido a la niebla. Nunca hubiese imaginado que serían tantos. Decenas de agentes de policía, perros, antidisturbios y también voluntarios, repartidos por todo lo ancho del bosque. La cadena humana parece casi interminable. Un poco más allá, en el arcén, hay aparcada una unidad móvil de Radio Grandioos.

—¿De dónde sale toda esta gente?

—Bueno, ayer en la tienda comenté que Tom Keller había desaparecido, y al poco ya se presentaron los primeros voluntarios —contesta Veels soltando una risita de satisfacción—. Esta mañana ya tenía unos cien. Se ha convertido en una iniciativa ciudadana.

A Isa le escuecen los ojos y siente desaparecer poco a poco el calambre en el estómago. Se adentran en el bosque, dando grandes zancadas en la tierra blanda para alcanzar al equipo.

—Bien, vosotras buscad un lugar entre estos voluntarios, intentad moveros todo lo posible con la hilera de gente —decide Veels—. Naddy sabe cómo funciona.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Vuelvo al coche para enviar a alguien al Arenal como me has pedido.

Acto seguido, da media vuelta sin esperar respuesta.

—¿Señor Veels?

El policía se detiene.

—Esta mañana he cometido una estupidez.

—¡Dios!, ¿y ahora qué?

—Quería visitar a mi abuelo y cuando el portero no me dejó pasar, me cabr... me enfadé mucho con él.

Veels se echa a reír.

—¿Cuánto te enfadaste?

—Tanto que me temo que presente una denuncia por lesiones.

—¿Pero allí no hay una reja de separación?

—Tiré de él hasta que quedó atrapado entre los barrotes.

—Ah, ya veo. ¡Uf! —Veels suspira, pone los brazos en jarras, da la impresión de no tener ni idea de lo que debe hacer con esa información. Y luego se encoge de hombros—. Ya hablaré con ellos.

—Gracias.

Sin decir nada más, Veels sale disparado hacia la carretera del bosque, Isa se queda unos instantes donde está para comprobar si el policía se dirige de verdad hacia el coche, pero Veels no tarda en desaparecer tras la niebla, como si nunca hubiese estado allí. Ella espera y cuando oye cerrarse la portezuela de un coche, se da la vuelta. El equipo de búsqueda ya ha avanzado. Aunque Isa intenta alcanzarlo, el barro que succiona sus empapadas All Stars le impide caminar rápido. Cuando por fin consigue unirse a la hilera de gente,

no ve por ninguna parte a la mujer con el ojo de cristal. Entonces busca un lugar entre dos voluntarios. Llevan chalecos fluorescentes y grandes mochilas, con sus linternas iluminan el gran muro de niebla blanca, y no se fijan en ella.

El grupo trabaja en efecto metódicamente, la cadena humana avanza ondulante por el bosque, cada uno de los eslabones da un gran paso al frente de forma casi sincrónica, mira a la izquierda, a la derecha, abajo y luego da el siguiente paso. Los movimientos son tan repetitivos que los pensamientos de Isa se desvían hacia otros lugares, hacia sus estudios fracasados, hacia Erva, e incluso hacia Dex, tras lo cual, con un vago sentimiento de culpa, se obliga a mirar de forma más consciente a su alrededor: qué hay detrás de ese árbol, qué se esconde debajo de ese montón de hojas secas, qué es esa sombra de más allá. Sin embargo, no consigue mantener durante mucho tiempo tal grado de concentración. De vez en cuando se sobresalta por el crujido de un walkie-talkie, el ladrido de un perro policía o alguien que grita el nombre de su padre. Muy lejos, a veces muy cerca. Entonces, Isa alza la vista, esperanzada, en la dirección de la que procede el sonido, para luego volver a bajar la cabeza decepcionada cuando los sonidos se desvanecen en la niebla.

Así ve Isa pasar las horas como una ensoñación. Cuestas empinadas, raíces duras, charcos cenagosos, de tanto en tanto un claro con brezales. A unos metros de Isa hay un voluntario que le suena vagamente. El pelo grueso, el mentón prominente. El hombre mueve la linterna sobre la tierra forestal, sin perder de vista la luz: se esmera en lo que hace, por lo visto, él no divaga en absoluto. De hecho, aquí todos se esmeran, todos los que la rodean buscan con tal determinación y energía, que se diría que es lo más importante que han hecho nunca, como si buscaran a Jesucristo y no solo a su padre...

¿Ahora se cae?

Aunque ha visto el tocón, o al menos sus ojos lo han visto, su cerebro lo ha registrado demasiado tarde, y ella ha tropezado y sí, se cae, se da de bruces en el barro negro. Un diente se le clava en el labio. La lengua le sabe a sangre y tierra.

—Pero muchacha.

Alguien la agarra por debajo de las axilas y la ayuda a levantarse. Isa intenta quitarse el barro de la cara, del abrigo y del pantalón, pero solo consigue repartir más la porquería. Todo está frío y húmedo.

—Aquí hay que andarse con cuidado.

El hombre del mentón prominente abre la mochila, saca una toalla y se la ofrece. Preparado para cualquier eventualidad. Isa se seca la cara y el pantalón mojado.

—Gracias.

—Tonnie Töttink, encantado.

¡Por Dios, claro! El padre de Dayenne Töttink, aquella estúpida con la que tuvo bronca durante todo su periodo escolar.

—Isa. Isa Keller.

—Pero niña —exclama mirándola de repente consternado—. Ay, Dios, muchacha. Sí, ahora lo veo, los ojos.

Töttink es famoso en el pueblo, organiza las fiestas, es miembro del club de caza y de todo tipo de comisiones. Es el tipo de hombre al que se dirigen enseguida los demás hombres en las fiestas formando un ramillete a su alrededor, para no despegarse de él en toda la velada y solo desplazarse si él lo hace. Cualquiera diría que tiene cosas mejores que hacer en un día como hoy.

—Gracias. No tiene ni idea de lo que significa que nos ayude a buscar a mi padre.

—¡Pero qué dices, muchacha! Todo el que tiene un par de buenas piernas está hoy en este bosque —contesta él señalando la cadena humana—. Cuando nos enteramos de que Tom había desaparecido, nos presentamos enseguida, yo y mis camaradas del club de caza, y de hecho todos los que lo conocen de primaria. Bueno, y luego todos los que vieron volar a Tom por la pista. Incluso se nos ha unido un equipo de voluntarios completo con perros rastreadores

procedente de Duiven.

Isa traga saliva.

—Tu padre ha adquirido una condición casi mítica en estos lares.

—¿En serio?

Töttink asiente, Isa solo espera no haberlo preguntado en tono demasiado burlón. Vuelve a avergonzarse. Vergüenza por no saber, aunque sobre todo una vergüenza más profunda, no dirigida hacia el mundo exterior ni hacia sí misma, sino hacia su padre. Pobre padre.

—¿No tienes linterna?

—No estoy tan bien preparada.

—Ten, toma la mía. Yo me encargaré de encontrar una para mí.

—¿Está seguro?

—¡Pues claro, muchacha!

—Gracias.

—¿No ibas a la misma clase que mi hija Dayenne?

Isa querría que ese nombre evocara asociaciones más agradables que la de sufrir una emboscada en el parking de bicicletas o encontrarse una rata muerta en la capucha.

—Ahora trabaja en el supermercado Edah, es jefa del equipo de reponedores. ¡Es la que manda, sí señor! Le viene como anillo al dedo. Tú ya no vives aquí, ¿verdad?

—No, me fui a la ciudad a estudiar.

—¡Estudiar! Impresionante, oye, a descubrir mundo. Creo que eres una de las pocas en la clase que han abandonado el nido, ¿verdad? Antes, nadie se iba, todo el mundo se quedaba aquí. Impresionante, oye, muchacha.

Si ese hombre supiera cómo le van las cosas realmente.

—Dayenne está un poco más allá, buscando con un par de amigas.

—¿Dayenne Töttink está buscando a mi padre?

—¡Pues claro que sí! Muy cerca de aquí, si avanzamos quizá podamos unirnos a ellas.

—No hace falta.

—Ay, muchacha. Claro, ahora mismo tendrás otras cosas en la cabeza.

Y dicho esto la deja tranquila. Siguen avanzando, escuchan en silencio los sonidos de los pasos sobre la hojarasca mojada y la tierra empapada, y el ajetreo de los perros rastreadores que por lo que parece se adelantan cada vez más al equipo. Lenta, muy lentamente, se va disipando la niebla.

Horas más tarde, Isa se ha quedado sola. La repentina oscuridad la sorprendió, la rapidez con la que se acabó de pronto la tarde. Ni siquiera recuerda en qué momento perdió a los demás. Ahora es de noche y sobre el bosque se extiende un cielo frío, negro y sin estrellas. Incluso ha perdido la luna.

Ha sido una tarde extraña, Isa sigue sin saber qué sentir al respecto. A medida que pasaba el tiempo, Töttink se fue separando de ella educadamente y sumándose a los demás. Sin duda, el hombre se dio cuenta de que Isa no aguantaba una conversación con él, pero de alguna manera le habría gustado tenerlo cerca. Su amabilidad. Le parecía un buen padre.

A lo largo de la tarde, la cadena humana se fue soltando más y más, liberándose de las estrictas instrucciones de Veels y de sus meticulosos métodos. Se fueron formando grupitos, la gente paraba con mayor frecuencia para charlar un rato, e Isa también se fue encontrando cada vez más con antiguos vecinos, rostros amables que, al igual que Tonnie Töttink empezaban a resplandecer un poco cuando le hablaban de su padre. Las mujeres le confesaban que habían estado enamoradas de él. Muchísimas personas, en su

mayoría hombres, le aseguraron que desde el primer cross de su padre no volvieron a perderse nunca una carrera. Peter Menger, el reparador de bicicletas, le contó con orgullo cómo, a cambio de una liebre, su padre le había regalado su primer ciclomotor a Tommy (pues así lo llamaba, así lo llamaba la mayoría, incluso Tommyboy algunas veces, una familiaridad que nunca se le ha permitido a ella ni a ninguno de sus parientes). Y también le contaron historias sobre la familia de Isa por parte de madre, sobre el bar del abuelo Teeking donde crecieron su madre y su tía Annie, sobre el hombre (¿era Aloys? ¿Aloïs?) que se atragantó comiendo un bocadillo, los cristales empañados los domingos por la tarde, cuando el bar estaba lleno a rebosar de hombres que, con la lengua estropajosa, mantenían largos debates sobre las carreras de su padre. Y luego estaban los ancianos que Isa admiraba por atreverse a entrar en el bosque, unos hombrecillos encorvados que le contaban sonrientes cómo habían fundido hierro con su abuelo, cómo su bisabuela no se perdía ni una sola misa. De lo único que no hablaban era de sus dos tíos abuelos. Sin embargo, algo pasó aquella tarde en el bosque: tras décadas de sueño invernal parecía haberse despertado una memoria colectiva que, tras años de silencio y cuchicheos, ya no podía parar de presentar historias.

Aquella mezcla de alivio y melancolía con la que hablaban de él tenía algo de macabro, en realidad solo era comparable con una cosa: un funeral. A pesar de que nadie ha muerto, puesto que aún no es seguro, Isa se niega a creer eso. Tampoco le servía de gran cosa que todas las historias que le contaban esa tarde fueran tan antiguas, de hacía al menos veinte o treinta o cuarenta años, más recientes no eran, como si su padre no solo hubiese sido declarado muerto de repente, sino que además la fecha de su muerte se hubiese catapultado con efecto retroactivo hacia un pasado lejano, como si ya hubiese muerto antes de poder concebir a Isa. Además, Isa siente cierta duplicidad: ¿dónde han estado todas estas personas durante toda su vida? ¿Por qué su simpatía había sido siempre tan inalcanzable, por qué la excluían sus hijos, por qué ha vivido siempre con esa vergüenza, por su padre, por el resto de su familia? Y si luego lo encuentran, si resulta que han organizado todo el funeral móvil con sus compasivos elogios póstumos para nada, la nostalgia y las sonrisas afligidas, todo por una tormenta en un vaso de agua, ¿qué sucederá entonces? ¿Todo volverá a ser como

siempre, o padre se convertirá de repente en el héroe del pueblo? Esto último le parece casi surrealista.

Fueron todas estas reflexiones las causantes de que Isa se separara poco a poco de la cadena, cuando empezó a anochecer y las primeras personas interrumpieron la búsqueda para regresar a casa. Entonces, la noche cayó de repente, y antes de que Isa pudiera darse cuenta, el bosque se había vuelto oscuro como la boca de un lobo y ella solo podía ver lo que captaba la luz de su linterna. Poco después se percató de que ya no oía a nadie, que los demás habían abandonado la búsqueda, al menos por hoy. De alguna manera, los otros ya no tenían por qué seguir buscando a su padre, pues lo habían encontrado hoy tras décadas de inerte ausencia. Bobadas metafóricas que ahora mismo no le sirven de nada a nadie.

Ahora todo está oscuro. Isa no ve nada, tiene hambre, tirita de frío, pero debe seguir buscando, aunque solo sea para llenar sus pensamientos con algo que no sean las imágenes de su padre, de cómo podría estar en estos momentos, de su hambre, de su frío. ¡Dios, ojalá no se ponga a nevar!

Isa llega al final del bosque, en la débil luz de su linterna reconoce la orilla delante de sí, el agua quieta. Este trozo del río no le suena, los olores del agua y la fangosa orilla le parecen más salados, más podridos de lo que está acostumbrada. Por el rabillo del ojo ve algo flotando. ¿Qué puede ser? Padre de espaldas, tieso e indefenso, con la boca y los ojos azules abiertos, muy abiertos. Cuando lo ilumina con la linterna, ve que lo que flota es tan solo un trozo de madera.

El picor, el eterno picor. Isa tiene la boca seca, los ojos le escuecen a más no poder. Aprieta la linterna entre las piernas y busca en los bolsillos de su abrigo algo que fumar, lo que sea. Fijo que el folleto de la tienda de camisetas de Liset no sirve para hacer papel de fumar. Debe seguir buscando. En el fondo de sus bolsillos encuentra algunas migajas que no sabe si son de barro o hebras de tabaco o hachís. Se inclina hacia delante para colocar la mano bajo la luz de la linterna, pero no está estable, pierde el equilibrio y resbala. Fuera lo que fuera, ahora lo que ha encontrado está en la ciénaga. Por un momento considera la posibilidad de quedarse allí tumbada. Ahora le pica todo el cuerpo, tiene que parar. Irse a casa. Si supiera dónde está o cómo debe regresar: de día conoce como nadie el bosque y

todo su entorno, se lo sabe de memoria, los prados, los lugares donde el río corta el paisaje, pero ahora ya no se fía de sus sentidos. Es como si caminara en círculos, como si llevara ya dos días errando en algo que parece más una ilusión de Escher que la realidad tal como Isa siempre creyó conocerla.

Decide seguir bordeando el río, al menos el agua es algo claro. Tal vez encuentre un puente que la lleve al otro lado, más cerca de la civilización. En la escuela primaria siempre les advertían a ella y a sus compañeros de clase que no fueran nunca solos en la oscuridad a este lado del río, pues nunca se sabía con quién te podías topar. Unos consejos que nunca asustaban a Isa; sin pensarlo cruzaba cada día los prados y los caminos forestales en su bicicleta, ya fuera una oscura mañana de invierno o por la noche después de un entreno de fútbol. Los únicos con los que se topaba a veces eran Charles y Johan.

El río es aquí más estrecho de lo que está acostumbrada, pero aún demasiado ancho para cruzarlo. Sus zapatos siguen estando empapados, ya no siente los pies, los arrastra por el barro con la vitalidad de un zombi. Querría tener consigo su walkman, así no se vería obligada a poner canciones en su cabeza para pasar el rato. Bad Brains, Hüsker Dü, Pixies, Seein Red. A veces, un fragmento pasa rápidamente por su cabeza, pero se esfuma poco después y sus pensamientos se dispersan. El siguiente tema se titula: Sanseacabó, un-dos-tres-cuatro. La luz de su linterna es cada vez más débil y a ella le cuesta mantener los ojos abiertos. ¿Seguirá vivo padre? Por primera vez no está seg…

Allí hay una luz.

Sí. Lo ve de verdad, una lucecita, muy lejana y débil, Isa está segura de que allí hay algo encendido, una esperanzadora luz naranja que parpadea. Querría ir derecha hacia ella, pero no puede, está en la orilla equivocada y en este lugar el río gira hacia el otro lado.

Isa sigue bordeando el agua, acelera el paso, en la medida que se lo permiten sus pesados pies. Su respiración se hace más intensa, Isa se toca la frente con la palma de la mano: está fría y empapada. Un poco más lejos encuentra por fin un estrecho puente que conecta la linde del bosque con los prados al otro lado del río. Isa ilumina con

su débil linterna el camino delante de sus pies para no acabar en un trozo de alambre de espino o tropezar con una topera. La superficie del prado es irregular, y ella avanza paso tras paso hacia la luz parpadeante que parece estar flotando en la nada.

A pesar de sus precauciones, choca con algo, o ya ha sucedido, ya no lo sabe, el tiempo tropieza. Algo la ha detenido, una cuerda. Instintivamente, la palpa en lugar de iluminarla con su linterna, pero entonces siente una vibración recorrer su cuerpo, las puntas de los dedos le queman. Una valla electrificada. Isa se tumba boca abajo en el prado fangoso, pasa por debajo de la alambrada, con el vientre aún tembloroso por la descarga. Una vez al otro lado vuelve a incorporarse por enésima vez hoy. Se concentra en la luz que está a solo una decena de pasos de distancia.

Solo ahora ve de dónde viene: una caravana, un viejo carromato gitano en medio del prado. No sabe qué prefiere: que haya gente dentro o que esté abandonado para poder romper una ventana con tranquilidad.

Cuando se acerca, ve que en su interior hay cuatro siluetas fumando y bebiendo en torno a una mesita, están jugando a cartas mientras gesticulan. Ella conoce ese juego. Está demasiado cansada para acordarse del nombre. La pintura de la vieja madera se está desconchando por todas partes, el carromato se mece y cruje suavemente con los movimientos de las siluetas. Por lo que puede ver hay dos hombres y dos mujeres; en cualquier caso, la persona que está más cerca de la opaca ventana de plástico a través de la que mira es una mujer con grandes pendientes y unos gruesos rizos rojizos que llenan casi toda la ventana. Lleva un chándal morado. Isa está empapada de sudor. Siente picor. La figura enfrente de la mujer parece un hombre con una perilla y un rostro gris aún más flaco que el de Charles. Picor, picor y sed. Isa traga y respira hondo, y luego llama a la puerta. Nota su brazo muy pesado, por un instante pierde el equilibrio, sus nudillos golpean la ventana con más fuerza de lo que pretendía.

Dentro, todos se levantan de un salto, y la mesa está a punto de caerse, la mujer suelta un chillido asustado.

¡Tantísimo picor!

Sus piernas se reblandecen, Isa se apoya con ambas manos en el carromato e intenta llegar paso a paso hasta la puerta. Su cuerpo sigue tiritando, debido a la descarga eléctrica o debido a todo el día, a toda la semana. La puerta se abre de golpe. Está a punto de darle en plena cara, pero ella consigue esquivarla apartándose del carromato. Aun así, cae. Está demasiado inestable, sus piernas ya no logran sostenerla.

Sí, cae. Ha caído. Cayó. El tiempo...

Isa está tumbada de espaldas en la hierba mojada, de su boca se escapa una nube de aliento blanquecino. La oscuridad ya no es lisa, el cielo llora un poco.

Un hombretón sale corriendo o acaba de salir corriendo del carromato, la mira desde lo alto, detrás de él, la mujer con los rizos caoba. Isa puede ver sus caras antes de que se le cierren los ojos. Vuelve la oscuridad. De nuevo ese negro que todo lo engulle.

Lo último que siente son las lágrimas suaves y aterciopeladas que el cielo esparce sobre ella.

Ha empezado a nevar.

Segunda parte

la caída

A mí no me gusta hablar de esos ojos. Enseguida se me pone la carne de gallina.

Yo los he llamado ojos de pitbull, ojos de Bannink y ojos de Keller, pero existe un nombre para ese tipo de ojos: hipertelorismo, unos ojos muy separados y un tabique nasal ancho. Hiper-te-lo-ris-mo. No lo busques en una enciclopedia porque la imagen de dos manchas separadas se te quedará quemada en la retina y seguirá ahí, incandescente durante todo el día, sin que lo sepas, hasta que por la noche apagues la luz del dormitorio y te des cuenta de que la imagen sigue ahí abrasando tus iris como si te hubieses pasado todo el santo día mirando el sol. Son los únicos ojos que me dan miedo.

Miedo no es la palabra adecuada. ¿Qué se siente cuando se suma el miedo al asco?

Esos ojos me provocan miedasco. Desde el momento, muy temprano en esta vida terrenal, el momento en que los sentí clavarse en mi nuca en la penumbra del aula. ¿cómo te llamas?, me preguntó él. nena cómo te llamas, dímelo. Me volví. annie, respondí, ¿y tú? Y entonces vi aquellos ojos.

Hiperterrorismo.

Sharrel contestó. Yo ya había oído hablar de él. No debería haberme girado, eso lo comprendí ya entonces, tan pronto, y ahora es demasiado tarde, ahora mi cabeza se llena del zumbido de avispas cuando pienso en él. Siento como si mi cuerpo me hundiera en el barro, pesado como un bloque de cilindros, como si sus huesudas rodillas separaran las mías.

Le conté que me llamaba Annie, pues así me llamo. Me llamo Annie, y mi hermana Maureen y yo somos del Café Teeking y hace mucho, cuando aún creía que nos serviría de algo a las criaturas como nosotras, fui a la escuela, no por mucho tiempo, pero en cualquier caso más que él, Charles, el tiempo suficiente como para saber lo que significa hipertelorismo y que algunos sentimientos que salen de lo más profundo de tus entrañas no pueden describirse con palabras como miedo o asco.

Hiperjoputa.

Ojalá la tisis se le hubiese pegado a él y no a su madre, ojalá la tisis hubiese anidado en él y ojalá hubiese sido él quien se retorciese de dolor y vomitara sangre y no nuestro cura.

No me gusta hablar de mí. Y de él aún menos.

En fin, en fin, qué se le va a hacer, vamos allá: la caída. Ya no daré demasiados rodeos. El chico, Tom Keller cayó y, si bien es cierto que fue su accidente y su caída, también fue la caída de todos nosotros, de este pueblo entero, de nuestras dos familias, fue la profundísima caída de mi hermana pequeña, a la que desde su nacimiento consideraba como mi hija, y también fue mi caída.

Para empezar, el chico cumplió dieciocho años, por fin, todos lo estaban esperando. Algún borrego propuso que, llegado el momento, se añadiera una fiesta popular en el pueblo para celebrar el evento, cosa que casi sucedió, pero los miembros de más edad del ayuntamiento votaron en contra: tal vez porque sus mentes conservadoras no podían concebir un carnaval y una feria y una fiesta adicional en un año, o tal vez porque eran lo bastante viejos para recordar con exactitud por qué nadie de aquella familia se merecía una fiesta popular. Aun así, Tom cumplió dieciocho años y, aquel mismo día, la asociación nacional de motociclistas le concedió un número H que le permitió participar en la categoría junior del campeonato nacional de los Países Bajos. Se había acabado el club regional, ahora él contaba de verdad. Y por supuesto lo ganaba todo; los demás chicos de la categoría junior de dieciocho, diecinueve y veinte años se quedaban atónitos. Aquella misma temporada, Tom Keller obtuvo su licencia senior, y en poco tiempo todo se volvió más oficial, más grande y más serio.

Tom se convirtió en dominio público. A partir de su decimoctavo cumpleaños, nosotros nos atrevíamos a ir a verlo cada vez que empezaban los entrenamientos. Y cuando digo «nosotros» me refiero a todos salvo yo, pues desde la primera vez junto a la cinta de salida, ya no soportaba el zumbido en mi cabeza y prefería quedarme en nuestro cuarto y escuchar singles de los Rolling Stones

que sonaban de la gramola del piso de abajo, 19th Nervous Breakdown una y otra vez. En cada ocasión que Tom arrancaba su nueva Matchless 500cc y se oía el rugido salir del bosque, el bramido que incluso nosotros podíamos oír en el pueblo porque aquella bestia no llevaba silenciador en el tubo de escape y rabiaba como si estuviera herida y quisiera vengarse. Los del pueblo saltaban sobre sus bicicletas y pasaban al otro lado del brazo del río por el dique de Wolsink abalanzándose a las afueras, como moscas a la miel dirían algunos, incluido nuestro padre, y mi hermana querida cuando no tenía demasiado dolor de cabeza, lánguida como siempre. Incluso después de haber estado fuera medio año, después de haber tenido seis meses para aprender que en el mundo hay algo más aparte de este pueblo y este bosque y estas personas, incluso cuando volvió y fue a verlo, dieciséis tenía entonces y se fue, medio año, nos dejó a padre y a mí por primera vez solos, cosa que nos pareció terrible, pero por ella estábamos dispuestos a hacerlo todo (ay, hermanita, te queríamos dar el mundo entero). Y todos iban a ver cómo aquellos dos tíos agotaban al chico en el bosque hasta que se instalaba la oscuridad. Era todo lo que le quedaba: el motociclismo y aquellos dos verdugos. Y nosotros tampoco teníamos mucho más; ahora que el cura milagroso y su santa sangre ya no se encontraban físicamente entre nosotros, nos quedaba poca cosa más que hablar del chico y de su éxito, y nosotros (una vez más: no yo, pero sí nosotros) nos aferrábamos a ese éxito; lo aspirábamos hasta que nos salían ampollas en los labios, aunque tuviésemos que olvidar que su padre era responsable de haber arrebatado de nuestras vidas y a sangre fría al sacerdote de carne y hueso.

Dominio público. Aquellos dos estaban encantados con tanta atención. En el caso de Johan, era de esperar; en una noche que estuviese de buen humor, en el bar o en el puticlub y con suficiente cerveza, ese era capaz de pasarse una hora largándote un rollo para luego no volver a dirigirte una sola mirada. Sin embargo, incluso aquel canalla del que no quiero hablar más, no tenía el menor reparo en entablar una charla con alguno de los muchos espectadores sentados sobre esterillas en el montículo del bosque, aunque aquel demonio debió de haber sentido todo ese tiempo a flor de piel que la atención tendría que haber sido para él: todos los vítores, los titulares de periódico y los premios, para él y no para

ese chaval que le provocaba unos celos enfermizos. A pesar de ello y de lo mucho que le debía de hervir la sangre y el resquemor que debía de producirle esa idea constante, no parecía llevarlo demasiado mal.

A Johan no le hervía la sangre, Johan estaba totalmente entregado a su papel. Bastaba con formularle media pregunta para que empezara a soltar un sermón interminable sobre baches y huellas de neumáticos y que la ruta de cross no es una pista lisa como el asfalto. Con voz solemne y profunda (casi como la voz del hombre al que su hermano había lanzado contra el altar) sermoneaba a su congregación del montículo del bosque que hay que elegir la línea ideal con las mejores huellas y la mejor tracción y conducir esos cacharros pesados lo mejor posible por el circuito, pero claro que no es fácil superar un bache con semejante cohete sin darte un tremendo batacazo, para eso hay que entrenar y entrenar, y no es tan sencillo como saber que en las rectas tienes que reclinarte hacia atrás para que la rueda delantera se separe del suelo y supere con mayor facilidad los bultos y los hoyos, no basta con eso, no, no es tan sencillo como saber que debes tomar la curva de pie y después echarte hacia delante con la pierna estirada y que debes dejar que los neumáticos con tacos hagan el trabajo, no, unas veces has de tomar las curvas con muchas revoluciones y otras con pocas y otras tienes que dejar girar la rueda trasera y levantarte o todo lo contrario, sentarte, y el único que puede saberlo eres tú en esa moto, tú y tu cuerpo sabéis lo que tienes que hacer, nadie puede decírtelo, y solo los mejores pilotos como gertman y el león de dörkum y el coloso de hengel sienten a la perfección en su cuerpo lo que deben o no deben hacer y los demás no valen nada de nada. ese es el truco, así se distinguen los mejores. la postura, que tu cuerpo la sepa y tu moto la siga. y conseguir que la moto te escuche es difícil, es jodidamente difícil, me cago en la hostia, es el deporte más difícil que existe. en una ocasión vi al coloso acabar una carrera corriendo directamente sobre la llanta delantera después de haber destrozado el neumático. y luego las rampas, ¿verdad que es todo un espectáculo ver a esos tipos volando? pero ¿sabes lo jodidamente difícil que es hacer volar una moto? tú, sí tú, ven a sentir lo pesado que es un trasto de estos. tom ven, tom. tom pon la moto en el suelo y deja que ese tipo intente levantarla. sí de lujo tom. prueba ahora. ¿te das cuenta, tío? ¿te das cuenta? me cago en

la hostia ¿sí o no? ¿notas lo pesada que es así? pues imagina cómo será si encima está hundida en el barro, imagina que tú estás hundido en el barro. es el deporte más difícil que hay. e injusto. como corredor puedes hacerlo todo perfecto, las curvas, el apoyo, la moto bien agarrada entre las rodillas y aun así perder la carrera porque se te ha roto un cable de dos florines. cuando vas pegado a la rueda trasera de otro, la arena y el barro te saltan a la cara y entonces no ves una mierda, me cago en la hostia. tienes que seguir corriendo a ciegas y arriesgarte a estamparte contra un árbol. ¿qué debes hacer entonces? debes salpicar más al otro de lo que te salpica él. pero más que contra el resto, corres contra la pista, contra ti mismo. el deporte más difícil. solo competir en canadá es aún más difícil, allí corren a diez bajo cero sobre hielo, con clavos en los neumáticos, están tarados, y allí si te caes y te atropellan es como si te pasara una sierra de disco por encima. pero qué bonito es, me cago en la hostia. es como dijo hace poco steve mcqueen en esa película que el cross es la vida, ¿o era correr es la vida y todo lo que viene antes y después es esperar? me cago en la hostia, es todo lo que tenemos. Sí, a Johan le encantaba aquello. El otro buscaba menos la atención, contestaba de vez en cuando a una pregunta, y nada más, después se paseaba con un pitillo entre los labios, escudriñaba el público con la sangre que le hervía y los ojos hiperseparados de pitbull que abrasaban, solo para toparse contra un muro de rostros nerviosos que apartaba la vista. Escudriñaba y escudriñaba, y cuando aquellos malditos ojos por fin encontraban a mi hermana, él se le acercaba, sabe Dios por qué, quizá porque Maureentje era una de las pocas que no apartaba la vista, y la abordaba, nena, le decía, nena ¿ha venido tu hermana? ¿Por qué no apartaba la vista cuando lo tenía tan cerca? nena, ¿está tu hermana? Sin embargo, la respuesta era siempre que no. Yo no podía ni soportar la idea de estar allí. No señor, mi hermana no está.

La siguiente temporada, la primera en la categoría senior, Tom se encontró con resistencia por primera vez. No estaba acostumbrado a correr tras las huellas de rivales expertos, siempre se las había apañado sin los trucos sucios que sus tíos intentaban inculcarle desde hacía años, pero a este nivel le costaba situarse entre los

primeros y ya no pudo pasarse sin trucos sucios. Tom debía olvidarse del respeto que había acumulado en los últimos años por sus ídolos, debía desprenderse de él y dejar que se hundiera en el barro, y debía enfrentarse a esos ídolos como si, en lugar de respetarlos, los odiara. Por suerte, tenía dos fabulosos maestros del menosprecio; según algunos, eso fue tal vez lo más importante que podían enseñarle, esa falta radical de respeto, esa malvada y violenta idea de que cross ist krieg, el cross es una guerra. Con todo, aquellos dos solo necesitaron algunas semanas para aniquilar de raíz cualquier resto de respeto hasta dejar solo tierra humeante y, al cabo de unas cuantas semanas, Tom empezó a ganar carreras como senior. A mitad de temporada, ya se encontraba entre los primeros puestos de la clasificación y por primera vez ganaba importantes premios en metálico. Un dinero que, tras cada carrera, Johan iba a reclamar al comité de competición, antes de que la moto de Tom hubiera tenido tiempo de enfriarse, y que luego repartían injustamente a partes iguales entre tres.

Por un momento parecía que esos tres habían conseguido algo de verdad, uno casi olvidaría que sus tíos le habían hecho la vida imposible al chico durante los años que ahora quedaban muy atrás, años que, como el brazo muerto y enlodado de un río, habían desembocado en este nirvana de temporada. Casi se diría que formaban un verdadero equipo, esos tres, que habían aprendido a tratarse y habían encontrado cierta armonía con la que podían seguir durante décadas.

Décadas del nirvana, décadas de armonía. Tal vez habría sido posible. Y tal vez habría salido bien, tal vez habría sucedido justo así, si no hubiese aparecido de repente Quinton Cooper y no hubiese abordado a Tom.

Aquel hombre. Apareció de repente, se acercó a Tom en el cuartel general del motocross de Azen que el chico acababa de ganar, salió de la nube de arena como si él mismo estuviera formado por las partículas sueltas de la omnipresente nube de polvo, y ni siquiera se presentó. Así de arrogante era él y, si no era arrogancia, como mínimo era la firme convicción de que, en su caso, la fama y la reputación lo precedían y por consiguiente él no tenía que tender la mano a nadie, y llevaba mucha razón en su arrogancia, pues cuando

Tom vio salir del polvo y dirigirse hacia él a aquel rostro redondo y radiante, supo exactamente de quién se trataba (ya había oído hablar, había leído y soñado sobre esa cara redonda y radiante, en la época en que se había subido a la Norton de Johan en el cobertizo para caerse de ella, aquella época del sótano y de los caracoles; y más tarde, durante las carreras, incluso lo había visto junto a la línea de salida, con creciente frecuencia en los últimos meses) y Tom sabía muy bien lo que venía a preguntarle esa cara redonda y radiante con su babosa sonrisa y esas pedantes gafas de pasta, a Tom no le cabía la menor duda y en el caso del propio Tom no había ni pizca de arrogancia, convencido como estaba de que sus resultados hablaban por sí solos y, tal como habían profetizado sus dos santos impíos maestros, era solo cuestión de tiempo hasta que lo abordara un hombre como Quinton Cooper, ya fuera en forma de un mecánico o un patrocinador o un manager, era indudable que llegarían para darle asesoramiento disfrazado de pregunta: ¿no nos necesitas? Y allí en ese cuarto cuando aquel hombre apareció de repente y se acercó a él con la calma y la gracia de un redentor, allí en medio de aquel remolino de polvo, arena y dulce victoria, Tom respondería negativamente a la pregunta, Tom lo rechazaría sonriente, justo como lo habían, no ya profetizado, sino «ordenado» una y otra vez con mano dura en los años anteriores esos mismos dos maestros. Lo rechazó, al menos por lo pronto.

Quinton Cooper era británico, un perseverante de la vieja escuela, nacido mucho antes de la guerra en Birmingham donde había conocido el polvo desde niño, primero el polvo del barrio obrero arruinado en el que se crio hasta convertirse en un muchacho fornido y en el que callejeaba descalzo, donde sobrevivió entre el polvo y los escombros después de que las bombas alemanas arrasaran con todo el barrio, y más tarde el polvo de la fábrica donde se puso a trabajar, la Birmingham Small Arms Company, el fabricante de armas que empezó a producir cada vez menos armas y cada vez más motos y donde Quinton Cooper trepó y poco a poco se quitó de encima todo el polvo, pasó de ser un tonto forzudo y perseverante a convertirse primero en capataz y por último en representante internacional, cargo con el que, después de seguir cursos de idiomas, lo volvieron a mandar al polvo (ay, Génesis 3:19, pues polvo eres, y al polvo volverás) a las pistas de arena de Bélgica y Holanda, para formar un equipo bsa.

Un perseverante de la vieja escuela. Aquella tarde en el cuartel general, cuando Tom intentó despacharlo educadamente, Cooper se limitó a esbozar aquella sonrisa babosa, hizo como si no hubiese visto el precipitado sacudir de cabeza, como si el gesto se hubiese pulverizado antes de que pudiera alcanzar su retina. Siguió con sus cumplidos, sus pronósticos y sus promesas en su torpe neerlandés. Que nunca antes había visto a alguien sobrevolar la pista. Que Tom estaba en camino de ganar la copa Hans de Beaufort, el campeonato de Holanda y el Motocross des Nations y varios Grands Prix y tal vez incluso ser el primer holandés en ganar el campeonato del mundo de 500cc, siempre y cuando tuviera una moto mejor, sí, mucho mejor que la nueva Matchless con la que competía ahora. Que los estadounidenses, los escandinavos y los británicos tenían entrenadores profesionales y que, por consiguiente, llegaría un momento en el que se cansaría de sus entrenamientos improvisados en cobertizos, prados y bosques. Que las mujeres, o cómo las llamáis aquí, bueno, pues que las nenas se pirraban por los verdaderos campeones. Que un hombre como Quinton Cooper podía conseguirle condiciones mucho mejores si se convertía en el piloto de fábrica de bsa.

Tal como habían profetizado sus tíos. Y, no obstante, de alguna manera debía de parecerle irreal, como si se hubiese producido un milagro, puesto que Tom sabía como nadie que la probabilidad de convertirse en piloto de fábrica era para un holandés diez veces más pequeña que para un belga. Eso también debió de tenerlo en cuenta mientras Cooper lo manipulaba, mientras, semana tras semana, aparecía en los cuarteles generales de las pistas de arena donde Tom acababa de correr, siempre justo en un momento en que los otros dos se habían ausentado, para intentar persuadirlo con la perseverancia de la vieja escuela. Sin embargo, fue durante un entrenamiento, en casa, en el bosque delante de medio pueblo, cuando Tom acabó cediendo.

Sin duda, Cooper siguió el ruido, preguntó a unos y a otros hasta descubrir la zona donde los Keller entrenaban a diario y luego se orientó por el zumbido. Y de pronto volvió a aparecer, aquí en nuestro bosque, esta vez no solo como una alegre sorpresa para el chico, sino mucho más como una desagradable sorpresa para los dos tíos, a los que vimos volver la cabeza como dos perros

guardianes. Primero aquel demonio (del que no quiero hablar), cuando lo reconoció se precipitó hacia él, hasta estar intimidantemente cerca (¿por qué tenemos que volver a hablar de él?) y le ladró con aquella voz cortante que aquella era una reunión privada, y le pidió al elemento hostil que tuviera la amabilidad de irse al carajo cuanto antes. Cooper se quedó allí, erguido y sacando barriga, se limpió sonriendo las pesadas gafas, ni siquiera se tomó la molestia de explicar que una vuelta de cross en el bosque con, literalmente, medio pueblo como testigo no podía considerarse una reunión privada: de nuevo esa arrogancia, esa confianza inquebrantable, en esta ocasión, en el hecho de que precisamente la presencia como testigo de ese medio pueblo que contenía la respiración impediría que el canalla se pasara de la raya. Y sí, todos contenían la respiración, se habría podido oír caer una hoja otoñal en aquel bosque, pues todas las almas allí presentes sabían que dentro de unos segundos averiguarían si aquel extraño era tan estúpido e ingenuo como para intentar joder a un Keller o si los dos demonios de Keller por fin habían encontrado a un igual en aquel extraño.

Johan fue hacia ellos y también se colocó intimidantemente cerca de Cooper. Se sacó un paquete de tabaco del bolsillo, observó con parsimonia a Cooper mientras buscaba a tientas restos de tabaco entre las mondaduras de patata. Sus ojos no se apartaron ni un segundo de él. Johan esperó a haber pasado la lengua por el borde del papel de liar y haber encendido su cigarrillo, antes de dirigirle unas palabras al hombre. no necesitamos nada de ti.

Cooper sonrió. ¿es la opinión del boy o es vuestra opinión? Con su lenta lengua inglesa cada vocal neerlandesa sonaba en su boca como si catara vino. Sonaba raro, como de otro mundo, tan exótico que incluso Johan no supo enseguida qué contestarle. Cooper aprovechó el silencio para formular la segunda pregunta. y, ¿hace él ganar un poco?

Ahora fue Johan el que se rio; no acostumbrado a, por una vez, tener ventaja lingüística frente a otro. que si hace el boy ganar un poco, repitió. está a punto de ser oficialmente el mejor del país, ¿tú qué crees?

y vosotros repartís todo ese dinero entre los tres, ¿no?

eso no es asunto tuyo.

Los tres se volvieron, miraron al final de la pista forestal para ver cómo Tom tomaba la curva detrás del montículo con mucho estruendo. Cuando este se percató de quién estaba hablando con sus tíos, cambió de postura y, tras un breve titubeo, aceleró y se fue derecho hacia ellos hasta detener la moto derrapando justo delante de los tres. Tom se quitó el casco, se limpió el barro de la cara con la manga y lanzó una mirada interrogante a su tío Johan.

tom, dijo este, aquí tienes al famoso quin…

quinton cooper, lo interrumpió el inglés, ni siquiera para presentarse sino para poder decir lo que diría después de pronunciar su nombre, mientras pasaba delante de los dos ogros como si ya no existieran y se acercaba a Tom para darle una palmadita en el hombro. tom ya me conoce, fue lo que añadió. Las caras de aquellos dos revelaron tanta sorpresa como odio. tom, prosiguió Cooper, estaba hablando con tu tío sobre lo bien que vas. dice que dentro de poco serás declarado oficialmente el mejor del país. bueno, si me lo preguntas, ya lo eres. Luego se dirigió al público: y todo gracias a su propio esfuerzo, ¿verdad que sí, people? astonishing!

también es mérito nuestro, lo interrumpió Johan con su atronadora voz. Dio un paso adelante y se plantó entre su sobrino y el elemento hostil.

claro, claro. vosotros también tenéis un papel como… ¿entrenadores? ¿managers? aunque al final, el que hace todo el trabajo duro es tom.

el mérito es de los tres.

así que, volviendo a mi pregunta, puedo concluir que también repartís el dinero de los premios entre tres.

Johan se limitó a gruñir. También su hermano, que hasta entonces se había mantenido quieto, dio un paso adelante. Sus ojos separados casi le saltaban de las órbitas. ¿y qué pasa? ladró.

oh, nada, nada, contestó Cooper esbozando de nuevo aquella recalcitrante sonrisa babosa, solo que os lo habéis montado bien. good for you.

ese chico recibe además comida y alojamiento, en casa no tiene que hacer nada ni pagar un céntimo, alegó Johan entonces.

muchísimo good for you. y luego, of course, además del premio en metálico está también la prima de participación, dijo Cooper.

venga ya, gritó Johan. Su voz de trueno le confería siempre una autoridad natural, pero ahora se detectaba en ella cierta vacilación.

¿de qué está hablando, jo?, preguntó su hermano. Miró a Johan, luego a Tom para descubrir si él entendía algo de eso, y después de nuevo a su mentor.

sí, tío, ¿de qué estoy hablando?, dijo Cooper. me he enterado de que les das clases magistrales a la gente de aquí, seguro que querrás explicarles lo que es la prima de participación, ¿verdad que sí?

Johan debió de olvidar por un instante cuántas personas estaban escuchando la conversación, pues en cuanto Cooper le señaló a los allí congregados, cambió de actitud, se volvió hacia el público en el montículo y decidió seguirle el juego, aunque solo fuera para no arruinar de un porrazo la nueva imagen que se había creado. la prima de participación, empezó a decir, es una remuneración que se promete a los mejores pilotos antes de que se inicie la carrera, solo por presentarse, porque el comité de competición sabe que ese corredor atraerá público.

Cooper aplaudió. well put, tío. y tu hermano, shauwrls ¿no era así? Sí, así lo pronunció de verdad. por desgracia, shauwrls aquí presente nunca ha recibido ese dinero, ¡ni siquiera sabía que existía! Al decirlo, le dio una amistosa palmada en la espalda al hiperterrorista, lo que entrañaba, claro está, un enorme riesgo. El hijo de puta apartó enseguida al inglés de un empujón e hizo amago de sacarse algo del bolsillo. Sin duda, sería una navaja. Johan se lo impidió, de pronto consciente del público que miraba. Cooper permaneció impasible.

Cuando su hermano pequeño se hubo calmado, Johan volvió a dirigirse a Cooper. eso no dice nada, sostuvo en su defensa, ese dinero solo se da en la competición senior, pero la federación siempre ha impedido a sharrel conseguir una licencia. ¿crees que en

las carreras regionales tienen dinero para repartir pagos iniciales?

vale, respondió Cooper. Pero el boy sí tiene una licencia.

no recibe ninguna prima de participación, dijo Johan en tono desabrido.

¿qué pasa, no es lo bastante bueno? porque tú mismo has dicho que el mejor del país será.

es el mejor del país.

¿se debe quizá al acompañamiento que le ofrecéis?

ahora tienes que cerrar el pico.

¿puede que os sea útil? He asesorado a otros chicos que tienen unos años más que él y que ganan montones de dinero.

ya te he dicho que cierres el pico, gritó Johan soltando un gallo y mirando al inglés como si quisiera hacerle algo; no obstante, en esta ocasión fue su hermano menor el que lo retuvo.

tranqui jo, dijo el canalla mientras sostenía a Johan con los dos brazos. tengo curiosidad por oír lo que quiere decirnos ese hombre.

ese hombre no puede hacer nada por nosotros, gruñó Johan soltándose de las manos de su hermano.

solo quiero ayudaros, dijo Quinton Cooper con calma.

ya lo hacemos nosotros, no nos falta de nada, contestó Johan.

pero esa prima de participación...

bah qué pesado con lo de la prima de participación. La voz de Johan volvió a sonar estridente. tom es el mejor de todos y eso es gracias a nosotros y ganamos montones de dinero y tú no puedes mejorarlo en absoluto. y ahora vete al infierno.

¿conque sí?, dijo Cooper riéndose.

¿a qué te refieres, jo?, preguntó su hermano.

¿el chico recibe una prima de participación?, preguntó Cooper ampulosamente.

he dicho que te largues.

¿recibe el chico una prima de participación?

¡pues claro que recibe una prima de participación!, gritó Johan.

El grito resonó por el bosque, nadie se atrevió a hacer ruido.

es el mejor de todos, siguió diciendo, ahora en voz ahogada. gracias a nosotros, gracias a nosotros y a nadie más.

Se acercó a su hermano, pero este retrocedió. Los ojos de pitbull más grandes que grandes. No le hizo falta añadir maldito cretino ni maldito hijo de puta ni ninguna de las lindezas que solían decirse, pues para un determinado tipo de traición no hay insultos que valgan.

y luego cabría preguntarse, añadió Cooper de nuevo en tono ampuloso, esta vez dirigiéndose sobre todo a Tom, por qué no lo habéis repartido entre tres.

Y así, como años antes, se encontraban en un impasse en ese bosque, el chico y sus dos tíos, se miraban en silencio como si todos los espectadores y el elemento hostil no existieran, el mayor aún jadeando por su arrebato, el mediano jadeando de cólera y el más joven en cambio nada de nada, tranquilo, en absoluto sorprendido de que sus tíos lo hubiesen perjudicado de esta nueva manera.

bien, dijo Cooper después de un largo silencio, os lo voy a poner fácil.

Los tres volvieron la vista de golpe como si se despertaran de un sueño. Y lo que hizo entonces Cooper circuló durante semanas por el pueblo, cuando llegó con ese cheque como si fuera el mismísimo Coronel Tom Parker, se sacó un cheque de dos mil o cinco mil o, según algunos, incluso diez mil florines del bolsillo y lo metió en el guante lleno de barro de Tom, y le explicó que ya debería haber tenido mucho antes esos dos mil o cinco mil o diez mil florines, puesto que, de hecho, esos dos mil o cinco mil o diez mil florines habrían sido suyos desde el principio, si no hubiese tenido que

dividir siempre la suma entre tres y si su tío no le hubiese afanado la prima de participación.

Tom aceptó el papel, lo miró en silencio y luego se limitó a asentir. De este modo se cerró el trato.

Johan encorvó los hombros. No había nada más que él pudiera hacer aparte de irse derrotado a casa, derrotado ante la vista de todos los que lo quisieron ver. Su hermano menor no fue a ninguna parte, ese se quedó jadeando, encolerizado y decepcionado junto al montículo, se quedó hasta que los últimos vecinos se hubieron marchado a casa.

Justo así me lo explicó mi hermana, la misma noche, pues ella al igual que yo siempre quería contarlo todo, aunque no le gustaba hablar. A pesar de ello me dijo que quienes lo vieron todo apenas comprendieron nada, pues la escena atentaba contra todo lo que creían saber todos aquellos años sobre los Keller, miraban al pesado y derrotado hermano mayor y luego al nervudo y terrible demonio, aquel hiperterrorista desactivado, y no decían nada, solo sentían que lo que flotaba en el aire y caía encima de ellos como polvo fino: la idea de que quien divide, vence, incluso la idea de que podía ser cierto que los perros ladradores fueran poco mordedores.

Eso queríamos creer.

Y Tom se fue con Quinton Cooper. Lo dejó todo tras de sí.

Por fin tenía el viento a favor y ese viento lo llevó por toda Holanda y poco después por toda Europa. Era como si se rompiera una maldición, como la última frase del padrenuestro. Tom era el primero en mucho tiempo que dejaba este lugar, no para colaborar con los alemanes como su abuelo, sino por motivos que todos nosotros apoyábamos. Y mientras nosotros, los que quedábamos atrás, nos preguntábamos qué maldición se había roto y quién había sido liberado de quién, si los que habían vivido en aquella granja en los últimos siglos eran una estirpe de verdugos o bien de víctimas, el más joven de ellos hacía realidad los sueños más grandes por todo el continente.

Quinientos centímetros cúbicos, todos los días 500cc de potencia bruta y rugiente bien apretada entre las piernas. Tom participó en la grandiosa ciudadela de Namur y estuvo a punto de batir al imbatible belga que en aquel momento se encontraba en la cima de la clasificación para la copa del mundo y que en esa ciudadela se sentía como en casa. En Holice v Čechách en Checoslovaquia, él y ese mismo belga libraron una batalla que nadie olvidaría nunca más; en Italia, en el circuito de Ímola, fue Tom quien cruzó primero la línea de meta.

En la pista, ya no le estorbaba el respeto, él combatía contra todos: italianos, americanos, suecos y sobre todo belgas; Tom luchaba con ellos en el polvo, detrás, al lado y por delante. Aunque no se hiciera siempre con el primer puesto, en las portadas de los periódicos locales aparecía cada vez una foto del fenómeno Tom Keller, saltando sobre rampas e inclinándose intrépido en las curvas cerradas, famoso por su estilo fluido, allí donde corriera y fuera cual fuera su posición final. Mil florines de prima ya solo por participar, por honrar con su presencia a las decenas de miles de espectadores que mordían el polvo. Y a eso había que sumar a menudo el premio en metálico.

Europa también entró en nuestro dormitorio, de repente, todas esas lenguas y letras extranjeras colgaban de nuestras paredes. Periódicos de Yugoslavia, Grecia, Turquía, algunos más difíciles de comprender que otros, pero mi hermana pequeña los coleccionaba todos, y sin excepción marcaba un círculo alrededor del nombre de Tom y del nombre de nuestro pueblo natal. No importaba en qué escritura, ella siempre conseguía descifrar los dos nombres. Los artículos de prensa sobre Tom Keller eran una constante, nuestra única seguridad en un mundo cambiante. En Arnhem abrieron la Mildredhuis, la primera clínica abortista de Holanda. En fin, en fin, qué se le va a hacer. Al soldado Rinus Wehrmann le cayeron dos años de cárcel por negarse a cortarse las greñas, y después de las protestas ya no tuvo que ir a la cárcel, y luego de pronto nadie que hiciera la mili tenía por qué cortarse las greñas. Hoy en día, la guerra se puede ver en directo por la tele. En Enspijk tomaron como rehenes a una familia por primera vez en este país. El lechero cambió su carro por una camioneta. Ya no teníamos petróleo y los domingos no podíamos usar el coche (pero el cross siguió). Cuando

sí podíamos ir en coche, de buenas a primeras nos tuvimos que poner el cinturón de seguridad. Unos terroristas perpetraron atentados con bomba contra la Gasunie de Ravenstein, el Evoluon de Eindhoven, varias filiales de Philips y contra un Holiday Inn en Utrecht. Unos jóvenes molucos frustrados secuestraron a embajadores (una vez les salió mal porque el embajador no estaba en casa), catorce de ellos intentaron secuestrar a la reina Juliana (la Policía lo impidió y además la reina estaba de vacaciones en Italia), ocuparon durante dos semanas el consulado de Indonesia en Ámsterdam y secuestraron un tren. Y todo eso sucedió solo en Holanda; las únicas noticias del extranjero que nos llegaban eran siempre sobre nuestro joven vecino.

Tom Keller se pasaba ocho meses al año fuera de casa, ocho meses casi ininterrumpidos. Cuando por fin volvía a estar en los alrededores, visitaba a Frank en la cárcel o retocaba en silencio sus motos privadas. Recortaba los neumáticos para aumentar el agarre. Hacía de todo para aligerar la moto. Luego llamaba a Inglaterra para poner al corriente de sus descubrimientos a los mecánicos quienes, a su vez, los introducían en el nuevo modelo de fábrica que estaría listo al inicio de la siguiente temporada. Cuando estaba en casa, Johan pasaba de vez en cuando para echarle una mano en el cobertizo, más callado que nunca, ahora más como criado que como mentor; un papel invertido que él aceptaba a regañadientes dado que sabía muy bien lo afortunado que era de que Tom, a pesar de todo el resentimiento, le dejara contribuir ese poco a su éxito. Era un nuevo capítulo en la relación entre ambos, para muchos de nosotros el capítulo favorito cuando pensamos en Johan y Tom Keller juntos, trabajando juntos en silencio, los dos tan humildes como debe ser una persona en esta vida terrenal.

En cambio, el otro desapareció por completo. ¡Cuánto nos alegramos de no verle el pelo durante años a aquel esqueleto huesudo! Al parecer, se había largado con los prusianos (como su padre), con los prusianos con los que comerciaba, estafaba y traficaba. Aunque, para ser sincera, debo añadir que nadie sabe con exactitud qué demonios hacía allí, los rumores variaban desde que traficaba con animales exóticos hasta que vendía heroína o que vendía armas a Ulrike Meinhof para la Fracción del Ejército Rojo.

En lo que respecta a Tom: en cuanto empezaba la temporada, se dejaba conducir tranquilamente por un chófer hasta las grandes pistas de Europa, ya no viajaba en un camión lleno de recambios, kilos de herramientas y dos motos de cross, sino solo con una maleta, con algunas mudas. Cooper y su fábrica se encargaban de todo lo demás. Y se veía la diferencia, se veía que Tom ahora podía permitirse el lujo de aparecer en la línea de salida, descansado y sin quebraderos de cabeza (¡oh!, ¡cuánto deseábamos todos poder permitirnos el lujo de vivir como él!), porque incluso ganó sus primeros Grand Prix. Había encontrado su sitio, había hecho buenos amigos en su equipo bsa, aunque de hecho se llevaba bien con todos sus rivales. Enemigos en las pistas, camaradas en el cuartel.

La primera vez que Tom voló a California para correr en el circuito de Carlsbad supuso para nosotros todo un hito. Él debió de soñar mucho antes con las insaciables praderas y estepas con sus raíces centenarias que llegan hasta el agua subterránea y a las que llaman respetuosamente las Grandes Llanuras. Debió de imaginarse mucho antes las explanadas de arena del desierto de Mojave (más amplias de lo que nadie puede imaginarse), el atardecer en parques increíbles como Death Valley y Joshua Tree, el parque de Yosemite y sus árboles con un diámetro superior a cuatro neumáticos de tractor, los restaurantes de carretera con hash browns y panecillos de pastrami más peligrosos que la carrera de motocross a la que se dirigía, las bestias salvajes que no existen aquí: osos grizzli, caribús y coyotes. Y cuando por fin pisó la tierra mítica, todos pudimos seguirlo en el televisor en blanco y negro del bar, nos mandábamos callar cuando Tom Keller era entrevistado por un reportero y él, como cabía esperar de Tom Keller, dejaba que hablara el reportero. Asentía un poco y sonreía a la cámara.

A los americanos les gustaba su timidez, les parecía cautivadora, encantadora, auténtica. Sin embargo, por muy tímido que fuera, se veía que Tom estaba a gusto allí, en California, no solo la primera vez sino todas las veces que regresó en los años siguientes, lejos del lluvioso país natal que siempre le había parecido demasiado frío; se veía que le gustaba el cálido sol, las anchas playas doradas del Pacífico, las mujeres con sus bañadores demasiado pequeños. Las fotos de los periódicos mostraban cada vez menos a un Tom Keller volando en el circuito y cada vez más a un Tom Keller sonriente que

lucía su torso desnudo en el cuartel general, con una botella de cerveza en la mano izquierda, un cigarro caro en la derecha y una rubia sobre la rodilla. Las cámaras no se hartaban del joven y de sus ojos azul mar, y esas son las únicas fotos de Tom que mi hermana nunca ha colgado de la pared del dormitorio. Y no hacía falta buscar mucho en esas fotos para descubrir a Quinton Cooper, el pálido británico con su amplia sonrisa y sus gafas pedantes, a menudo flanqueado por dos rubias.

A Tom, tanta americanada debió de distraerlo, pues en California perdía carrera tras carrera; por mucho que luchara, el título del King of Carlsbad siempre se lo llevaba otro. Aunque eso no mermó en absoluto su popularidad.

Todas las promesas de Quinton Cooper se habían hecho realidad, salvo la más importante: el campeonato del mundo de 500cc. A pesar de todo su talento, en la escena mundial, Tom ni siquiera había logrado clasificarse entre los tres primeros, y todo por culpa de Carlsbad. Si Tom conseguía dominar Carlsbad no solo mejoraría su clasificación, sino que además le daría suficiente confianza como para acabar en cabeza en los otros importantes Grands Prix de la temporada y así ganar toda la competición. Sin embargo, Carlsbad siempre hacía mella en él: una y otra vez, durante la segunda mitad de la temporada, es decir, en las competiciones que se celebraban después de California, Tom corría muy mal incluso en pistas que había superado con facilidad cuando las había atacado en la primera mitad de la temporada. Así que, en los meses previos a su cuarto viaje a California, Tom alargó sus jornadas de entrenamiento, trabajó con sus preparadores de bsa para mejorar su técnica, porque había comprendido que en Carlsbad era más importante la habilidad que la velocidad.

Aquella temporada empezó siendo de fábula. Tom ganó las carreras en la localidad austriaca de Sittendorf bei Wien, en la francesa de Plomion (¡ay, qué agotador resultaba oír aquella lengua acalorada a través del megáfono!) y en la italiana de Esanatoglia: todos ellos pueblos que eran más pequeños que el nuestro, pero así era ese deporte; les daba grandeza a los pueblos pequeños. En Checoslovaquia, Tom perdió ante un belga, pero en Dinamarca

enmendó el agravio. Y en uno de los cuarteles generales de aquellos países debió de recibir la carta, la invitación que haría que la temporada discurriera de forma muy distinta a lo que él esperaba, que se encargaría de que no llegara nunca a California.

La carta se la habíamos enviado nosotros. O al menos, por enésima vez: yo no, sino el resto, la comunidad. Ni siquiera sé con exactitud a quién se le ocurrió, quién lo organizó, no sé si fue la iglesia, el ayuntamiento o si la idea salió de una mente fértil individual, pero fue la comunidad la que después la hizo prosperar como si se tratara de su cultivo más valioso y fue toda la comunidad la que hizo florecer el valioso cultivo.

Nuestra iglesia no pasaba por un buen momento, y cuando digo nuestra iglesia me refiero por supuesto a la iglesia católica de nuestro pueblo, no a la otra, y cuando digo nuestra iglesia me refiero por supuesto a la comunidad de esa iglesia católica y no a la gran iglesia católica de la plaza; esa se mantuvo en su sitio y seguirá estando en su sitio hasta el día en que el cuarto jinete llegue sobre su caballo bayo y ordene a sus bestias salvajes que devoren nuestro pueblo. Lo que quiero decir es que, desde que el padre Lubbelink no se encontraba entre nosotros, agotábamos un cura tras otro. Ninguno de ellos consiguió cautivarnos como estábamos acostumbrados antes. Los feligreses de otras parroquias ya ni siquiera venían, preferían volver a su propia misa, e incluso los feligreses de nuestro pueblo salían cada vez más los domingos para ver si la homilía a unos cuantos kilómetros les gustaba más. De esta manera, nuestra comunidad empezó a desmoronarse poco a poco. Bien es cierto que sucedió ante nuestros ojos, pero nosotros no queríamos verlo. Al final, después de años de decadencia, fue necesaria una señal del obispado para que los volviésemos a abrir, para despertarnos de un sobresalto colectivo, a saber: la señal de que se unirían las comunidades, que los dos pueblos podían apañárselas con una sola iglesia.

La amenaza del cierre de la iglesia fue la gota que colmó el vaso. Y repito: no sé de quién fue la idea de organizar un cross benéfico para el mantenimiento de nuestro templo, pero cuando llegó obtuvo el respaldo de todo un pueblo. Y así pues, le pedimos a Tom Keller que aceptara ser nuestro invitado de honor y corriera una vez más

en el Arenal justo antes de partir hacia Carlsbad. Por lo visto, el chico no lo dudó ni un segundo, su rotundo «sí» nos llegó apenas dos días más tarde por telegrama. Y por supuesto, Quinton Cooper puso reparos, intentó hacerle cambiar de idea, no sabía por qué Tom iba a hacer algo tan innecesario sin remuneración, justo antes de un viaje importante, pero por supuesto nosotros sabíamos muy bien por qué Tom consideraba que debía hacer algo así por nuestra iglesia, por qué quería enmendar algo en nombre de su familia, eso despejó el último resquicio de duda que teníamos: la maldición se ha roto, el tormento se ha acabado. Aquí ha nacido un chico bueno.

Ojalá Tom le hubiese hecho caso a Quinton Cooper.

El cross para la iglesia tuvo lugar en verano, el día más caluroso de julio. El sol abrasador lo despojaba todo de su vaga bruma y presentaba los olores tal como eran, acres y penetrantes: el heno seco, el aceite para motores, el tabaco de picadura, la cerveza rancia. Solo el puesto de fritos de Harrie Garink propagaba vapores grasientos que cubrían toda la acritud de lo que se hallaba cerca con un agradable olor de salsa caliente, y aquel día, Harrie hizo su agosto.

El público llegó temprano al Arenal, antes incluso que algunos de los corredores, y miró con tanto interés como impaciencia cómo los volquetes de la fábrica Siltings traían arena fresca y cómo los voluntarios trazaban la línea lateral, comprobaban la cinta elástica y ponían a punto la pista con tractores, palas y rastrillos. Mientras tanto, el cuartel general se fue llenando poco a poco, principalmente con corredores de la región, aunque también con algunos motoristas procedentes de otros rincones del país e incluso con unas cuantas celebridades belgas, alemanas y francesas que Tom había citado para añadirle emoción al evento. Qué chico tan bueno, suspirábamos colectivamente. Algunas de las celebridades empezaron a practicar sobre la arena recién preparada, querían conocer la pista para reducir al máximo la desventaja que tenían frente a Tom Keller. Remunerada o no, al fin y al cabo, seguía siendo una carrera.

Sin embargo, todas estas cuestiones se convirtieron en un murmullo

de fondo cuando el locutor anunció que el chico había llegado al Arenal. La gente señalaba en dirección al cuartel general, todos se esforzaban por localizarlo entre las decenas de corredores que se preparaban para una carrera especial. Él había venido solo, sin Cooper y sin su equipo de mecánicos y su material de lujo, era simplemente Tom Keller sobre su propia moto que había sacado del cobertizo con ayuda de su tío, listo para una bonita tarde de domingo. Y todos estaban allí: mi hermana, cómo no, nuestro padre, así como Menger sénior y su hijo Peter, el doctor Stethinck, los compañeros de Frank de la fundición, el viejo criador de pollos, Eggink, Lien y Gartie de la asociación de ganaderos, Tonnie Töttink, John Veels —recién salido de la escuela de policía— y Johan Keller, el único de aquella familia que había venido para ver a Tom, ya que, por supuesto, el canalla del que no hablamos no se dejó ver, a pesar de que ya había abandonado su aventura alemana y volvía a trapichear en la región, él no estaba presente, el rencor era demasiado profundo.

Y yo, yo tampoco estaba. Miedasco. Mi cabeza no podía soportarlo. Sigue sin poder soportarlo.

Esta es la última vez que hablo de aquel día.

En la salida, con todas aquellas bestias rugientes sin silenciadores, parecía que se hubiese declarado por tercera vez una guerra mundial en un siglo y, debido al calor extremo, el estruendo parecía más intenso que nunca. El zumbido de decenas de motos junto a la cinta elástica, con sus grandes números de salida ovalados que temblaban a causa de los caballos de fuerza y las expectativas.

No fue una carrera bonita. Fue caótica, todos allí apiñados, y un montón de banderas amarillas. En la primera manga, Tom ya cayó, aunque no fue la caída de la que siempre se habla. Debido a un fallo de dirección en la curva, se dio un batacazo que asustó a todo el mundo —más que nada por lo imprevisible que resultaba, no estábamos acostumbrados a verlo correr en un día malo, ni siquiera sabíamos que podía sucederle algo así—, a pesar del golpe, él se levantó rápido, volvió a poner en marcha el motor y antes de que nos diésemos cuenta ya se había puesto en cabeza pese al contratiempo. Ganó la primera manga con una gran ventaja, el público coreaba su nombre, incluso el locutor se unía a los demás

con voz quebrada.

Durante el descanso, los voluntarios regaron la pista y dirigieron sus mangueras al público para aplacar el calor del sol. Los laterales estaban repletos de gente, es un milagro que nadie se desplomara por el calor. Sin embargo, tanto la iglesia como Harrie Garink podían considerarse bendecidos con una asistencia tan abrumadora.

Tom aparcó la moto en el cuartel general y se dirigió a la tienda vip para que lo entrevistaran diversas emisoras de radio y televisión. Radio Grandioos fue la primera en tener el honor de hablar con él, y solo después le tocó el turno al telediario de la cadena estatal, el nos Journaal, qué chico tan bueno, suspiraban de nuevo. Pero ese fue el error, por supuesto tendría que haberse quedado en el cuartel general, debería haberse concentrado, más aún después de la extraña caída que había sufrido en la primera manga, debería de haberse preguntado por qué no estaba tan agudo como otras veces. O quizá debería haber convencido a Cooper para que lo acompañara, o al menos un mecánico, alguien. Alguien que examinara la maldita moto.

Al inicio de la segunda manga, no quedaba ni rastro de la falta de agudeza de Tom: salió volando, en un determinado momento incluso adelantó a corredores que iban una ronda por detrás de él. No obstante, en algún momento de la cuarta ronda de esa segunda manga, debió de empezar a perder aceite.

El indicador de nivel y el sello de aceite, dos elementos de los que se hablaría durante semanas. El indicador de nivel se había soltado debido a las vibraciones y el sello de aceite había salido despedido, tal vez durante uno de sus saltos, tal vez debido a la anterior caída o a la presión en el bloque a gran velocidad.

Ni el sello ni el indicador se lo podían contar, los dos elementos que luego suscitaron mucho debate, qué fue lo que falló y cuándo, lo grande y lo cruel que podía ser la casualidad, como si alguien pudiera hacer algo al respecto con efecto retroactivo, pero todos los debates acababan siempre en la misma conclusión sin salida: cuando se encontraba en la última curva de la última ronda perdió la última gota de aceite y su moto se quedó bloqueada de golpe, de repente, sobre aquel páramo desigual, en aquella última curva de

tierra ingrata donde nada podía crecer, Tom Keller dio una terrible vuelta de campana por última vez en su vida.

El zumbido se vuelve insoportable cuando pienso en ello. Pesado como un bloque de cilindros. Respiraciones audibles a lo largo de la línea, el público asustado, una rueda que no quería parar de girar y un chico que estaba maldito desde niño, del que nadie se atrevía a decir si aún vivía. El buen chico.

Fue poco después cuando empecé a rezar.

Que todo hubiese sucedido de otra manera. Que, a fuerza de repetir y repetir esta historia, pudiera cambiar el destino en algún momento.

Que nunca se hubiese caído.

Que no se hubiese llevado a mi hermana.

4 de enero

Debería sentirse aliviada.

Después de todo lo que ha sucedido esta semana —después de arrastrarse inútilmente por el cenagal—, ahora debería sentirse mejor de lo que se siente. Tal vez una catarsis sea pedir demasiado, pero Isa esperaba al menos que esa sensación de pesadez en el estómago se disolviera cuando por fin llegara la noticia, que tendría la amabilidad de ceder el paso a una emoción más adecuada: el alivio. Que podría dejar de preocuparse, que la búsqueda había acabado.

Porque lo han encontrado.

Eso es lo que le ha comunicado la mujer de los rizos rojizos cuando la ha despertado esta mañana en el carromato. La habían tendido sobre el sofá cama después de encontrarla semiinconsciente, le habían quitado los zapatos y la ropa asquerosa y la habían arropado y dejado dormir toda la noche. Lo han encontrado, y no ha sido gracias a Isa.

La mujer, que resulta llamarse Lien, había oído la noticia en Radio Grandioos mientras lavaba la ropa de Isa en la cocina de su granja, a menos de doscientos metros de distancia del prado donde se encuentra el carromato en el que ella y su marido Gartie, y la hermana y el cuñado de Gartie, pasan los miércoles por la noche jugando a las cartas y bebiendo cerveza Warsteiner. El paquete de detergente se le cayó al suelo cuando oyó el apellido del hombre encontrado y comprendió que coincidía con el nombre que figuraba en el carné de identidad de la misteriosa joven que dormía en su sofá cama. Entonces se puso las botas de agua y echó a correr de vuelta al carromato por la nieve, llevando tan solo un camisón y aquellas botas.

Lo han encontrado, sin la intervención de su hija. Apenas vivo, pero vivo. Anoche, aun antes de que los copos empezaran a caer del cielo, lo trasladaron de urgencia al hospital de Sint Jozef, donde ahora esperan a que se recupere. Isa y su madre lo habrían sabido de inmediato si alguna de las dos hubiese estado en casa en ese momento.

Por supuesto, es una noticia maravillosa. Claro que es una noticia maravillosa.

Una gruesa capa de nieve cubre el aparcamiento del Sint Jozef, ocultando las líneas que delimitan las plazas, la gente ha aparcado al buen tuntún: deprisa y corriendo. Todos los que vienen aquí tienen prisa.

Ella irá enseguida, Isa prefiere esperar un poco más antes de salir del coche y entrar en el hospital. Sube al máximo la calefacción de la zona de los pies, con la esperanza de que pueda secarle un poco las empapadas All Stars. Al menos, estos zapatos son los suyos. Todo lo demás que lleva puesto le resulta escandalosamente extraño: un pantalón demasiado grande de poliéster lila que solo se ciñe algo en la cintura y los tobillos y por lo demás se hincha como un paracaídas. Por encima un abrigo largo de auténtica piel de visón. Este atuendo profana la identidad que ella había conformado con tanto esmero, desfigura su cuerpo. Aunque, qué más da.

Se irá enseguida. Pero antes, se fumará dos cigarrillos, para repasar este extraño día antes de volver a poner los pies en la nieve y atravesar el aparcamiento. Esperará un poco a que se le pase el picor.

La nieve es lo último que recuerda de ayer y es lo primero que vio esta mañana cuando la despertó Lien. La mujer había descorrido las cortinas del carromato y empezó a soltar su incoherente relato con tal entusiasmo que arrancó a Isa de su sueño comatoso. Ella se incorporó de golpe en el sofá cama y se topó con el chorro de luz del prado blanco que entraba por las pequeñas ventanas. Sintió que le estallaba la cabeza y cerró los ojos, pero el blanco seguía siendo abrumador, incluso filtrado por los párpados. Lien volvió a cerrar las cortinas, repartiendo disculpas mientras continuaba con su relato sobre el padre de Isa al que habían encontrado. Resultaba evidente que su parte favorita era su propio papel en la crónica.

—Cuando lo oí en Radio Grandioos, supe enseguida que tenías algo que ver. ¿Qué harías si no a esas horas por aquí? Ay, niña, has tenido suerte de que todavía estuviésemos jugando a las cartas,

solemos parar mucho antes, pero anoche nos divertíamos tanto que decidimos jugar una última partida. Gartie y yo estábamos a un tris de ganar: ¡ya nos habíamos hecho con la sota y el nueve!

—¿Lo han encontrado?

—Niña, ya te lo he dicho, en la antigua pista de arena. Ahora está en el Sint Jozef. ¡Dios!, enseguida supe que eras su hija.

—Pero, ¿cómo?

—Llevabas encima el carné, en tu cartera.

—No. Me refiero a cómo lo han encontrado.

—No lo dijeron.

Isa se estremeció, sin pensarlo volvió la mirada hacia la carne de gallina en sus brazos. Entonces se dio cuenta de que estaba prácticamente desnuda. Se cubrió deprisa con una manta de lana.

—Tu ropa aún está mojada. ¡Ay!, seguro que quieres ir a verlo. Tranquila, tengo algo.

Y antes de que Isa pudiera hacerle más preguntas, la mujer salió del carromato y volvió a la granja. El carro era pequeño, al pie del sofá cama solo había espacio para un diminuto fregadero, una estufa eléctrica sobre la que estaban las All Stars de Isa y dos girasoles cortados. En el alféizar había un jarrón con amapolas de plástico.

Entonces, Lien regresó con ese chándal, de un lila chillón, igualito al que llevaba la noche anterior. Isa se lo probó.

—¿Demasiado grande? —preguntó la mujer algo avergonzada.

Isa apretó todo lo que pudo el cordón de la cintura, confiando en que no se rompiera. Consiguió hacer un nudo para que no se le cayera el pantalón.

—Gartie ha ido al mercado de ganado —dijo Lien con una mirada de disculpa—. No volverá hasta la tarde, de lo contrario te habría podido acompañar. Dios, es que tampoco sabía que todo sucedería

tan rápido.

Hizo una pausa, Isa tenía la sensación de que debía contestarle algo, aunque no sabía qué. Solo quería marcharse.

—¿Tienes el coche en algún sitio? —le preguntó Lien.

Isa tuvo que reflexionar mucho tiempo sobre esa pregunta.

—Sí —dijo por fin—, está en el pueblo, junto a la comisaría.

Podía ir hasta allí caminando. Isa se levantó y cogió sus All Stars de encima de la estufa. La tela se había acartonado y los zapatos despedían un vago olor a quemado. Pero estaban secos. Cuando se los puso, notó el calor en sus pies helados.

—Siento que Gartie haya salido —dijo Lien pensativa, dirigiéndole de nuevo una mirada incómoda: era compasión—. Pero las bestias no esperan.

—No importa.

—Vosotros no tenéis, ¿verdad?

—¿Bestias? El tío Sharrel sí.

—¿Sharrel Keller? No tenía ni idea.

—Arman mucho ruido. Sobre todo de noche. Y apestan.

—¿No quieres ducharte, niña? La que huele aquí eres tú.

—No, debo irme, de verdad.

Isa miró afuera, la llanura, un paisaje nevado. Volvió a estremecerse. En el carromato hacía frío, pero fuera sería mucho peor.

—Espera.

Lien se subió al sofá cama y abrió uno de los armarios superiores, suspirando sacó algunas prendas viejas y apartó algunas cosas. Su camisón dejaba a la vista la piel flácida y rosada de sus brazos. Ella

se tambaleaba sobre el colchón blando e Isa tuvo miedo de que perdiera el equilibrio y se le cayera encima. Pero entonces apareció el abrigo de piel.

Isa no se sentía con fuerzas para negarse. Le iba bien y abrigaba.

¡Anda, hazlo! Apaga el pitillo, desabróchate el cinturón, cruza el aparcamiento y entra en el hospital. Pues claro que es una noticia maravillosa.

Isa abre la portezuela, pero esta se cierra de golpe justo cuando se inclina hacia delante para salir del coche. El cristal de la ventanilla le golpea con fuerza la frente. Isa toma aliento, no acaba de entender lo que sucede, unos puntos luminosos enturbian sus pensamientos: un caleidoscopio. Hunde los puños en las cuencas de los ojos. En el umbral de la eternidad. Cuando los suelta, empieza poco a poco a ver algo. Alguien debe de haber cerrado la portezuela cuando ella intentaba salir. Quién podría ser tan grosero como para...

—Me cago en la hostia, ¿es que no te advertí que no fueras a la Policía?

Solo podía ser él. ¿Qué demonios hace aquí? ¿En serio la ha estado esperando todo este tiempo? Isa se palpa la frente para ver si sangra, por suerte no detecta nada. Vuelve a intentar salir, lo más tranquila posible, pero cuando por fin se ha puesto en pie, Charles empuja la portezuela contra ella. Está atrapada.

Isa toma aire, intenta con cada tendón de su cuerpo no parecer intimidada.

—La Policía ha encontrado a papá. Mientras que tú no has movido ni un dedo —le dice con calma.

—Sí, sí. Y mientras tanto, Veels ha estado husmeando en mi casa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Les pasa algo a tus oídos, mocosa?

—Joder, Sharrel. ¡Déjame salir de aquí!

Charles empuja la portezuela con más fuerza, Isa siente que el borde superior metálico le comprime el tórax. Cuando por fin la suelta, Isa se libera, agarra la portezuela y la cierra de un portazo. Tiene ganas de gritar, pero de alguna manera le parece más sensato hacer lo contrario. Se pone las manos detrás de la espalda y se apoya en el coche.

—¿Has venido hasta aquí solo para esto?

—Veels —se limita a responder Charles.

—¿Ha estado en tu casa?

—Ayer por la tarde, el muy capullo aprovechó la ocasión para merodear alrededor del cobertizo. Con linterna y todo. Eso sí, se largó por patas en cuanto solté a Sjef.

—Qué putada.

—Me cago en tus mocos, ¿es que no te había avisado? —ladra Charles, pasando en un segundo de cero a cien, como siempre con la agresividad a flor de piel—. Ese gilipollas lleva años intentando joderme.

—¿Qué buscaba?

—Mocosa… —Charles se le acerca, apoya las manos en el techo del coche, a ambos lados de los hombros de Isa, por lo que vuelve a quedar encerrada. Su tío tiene las axilas húmedas y desprende el mismo tufo que el cobertizo.

—Veels cree que tienes otros negocios aparte de las bestias —dice Isa.

—¡Dios, ahora se ha descubierto el pastel de los cojones! ¿De dónde has sacado esa brillante idea?

—Me lo dijo él.

—Enseguida os habéis hecho amigos, ¿verdad? Me cago en la

hostia, mocosa.

—¿Es cierto lo de tus negocios?

Charles acerca la cabeza hasta pegar su cara a la de Isa sin dejar de mirarla, tiene los ojos inyectados en sangre. Una de dos: o está colocado o muy cabreado. La respiración de Isa se acelera. Conque esto es lo que tiene tan acojonados a todos. Esto es lo que sientes cuando la violencia de un Keller se centra en ti en lugar de en el mundo exterior. Colocado o cabreado: Isa no sabe cuál de los dos es peor.

—¡A la mierda, déjalo estar, qué más da! —acaba mascullando Isa.

—¿Ves? Así me gusta.

Charles baja por fin los brazos. Isa inhala profundamente y expulsa el aire, es como si alguien hubiese abierto una ventana.

—¿No te alegras de que hayan encontrado a papá? —pregunta cuando ha recobrado el aliento.

—No me he preocupado ni un segundo.

—Lo encontraron en el Arenal, con hipotermia y casi muerto.

—Espero haber sido claro, mocosa. Ni una palabra a tu nuevo amigo.

—¿A Veels? Ya no tengo nada que hablar con él, ya han encontrado a papá.

—¿Te las estás dando de listilla?

—Solo digo que...

—¿Te las estás dando de listilla, jodida mocosa?

A Isa se le humedecen los ojos. La irracionalidad, la debilitante impotencia. De golpe, vuelve a ser una niña, está en un rincón del aparcamiento de bicicletas, rodeada de acosadores que le gritan desoyendo sus réplicas. Al menos, entonces se atrevía a luchar

contra ellos. Algún día se toparía con la persona equivocada, le gritaban mientras huían de ella con una ceja partida y un ojo morado. Nunca pensó que la persona equivocada sería alguien de su propia familia. Aquí está ahora, reducida a una niña, menos que una niña, menos que una persona.

—No —responde en voz baja.

—Entonces, cierra el pico. Ya he tenido bastante paciencia contigo.

Charles escupe una flema verde en la nieve y mira a su alrededor, explora el aparcamiento. Después vuelve a mirar a Isa mientras se mete la mano en la bragueta y se rasca la entrepierna.

—Y en lo que respecta a ese maldito hijo de puta de Veels —añade —, la próxima vez que lo oiga acercarse a casa sin haberle invitado, no dudaré en volarle la tapa de los sesos.

Charles se saca la mano del pantalón y lanza una rápida ojeada al interior del coche de Isa, entonces golpea la ventanilla.

—¡Hostia puta! Todavía no has echado gasolina, pues claro que no.

Da media vuelta y se aleja en la nieve hacia su furgoneta.

—Que te zurzan, tengo cosas mejores que hacer —murmura ella, cuando él ya no puede oírla.

Charles arranca el vehículo y se dirige a la salida cruzando el parking sobre plazas de aparcamiento invisibles. Entre lágrimas, Isa lo observa alejarse, no le quita los ojos de encima hasta que lo pierde de vista. Se queda así un rato con la mirada perdida, ensimismada en ausencia de pensamientos y conteniendo la respiración, hasta que por fin está segura de que puede entrar en el hospital sin que le tiemblen las piernas.

Tardó mucho en llegar al hospital. Primero tuvo que ir a buscar su coche a la comisaría, luego ir a ver a madre para contarle la noticia, y solo después pudo poner rumbo al Sint Jozef. Con los pies insensibles desde el momento en que salió del carromato de Lien y

dio diez pasos por la nieve. Sus All Stars se quedaron empapadas de inmediato, los dedos de sus pies, helados. A pesar de que el pueblo no quedaba lejos y que ella avanzaba por el lado bueno del río, un kilómetro por la nieve sigue siendo un kilómetro por la nieve. Isa caminaba por una carretera entre prados, procurando seguir el rastro de nieve gris blanda que le habían dejado los tractores, pero tenía que meterse en el arcén en cuanto se acercaba un vehículo en dirección contraria y allí se hundía hasta las pantorrillas en la nieve blanca y mojada. El frío sol matutino brillaba débilmente sobre el paisaje desprovisto de relieve. El efecto amortiguador de la capa blanca que había cubierto la ciudad unos días antes no era nada en comparación con este silencio pesado y extenso que tronaba a su alrededor. Algunas personas dicen que aquí puedes oler la tierra y el río, pero ella no olía nada. De vez en cuando pasaban algunas parejas de gente corriente y moliente que llevaban las mismas bicicletas de la mano y el mismo pelo corto y canoso. Avanzaban por esta mañana igual que Isa, cruzaban el mismo paisaje, aunque Isa sabía que miraban cada copo de nieve y cada gota de rocío a través de una lente distinta a la de ella; sabía que dos que recorren el mismo camino, nunca recorren el mismo camino.

Tras una hora, llegó al lugar donde había dejado su coche. Después de tres intentos consiguió arrancar y derrapando y avanzando a velocidad de caracol se dirigió con aquel maldito cacharro hacia la casa de Diepenbrock, donde trabajaba su madre. En la serpenteante carretera le fueron apareciendo imágenes cubiertas de nieve de su pasado que le producían una vaga sensación de déjà vu. El jardín de la casa parroquial en la nieve, el jardín del vicario bajo la nieve, dos campesinas cavando en un campo cubierto de nieve. Unos recuerdos resbaladizos sin dirección asistida ni frenos abs, como si intentara maniobrar un superpetrolero. Una tenue neblina helada cubría el río. Unas placas de hielo flotaban en el agua, casi como en un cuadro de Monet. Por unos instantes, Isa se relajó ante tanta belleza.

También había cosas nuevas que le llamaron la atención: al ver los anuncios pegados a las casetas y a los cobertizos le sorprendió lo mucho que se diferenciaban de los carteles de su nueva ciudad. En lugar de anunciar bailes, conciertos, exposiciones o la nueva película de Jim Jarmusch en la filmoteca, aquí el espacio se

utilizaba básicamente para informar sobre enfermedades y problemas. Dile no al cáncer. Llama a la línea telefónica de ayuda a la infancia, es gratuita y anónima. La bebida destroza vidas. Me llamo Janna y tengo vih. Nada que prometiera un futuro esperanzador. De camino hacia la casa de Diepenbrock, mientras se deslizaba por esta publicidad de miedo, Isa empezó a fantasear sobre las advertencias que haría a la población si dependiera de ella, qué preocupaciones les impondría. La ganadería intensiva destruye nuestro mundo. La carne es asesinato. Holanda no es tan tolerante como te dicen en la escuela. El capitalismo no es sostenible. Me llamo Isa y los hombres no tienen que tocarme con sus sucios dedos. Fuera quien fuera quien había ideado el reglamento del Beurskrach, estaría orgulloso de ella.

Dos personas que recorren el mismo camino nunca recorren el mismo camino, y también: la misma persona que regresa al mismo lugar, nunca regresa al mismo lugar. La mayoría de lugares que se ha cruzado en su camino en los últimos días resultaron ser más pequeños de lo que ella recordaba: el patio de su escuela, la austera iglesia blanca, la casita en la frontera, pero cuando tomó el sendero de grava paralelo a la vía y vio surgir ante sí la mansión de Diepenbrock, esta resultó ser mucho más grande de lo que esperaba. El oscuro tejado de paja abría un agujero negro en el cielo de la mañana, listo para succionarte en la nada si te acercabas demasiado. Isa aparcó su Kadett justo delante de la escalera de piedra de la entrada, los neumáticos patinaban sobre la grava. Salió del coche, subió de un salto los tres peldaños de la escalera y llamó a la pesada puerta de madera. Los golpes hicieron que la cabeza de vaca colgada encima de la entrada se meciera suavemente. Isa alzó la vista, miró los ojos negros del animal que le devolvió la mirada con indiferencia. Isa llamó otra vez y otra, y entonces por fin le abrió madre.

—Buenos d... o, no, ya es por la tarde. ¿Viene usted sola? En realidad, solo puede entrar un visitante en la habitación.

La recepcionista del hospital debe de tener la edad de madre, unos cuarenta años, al menos se parece a las madres de los antiguos compañeros de clase de Isa. La madre de Isa no se parece a las otras

madres, la madre de Isa parece tener sesenta años.

—Rematadamente sola —responde Isa.

Ya ha visto suficientes personas detrás de mostradores y porteros para lo que queda de año.

—¿Perdón?

La mujer tiene la boca entreabierta, el pelo teñido de negro y un flequillo rematado en puntas sueltas pegadas a la frente.

—¿Es usted familiar? —indaga.

—Sí, su hija.

—Empezaba a preguntarme cuándo vendría alguien. Habitación 108. Es decir, habitación ocho en la primera pla...

—Entendido, gracias.

De pronto, Isa tiene prisa, no sabe por qué. Se precipita por el pasillo del hospital hacia la escalera, y sube a la primera planta. No es más que un tramo de escalera, unos quince peldaños, pero cuando llega, se ha quedado sin aliento. Me llamo Isa y tengo los pulmones consumidos. Ni por asomo se les ocurre a sus pulmones dejar de fumar.

Rematadamente solo. Empezaban a preguntarse cuándo vendría alguien a ver al paciente. Isa debería haber sabido que no vendría nadie más aparte de ella, que madre «no podría acompañarla» porque la «necesitaban». Cuando Isa fue a contarle la buena noticia, su madre ni siquiera abrió del todo la puerta, la dejó entornada y miró a su hija sin verla con sus ojos vacíos, sus ojeras moradas. Cuando Isa consiguió compartir con ella la información más importante, mostró al menos algo de emoción, se estremeció y sus ojos se llenaron de lágrimas; sin embargo, antes de que Isa pudiera seguir con su relato, oyó aquella voz distorsionada salir de la casa, esa voz que había olvidado, pero que reconoció después de algunas sílabas, una voz que no hablaba, sino que graznaba llamando a su madre maureen quién anda allí y su madre que estaba tan sintonizada a la frecuencia de aquellos graznidos que era incapaz de

ignorarlos para escuchar lo que le estaba contando Isa, que era incapaz de apagar aquel chirriante maureen me aprietan los calcetines de su patrón para escuchar lo poco que le podía contar Isa sobre la situación de su padre. Isa miró el vestíbulo detrás de su madre, y en efecto, allí estaba él: sentado en su silla de ruedas en lo alto de la gran escalera, con calcetines de compresión cubriéndole las pantorrillas y por lo demás desnudo como una morsa temblorosa. Maureen cierra la puerta, sus pechos temblequeaban cuando pedía ayuda a gritos. Eso frustraba de antemano cualquier posibilidad de mantener una conversación significativa. Madre ni siquiera consiguió disculparse como es debido y, entre los gruñidos del otro, se limitó a pronunciar frases escuetas. «¿Entonces está vivo?», para aclarar maureen hay corriente la cuestión principal, «mañana tengo libre», para dejar claro que ella estaría allí, salvo que se pospusiera, maureen no te pago para esto y «acabará despidiéndome», para explicarlo y justificarlo todo con dos palabras.

Acto seguido, madre cerró la puerta. Isa se quedó un momento escuchando los graznidos mitigados por la madera. El pozo negro. Alzó la vista hacia la cabeza de vaca que colgaba encima de la puerta. Cerró los ojos y se imaginó una vida. Tener a Lien y a Gartie como padres, unas personas con chándal morado y un corazón de oro que al menor problema lo dejaban todo tirado para ayudarte. De alguna manera eso es lo único que necesita este mundo, más personas como ellos.

Isa se volvió hacia la cabeza de vaca que la miraba boquiabierta. Dio un salto y la agarró por los cuernos. La cabeza se soltó fácilmente, era más pesada de lo que Isa pensaba. La lanzó al jardín y observó cómo rodaba por la nieve. Cuando se detuvo, ya no tenía los ojos muertos puestos en ella sino en los postigos cerrados de la mansión. La casa estaba en silencio, ya no se oían graznidos. Isa se subió al coche y se fue al hospital.

—Puedes sentarte un momento a su lado. Está inconsciente, así que no lo molestas —le dice el médico guiñándole un ojo.

Es un hombre algo achaparrado, con un rostro amable y mofletudo.

En la punta de la nariz lleva unos quevedos. Isa asiente, pero se queda inmóvil en el vano de la puerta.

En la habitación 108 hay cuatro camas con cuatro personas dormidas, Isa tarda un poco en orientarse y comprender cuál de las cuatro es la de su padre. Es la cama sin tarjetas de felicitación, por supuesto. Al pie de una de las otras camas hay atado un globo con forma de corazón. «Para el mejor de los papás», pone.

Isa está allí, en el vano, está allí, examinando la habitación, mientras el médico suelta su rollo, le cuenta detalles que seguramente Isa debería recordar, pero que en este momento se disipan en su cabeza como una neblina de palabras. Está allí oyendo cosas como antidepresivos, serotonina, presión sanguínea. Muy importante, los tomaba, ¿verdad? ¿No lo sabe usted? Por lo visto, ella niega con la cabeza. A partir de ahora, debe prestar atención. Es muy posible que tenga o haya tenido un brote psicótico, es lo primero que miraremos si se despierta. Isa está allí. ¿Quién es su cuidador? ¿Hola? ¿Su cuidador? Oh, ¿y con cuánta frecuencia se ausenta del domicilio? ¿No lo sabe? ¿Y usted ya no vive en casa? Cuando venga ella, podremos explicarle en qué debe prestar atención, cómo distribuir las pastillas. Ah, ¿no? Entonces, ¿cuándo? ¿No lo sabe?

Isa se separa del vano de la puerta y se acerca a su padre. Yace de espaldas, es la primera vez que lo ve con una barba descuidada, de repente le recuerda a un viejo terrier hirsuto. Lo besa en la frente, está fría. Tiene los ojos profundamente hundidos en las cuencas, la cara huesuda. Por primera vez se parece a Charles.

—Los dejo solos un momento.

El médico sale de la habitación, Isa se queda sola con cuatro personas dormidas. Nadie se mueve, nadie ronca, sus respiraciones no pueden percibirse por encima del suave zumbido de los aparatos. Lo mismo están muertos.

Me llamo Isa y mi padre es un vegetal. Un visitante, cero globos, ninguna tarjeta de felicitación junto a su cama. Paciente en coma. Hasta aquí el héroe del pueblo recién encontrado.

—Hola, papá —susurra. Le coge la mano—. Menudo susto nos has dado. ¿Qué estabas haciendo allí?

Isa ve unas manchas salir de las paredes, siente que se marea. No ha comido nada desde ayer por la mañana. Junto a la puerta de la habitación hay un lavabo, se va hacia allí, toma unos cuantos sorbos, se moja la cara. Después se sienta al pie de la cama de su padre. Las ventanas del muro exterior dan al aparcamiento. Quien lo hubiese querido habría podido pedir ayuda al ver que Charles la amenazaba.

A veces, tiene la sensación de que toda esta semana es una alucinación, empezando por la Nochevieja en el Beurskrach. El caleidoscopio en su cabeza sigue allí latente, adormilado, hace saltar en mil pedazos de colores todo lo tangible a su alrededor, como un cuadro de Paul Signac, ahuyentando sus pensamientos hacia la periferia de su cráneo cuando lo que ella intenta es pensar con claridad. Isa cierra los ojos, cuenta hasta diez, hasta veinte. Ochenta. Ciento och...

—¿Señora?

Por lo visto, el médico ha vuelto a entrar. Isa está tumbada en la cama del hospital, con la cabeza sobre el pecho de su padre. Debe de haberse quedado dormida unos segundos. También podría ser una hora. Se frota los ojos con los puños.

—Está prohibido meterse en la cama del paciente.

—¿Su vida corre peligro?

—Ya le he dicho antes que no es muy probable. Esperamos a que se despierte. Me gustaría hablar con usted sobre cómo ha podido suceder esto.

—¿Dónde está su pierna? ¿Tienen su pierna?

—Tropezó en la pista de arena y entonces se le soltó la prótesis ortopédica. Estamos viendo si la podemos reparar.

¡Qué desastre!

—Ha pasado tres días tendido allí. La prótesis a unos metros de distancia. Hemos tenido suerte de que fuera bien abrigado.

Padre, el friolero. El médico se quita las gafas y se frota la cara, al hacerlo le tiemblan las mejillas. Cuando vuelve a ponerse las gafas sobre la nariz, señala al padre de Isa.

—¿Qué se le ha perdido a nadie allí?

—Eso esperaba que me contara él.

El médico suspira.

—Llevaba esto encima. —Pasa por delante de Isa y abre uno de los cajones de la mesilla de noche—. Aquí tenemos guardadas todas sus pertenencias. O al menos, lo que llevaba en los bolsillos. No es mucho.

Del cajón saca una tarjeta de autobús, un billete de diez florines y una moneda, el llavero de padre, cosas cotidianas que el médico va dejando sobre la mesilla.

—Había algo más —murmura.

El médico abre más el cajón, palpa con la mano en los rincones traseros y la vuelve a sacar con un pedazo de papel, un trozo de periódico arrugado. Isa se lo quita de las manos, antes de que él tenga tiempo de ofrecérselo. El papel es viejo y quebradizo, Isa se obliga a respirar con calma y a ser lo más cuidadosa posible cuando lo despliega y alisa la página sobre la mesilla. Luego, observan juntos el artículo en silencio. Aparte de un titular chillón hay poco texto, una foto en blanco y negro ocupa la mayor parte de la página: padre tendido boca arriba en la arena, su pierna atrapada bajo el peso de una moto de cross. Debajo de la foto hay una breve crónica de la carrera y de lo que salió mal. La moto se bloqueó y, por una causa desconocida, perdió mucho aceite. Arriba a la izquierda le falta un pedazo, arrancaron la página con poco cuidado. Es esta, es la página que le faltaba. La pregunta es por qué la llevaba encima padre.

La foto no tiene nada de especial, incluso está algo borrosa. Se ve a

padre en el suelo en una curva, con el rostro crispado de dolor. A Isa se le hace difícil mirarlo. Detrás de él las caras espantadas de los espectadores en los laterales, detrás de ellos solo árboles. Isa observa las caras, pero cuesta reconocer a alguien en una foto tan vieja.

Padre tirado en la fría arena. Estos últimos días ha estado tendido allí por segunda vez, en el mismo bosque. Sin caras espantadas a su alrededor, nadie que pudiera ayudarlo. Dos veces en una vida, cómo es posible.

—¿Puedo llevármelo? —pregunta Isa sin levantar la vista.

—No veo por qué no. Pero ¿podemos hablar de una vez por todas sobre lo que deben hacer como familia para evitar esto?

Isa coge el artículo de la mesilla, sin apartar los ojos de la foto. Algunas de las caras miran boquiabiertas al motorista accidentado, otras apartan la vista. Sin embargo, lo que tienen todas en común es la expresión de perplejidad: nadie se esperaba esto. Todos los espectadores están estupefactos. Todos y cada uno de ellos. Salvo...

—Debo irme —suelta apresurada—. ¿Me avisarán cuando se despierte?

—Señora, se lo ruego.

—Mi madre vendrá dentro de un rato, o mañana. —Isa dobla el papel, lo mete en el bolsillo de su abrigo de piel y se apresura a salir al pasillo.

—¡Señora! —oye gritar desde la habitación, pero ya casi ha llegado al final del pasillo, muy cerca de la escalera.

Se sienta en un peldaño, despliega el papel, y lo vuelve a mirar con calma. Unos metros detrás de la última fila de espectadores, casi en el bosque, hay una joven pareja: ella lleva un vestido de aspecto algo anticuado, él la abraza, le saca una cabeza, luce una camisa a cuadros de manga corta, un cigarrillo en los labios. Isa no está segura, la foto es demasiado vieja para poder verlo bien, aunque el hombre se le parece demasiado como para que sea una casualidad:

las mejillas hundidas, los ojos, el mostacho.

En la planta baja se abre una puerta. Alguien empieza a subir por la escalera, los pasos rebotan contra el hormigón del hospital hacia arriba. Isa se desplaza hacia la parte exterior de la escalera y se aprieta contra la pared con las rodillas dobladas. Ahora mismo preferiría no encontrarse con nadie.

Aquel día, él no estaba allí. Eso ha sido siempre lo que han dicho, eso es lo que le contó ayer su madre. ¿Qué significa esto? Si este es él, ¿quién es la mujer a la que abraza y a qué viene tanto secretismo? ¿Por qué no puede nadie en esta familia, en este maldito pueblo, por qué no puede nadie decir sinceramente lo que sucedió?

Tal vez tuviera una aventura amorosa. Puede que se follara a la mujer de otro y nadie pudiera saberlo. Seguro que habrá sido algo así de trivial, siempre es algo trivial.

Por un momento se apodera de ella un presentimiento, vuelve a mirar la foto, pero no. No es madre. Qué asco, menuda idea.

Los pasos se detienen unos escalones antes de ella.

—Aquí está.

Isa levanta la vista. En medio de la escalera, dos peldaños más abajo ve a Veels jadeando. Isa no es la única que no está en forma.

—Muchacha, qué mal aspecto tienes.

—Sí. Bueno, la verdad es que no me siento nada bien.

—No ha sido una alegría inmediata, ¿no?

Veels se endereza, le flaquean las rodillas. Es la primera vez que lo ve vestido de paisano, lleva unos pantalones vaqueros y una camisa blanca con un estampado de flores en la parte interior del cuello.

—Esperaba sentir más alivio, pero más bien tengo la sensación de que esto es solo el principio.

Veels asiente. Lo comprende. Precisamente él es alguien que lo entiende de inmediato. Sabe lo que se siente y lo que no se siente. John Veels. Tener a John Veels de padre. Durante la cena, escuchar sus historias sobre miserables como Charles Keller, después reírse juntos viendo una peli de polis con Burt Reynolds. Dormir en una casa segura sin ruidos. Un padre amigo.

—¿Cómo encontrasteis a papá?

—Gracias a ti.

—¡Ja, ja, ja! Sí, seguro que sí.

—Si no hubieses insistido tanto en que buscásemos en el Arenal nunca habríamos ido a mirar allí, ¿o sí?

A Isa no se le había ocurrido verlo de esta manera.

—¿Sabes cómo fue a parar allí? —pregunta.

—Sinceramente, no tengo ni idea. Lo único que sabemos es que lo vieron en el coffee shop.

—¿El Friendly Days? Ese sitio no va con mi padre.

—Pero contigo sí, ¿verdad? Allí te conocen.

—No puedo imaginarme que papá necesitara algo del coffee shop.

—¿No vive familia tuya allí? ¿La hermana de tu madre?

—¿Y por qué iba a ir a verla?

—Eso mismo me preguntaba yo. Resulta que lo vieron subirse al coche de unos alemanes a la salida del coffee shop.

—Qué raro.

—Sí, es un misterio. Aún no hemos encontrado a esos chicos.

—¿Qué iba a hacer con unos alemanes? ¿Y ellos lo llevaron al Arenal?

Veels se encoge de hombros.

—Mira, tienes que ver esto. —Isa le entrega la foto del periódico.

Veels echa un vistazo al papel, pero no tarda en apartar la vista y mirar el abrigo de piel de Isa. Sacude la cabeza con aire divertido.

—Dios mío, menudo abrigo.

—Sí, sí, me lo ha prestado Lien. Es una larga historia.

—¿Lien la de Gartie?

—Mira la foto.

—Es del accidente. ¿La llevaba encima tu padre? Creo que sufría una fuerte psicosis, y en esos casos suelen ir en busca del pasado.

—Eso todavía no es seguro.

—Bah, no la mires demasiado tiempo —replica Veels haciendo ademán de devolverla.

—No, fíjate bien, ¿no es Sharrel el que está ahí atrás?

Veels vuelve a mirar, esta vez con más atención.

—No sabría decirte. ¿Por qué?

—Siempre ha sostenido que aquel día no estaba allí.

—¿Y?

—Quizá oculte algo.

Veels vuelve a reírse.

—Sharrel oculta muchas cosas.

—Pienso ir a preguntárselo.

De pronto, el policía se la queda mirando, el regocijo en su rostro se ha esfumado por completo.

—Por favor, no lo hagas.

—Bah, es inofensivo.

—¡Que es inofensivo! Eso mismo dije sobre nuestro labrador. Hasta que le dio un mordisco a la hija de nuestros vecinos. La niña sigue teniendo un labio leporino.

—¿Y el labrador?

—Mejor te ahorro los detalles.

Se vuelve a abrir una puerta. Oyen los pasos de alguien que se acerca desde el piso de arriba, baja dando saltitos, dos escalones a la vez. Clac-clac, cla-clac, cla-clac. Isa y Veels guardan silencio cuando la mujer pasa delante de ellos, tiene la edad de madre. Esperan hasta que ha llegado a la planta baja, hasta que la puerta se cierra con un golpe resonante.

—Aun así quiero preguntárselo al tío Sharrel —decide Isa.

—Y si realmente estuvo allí, ¿qué esperas que te diga? Por aquel entonces le tenía tanta envidia a tu padre que quizá fue aquella tarde al Arenal para hacerle algo. Ojo, si realmente estuvo allí.

—Papá fue a verlo antes de desaparecer. Puede que incluso con esa misma pregunta.

—Y, ¿cómo acabó la cosa?

Isa suspira.

—Entonces, ¿tengo que quedarme sentada sin hacer nada?

—Descansa un poco, céntrate en tu familia. Esta semana ya lo habéis pasado mal. Y en lo que respecta a Sharrel: estamos investigando algo que hace palidecer un artículo de periódico de hace veinte años.

—Y seguro que no me vas a decir qué es.

—¡Dios, cómo se nota que vas a la universidad! Sea lo que sea lo

que se trae entre manos, tú mantente al margen. Y no toques esa basura.

Basura. Veels habla como Erva.

—Bien —dice el policía en tono decidido—, voy a ver cómo está tu padre, ¿te vienes?

—Estoy destrozada, creo que me iré a casa.

—Muy bien. Y tómatelo con calma.

Veels sube los últimos peldaños, con cada movimiento le crujen las rodillas.

—¿Señor Veels?

El policía se detiene.

—¿Qué?

—Gracias por todo.

—Joah —murmura él—. Ha salido bien, ¿no?

La furgoneta no está. Tal vez sea lo mejor. Puede que Veels tenga razón y que ahora sea cuestión de aceptar, tomárselo con calma, asegurarse de que todo vuelva a la normalidad.

Han encontrado a padre, dentro de un rato, padre se despertará y volverá a casa. Madre volverá a casa. Todo normal. Isa regresará a la universidad. Madre volverá al trabajo. Padre volverá a quedarse solo. Padre se sentirá solo. Padre volverá a dejar las pastillas. Padre volverá a extraviarse, primero en sus pensamientos y después Dios sabe dónde.

Me llamo Isa y nunca más podré irme de aquí. Esto es solo el principio.

Isa arrastra los pies por el sendero cubierto de nieve y se acerca a la

puerta principal, cuando introduce la llave en la cerradura, oye que Sjef se echa a ladrar, empieza ya a esta distancia. El sonido de sus ladridos permanece cerca del suelo. Normalmente, los sonidos cruzan el patio rodando y rebotando entre el granero y el ángulo interior de la granja de sus padres, por lo que no se sabe de dónde vienen o adónde van, pero hoy, gracias a la nieve, el sonido se desliza por el suelo y se presenta tal como es, seco y feo. Estas son las llaves de casa, golpeteando en la cerradura. Este es el enconado ladrar de Sjef.

En la cocina, Isa se prepara un sándwich de queso. Apenas tiene paciencia para esperar a que se funda el queso, está muerta de hambre y empieza a notar que vuelve el picor. Antes de que se apague la luz de la sandwichera, saca el pan tibio y se lo zampa en cuatro bocados. Se quita las All Stars mojadas y se calza unas zapatillas. Tiene ganas de poner música a todo volumen, Napalm Death o Siege o algo por el estilo. Isa busca viejas cintas de vídeo en el mueble del televisor; antes grababa de vez en cuando un programa de rock duro, Beavis and Butt-head en mtv y más tarde Wet & Wild en tmf. Tendrá que conformarse con eso, no hay nada más oscuro. El mueble está hecho un desastre, está repleto de cintas de vídeo sin caja con las etiquetas emborronadas con diferentes títulos escritos por su familia. Tiempos felices (la letra es de madre), Flying Doctors (madre), Por tierra, por aire y por mar (padre); Sensación de vivir (Isa), Bart B.O.O.S. (Isa), Los Flodder en América (¿Charles?), Pin Up Club XXX (mejor dejarlo) y sí, por fin: el Headbangers Ball 1992 Comp de Isa. Cuántas noches no habrá pasado arrodillada delante de la videograbadora, esperando a que llegara una buena canción, para apretar siempre demasiado tarde el botón de grabar por lo que su cinta de recopilación se convertía invariablemente en un collage héctico de temas que empezaban en medio de la primera estrofa y se cortaban antes del final para la siguiente sorpresa abrupta. A menudo, se olvidaba de avanzar rápido la cinta hasta el lugar donde había espacio, por lo que a veces su canción favorita se cortaba en seco después de medio minuto para dar paso al siguiente tema. Isa mete la cinta en la videograbadora y pone el televisor a todo volumen. En el mueble bar encuentra media botella de ginebra barata, en el cajón un paquete de tabaco de liar Van Nelle con papel Mascotte.

Sí, tal vez todo deba volver a la normalidad. Cuidar de tus padres y mientras tanto, sacar lo mejor de eso de estar en casa. Pitillo entre los labios, botella en la mano, bailando en la sala de estar y berreando con Bon Jovi o el que casualmente salga en la tele. Sin ponerse tiquismiquis. Encogiéndote de hombros por la vida, murmurando «en fin, en fin, qué se le va a hacer» cada vez que se te jode la vida, y listos para el siguiente día de mierda.

Tiene ganas de fumarse un porro. Isa vuelve a registrar el cajón, pero no encuentra nada.

Debe estar contenta. Estar contenta, a pesar del picor.

Tal vez, le quede algo a Charles. A fin de cuentas, actuar con naturalidad significa actuar con naturalidad con tu padrino. Como antes, cuando todavía no te dabas cuenta de lo difícil que se lo ponía a tus padres. Quizá tu padre tenga que reconciliarse con él, puede que así no se sienta tan solo. Quizá así puedas volver a la universidad, siempre y cuando regreses a menudo para comprobar que por aquí todo va bien. Podrías ir y volver cada domingo.

Como si tuviera una opción. De todos modos, si mañana no entrega el ensayo sobre Historia del Arte todo habrá acabado. Isa ni siquiera se ha traído sus libros de texto. Maldita estúpida. Toma un sorbo de ginebra barata, saca un cuaderno y un bolígrafo del cajón y se sienta a la mesa. Otro sorbo, unas gotitas de ginebra se deslizan por su mano y caen sobre el fino papel de escribir. Bueno, no es más que un borrador. Solo tiene que pasarse la noche trabajando, escribir algo brillante y mañana pasarlo a limpio. Está chupado. Eres Isa Keller, joder, llevas el trabajo en la sangre.

O mejor entregar el artículo que escribió para el fanzine de Erva. Reescribirlo por completo, de memoria, pero con un estilo un poco más académico. «Gritar a la Noche estrellada: Van Gogh y la música underground a finales del siglo xx». Isa toma otro sorbo de ginebra. Esto se convertirá en la oda que se merece Vincent, jódete, Don McLean. En la tele, Bon Jovi deja paso a Iron Maiden, The Number of the Beast. Este sí que mola...

Olvídate de la Noche estrellada. Una idea mejor: «Mis padres, los comedores de patatas». Allí puedes meterlo todo. Los ríos, el paisaje

de campos de cultivo y arboledas como si hubiese sido diseñado por Renoir o Pissarro, padre tumbado de espaldas en el bosque como la Madeleine de Emile Bernard, madre en la mesa de la cocina con semblante sereno y cafetera, justo como en Cézanne. Sí, podría ser esto, esto es impresionante. Puede escribirlo borracha y mejorarlo mañana cuando esté sobria, a fin de cuentas, así lo hacía también aquel otro cómo se llamaba...

Tal vez Literatura sea una optativa interesante para el año que viene.

Fuera se hace la oscuridad, menos profunda que otras veces, la lucha entre la negrura del cielo y la blancura de la tierra envuelve todo lo que hay entre ambos en un gris eterno. Paisaje al anochecer. Mañana se fundirá la nieve. Isa llena el cuaderno de garabatos, página tras página. Su bolígrafo atraviesa el papel en los lugares mojados por la bebida y en otros crea nuevas manchas. A pesar de los pesares, su ensayo empieza a adquirir forma, se convierte en algo. Esto es estudiar, esto es estudiar como lo hacía antes, en esta misma casa, cuando aún estaba hambrienta. Esto es estudiar como apenas lo ha hecho desde que está en la universidad. No sabe si lo que escribe tiene sentido, si los hechos encajan, pero en realidad es así como se debe hacer: pensar, filosofar, escribir hasta donde te lleve tu fantasía, los hechos vendrán mañana. De camino a la universidad puede pasar por su cuarto, coger sus libros, comprobarlo todo y corregirlo. Sí, esto va bien, se va a convertir en un ensayo grandio...

Isa se sobresalta al oír un penetrante chirrido. La videograbadora ha expulsado la cinta, el televisor muestra nieve. Debe de haberse quedado dormida. Primero tiene que orientarse, ¿de dónde viene el chirrido? Es el rechinar de fuera, el mismo traqueteo de siempre. El reloj en la repisa indica que ha pasado la medianoche. Ni idea de cuándo se quedó dormida, pero a juzgar por su cuaderno fue en medio de una frase.

Malditas bestias. ¿Es que su tío no puede hacer nada al respecto? Isa abre la puerta delantera y avanza por la grava fría. La furgoneta de Charles está aparcada en su sitio, ahora mismo le va a decir cuatro cosas bien dichas. ¿Le parecerá una buena idea a Veels? El estruendo es insoportable, le llena toda la cabeza. La parte trasera

del patio está iluminada por el resplandor anaranjado de la lámpara de exterior enjaulada. Después de unos pasos, los ladridos de Sjef ya empiezan a cortar el aire; a pesar de la cantidad de veces que le ha sucedido esto, Isa sigue sobresaltándose. Se detiene unos instantes, ahora el único sonido que perfora el aire es el de los ladridos secos, con pausas cada vez más largas, y aparte de eso nada más. Puede que Sjef también haya asustado a las bestias. Detrás de la ventana delantera, se descorre una cortina, en la penumbra, una silueta mira afuera sin moverse. Isa saluda a su padrino moviendo lentamente el brazo, él no le devuelve el saludo. Isa regresa por donde ha venido. En el vestíbulo, después de haber cerrado la puerta con llave, siente lo fríos que tiene los pies, sus zapatillas están cubiertas por copos de nieve helados.

En la cama, por fin hay silencio, un silencio como el que puede haber aquí a veces, cuando detrás todo está en calma. Isa se ha puesto una camiseta de padre y el pantalón de chándal de madre como pijama. Aquí, debajo de las mantas, huele a fresco y no a ratones muertos ni a moho. Mejor que en su cuarto de la ciudad. ¿Es alivio lo que siente? ¿Se siente como debería sentirse?

El crepúsculo enmarca los objetos de la habitación, juega con sus formas. La silla es una niña, el montón de ropa un armadillo rasposo que mordisquea algo en la mesa. Dejan en paz a Isa. En el techo, un agujero con los bordes dentados. ¿Las oye ahora? Otro agujero más grande a un lado, y otro, de ahí no se ve salir nada. Sí, las vuelve a oír, oye sus chirridos asustados al otro lado de los agujeros. Todavía no salen. Antes salían a veces, arañando y pululando, a veces salían de los agujeros, así era el sueño si no se despertaba a tiempo. Ahora lo ha vuelto a recordar de pronto.

No es un sueño, puesto que está medio despierta...

Antes salían de ahí y ahora también salen de ahí. Adquieren forma, se inclinan sobre ella. Un brazo, un torso, una figura, tendinosa y huesuda. Así seguía el sueño. Lo había olvidado. La figura huesuda se inclina sobre ella, y ella quiere gritar, pero no puede, nunca podía. Debe seguir respirando, seguir respirando con calma. Calavera con cigarrillo encendido.

Me llamo Isa y cuando encienda la lamparilla de noche, la

habitación estará vacía.

Me llamo Isa y cuando encienda la lamparilla de noche, la habitación estará vacía.

Me llamo Isa y cuando encienda la lamparilla de noche, la habitación estará vacía.

sucias y asquerosas mentiras

La vida es escarcha. Unos inviernos suaves junto al brazo del río, los cormoranes sobre la fina capa de hielo que cubre el agua. El hielo nocturno sobre los adoquines. Resbalar y quedarse en el suelo, contemplando el cielo imparcial. ¡Qué hermoso puede ser esto!

Él la arrastró en su caída, de eso sí quiero hablar. Ella se fue, nos dejó solos, a nuestro padre y a mí, por segunda vez en nuestra vida. Mi hermana.

La primera vez que nos dejó solos, aquella vez anterior, él no tuvo nada que ver y fue solo medio año y entonces ya nos pareció tremendo: apenas había cumplido dieciséis inviernos suaves (sin contar aquella tormenta) y tuvo que cruzar sola el IJssel para ir a Ámsterdam, con una maleta llena de ropa de jovencita e instalarse en un piso de hormigón para enfermeras.

Una vez acabada la Escuela de Economía Doméstica en nuestro pueblo, Maureen se matriculó en la Escuela Católica de Formación para Auxiliares de Enfermería porque, al igual que muchos de nosotros, creía que una persona tiene al menos tres deberes en esta vida: el deber para con tus padres de encontrar un trabajo estable, el deber para contigo misma de encontrar un trabajo estable que no te agote física y mentalmente, y el deber para con Dios de, según san Marcos 12:31, encontrar un trabajo estable y virtuoso con el que ayudar a tu prójimo tanto como a ti misma. La manera que halló Reentje para cumplir esos tres deberes fue siguiendo una formación de auxiliar de enfermería en residencias. Ya en su infancia, cuando se entretenía con su tricotín advertimos que tenía talento para las manualidades; de hecho, en la escuela, le gustaba más coser, cocinar y limpiar que las asignaturas teóricas como inglés y neerlandés o las clases de religión de los sacerdotes (decía que esas lecciones le daban dolor de cabeza) y por tanto tuvo dificultades para sacarse el diploma de graduada escolar. Sin embargo, en la formación de auxiliar de enfermería Maureen no lo hacía nada mal. Durante su primer año, estudiaba noche tras noche en nuestro dormitorio para aprender la teoría y, por muy lenta que fuera leyendo, permanecía sentada con su dolor de cabeza bajo la intensa luz de su escritorio para leer cada palabra en voz alta señalando con el índice las líneas sin inmutarse, mientras que yo,

muerta de sueño, me quejaba bajo la colcha de la luz y sus murmullos. Su perseverancia funcionó, aprobó el año teórico tras lo cual pudo entrar en enfermería como becaria, con la posibilidad de convertirse algún día en enfermera. Para empezar, se pasó tres meses limpiando y ayudando con las tareas domésticas en la casa de Bertus Silting, el director de la fábrica de arena, hacia donde pedaleaba todas las mañanas durante tres cuartos de hora y de vuelta por la tarde otros tres cuartos de hora y donde la señora Silting observaba altivamente cómo Maureen preparaba a sus retoños para la escuela, mientras ella se servía una copa de jerez. Maureen consiguió que los Silting le dieran un suficiente lo que le permitió pasar a las siguientes prácticas, en el hospital de Sint Antonius en Ámsterdam Oeste.

Esa fue la primera vez que nos abandonó. Cambió nuestra primera planta por un piso más alejado de tierra firme: una habitación en la decimotercera planta del edificio para las enfermeras junto al hospital de Sint Antonius.

En su pasillo había un buen ambiente, todas las personas con las que se encontraba parecían imbuidas por un sentimiento de libertad que se prolongaría durante los seis meses enteros. Eran chicas de su edad que habían roto amarras con el lugar del que procedían, y ya no tenían a nadie que les dijera que apagaran la luz por la noche, que les prohibiera ir al cuarto de otra y hablar, fumar y poner singles hasta que empezaba el turno de la mañana. En las habitaciones estaba prohibido recibir la visita de chicos, aunque eso no impedía a las inquilinas divertirse entre sí. Es decir que apenas conseguían dormir. Es decir que aquellas reuniones degeneraban con frecuencia en fiestas espontáneas, en las que alguna se desmadraba y otra vomitaba por la ventana de la decimotercera planta y por la mañana temprano, con las cabezas a punto de estallar, se obligaban unas a otras a levantarse para limpiar la moqueta de manchas de vino y ceniza, ensalada y huevos rellenos antes de que la tutora inspeccionara las habitaciones.

La tutora, la señora Jacobsz, era una vieja fumadora empedernida, que antes de la guerra había tenido fama de ser intransigente, pero que en los últimos años había ido perdiendo autoridad. Solía quedarse en el vestíbulo de la planta baja, cerca de la puerta

principal para controlar que no entraran chicos en el bloque de apartamentos, y a las once en punto de la noche cerraba la puerta con llave. Entre una cosa y otra, podía hacer varias rondas por las plantas inferiores, mientras que solo aparecía una vez al día en la mitad superior del edificio para realizar la inspección matutina. A medida que avanzaban los seis meses, la planta decimotercera empezó a oler más y más a cebollitas en vinagre y ensalada de ternera podrida.

Los jueves, las chicas cogían el tranvía hasta la Korte Leidsedwarsstraat para beber y bailar, alargaban la noche hasta el último momento, justo a tiempo antes de que se cerrara la puerta. Todas ellas eran jóvenes, habían vivido pocos inviernos suaves y ninguna de ellas estaba acostumbrada a salir de noche en un centro de Ámsterdam lleno de olores dulzones. Reentje no las acompañaba, así nos lo contó y la creí. Ella nunca las acompañaba porque era demasiado alboroto para su cabeza y además estaba demasiado dedicada a sus estudios como para dejarse seducir en uno u otro oscuro dancing por turistas lujuriosos (llegaban de todas partes a la ciudad en busca de chicas, cuanto más lejos estaban de casa, más audaces se mostraban aquellos franceses, españoles e italianos refinados con sus lenguas excitadas) y yo siempre he creído que hacía bien en no acompañarlas, aunque eso, al final, no importó ni un bledo. Pero en aquella época parecía lógico seguir estudiando, en lugar de participar en los juegos de taberna y beber hasta el vómito en la luz anaranjada del bar, pues si bien no puedo hablar de las demás chicas, sé que Maureen procedía de un entorno en el que desde muy pequeña te inculcan que no conseguirás nada en esta vida terrenal si no te deslomas para lograrlo.

No las acompañaba, no se sumaba a ellas. La única mala influencia que ejerció alguna vez sobre ella Ámsterdam es que en aquella época empezó a fumar y ya nunca lo dejó. Fumaba y estudiaba, noche tras noche, con el dedo bajo la línea y murmurando las palabras entre el barullo de las fiestas que se montaban en la planta, para hacer una pausa solo después de horas de mantener la mirada fija en los libros para estirar las piernas y comprar un paquete de tabaco Van Nelle y un periódico para ver si salía aquel chico (cosa que sucedía menos en aquel periódico nacional, pero aun así, sucedía), y cuando salía en la prensa recortaba el artículo como

siempre lo había hecho, lo guardaba en un cajón junto a otros recortes de periódico, luego se apresuraba a liar un pitillo y volvía a concentrarse en sus estudios.

Durante el día, se iba con las demás al hospital, servía en la cocina y llevaba la comida a los pacientes. Las otras auxiliares preferían no ir a la Unidad de Pacientes Terminales, no por los pacientes que eran más viejos, sino porque allí había un muchacho que padecía la enfermedad de Hodgkin y cuya mirada las enfrentaba despiadadamente con su propia mortalidad; y, a pesar de que a Maureen tampoco le gustaba ir, comprendía que esa confrontación le enseñaría determinadas lecciones sobre la vida y la muerte y la zona sombría, sobre los tres deberes que, según ella, debía cumplir como persona y decidió someterse a esa prueba. Además (no, nada de además, en realidad ese fue el verdadero motivo de que dos veces al día fuera a ver al muchacho con un plato de papilla y que no apartara la vista cuando entraba en su habitación), el paciente tenía la misma edad que aquel chico del que hablaban los artículos de periódico que llenaban su cajón y la mayor de las casualidades era su nombre —algo que para ella parecía tener una extraña clase de simbolismo que ninguno de nosotros entendía ni entendió nunca —: el chico se llamaba Tom. Tenía los mismos ojos azules y tristes que el Tom al otro lado de los Países Bajos, si bien estos ojos azules y tristes y empapados no estaban tan extrañamente separados entre sí y por lo demás este Tom no se parecía en absoluto al otro, aunque Maureen no hubiese podido explicar con toda la fantasía del mundo qué aspecto tenía este, puesto que la pérdida de peso causada por la enfermedad lo había vuelto irreconocible, no solo para su familia que sabía qué aspecto tenía antes, sino para cualquier alma que intentara imaginarse que esa criatura pálida, sudada y demacrada había sido en otro tiempo un joven rebosante de salud.

Durante aquellos seis meses, su aspecto iría empeorando, ella lo vería deteriorarse día tras día, a veces parecía poder apreciar que, en la hora que transcurría entre que le llevaba la bandeja de comida y la recogía, él se había debilitado más. En ocasiones, Maureen se quedaba sentada a su lado después de colocar el plato de papilla de hospital apenas tocado en el carrito, lo miraba dormir, le secaba la frente húmeda y caliente.

Y de repente, una semana antes de que acabara su formación, Maureen entró silbando con su carrito en la habitación y vio que la cama estaba vacía, limpia y hecha, y dejó el carrito con la papilla humeante allí mismo y salió de la habitación, corrió por los pasillos del hospital hasta la salida, subió las escaleras de las trece plantas hasta llegar a su piso, se precipitó hacia su cuarto y cerró la puerta de golpe para no volver a salir en toda aquella última semana pese a los reiterados intentos de contacto de la señora Jacobsz.

Y entonces, después de aquella semana, se presentó en casa. Ella misma había adelgazado porque en los últimos días no había vuelto a comer, no había vuelto a salir a comprar el periódico, no había hecho nada más que fumar y llorar en su cuarto. Y recuerdo que yo estaba contenta, no por envidia ni por rencor de que nos hubiese dejado solos, sino porque los seis meses en Ámsterdam no la habían cambiado, no la habían corrompido, seguía siendo mi hermanita frágil y cariñosa, la que tejía con su tricotín y la que solo quería cosas buenas para el mundo. Ahora, visto lo visto, habría preferido que hubiese echado raíces allí, que hubiese hecho amigas que la ayudaran a superar el tiempo allí y los tiempos mucho más difíciles que se avecinaban; habría querido que Ámsterdam fuera lo más hermoso que le había pasado, que fuera tan bonito que se hubiese quedado allí y que yo pudiera ir a visitarla, que ella pudiera mostrarme cómo se vive una vida cosmopolita en total libertad.

Sin embargo, volvió a casa. Adulta, dueña de sí misma, ya no era la hija ni yo la madre que intentaba protegerla de todo. Una hermana pequeña, ahora de verdad, hasta que nos volvió a dejar para no volver nunca más.

Llegó a casa justo a tiempo para ver a Tom cumplir dieciocho años y para asistir a los entrenamientos en el bosque, a tiempo para vivir en persona la confrontación con Quinton Cooper, para ver cómo los nubarrones vigorizaban a Tom Keller y se lo llevaban por el mundo. A tiempo para ver con sus propios ojos cómo caía y cómo, a partir de entonces, el pueblo entero lo dejó caer.

¡Y cómo lo dejamos caer! Lo dejamos caer como un ladrillo macizo desde la iglesia de Sint Martinus. Mientras que, durante los años de

éxito de aquel chico, el pueblo entero había sufrido una amnesia colectiva y oportunista, y había olvidado los estragos que había causado su padre y la siniestra sombra que proyectaba sobre nosotros toda su familia. Desde aquella caída, todos volvimos a recordar lo que pensábamos y debíamos pensar de los Keller. De golpe fueron precisamente los años de éxito de Tom los que olvidamos de forma colectiva y oportunista, con la misma facilidad con la que nos había cegado antes ese éxito. Hoy en día, nadie lo admitirá, pero desde la caída fue sencillo: para nosotros, la familia entera estaba muerta. Sin excepciones.

Éramos libres. Volvíamos a hablar de cosas normales, de la subida de los impuestos y de lo mucho que compadecíamos a Han Gassink y su gasolinera abandonada porque todo el mundo iba a repostar a Alemania, de la maleabilidad del hierro fundido con el que se fabricaban estufas de gas en lugar de sartenes, de Gerremientje Zeering de la carnicería cuyos ataques de lumbago no le daban tregua, de los campos de patatas que una semana y media después de los santos de hielo habían quedado destruidos por las heladas nocturnas. Se podría decir que por fin éramos el pueblo normal y aburrido que quizá siempre habíamos estado destinados a ser, y aunque nadie se quejara de ello en voz alta, sentíamos como si nos hubiesen hecho una injusticia, como si también nuestro pueblo hubiese caído (aunque nadie sabía decir desde dónde había caído, desde qué pedestal imaginario) y como si alguien tuviera la culpa de ello.

Culpábamos al chico que ya se había convertido en un hombre, pero seguía siendo tan niño como siempre había sido. Por cumplir, se publicó un último artículo con aquella terrible foto en la que se le veía sucumbir en la pista, las caras alarmadas a su alrededor, una última foto que Maureen recortó y colgó de nuestra pared, aunque solo lo hizo por cumplir puesto que en realidad apenas la miraba poco o nada y yo tampoco la animaba a hacerlo, porque le entraban náuseas solo con verla de reojo.

Y entonces declaramos muerto a aquel hombre que poco antes habíamos calificado al unísono de buen chico, durante dos décadas lo declaramos muerto, al menos hasta el día en que desapareció de repente y todos los tontos del pueblo pensaron que estaba muerto y

de pronto se dieron cuenta de lo que habían hecho durante dos décadas.

la vergüenza fue inmensa.

Aun así, hasta ese día lo olvidamos, un decrescendo que empezó después del golpe inicial cuando estaba tumbado en la pista de arena y se tomó aquella última foto, un desprenderse que arrancó cuando lo ingresaron por primera vez en el Sint Jozef. E incluso en ese hospital era como si los médicos y las enfermeras lo estuviesen olvidando adrede, aunque sin duda debió de ser mala pata y no una falta de profesionalidad; sin embargo, el hecho es que el médico tratante nunca le puso a Tom la vacuna antitetánica para sus heridas, el hecho es que las heridas empezaron a infectarse como una ternera con dermatitis digital, y el hecho imperdonable, doloroso y cruel es que al final tuvieron que amputarle la pierna izquierda.

Ese fue su recuerdo de todos aquellos años de caídas y vueltas de campana: una pata de palo, una espalda dolorida y un cuerpo desgastado que se encogió varios centímetros. Todo eso al margen de lo que tuvo que soportar psíquicamente. Después de la grandeza y de los premios, Tom Keller recibiría por última vez una suma de dinero, unos escasos cien mil florines de indemnización por la negligencia con la vacuna antitetánica, pero después tuvo que apañárselas solo. Ay sí, oficialmente tenía a los otros dos: se convirtió en el perro confinado en el patio del que debían cuidar los otros dos, aunque cualquier idiota comprenderá que los cuidados que le dispensaban eran más bien escasos.

Eso sí, la indemnización se repartió como de costumbre entre tres, como si el inglés y sus filosofías sobre quién se merecía qué importe nunca hubiesen existido.

Entre tres: cuando el chico que ya era un hombre por fin recibió el alta y regresó a casa (por su propio pie, primero en autobús y luego renqueando desde la última parada hasta la granja, nada acostumbrado aún a aquella prótesis tiesa, puesto que nadie le echó una mano, por no hablar de ir a recogerlo), los otros dos se limitaban a esperarlo tranquilamente en la sala de estar, repanchingados y sonrientes, mientras calculaban qué parte del

dinero les correspondía y cómo se lo gastarían.

Entre tres: si podía llamarse así, puesto que, a partir de ese momento, el chico que ya era un hombre tuvo que contribuir proporcionalmente en los gastos de la casa y los gastos fijos entre los que sus tíos incluían el aceite y la gasolina para los vehículos que él ya no podía utilizar, las excursiones a los puticlubs alemanes a los que él no quería ir, las entradas para las carreras de cross en las que él ya no aparecía ni siquiera como espectador, sin olvidar el material para las incursiones nocturnas de las que, como todos sabíamos, él no quería saber nada desde aquella primera noche (pero cuyas presas acababan en su plato entre las patatas y la salsa; vale, lo reconozco: no era una cuenta fácil de hacer).

Entre tres: realmente injusto. El legado de Quinton Cooper desapareció de golpe del mapa de forma casi fatídica, y nunca más se volvió a saber nada de aquel hombre.

Lo más raro de una amputación de pierna es la brevedad del procedimiento. Dura cerca de media hora. Después queda por delante toda una vida de aprender a vivir y de dolor por lo que ya no está. Un dolor que no se puede compartir con nadie.

Una suerte pequeña para Tom y una enorme desgracia para nosotros: aún quedaba la Asociación de la Cruz. Aún quedaba mi hermana.

Reentje nunca llegó a enfermera, aunque su estancia en Ámsterdam no logró asustarla lo suficiente como para que se olvidara de sus tres deberes, no logró asustarla lo suficiente como para impedirle asistir a la escuela nocturna de postgrado de asistencia sanitaria y, tras cinco rigurosos y turbulentos inviernos, consiguió el puesto de auxiliar de enfermería de barrio de nuestro municipio. Conque el día en que un médico del Sint Jozef acudió a la Asociación de la Cruz diciendo que estaba a punto de dar de alta a un paciente que necesitaba curas regulares para su nueva prótesis de pierna, y en vista del silencio que guardaron las compañeras de Maureen cuando el jefe de equipo preguntó a quién podía programar para una visita diaria a la granja de la familia Keller, mi hermana tuvo que

reprimirse para no parecer demasiado eufórica al comunicarles que estaba dispuesta a hacerlo.

Iba a verlo cada día, se convirtió en su cuidadora. El Tom al que quizá podía salvar. Recorría el camino a través del bosque hacia la casa sin cortinas, y allí le lavaba el muñón con agua y jabón, comprobaba que no le salieran llagas ni ampollas, se aseguraba de que el proceso de curación progresara según lo esperado y examinaba su piel en busca de magulladuras y quistes, limpiaba la funda de su muñón con alcohol, le preparaba los antidepresivos y le administraba la morfina, le vendaba las heridas y envolvía bien el muñón para reducir la hinchazón. Desde las oficinas de la Asociación de la Cruz llamaba al equipo de rehabilitación del hospital para informarles sobre la fuerza de sus músculos y la curación de su herida. Y por supuesto veía que él necesitaba más ayuda que la que ella podía brindarle en sus visitas programadas, por supuesto sabía muy bien que él quedaba a merced de los otros dos Keller tan pronto ella cerraba la puerta tras de sí, que aquellos dos eran los que debían tranquilizarlo cuando se despertaba temblando y el dolor fantasma arrasaba su cuerpo, que esos dos debían asegurarse de que no tomara demasiados antidepresivos ni demasiada morfina y que debían ser responsables y no tocar aquellas golosinas con sus sucias manos.

Responsables. ¡Menuda idea! Así que Maureen empezó a ir más a menudo, iba cuando podía, programado o no, con su propio botiquín y sus gasas y vendas y algodones, para no tener que contestar a preguntas demasiado difíciles de su jefe de equipo. Y era durante esas visitas adicionales cuando Tom se mostraba más sensible y sufría repentinos accesos de llanto que ella no comprendía, pero que atribuía por completo a su presencia, se sentía halagada, asumía sin dudarlo que era su esfuerzo desinteresado y altruista lo que lo hacía llorar (cuando precisamente su satisfacción con este aprecio delataba lo interesado que era su altruismo), y no se percataba de que el chico que ya era un hombre no lloraba por el interesado altruismo de su cuidadora, sino por el algodón hidrófilo que siempre llevaba consigo. Sí, ella no lo sabía, era demasiado joven para conocer las historias y por tanto no comprendía que él se echara a llorar como un niño cuando lo vendaba con las gasas y las vendas y el algodón más baratos que

había podido encontrar en la droguería, aquellas marañas de algodón de las que había que arrancar un puñado, en lugar de los discos sueltos que podían adquirirse si estabas dispuesto a pagar unos céntimos más; sin embargo, ella no veía la diferencia de calidad y por tanto no comprendía por qué él lloriqueaba como un niño de nueve años en el bosque, no sabía que los algodones blancos le recordaban a algo, aquella pelusa blanca que se teñía de rojo tan pronto tocaba su pierna con la gasa. Tuve que contárselo yo.

De inmediato, los otros dos empezaron a aparecer menos por ahí. Fueron reduciendo lo poco que contribuían a casi nada a medida que Maureen le prestaba más atención al cuidado de Tom; aprovechaban la oportunidad para dedicarse de lleno a sus asuntos tan pronto veían que su pequeño Fiat 128 torcía hacia el camino del bosque. El mayor la ignoraba, incluso cuando, de tanto en tanto, ella lo paraba para explicarle cómo progresaba su sobrino y qué cosas debía o no debía hacer por Tom cuando ella estaba ausente, él no la escuchaba, ni siquiera ponía aquellos ojos raros en blanco, sino que la atravesaba con la mirada; no, casi se podría decir que Johan estaba desaparecido cuando Maureen iba a la granja. Solo el otro, aquel canalla se quedaba de vez en cuando remoloneando cuando oía los pasos de ella sobre la grava, a veces la esperaba sonriendo en el vestíbulo y le hacía algunos comentarios burlones, mientras que otras, le preguntaba cómo estaba su hermana, y entonces sonreía de oreja a oreja (¿por qué hablamos de esto?), en esos momentos su sonrisa era asquerosamente grande.

Si Ámsterdam no la había asustado, nada podía asustarla ya, y ella siguió yendo a casa de Tom. Con creciente frecuencia en un mismo día. Iba a verlo entre las visitas a otros pacientes que eran cada vez más breves; iba una vez más después de que acabara su jornada laboral y, cuando por fin llegaba a casa, estaba tan intranquila y preocupada que por las noches lo llamaba otras dos veces para controlar que todo estuviera bien.

La primera vez que se quedó a dormir allí, yo debería haber intervenido o padre debería haber dicho algo, alguien debería haber hecho algo, tendríamos que haber puesto un límite, en realidad ya

desde el primer día cuando regresó emocionada a casa para contarnos quién era su nuevo paciente, pues a decir verdad yo empezaba ya a notar el miedasco que llenaba mi cabeza, deberíamos haberla encerrado en su cuarto que estaba empapelado con fotos y artículos de su ídolo juvenil y no deberíamos haberle dejado salir hasta que recuperara la sensatez, no, deberíamos haber arrancado aquellas fotos y aquellos artículos mucho antes para que aquella idolatría se extinguiera a tiempo, deberíamos haberlos prohibido desde el principio a fin de no darle a aquella idolatría la menor posibilidad de aferrarse a ella como un feto no deseado.

Y eso que lo intentamos. Oh, padre y yo pasamos horas discutiendo con ella a la mesa de la cocina después de que volviera exhausta de aquel maldito lugar, lo intentamos de todas las maneras que Dios nos ha dado a las criaturas humanas para arreglárnoslas entre nosotras en esta vida, en un tono empático, admonitorio, participativo, decepcionado, y, Dios nos perdone, de vez en cuando un tono claramente cabreado, pero todas las estrategias, todas las palabras, eran contraproducentes, la empujaban más y más hacia aquel maldito y degenerado lugar. Y, así pues, un buen día se quedó a dormir allí, mientras murmuraba algo sobre cumplir con sus deberes y que no se debe abandonar a las personas a su suerte, cogió algo de ropa y un neceser y se fue. Sucedió antes de que lo comprendiésemos, con la misma rapidez con la que se amputa la pierna a una persona.

Había cumplido veintiún inviernos, estaba en su derecho de ir adónde quisiera y eligió aquella granja, se quedó a dormir en la vieja habitación de Frank, se puso el camisón rosa con estampado de diente de león que yo le había comprado y se metió en la cama cuyo colchón no se había limpiado desde que la Policía derribó la puerta para llevarse al padre de Tom; de alguna manera parecía sentirse mejor en aquel lugar que en casa (y eso era algo que no nos podíamos imaginar) y después de aquella primera noche no volvería ninguna más a casa. La granja no dejó escapar la oportunidad de engullirla en cuanto cerró por primera vez los ojos entre sus paredes.

A partir de aquel momento, nuestra casa se llenó de un silencio hueco, a pesar de que padre y yo aún estábamos dentro; flotaba en

ella un silencio mortal demoledor, pues estábamos de luto y acordamos sin palabras que hablar ya no tenía sentido, callamos porque sabíamos muy bien lo que esto significaba. De cuando en cuando, en plena noche, creíamos oírla, en el baño, en la cocina, en la escalera hacia arriba, y entonces nos incorporábamos de golpe y salíamos los dos de nuestros dormitorios, a la vez, siempre a la vez, y entonces mirábamos la alfombra intacta que cubría la escalera vacía y volvíamos a nuestras camas sin malgastar una sola mirada ni una sola palabra, nos bañábamos en el silencio de la noche, intentábamos darle sentido a este particular dolor fantasma. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén, otra vez.

La habíamos perdido, por segunda vez en nuestra vida, en esta ocasión, para siempre.

De día, venía a vernos de tanto en tanto, por supuesto, bebía café y sacaba cerillas del cajón donde sabía que siempre había cerillas (un gesto que nos infundía una breve esperanza, el hecho de que mantuviera la familiaridad con las cosas y su sitio) y encendía un cigarrillo con sus delgados dedos (esos dedos que también nos infundían una breve esperanza, sus formas, su motricidad fina que seguía siendo la misma), hablaba con entusiasmo de sus pacientes y de sus compañeras, incluso decía que llevaba mucho tiempo sin tener dolor de cabeza, y por supuesto no paraba de hablar sobre los progresos del chico que padre y yo seguramente no volveríamos a ver nunca y que no queríamos volver a ver nunca, hablaba sobre todas estas cosas, sin embargo, no lo hacía con las palabras que había aprendido en casa, sus palabras eran distintas y cada vez que venía a visitarnos, cambiaban un poco más. Y padre y yo no le contestábamos apenas nada durante esas visitas, nos mirábamos el uno al otro y sabíamos lo que ambos veíamos: que los Keller ya habían empezado a absorberla como habían hecho décadas atrás con Netta Bannink y como habían absorbido a las mujeres durante generaciones. Mi hermanita Reentje era ahora una Keller. A pesar de que todavía no se había casado y de que ni siquiera le había confesado su eterno enamoramiento a su paciente, ya hablaba como una Keller, todo en ella salvo aquellos elegantes dedos se parecía cada vez más a un Keller (oh, qué aspecto más terrible llegó a tener: el pelo fino, los ojos sombríos y febriles como el lado oscuro de la

luna, los labios azules y agrietados, los dientes amarillos como el cuajo) y, créanme o no —y que reviente ahora mismo y mi alma arda en el fuego eterno del infierno si miento—: sus ojos tenían la mirada de un Keller.

Entonces ya tendríamos que haber visto que se estaba enganchando.

No solo a Tom Keller, sino también a los medicamentos que le recetaban a él, pero que ambos compartían desde que ella había empezado a cuidarlo. Y adiós al dolor de cabeza. En fin, en fin, qué se le va a hacer.

No sé muy bien cómo se las arreglaba, si engañaba al médico de cabecera para que le recetara más de lo necesario o si solo inyectaba la mitad de la cantidad disponible en las venas de Tom (quizá a él le bastaran sus antidepresivos, puede que soportara el dolor en su cuerpo siempre que hubiese calmado el dolor en su espíritu), pero fuera como fuera y en la medida que fuera, lo compartían, no podemos ignorarlo: poco a poco, mi hermana se estaba convirtiendo en una morfinómana.

Y aunque lo supiésemos, eso no era lo peor de todo. Lo peor llegó un año más tarde, cuando estábamos sentados en la mesa de la cocina y ella, lenta y ausente, empezó a contarnos en tono casi aburrido lo que había sucedido en pocos meses, que se habían acercado el uno al otro y que él había empezado a verla como la persona que era y lo bien que se entendían porque ninguno de los dos había tenido una madre, lo contaba tan aturdida que no parecía hablarnos a nosotros, sino que era como si las palabras dolorosas e imperdonables se le escaparan involuntariamente de la boca como las polillas de un viejo traje de entierro y revolotearan hacia nosotros explicándonos que llevaba meses sin dormir en el cuarto de Frank y que Tom y ella se habían instalado en el viejo dormitorio de Netta y que ahora —y todavía le reprocho que ni siquiera nos mirara a la cara cuando nos lo dijo—, que ahora tendrían que casarse.

«Tendrían que casarse», así lo dijo, y todo buen católico comprenderá qué significaba eso. Y entonces hice algo que le pareció imperdonable.

Empecé a gritarle. Nuestro padre permaneció sentado sin decir nada, pero yo le grité que no podía ensuciar más el mundo pariendo a otro Keller, le grité que debía ir al médico para que se lo arrancara de las entrañas, que debía largarse de allí igual que nuestra madre se fue hacia el norte, le grité que por nada del mundo asistiría a su boda. Y cuando me preguntó por qué (rediós qué sorprendida estabas, ingenua hermanita) le solté toda la historia que sigo contando una y otra vez, entera y sin eufemismos ni omisiones, incluidas las verdades más inenarrables, y ella me dejó hablar sin interrumpirme (lo que me dio por última vez esperanzas), y cuando hube acabado, sacudió la cabeza, apagó su cigarrillo con los dedos que de repente se veían desteñidos y huesudos y ya no tan elegantes, y solo me dijo cuatro palabras antes de levantarse: sucias y asquerosas mentiras.

Se levantó, le dio un beso en la frente a nuestro padre, se fue a nuestro dormitorio, cogió todos los periódicos que había colgado en la pared, los metió en una carpeta y luego cerró por última vez la puerta de entrada tras de sí. Cuando se marchó, solo se llevó consigo esa carpeta, creo de verdad que eso era todo —ni siquiera una maleta con ropa, ni siquiera un recuerdo tan minúsculo como un tricotín para rememorar su vida anterior, pues todo lo que ella atesoraba crecía en su seno materno o estaba metido en aquella carpeta— y nos abandonó para siempre. Me abandonó a mí. ¿Y para qué? Para dejarse engullir por aquella familia, por aquel lugar. Para caer. Dios, cómo había caído, ya empezó a caer cuando puso el primer pie en aquel polvoriento y oscuro pasillo de aquel horrible lugar, pero siguió cayendo hasta estrellarse en mil pedazos sobre las baldosas, y eso fue por culpa de ellos, por culpa de él, él la había arrastrado en su caída sin que ella pudiera defenderse.

Fue aquel día cuando el agua del brazo empezó a correr en la otra dirección: no desde el Viejo IJssel hacia los prusianos, sino en sentido inverso, y Dios sabe por qué y de dónde sacan de pronto el agua los prusianos, pero estoy segura, lo vi con mis propios ojos cuando salí detrás de ella para suplicarle por última vez que se quedara, corrí hasta el río, aunque no había ni rastro de mi hermana, y entonces me senté en la orilla, miré el agua y cuando comprendí lo que veía se me pusieron los pelos de punta. El agua nunca volvió a correr en la buena dirección.

La gente me pregunta a veces por qué sigo contando esta historia, qué demonios me han hecho esos tipos. En fin, en fin, qué se le va a hacer. Como si para los demás no fuera también la familia más comentada del pueblo, del municipio, de la comarca, como si yo fuera la única en preguntarse por qué toda esta historia se desarrolló así y sigue desarrollándose así, por mucho que intentemos reescribirla. Pero quieren saberlo, si quieren oír más razones además de las más evidentes del porqué hablo más a menudo de esa familia que de los males de Gerremientje Zeering para los que ni siquiera el padre Lubbelink tendría una explicación convincente; más a menudo que de Gradus Leverink al que desde siempre apodamos Cajón porque cada mañana pedalea hasta el supermercado con una caja vacía de cervezas en el portaequipajes para volver con una llena; del pobre bastardo con el traje de Batman que se hacía llamar Batboy y que, de tarde en tarde, salía de la nada para atacar a personas al azar que hacían cola en la carnicería; de la albóndiga con la que se asfixió Alwies Brokkink; del repentino final del último barrio de chabolas del municipio porque a algún descerebrado se le embozó el retrete y a ese mismo descerebrado se le ocurrió la genial idea de encender un periódico para iluminar el pozo negro al que daban todas las cloacas del barrio y debido a los gases acumulados en el pozo saltaron por los aires todas las tapas de registro de los alrededores y llovieron excrementos; o del cuerpo de Menger sénior al que seis hombres sacaron a duras penas de su tienda después de que Mientje Diepink se lo encontrara sin vida en su taller (a duras penas, porque no consiguieron pasar por la puerta el cuerpo junto con los seis hombres que debían levantarlo, tras lo cual decidieron volver a dejar el cuerpo en el sofá y maniobrarlo con sofá y todo por la tienda de bicicletas como si se tratara de una mudanza y no de un transporte funerario); del mocoso que defecó en medio de la flamante piscina cubierta que llamamos subtropical para luego presentarse con cara de póquer ante el socorrista para quejarse de lo sucio que estaba su chiringuito; de las demás travesuras de nuestro cura del que, admitámoslo, se pueden contar muchas cosas y al que los periodistas dedicarán sin duda una gran investigación; del tacaño de Bertus Silting que, a pesar de ser quien más tenía de todos, en la iglesia siempre metía un botón de su abrigo en el

cepillo; o del hombre que solo conocemos por el nombre de Poetsie y que vuelve locos a los empleados de supermercado de toda la comarca porque todos los días se presenta en el Edah, en el Jac Hermans, en el Coop y en el De Boer con el mismo apestoso traje gris de tres piezas y que en todas las tiendas elige los dos productos más baratos y después se limita a beberse muy lentamente dos cafés gratuitos para luego irse a la siguiente tienda a comprar baratijas y a beberse los siguientes cafés gratis… si tanto quieren saber por qué a pesar de todos estos casos en nuestro pueblo sigo hablando de Tom Keller, les digo esto: porque los demás casos dejaron en paz a mi hermana pequeña.

5 de enero

Tiene la boca seca y un zumbido en la cabeza. De tanto cambiar de ideas. De las conversaciones, de la sucesión de llamadas telefónicas en las que se ha convertido de pronto esta mañana.

Esta mañana, Isa se ha duchado. Aleluya. Después, al bajar vestida con la ropa de su madre a la sala de estar, miró de reojo su cuaderno, esperanzada, pero enseguida se dio cuenta de que no había escrito más que estupideces. Su letra resultaba en gran medida ilegible debido a las manchas de alcohol, lo poco que logró descifrar resultó no ser más que una mamarrachada. El cuaderno acabó en la papelera. Ha malgastado cuatro meses, no ha aprendido nada.

Bueno, por supuesto algo se aprende pasando cuatro meses en una ciudad. Lo increíblemente rápido que puedes acostumbrarte al olor del moho, quizá. O que, cuando algo se está pudriendo en el desagüe o en la jabonera o el tambor de la lavadora, acaba pegándole el olor a toda tu ropa, por leve que sea.

Que, a la mínima que empiezas a sudar, ese vago olor se convierte de pronto en un intenso tufo, como si la humedad de tu piel soltara o activara de algún modo las moléculas putrefactas, o algo por el estilo.

Que, si te paseas durante bastante tiempo con la misma camiseta, acabas cogiéndole el gusto al olor de tu sudor, aprendes a llevarlo como una medalla de honor, sobre todo en el supermercado cuando todo el mundo te observa con cara de enfado y asco como si acabaras de salir de un contenedor de la basura y gracias a ese olor ya no necesitas hacerles la peineta para demostrarles lo que opinas del mundo que te rodea.

Que, aunque la biblioteca de la universidad tiene la fotocopiadora más barata para tus fanzines y folletos, también es la más proclive a los errores, por lo que puedes tirar una de cada ocho o nueve fotocopias y volverla a imprimir porque la máquina se ha tragado la hoja o porque la tinta es demasiado fina o demasiado gruesa y llena el papel de borrones y por tanto hay un punto crítico entre margen de error y coeficiente de inversión de una cantidad x de hojas din-

a4 en el que es preferible optar por la fotocopiadora del Nettorama en lugar de la de la biblioteca pues, aunque cada copia cuesta dos céntimos más, nunca decepciona en cuanto a la calidad.

Aprendes que la dinámica social de una casa okupa no se diferencia de la de un bareto, salvo que no tiran tanta cerveza. Que los hay que son capaces de gastarse ochenta y cinco florines en discos, singles y camisetas en el puesto de merchandising y acto seguido irse al bar a mendigar un pitillo o un trago de vodka. Que los hay que se pasan horas debatiendo si una banda toca grindcore o screamo o mathcore o jazzcore o powerviolence o emoviolence o simplemente deathmetal. Que muy de tanto en tanto esas discusiones acaban en auténticas broncas.

Que vuelves una y otra vez a la fotocopiadora de la biblioteca universitaria porque allí la gente es bastante menos gilipollas que en el Nettorama.

Que, cuando le preguntas al cantante del Betonpoer qué tal le fue en su gira por Europa, nunca te contesta cómo fue estar en los principales epicentros culturales del continente, sino que te suelta un rollo de que en la autobahn los miembros de la banda lanzaron huevos a otros coches y llenaron de mierda el parabrisas de la furgoneta de la banda yanqui que los remolcaba y que esos americanos les devolvieron la broma informando a un aduanero en la frontera polaca de que los holandeses —«that shitty dutch band»— llevaban al menos quince kilos de éxtasis escondidos en su furgo por lo que tuvieron que esperar durante cuatro horas a la intemperie, helándose de frío mientras la Policía registraba el vehículo de arriba abajo.

Que los punks que no beben son los peores matones.

Que, después de haber dejado de llevar zapatos de cuero y de comer carne, para luego dejar el pescado, los moluscos, el queso (por el cuajo), las chuches (por la gelatina), después la leche, la mantequilla y los huevos y todo lo que haya tocado un animal, después de todo eso aún puedes toparte con impresentables que te llaman maltratadora de abejas porque te untas el pan con miel. Que siempre has de recordarte que hacer algo es mejor que no hacer nada, que intentas mejorar un poquito este mundo podrido, más

que la gente del montón y la que aparta la vista, la que sacude la cabeza, la que cuelga banderas y vota a la derecha y más que la que gasta novatadas, por muchas acusaciones de hipocresía que te lancen de ambos bandos.

Aprendes cómo funciona un amplificador. Que mc5, mdc, dfl, dys, ssd, soa, doa, dri, rkl, bgk, gbh, jfa, tsol, snfu, nra, nofx, x, xtc, x-Ray Spex y The Ex son nombres de bandas que se supone debes distinguir sin problemas y encima tener una opinión clara sobre cada una de ellas.

Que los mayores antirracistas pueden contar los peores chistes racistas, pero no sin mencionar de pasada que por supuesto pueden permitírselo porque saben que sabes que no lo dicen en serio.

Que hay personajes que se pasan semanas sin lavarse, pero limpian todos sus elepés con sumo esmero con espray antiestático y un pequeño cepillo negro antes de bajar el brazo del tocadiscos.

Que el colirio no solo sirve para ocultarle a tu mejor amiga que tienes los ojos rojos después de fumarte un porro, sino que además, gracias a la atropina, puede producir un efecto trippy muy agradable si te tragas un par de gotas justo antes de tomar otras drogas.

Aprendes cuánto dura un cuarto de hora cuando estás aguantando el concierto de una banda horrorosa.

Que, si el ruido te mantiene despierta suficiente tiempo, acabarás experimentando cómo tu borrachera se convierte poco a poco en una resaca sin que haya forma alguna de sueño entre ambas, y que esa es la peor sensación del mundo.

Que los punks de los años ochenta se pasan media noche rajando sobre que hoy en día todo, la música de Betonpoer y la gente y las organizaciones y los lugares, que todo es falso y que hace diez años todo era mucho más sincero, auténtico y peligroso, pese a que los punks de los años setenta se pasan media noche rajando sobre que en los años ochenta todo era ya una mierda.

En definitiva, aprendes que poco importa dónde te muevas, ni lo

que esperes encontrar, ni lo buenas que sean las intenciones de un colectivo ni que todos pretendan ser anarquistas altruistas y destacar por encima de otros grupos, porque en todos sitios te encontrarás con algunos tremendos cretinos. Erva también debe de sentirlo, cada día desde que cambió los dogmas de sus padres por los dogmas de este extraño mundillo. Que no hay ningún nirvana, que puedes huir todo lo que quieras, pero que de todas formas te perderás si tienes miedo de volver la vista atrás. Quizá ha sido precisamente eso lo que siempre le ha atraído de ella a Isa. Dos almas extraviadas, sin hogar, cogidas de la mano en busca del rastro de migas perdido.

Isa estaba en casa. Lanzó el cuaderno a la papelera, y sus estudios también. Eso fue antes de que llegaran las llamadas de teléfono, aún no había amanecido, y ella estaba en la salita, frotándose el sueño de los ojos y curvando los dedos de los pies en la moqueta áspera y sobada, y sintió surgir el impulso de ordenarlo todo. Todo, empezando por esta casa. Y así pues se puso a recoger las mesas pringosas, tiró a la basura las manzanas podridas que había en el frutero, fregó la encimera hasta eliminar los restos de queso pegados. Pasó la aspiradora por la moqueta de flores, vació los ceniceros llenos que pudo encontrar en casa (siete en total), pasó un paño por la repisa de la chimenea y el televisor. Mientras limpiaba la casa de sus padres, tenía la impresión de estar haciendo borrón y cuenta nueva, y eso le produjo una buena sensación, como si se resignara, como si aceptara algo. Le había bastado una mirada de refilón a su cuaderno para perder toda esperanza y comprender que la única alternativa ya no era una alternativa, que todo lo que había que salvar estaba aquí y no allí.

Se encogió de hombros y siguió.

Volvió a meter los recortes de periódico sobre su padre en la carpeta de donde habían salido. Al menos, la mayoría de ellos; separó los más bonitos que luego pegó con cinta adhesiva encima de la chimenea. Trofeos. Tal vez a padre y a madre les gustara el altarcillo.

Padre necesitaría tranquilidad cuando volviera a casa. Isa se fue

corriendo escaleras arriba, hacia el dormitorio de sus padres, recogió los calcetines y calzoncillos tirados por el suelo, cambió las sábanas de la cama.Lástima que aquí arriba no hubiera un televisor. Era algo que tenían casi todos los padres, a juzgar por lo que le contaban antes sus compañeros de clase. Aunque no debía de ser bueno para la vida sexual. Sin embargo, en el caso de sus padres el motivo no puede haber sido ese; como siempre, la razón era más sencilla: el dinero.

Isa regresó a la sala de estar. Aunque el enorme televisor era pesado, consiguió ladearlo, soltar los cables y levantar el armatoste del mueble. Al dejarlo en el suelo, notó un latigazo en la espalda. Isa eliminó de un soplido el polvo del mueble. En el sitio donde había estado el televisor, la madera era varios tonos más clara que alrededor.

Venga, arriba. Antes de llegar al pasillo, tuvo que dejar dos veces el aparato en el suelo y todavía le faltaba subirlo por la escalera. Se lo encajó entre el vientre y los escalones que tenía delante y así consiguió subir peldaño a peldaño. No pienses en lo que pasará si pierdes el equilibrio, si caes hacia atrás y te das con la cabeza contra las baldosas y esta cosa pesada te aplasta el pecho. No te preguntes si este tipo de accidentes suceden de verdad a cámara lenta, igual que en las películas, o si todo acaba de golpe.

Solo le faltaban cuatro escalones cuando el teléfono sonó por primera vez. Tenía la frente empapada de sudor, estaba exhausta y asustada: se encontraba en esa fase en que sabes que has superado la mitad y cada vez tiene más claro que no deberías haber empezado nunca. En ese instante, mientras el cuerpo de Isa luchaba con aquella cosa entre su barriga y la crujiente escalera, su mente se debatía entre lo que quería conseguir y el chirriante teléfono que siempre se las apañaba para sonar en los momentos más inoportunos de su vida.

Es en este tipo de momentos en los que una persona se supera a sí misma. Como Dex que, sangrando en el escenario, consigue mantener esa nota que, en el local de ensayo, nunca alcanzaba. O Erva que desautoriza a gritos a Jop Kistemaker cuando este maltrata a un camionero. Padre, quizá, que en una carrera saltó rampas a las que no llegaba en los entrenamientos. Adrenalina. Isa en el camión

de cerdos... Isa, justo en ese momento allí en la escalera, que alzó ese armatoste casi por encima de su cabeza y en un solo movimiento lo soltó en el rellano. No le pareció que se rompiera nada.

Adrenalina. Tal vez lo más importante que se ha perdido esta semana, frente a la paralizante impotencia que ha resultado ser buscar a una persona perdida. Nada de escenas de acción urgente con bandas sonoras de ritmos de batería y guitarras distorsionadas: buscar era monótono y encontrar un anticlímax. Sin tensión, no hay liberación.

Cuando por fin llegó abajo, el teléfono había dejado de sonar. Poco después volvió a oírlo, y esta vez Isa llegó a tiempo.

Madre al aparato. Buenas noticias, padre se había despertado. Sucedió a primera hora de la mañana, ella estaba presente, había pasado toda la noche junto a su cama. Esa era la mejor parte de la noticia, la repentina implicación de madre, la idea de que por lo visto había dicho a Diepenbrock que tenía algo más urgente que hacer que lavarle la entrepierna. Se había superado a sí misma, por fin. Por primera vez, Isa sintió una tímida forma de alivio, se atrevió a permitírselo. Volverán a casa por la tarde. No debe olvidar conectar la tele arriba.

Colgó y se fue hacia el pasillo, decidida a meter aquel trasto en el dormitorio de sus padr...

De nuevo el teléfono. Seguro que era madre otra vez, seguro que, para variar, había olvidado algo. Pero no, cuando descolgó reconoció de inmediato la voz de Veels, que si había oído la buena noticia, que si todo iba bien.

—Sí —contestó Isa asintiendo levemente—, por fin todo bien —y se dio cuenta de que lo decía en serio.

Cuando Veels le preguntó si había hablado con Charles, Isa tuvo que reflexionar, desempolvar con cuidado los recuerdos que tenía de la víspera que habían quedado ocultos bajo el polvo y las telarañas de otra época. Pero no, creía que no. «Estupendo», le contestó Veels, e Isa detectó una curiosa satisfacción en su voz.

Fue el optimismo de estas conversaciones lo que le confirmó que en efecto no parecía tan mala idea quedarse aquí, al menos de momento. Darse media vuelta, dormir un poco más en la mullida cama que es, a fin de cuentas, el estar en casa, arroparse con las mantas limpias y agradables de personas y recuerdos conocidos, sentir su calidez pegada a tu cuerpo desnudo y caliente. Y fue este optimismo el que, después de la conversación con Veels, le impulsó a coger el auricular para una tercera llamada.

Pasó un rato antes de que descolgara y cuando lo hizo, Isa no supo muy bien cómo empezar, pero antes de tener la oportunidad de hacerlo, Erva ya había empezado a hablar con entusiasmo: estaba de un humor excepcionalmente bueno. Más novedades, «una noticia jodidamente maravillosa» que Isa sin duda ya había oído, sobre cómo Jacques Chirac había anunciado el final de las pruebas nucleares francesas.

—Ya ves que ejercer presión con acciones directas puede marcar una gran diferencia.

Era evidente que lo creía. Isa dejó que se desahogara, estaba disfrutando. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía prisa. Y Erva se fue desahogando, se fue vaciando mientras hablaba de que ningún problema en el mundo es demasiado grande, que un día el vegetarianismo y el veganismo serán la cosa más normal del mundo y que los estantes del Albert Heijn estarán llenos de buenas alternativas a la carne «en lugar de esas esponjas de tofu» con las que tienen que contentarse ahora. Que dentro de unos años, las calles estarán repletas de camisetas con eslóganes sobre feminismo, que podrán comprarse en h&m. Que todos los que creen que su voz puede suponer una diferencia votando una vez cada cuatro años por fin comprenderán que puedes marcar la diferencia cada día decidiendo lo que comes, lo que le echas a tu coche y qué ropa compras.

Isa se encogió de hombros y asintió.

—No sé si voy a volver —murmuró al final, más que nada para practicar cómo sonaría cuando lo dijera de verdad con más fuerza, pero entonces Erva enmudeció.

Entre todas las formas posibles de explicar esta historia, Isa había elegido la peor, pero bueno, al menos ahora tenía toda la atención de Erva, puede que por primera vez desde que se conocían. Y, así pues, le contó toda la historia. Le habló de la desaparición de su padre, que ella había ido hasta allí para buscarlo, que al final fue la Policía la que lo encontró, lo contó todo sin interrupciones ni comentarios sarcásticos; lo único que emitía de tanto en tanto Erva era «ay» y «¿de verdad?» y «tía, ¿en serio?».

Así, hablando, llenaron la mañana, sobre cómo se sentía aquí, los fantasmas del pasado, las linternas en la niebla. Y mientras los ojos de Isa se desviaban cada vez más hacia el altarcillo que había dispuesto encima de la chimenea sintió brotar algo que nunca había sentido: la necesidad de invitar a una amiga a casa, la necesidad de presentársela a ellos.

—Aquí todo es... —no se le ocurría otra palabra, por banal que fuera, pero era tal cual— aquí todo es precioso. Cualquier rincón parece un cuadro.

Que si ella, Erva, quería venir a verla hoy o mañana. A Isa ni siquiera le preocupaba que descubriera lo que sucedía en el cobertizo al final del patio. No todos los miembros de su familia eran iguales. Isa no es su familia. A partir de ahora elegirá por sí sola qué sendas resbaladizas comparte o no con alguien, qué pozas llenas de fango.

Y Erva estaba de acuerdo con bastantes cosas de su historia, lo podía comprender todo, salvo la parte con la que Isa había empezado: la necesidad de quedarse aquí e interrumpir de forma tan prematura toda su nueva vida. Así que Isa volvió a explicárselo, empezó desde el principio: que sus estudios estaban condenados al fracaso y que le era imposible dejar solos a sus padres después de todo lo ocurrido.

—Eso es lo que piensas ahora, pero seguro que se te ocurre algo —le contestó Erva, como siempre convencida de que todo podía cambiar—. Mientras tanto no debes tirar tus estudios a la basura. Deja que hable con uno de tus docentes. ¿O debo ir a ver al orientador?

—No sabría decirte.

—Seguro que lo entienden.

—¡Ah! Sí, seguro que sí, encima el día en que se acaba el plazo. Mira qué casualidad —dijo Isa riéndose.

Sin embargo, Erva no estaba dispuesta a rendirse con tanta facilidad y propuso imprimir y entregar el artículo que Isa había publicado en Cleangrrrls.

—Venga, vale —murmuró Isa. La verdad es que todo aquello le traía sin cuidado—. ¿Después vendrás aquí?

—Mañana puedo ir en tren.

—Estupendo, tía.

—¿Ies?

—Hmm.

—Vamos a solucionarlo, ¿vale?

—Joah.

Madre está en el pasillo, sus suspiros son audibles a través de las paredes. Isa adivina su lenguaje corporal sin verlo: la manera en que deja las bolsas y se saca los zapatos sin soltarse los cordones.

Justo después de colgar el teléfono, Isa ya echaba de menos a Erva y su disposición a hacer frente a cualquier problema del mundo por grande que sea. ¿Pruebas nucleares? Pues emprendemos acciones y seguro que las detienen. ¿Problemas con los estudios? Basta con que entregues un folio con palabras elegidas al azar y en un orden aleatorio, porque tu amiga dice que es «jodidamente brillante».

La boca seca y un zumbido en la cabeza. A Isa le habría venido muy bien tener a su amiga cerca esta semana, con su combatividad y su temeraria ingenuidad. Ojalá Erva estuviera aquí, ahora que madre

entra en la habitación gimiendo. Tal vez esa ciudad, esas personas, tal vez todo eso sea lo mejor que le ha pasado nunca. Ojalá Erva estuviera aquí, ojalá Isa estuviera allí. Una vaga sensación de añoranza se abre camino en su vientre. Lo contrario de la añoranza.

Madre deja una bolsa de peras en el frutero que hay sobre la mesa. La mitad se cae al lado y no se molesta en recogerlas. Lo que queda es una naturaleza muerta perfecta.

—Ayuda a tu padre a salir del coche.

El coche de madre está aparcado en el granero, al lado de la furgoneta de Charles. Padre ya ha conseguido abrir la portezuela del lado del acompañante y dar un cuarto de vuelta: apoya una mano sobre la portezuela y tiene un pie fuera en la gravilla. Jadea como si se hubiese pasado medio día huyendo.

—Ven, papá.

Isa le coge el brazo, se lo coloca sobre el hombro y saca a su padre del coche. Aunque es evidente que ha adelgazado mucho, lo nota pesado. Cuelga de ella, apenas se apoya sobre su pierna, deja que Isa cargue con él mientras él arrastra el pie por la grava. La nieve ha desaparecido casi por completo y la grava mojada se aparta, pesada, a su paso.

En la sala de estar, madre está delante de la chimenea, con un cigarrillo en la mano temblorosa.

—Muy bonito, niña —murmura sin volver la vista.

No hay nada en su actitud que indique que el altarcillo le parece de verdad muy bonito, nada en su cuerpo tembloroso que indique que está un poco aliviada. Todo es dolor de cabeza. Es como si el cráneo de su madre fuera una sala de estar en la que, justo cuando ella se disponía a ver una película bonita, una película familiar, alegre y algo sentimental, entrara Charles y agarrara el mando a distancia y cambiara a otra emoción. Un eco del estado de ánimo de Isa el día anterior. Saber cómo irá todo a partir de ahora en casa: igual, no de

otra forma, ni mejor. Terror constante.

—¿Hay que llevarlo arriba? —gime Isa, mientras sigue aguantando todo el peso de su padre.

—Sí, arriba.

—¿Puedes ayudarme?

Por fin, madre se vuelve.

—¡Dios, claro que sí!

Deja su pitillo en la repisa de la chimenea y coge el otro brazo de padre. Juntas cargan con él escaleras arriba, madre delante, Isa detrás, padre entre ambas.

—Me cago en… ¿qué demonios es esto?

—Quería poner la tele arriba porque papá se pasará mucho tiempo en la cama.

—Pero si arriba no tenemos televisión por cable. Me cago en todo, ahora no puedo pasar.

Media vuelta. Primero dejan a padre en el sofá, luego bajan juntas el televisor y suben de nuevo a padre. La madre maldiciendo, la hija tragándose todo lo que querría decir. Acto seguido, se dejan caer jadeantes en el sofá. Encienden otro cigarrillo. Confían en que llegue un momento de mutua comprensión.

—Quizá deberíamos quitar todo eso de la repisa —murmura madre —. Creo que es demasiado para tu padre.

Isa va cambiando continuamente de idea. Fernweh, nostalgia. Echa de menos su cuarto de la ciudad, el cráneo de Van Gogh, los discos, los fanzines, sus trastos. Por lo visto, la pregunta de si debe quedarse o irse nunca es tan sencilla como en una canción de The Clash.

Fernweh. Echa de menos el viaje de vuelta, el puente sobre el IJssel en el que ya no habrá un muro de niebla, el montículo que ahora le

dará la bienvenida bucólicamente como una nueva primavera. Ahora lo abordará de otra manera, ahora ya lleva cinco días sobria. Y aunque no esté sobria, los demás tendrán que aguantarse. Conoce cosas mucho peores que el manoseo del puto Jop Kistenmaker. ¿Qué se creía ese, que la intimidaba? Tendría que toparse algún día con el capullo de su padrino.

Otra ventaja de irse: no tener que ver más a Charles. Tal vez nunca más.

El cigarrillo de madre cuelga de su labio, de tanto en tanto, ella le va dando caladas apenas perceptibles. El extremo quemado es más largo que lo que le queda por fumar. Isa se acerca y sostiene el brazo de su madre.

—Estaría guay que pudiera volver a jugar al fútbol con papá.

—No digas chorradas —responde madre entre dientes, como si no se le hubiese escapado una palabra de la boca.

—Entre las toperas. Quiero decir, más tarde.

—Tu padre tiene que descansar.

—Más tarde, mamá.

Un poco más y la ceniza del pitillo se caerá, otra mancha en el uniforme de enfermera de madre.

—¿No te apetece refrescarte? Apestas a lejía.

—Tú también podrías ducharte.

—Ya lo he hecho. —Isa coge el pitillo, golpea la ceniza en el cenicero y lo vuelve a poner entre los labios de su madre—. Hoy quiero cocinar algo bueno. Para variar, sin carne.

—Tenemos mortadela de pollo.

—¡Dios, escúchame por una vez! No quiero comer pollos muertos.

—Vale, con tal de que no le metas cosas raras, a tu padre no le

sienta bien el ajo.

—¿Ha probado alguna vez el ajo? Creo que le pasa lo mismo que a aquellos monos.

—Le da acidez. Y más de una cebolla le provoca cagalera.

—Una vez hicieron un experimento con cuatro o cinco monos que podían coger un racimo de plátanos si subían por una escalera. Si uno lo intentaba, los demás recibían una descarga eléctrica, o algo así.

Madre apaga el cigarrillo en el cenicero. Enseguida enciende uno nuevo.

—Así que los monos apartaban al otro de la escalera y después de un tiempo lo hacían con cada mono tan pronto se subía al primer escalón. Incluso después de cambiar uno por uno todos los monos del experimento, ellos seguían apartándose unos a otros de la escalera, a pesar de que hacía tiempo que ya no había descarga eléctrica. Somos animales de costumbres, nos aferramos a dogmas e ideas, aunque ya no sean relevantes ni constructivos.

—Vale, venga, pon dos cebollas.

El timbre de la puerta. Cuánto tiempo hacía que no lo oía. Es como si nunca hubiese llamado nadie a la puerta.

—Ya voy yo —dice Isa, aunque su madre no hace ademán de levantarse.

Con tal de que no sea Veels. Charles se pondría furioso.

—Está abierta —grita Isa.

Al otro lado de la puerta, nadie contesta; sea quien sea, por lo visto no se atreve a entrar por iniciativa propia. No puede ser nada bueno.

Cuando Isa abre la puerta, resulta que no hay para tanto. Al ver los rizos rojizos, siente ganas de aplaudir.

—¡Señora Lien!

—Ay, cariño, llámame Lien.

—Entre.

Lien se menea incómoda en sus botas de goma.

—En realidad, solo vengo a traerte tu ropa. —Habla en voz baja, más baja que ayer.

—¿Cómo ha sabido dónde vivía?

—Ya huelen bien, pequeña.

Lien le entrega a Isa una bolsa de tela. Dentro están su abrigo y su ropa, encima de todo la camiseta de Erva. Planchada y plegada.

—¿Está segura de que no quiere pasar?

—Dios, no, me parece que lo que necesitáis ahora es un poco de descanso. —Sonríe con la boca, pero los ojos parpadean nerviosos.

—Es que me encantaría presentarle a mi madre.

—¡Oh, pero si ya nos conocemos!

—Entonces, deje que vaya a buscar su abrigo de piel y su chándal.

—Así está bien, niña. Tú tómatelo con calma.

Dicho esto, se apresura a ir hacia su coche, que sigue con el motor en marcha. Antes de que Isa pueda darle las gracias como Dios manda, Lien ya se ha subido al coche y se aleja por la senda de grava. Isa se despide con la mano, sin saber si Lien la ve o no.

Madre está sentada a la mesa de la cocina, pelando patatas.

—Mamá, habíamos quedado en que cocinaría yo.

—¿Quién era?

—Para ya y ve a ducharte.

—Aquí nunca viene nadie.

—Era Lien. Una mujer que venía a devolverme mi ropa.

—¿La de Gartie? ¿De la asociación de ganaderos?

—Unas personas encantadoras.

Madre suelta una carcajada, y golpea varias veces la tabla de cortar con gesto ostentoso. Algunas patatas ruedan por la mesa y caen al suelo.

—¿Y ahora qué?

—¿Y qué les pareció tu camiseta, niña? «Animal liberation» ¿o qué era lo que ponía?

—Mamá, ve a ducharte.

—Aquí la tienes, dándole lecciones a su propia madre sobre la mortadela de pollo, pero los mayores ganaderos de la comarca le parecen unas personas encantadoras. Y cuando tus amigos bajen de la ciudad para prenderles fuego a los establos de Lien y Gartie, ¿qué harás entonces? Niña, ¿cómo funciona el mundo en tu cabeza?

—¡Por el amor de Dios, tranquilízate! —Isa lanza la bolsa de tela sobre una silla—. ¿Cómo quieres que me huela que son ganaderos? Y aun así, Lien y Gartie me parecen personas que cuidan bien de sus bestias.

—¿Porque te han hecho la colada? ¡Dios, qué fáciles de contentar son los niños!

—Ya no soy ninguna niña.

—Y seguro que los ganaderos que no conoces son unos cabronazos.

—Eso no importa ahora. Tenemos que hablar de otras cosas.

—Unas personas encantadoras. ¡Me cago en...! —Madre se corta el

pulgar y tira el cuchillo de pelar patatas al suelo—. Ojalá pudieras sentir tanta empatía por tu propia familia.

—Ve a ducharte, mamá, cuídate. Hemos de pensar qué hacemos con papá.

—A mí no me des lecciones de nada, niña.

—Como si tú fueras sobrada de empatía. Desde el momento en que nací no has parado de quejarte de todo lo que te rodea. De este pueblo, de estas personas, de tu propia hermana, de tu marido, de la familia de tu marido. Todo te provoca dolor de cabeza.

—Niña. —Se chupa el pulgar ensangrentado.

—No es de extrañar que haya acabado odiando todo lo que me rodea, con el ejemplo que tengo. Y yo que pensaba que nadie quería tratar conmigo por culpa de papá o de Sharrel o de quién sé yo. O por culpa de un apellido. Pero ¿sabes qué he descubierto esta semana? Son unas personas, sí, en efecto, son unas personas realmente encantadoras. Y todos quieren a papá, todos. Mientras tú le estabas secando el culo a Diepenbrock, ellos lo estaban buscando por ti y por mí en el bosque, en la maldita niebla húmeda. Y tal vez podría haberlo notado antes, tal vez podría haber notado toda mi vida su amor sino hubiese visto el mundo a través de tus amargados y malhumorados dolores de cabeza. ¿Por qué no has intentado nunca cambiar algo si todo te parece tan malo?

—Me quedé con vosotros, niña. Podría haberme ido, como hizo mi madre.

—No me llames niña.

—Me quedé.

—Pues haberte largado, joder.

Cenaron en silencio. Las mismas tristes patatas de siempre, acompañadas de puerro fofo y bistec. Isa dejó un platito en la mesilla de noche de su padre y lo recogió intacto una hora más

tarde. Después le dio un poco de papilla de suero de mantequilla. Al final, solo madre se comió la carne; los bistecs de Isa y de padre acabaron en la basura. Con eso no se salvó a ninguna bestia.

En silencio. Así se resuelven todas las riñas, desde que a Isa le alcanza la memoria. En silencio y al día siguiente a seguir como si nada. Los meses antes de que se marchara a la ciudad, Isa y madre guardaban silencio varias horas al día. Padre siempre está callado.

¿Por qué demonios habrá invitado a Erva a venir aquí, qué se le ha perdido aquí? ¿Qué se le ha perdido aquí a Isa?

Otra vez el teléfono. Ya no aguanta más. Madre está tirada en el sofá, Isa está sentada a la mesa y ambas hacen como si no oyeran el estruendo del timbre. En momentos como este son como dos coches que se aproximan a toda pastilla, sin que ninguno de los dos tenga intención de apartarse. Tal vez sea Veels quien llama, tal vez se haya enterado de algo más sobre Charles, la foto, el accidente. Bah, y ¿qué más da?

El teléfono sigue sonando. Vamos, cede, levántate y descuelga.

—Keller.

—Eh, hola, ¿hablo con Isa?

—¿Y tú quién eres?

—Dayenne.

Dios, ese nombre.

—¿Dayenne Töttink, de la escuela?

Justo cuando tenías la sensación de que eran cosas tuyas, que lo que viviste de niña eran percepciones tuyas. El apestoso nombre y la mierda de recuerdos que trae consigo. Una rata en la capucha.

—¿Hola? ¿Isa?

—¿Qué quieres?

—Esta noche iremos a la disco de ’t Olde Wiel, mis primas y yo. Y he pensado que quizás quieras venirte con nosotras.

—¿Yo con vosotras?

—Digamos que para distraerte.

—Aquí tengo suficientes distracciones. —No suena muy convincente.

—Esta noche tocan los Porcelain Dream, hacen unas versiones fantásticas de los 40 Principales.

—Odio los grupos que hacen versiones.

¡Dios, qué ganas de largarse de aquí! No importa con quién, siempre que no tenga que estar sentada en silencio con madre. Otra vez el picor.

—Entonces ve a la sala de rock a bailar slam.

¿Qué puede haber peor que esto, qué podría hacerle Dayenne Töttink después de la semana que tiene a sus espaldas?

—Bueno… —responde Isa, y luego contiene la respiración, cierra los ojos y suspira antes de seguir—. Vale, sí.

—¡Qué guay! Oye Isa, ¿podrías conducir tú? Tengo el coche en el taller.

Mira por dónde, ahora se le acaba de ver el apestoso plumero.

—Joah —contesta Isa—, de acuerdo.

Retumbar de bajos y hormigueo de gente. Isa atraviesa las salas y los bares, sube y baja escaleras, se abre camino entre los cuerpos. Aún estaban haciendo cola delante de la entrada, cuando perdió de vista a Dayenne Töttink y a sus primas. Las chicas se fueron deprisa al puesto de comida rápida de enfrente porque querían una bomba de carne, allí no había nada que interesara a Isa.

A su izquierda oye gabber, a su derecha rock en el dialecto local. A pesar de que a los gilipollas como Jop Kistemaker les parecería que este lugar está muerto, aquí hay mucha vidilla. Sin embargo, a Isa la noche no le resulta reconocible; lo único que sigue siendo igual es la cacofonía y el ajetreo de cualquier noche de fiesta. Tras pasarse meses siendo la eterna extraña, Isa deseaba zambullirse en el calor dulzón de caras conocidas, sin importar que fueran amables o no; quería marinarse en sus historias sobre otras caras conocidas, sobre lo que hacen ahora, con quién andan y qué sueños no han visto cumplirse. Pero Isa no ve a nadie conocido. Ninguna de las chicas que antes bailaban aquí, ninguno de los tipos con los que se morreó en noches como esta. En la pista de baile, ve a chavales con el mismo peinado y la misma pinta que el chico del spot de Cheezer.

El trayecto hacia allí ya empezó mal, incómodo. Después de las frases de rigor —«¿qué tal estás?» y «¡qué situación tan horrorosa!»—, Dayenne enmudeció durante minutos enteros. Solo rompió el silencio para hacer un comentario sobre los crujidos de la radio de Isa. Cuando comprendió que esa noche no iban a arreglar aquel trasto, se sacó un móvil nuevo del bolsillo y llamó a sus primas. Que si tenían un ghetto blaster (una palabra que hizo enarcar las cejas a Isa).

—Me lo ha prestado mi padre —le explicó mostrándole el móvil después de haber colgado.

Isa no había visto nunca un móvil de cerca.

—También fue el primero de nuestra familia en tener un minidisc —declaró Dayenne—, y un cd-i.

Las chicas se subieron al coche sin dejar de hablar y reír, dos pequeñas Dayennes, de como mucho dieciséis años. El radiocasete a todo volumen: shut up and sleep with me come on why don't you sleep with me shut up. Aunque esa noche hacía un frío que pelaba, las dos llevaban solo una camiseta por encima de sus vaqueros. Lápiz de labios con purpurina sobre sus finos labios, morado la una, plateado la otra. Isa volvía a vestir su propia ropa. Había lanzado el chándal y el abrigo de pieles de Lien en un rincón de su dormitorio, después los volvió a coger para registrar los bolsillos. Llaves del

coche, monedero, un paquete de cigarrillos en el que solo había dos pitillos y un mechero, y la foto del periódico de su padre: a esas alturas ya bastante arrugada, aquella maldita foto que no obstante volvió a contemplar durante varios minutos. Charles Keller. El único en el mundo contra el cual ella no puede hacer nada. Después, Isa se metió en su sudadera con capucha como una mariposa que se escondía en el capullo.

En el Kadett, las tres Töttink se contaban cotilleos a voz en grito por encima del estruendo de la música. Un aroma dulce y familiar llenaba el coche. Cuando una de las primas le preguntó a Isa si quería unas caladas del porro, primero rechazó el ofrecimiento, pero después recordó lo que había decidido aquel día: que el único buen propósito que necesitaba era no parecerse a su madre. Lo demás no importaba. Miró a Dayenne que sujetaba el porro, se lo quitó de los dedos y tomó unas cuantas caladas profundas. En la banqueta trasera se oyeron vítores de aprobación. Después, se fueron pasando una botella de Feigling del que Isa tomó un sorbito, pero con eso le bastó. Se acordó de Veels. Ya hay demasiados ramos de flores en la carretera.

Un nuevo bajo resonó del radiocasete, uno que hizo gritar de placer a Dayenne.

—¡Para! —gritó—. ¡Para el coche!

Isa aparcó el Kadett en el arcén y Dayenne se apeó, avanzó unos metros y se puso a bailar en la luz de los faros al ritmo de Tokyo Ghetto Pussy, mientras se acariciaba el pelo, el cuello, los pechos. I kiss your lips and close my eyes, take you away to paradise. Las chicas en el asiento trasero chillaban de risa, ni siquiera Isa pudo reprimir una sonrisa. Conque es así. Así puede ser.

¿Cuántas normas del Beurskrach se infringen esta noche? Unas niñas de apenas dieciséis años restriegan sus traseros contra los pantalones de hombres excitados. Los tipos se hacen gestos unos a otros, con una mano levantan los vasos de cerveza mientras mueven la otra como si se la menearan. Esta noche habrá mucho ajetreo en las cuadras.

Isa recibe un empujón por detrás, un tipo gordo que sostiene en alto una bandeja de cerveza la aparta como si ella no estuviera allí. La cerveza salpica por todos lados y le moja los hombros, pero él parece no notar nada y sigue caminando estoicamente, derribando sin titubear a todo el que se interpone en su camino. Isa decide pegarse a su espalda y avanzar con él, igual que su madre en una ocasión siguió a una ambulancia para librarse de una retención en Arnhem. No le importa adónde vaya, siempre que sea un lugar más tranquilo que este. En la pista de baile se detiene en seco, así que ella también. El público está bailando la conga al son de Las chicas pelirrojas. El DJ agita los brazos en alto, tiene manchas de sudor en las axilas de su traje tirolés. Isa da unos golpecitos en la espalda del gordo, y cuando se vuelve le coge dos vasos de cerveza de la bandeja. Él se encoje de hombros riéndose.

Isa vacía los vasos de golpe, primero uno y luego el otro. El hombre de la bandeja suelta una carcajada y le ofrece otros dos vasos, que ella vacía. Nada importa.

Le asalta un tremendo picor, ganas de fumar otro porro. ¿A quién pretende engañar? Nunca habrá un Vigesimonoveno Intento de dejarlo.

¿Por qué no reconoce a nadie? Es como si hubiesen reemplazado a los asiduos de la discoteca de ’t Olde Wiel después de que Isa se fuera a estudiar a la ciudad. Quizá deba ir en busca de Dayenne y sus primas, deben de estar bailando cerca del escenario principal al ritmo de una versión de U2. Seguro que les queda algo de maría...

Un chico le pone la mano en un costado y le da un golpecito suave, quiere apartarla para pasar. Cuando está detrás de ella, su mano sigue en la cintura de Isa, la aprieta con fuerza, luego la desliza hacia la parte baja de la espalda, y sigue bajando...

Isa se vuelve y lo agarra por la barbilla, con el pulgar y el índice a ambos lados de la boca. Aprieta con fuerza, frunciéndole los labios en un extraño mohín. La única parte de su cara que no está deformada es la marca que tiene en la frente. Isa ve surgir el miedo en sus grandes ojos. Se parece a...

La cara entre las rejas. De pronto, Isa recuerda con claridad ese

rostro que grita de miedo. Lo suelta y, en un reflejo, el chico se lleva la mano a la barbilla para masajearse el dolor. El portero de la prisión vuelve la vista, busca una forma de escabullirse, pero se encuentra justo entre Isa y el escenario del DJ. Está atrapado, por segunda vez en una semana. Conque al buen muchacho le gusta pasar su tiempo libre en una de las salas de ’t Olde Wiel sobando a las chicas. Pues, si eso es lo que quiere... Isa le coge las manos y las coloca sobre sus caderas. Luego lo agarra por los hombros, aprieta su frente contra la de él. Ve que su mirada cambia. Se relaja, le frota los muslos con las manos. ¡Chicos! Es tan fácil ganárselos, incluso cuando les has dado un susto de muerte dos días antes.

Isa lo coge de la mano y le hace una señal de que la siga a través de la multitud que baila, hasta salir de la sala. El DJ pone ahora una versión carnavalesca de The Smiths, la conga corea «¡Henk el DJ, Henk el DJ!».

La entrada de las cuadras está bloqueada por dos gorilas con las manos cruzadas en actitud solemne. Unos tipos borrachos intentan colarse diciendo que «solo quieren degustar el ambientillo», pero son rechazados con firmeza.

—Solo aceptamos chico-chica o chica-chica, y nada de líos.

Los gorilas dejan pasar amablemente a Isa y a su ligue.

En la primera cuadra se ven unas nalgas blancas en la paja, él lleva el pantalón bajado hasta los tobillos, a ambos lados las rodillas de ella. ¿Habrá conocidos por aquí? En las siguientes cuadras se oye el cálido resoplido de los caballos. Es difícil encontrar un sitio libre, en el interior reina la más absoluta oscuridad. Al final del todo encuentran una caballeriza con la puerta abierta. El chico la atrae hacia dentro y la empuja contra la pared, le mete la mano en el pantalón. En la cuadra contigua hay un caballo de pie, está despierto, es alto y blanco, casi parece estar hecho de yeso. Sus fosas nasales sueltan un aire sofocante.

El chico no logra abrirse paso en los ceñidos vaqueros, sus dedos se han quedado atrapados. Isa se baja el pantalón, pierde el equilibrio

en el resbaladizo suelo de barro y cae en la paja. Le sonríe al chico, pero él tiene el gesto grave. Se tumba sobre ella, mete la mano entre sus piernas y la penetra con el dedo. Isa siente que la paja se le clava en las nalgas, no consigue relajarse.

El chaval parece no tener ni idea de lo que está haciendo. Isa lo aparta, le indica que se tumbe de espaldas. Cuando está encima de él, el chico vuelve a meterle la mano en la entrepierna. Ella lo agarra del pelo tieso, tira de él, aprieta su cabeza contra la suya. Pone su mano sobre la de él, guía sus dedos, fija el ritmo. Sí, así está bien, pequeño. Respiran al unísono, cada vez más rápido, entre ellos y a su alrededor todo es respiración. Él, ella, los caballos, las demás parejas, un aliento tórrido y ruidoso. Isa le aparta la mano de las piernas y se mete el dedo corazón del chico en la boca. Lo chupa, lo muerde, y mientras lo hace, se hunde su propia mano entre los muslos. Siente el aliento caliente por todas partes, el aire caliente en su tráquea. Sigue tirándole del pelo tieso y desaliñado. Y más fuerte. La respiración de él se vuelve más inquieta, sus ojos más atemorizados a medida que ella le muerde más fuerte el dedo. Tranquilo, muchacho, tranquilo, casi hemos acabado. Sí, casi. Así, sí, muy bien, muchacho. Sí. Joder, sí. Isa abre la boca, el chico retira el dedo y se lo aprieta bajo el sobaco para calmar el dolor. Ella le agarra el cinturón e intenta desabrochar la hebilla que no se deja, le empieza a dar la impresión de estar pasando una de las pruebas de Fort Boyard. Después de mucho toqueteo consigue sacarle el pene, un penetrante olor ácido le llena la nariz. Isa frena la respiración, en realidad ya no le apetece hacerlo, quiere volver dentro. A beber, a fumarse un porro. Dios, qué cosa más ácida. Haciendo gala de espíritu deportivo, le lame una vez el glande, está áspero, y en la lengua nota grumos harinosos.

—¡Dios! —exclama entre arcadas—. ¿Es que no te lavas nunca?

Isa se levanta y vuelve a ponerse el pantalón.

—¿Qué demonios haces? —El chico parece aún más asustado que cuando ella lo apretó contra la verja.

—Ve a restregarte contra un caballo con esa cosa apestosa.

Isa sale de las cuadras, cruza el aparcamiento y vuelve hacia las

salas de fiestas.

—Maldita puta —se oye vagamente desde las cuadras.

Por un instante, Isa considera la posibilidad de volver para hundirle la nariz en el estiércol de caballo, darle una lección sobre doble moral y sexismo, pero bien pensado, el chico ya ha tenido suficiente para esta semana.

El aparcamiento se va llenando de autocares, por lo que se ve las salas están a punto de cerrar. ¿Qué hora es? ¿Las demás siguen ahí?

Conque así era. Así era todo este tiempo. Esperar desamparada junto a los abrigos a que tus amigas aparezcan. Bueno, tanto como amigas...

En realidad, debería dejarlas plantadas. Que las primas Töttink se vayan con el autocar a casa, rodeadas de adolescentes vomitones. Isa deja el resguardo de su abrigo en el mostrador del guardarropa, la mujer responsable de entregárselo lo coge con desgana. Lleva un vestido de flores desteñido y tiene el pelo blanquísimo, debe de ser tan vieja como el propio local. Sin mirar a Isa se aleja hacia los abrigos. Quizá todo esto sea suyo, quizá tenga ante sí a la mismísima dueña del establecimiento. Tarda al menos un minuto en volver con el abrigo. Isa está cansada, todo le da vueltas. Sí, se va ahora mismo a casa. Solo tiene que cruzar algunos pueblos y dentro de media hora estará en la cama. Nota unos golpecitos en...

—¡Ies! ¡Conque aquí estás! ¡Tía, te has perdido algo de verdad, Porcelain Dream ha estado genial! ¿Ah que sí, chicas? Sí, en serio, genial. Isa, te has divertido, ¿verdad?

Bah, sí.

¿Siempre ha sido tan difícil mantener el coche en línea recta después de unas cuantas cervezas y unas cuantas caladas? Antes parecía más fácil. Las chicas en el asiento trasero se han quedado dormidas, Dayenne mira en silencio al frente. Su cara se ve lívida a la luz de la noche estrellada, seguro que tiene ganas de vomitar.

—¿Te queda algo que fumar? —pregunta Isa.

Dayenne la observa con la mirada vacía y la boca entreabierta.

—Por lo que veo, tienes algo en el bolsillo del pantalón. Me contento con un poco de tabaco.

De alguna manera, esta noche ha sido menos desastrosa que Nochevieja. Quizá todo dependa de quién te meta mano. Algún día, diría Erva con optimismo, algún día todos los hombres del mundo aprenderán a tener las manos quietas, siempre que sigamos recordándoles que su conducta no está bien. Mañana llegará Erva. Tal vez puedan volver juntas a ’t Olde Wiel, a ver qué puede enseñarles Erva a los chicos.

Isa tuerce, sale de la carretera provincial y coge un camino de arena que atraviesa los bosques, un atajo casi olvidado gracias al cual llegarán cinco minutos antes a casa. El coche da sacudidas sobre el suelo irregular, las ramas desnudas de los árboles forman un túnel que mantiene fuera la luz de la luna y las estrellas. Las chicas en el asiento trasero siguen durmiendo plácidamente.

—Necesito en serio fumar algo. —Isa mira a Dayenne, que ronca con la boca abierta en el asiento del pasajero. Así está adorable, sus mejillas le recuerdan a un hámster, como Tiffani Amber Thiessen o la Audrey de Twin Peaks. Sí, en realidad es bastante atrac...

¿Qué carajo es esto?

Isa pisa a fondo el freno, pero no puede esquivar el bulto que tiene delante. El Kadett choca con algo pesado, que queda estirado sobre el capó y tapa todo el parabrisas. Cuando el coche se detiene en seco, el bulto cae hacia delante, da una vuelta y media sobre la arena y se queda allí tendido en el resplandor de los faros. Un ciervo, un ciervo ensangrentado. Chillidos en el asiento trasero. Isa se vuelve y hace señas a las primas Töttink para que se callen. Están tiesas de espanto, sus finos labios de brillantina tiemblan de frío.

Isa abre la portezuela y sale del coche. El ciervo no se mueve, una de sus patas está suelta y le sale sangre de la boca. Isa se arrodilla a su lado, le toca el vientre hinchado, los Sex Pistols en su cabeza.

«Who killed Bambi? Who killed Bambi?». El animal está muerto, más muerto de lo que llegó a poner en un lienzo el lúgubre pincel de Courbet (Corzo muerto, Gustave Courbet, París, 1857; o El cervatillo muerto, Gustave Courbet, París, 1858; o La muerte del ciervo, Gustave Courbet, París, 1859).

El ciervo es enorme, puede que tenga dos metros de largo y sin duda es muy pesado. Dayenne también sale del coche, cierra la portezuela de un portazo, no consigue mantenerse erguida sin apoyarse en el coche. Raíces de árboles. Chica en el bosque.

—Joder, Ies. ¿No podías ir con cuidado?

—Cógelo por las piernas traseras, tal vez podamos moverlo.

—¡Puaj, qué asco! Hazlo tú.

—Tendremos que hacerlo entre las cuatro. Llama a tus primas.

—Ies, no digas chorradas, no podremos moverlo nunca, ¿no ves lo pesado que es?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—¿Irnos sin más?

—Aquí no puedo dar media vuelta, y si crees que voy a conducir marcha atrás durante un kilómetro por esta mierda de camino estás loca.

—¿Aún funciona el coche?

El capó está abollado, el parabrisas está rajado. Isa sube al coche, le da a la llave de contacto. El motor de arranque relincha y patalea, pero por lo demás, el coche no hace nada.

Isa nota un olor ácido procedente del asiento trasero. Le entran arcadas.

—Mierda, ¿quién ha estado vomitando aquí?

—Nosotras dos.

Fuera, Dayenne da vueltas alrededor del ciervo muerto, con el móvil al oído. Por supuesto. La salvación está cerca, así de simple es hoy en día, cuestión de tener un teléfono. Isa sale del apestoso coche y agradece la brisa invernal que le corta las mejillas.

Mañana llegará Erva.

—¿Has conseguido hablar con alguien?

Dayenne sacude la cabeza.

—Mis padres no contestan, papá duerme profundamente. ¿Podemos llamar a los tuyos? ¿Cuál es el número?

—Dame.

Isa marca el número de sus padres. A juzgar por el tono que se oye, el número ni siquiera existe.

—¡Oh no, mierda! —Isa tiene ganas de lanzar el trasto al barro.

—¿Qué?

—Los números de red cambiaron en octubre. ¿Cómo funciona ahora el cambio de número?

—Y yo qué sé, solo me he aprendido el número de mis padres. El 83 se convirtió en un 31 o algo así.

—Menuda putada.

Isa le da una patada al ciervo en el cuello, ya está rígido. Está cansada, mareada y cansada. Intenta calentarse las manos temblorosas en los bolsillos de su abrigo. Qué desastre: esta situación en el bosque, su vida, incluso los bolsillos del abrigo están hechos un desastre. Toca el periódico arrugado, en ese momento la hace sentirse tan mal que tiene ganas de destrozarlo. En el otro bolsillo un paquete de cigarrillos vacío, otro papel, no tiene ni idea de qué es. Lo despliega, intenta leerlo. Una mujer luciendo una camiseta de su gato. Al lado, la dirección de Liset y Johan. Un número de teléfono alemán, intacto, como los de toda la vida.

Las tres primas Töttink duermen en el asiento trasero, en el retrovisor ya se las podía ver adormilarse antes de que el Range Rover de Johan saliera del bosque y el techo de ramas se abriera al cielo estrellado. El suv avanzaba a toda velocidad sobre el camino de arena y las carreteras interiores, la tracción en las cuatro ruedas hacía su trabajo sin rechistar. Duérmete, niño, duérmete ya. Se han marchado dejando atrás el cuerpo sin vida de la bestia y los restos del Kadett sin una nota, pero no antes de que Johan le arrancara las matrículas y borrara el número de serie. Siniestro total, tan muerto y anónimo como el cadáver rígido del ciervo.

Ahora, Isa y su tío abuelo están sentados uno al lado del otro rodeados de silencio. Isa creía que se enfadaría cuando lo sacó de la cama con su llamada. Y más aún cuando llegó y vio el desastre que había provocado su sobrina, y las chicas que apestaban a vómito. Sin embargo, por lo que se ve, sus tíos abuelos no son iguales: Johan mantuvo la calma y se limitó a hacer casi maquinalmente todo lo que había que hacer.

Cuando llegan a un área de descanso para camiones, su tío sale de la carretera y aparca el coche. Con el puño, golpea la guantera y cuando esta se abre, saca de ahí dos cigarrillos liados.

—Ten.

Le ofrece un cigarrillo a Isa que se lo pone detrás de la oreja: está demasiado mareada para fumar ahora. La mano de Johan tiembla mientras enciende el suyo. Su barriga presiona el volante.

—Sharrel y yo pasamos algunas noches en la disco de ’t Olde Wiel. Cuando aún estaba Frank. Fueron pocas veces y dejamos de ir después de que Sharrel arrastrara por los pelos a uno de esos hippies que no se sabe si es hombre o mujer. Aunque las noches que pasamos allí, nos reímos mucho, eso sí. Una vez nos llevamos un par de nenas a casa, y no dejamos dormir a madre en toda la noche. Por la mañana, cuando las chicas cogieron las bicicletas resultó que Netta les había pinchado las ruedas. Esa mujer estaba loca.

—Tío Johan...

—Nunca me dio un abrazo. Tenía miedo de mimarnos demasiado si nos abrazaba. A Tom, sí, a ese sí lo abrazaba. Pero no a nosotros.

—¿Por qué hemos parado aquí? —Isa está destrozada, quiere meterse en la cama.

—Me alegro de que lo hayan encontrado. —De repente, su rostro está serio, otra vez la mano temblorosa. El labio también le tiembla.

—Tío Johan, por favor, vámonos.

—Siento lo que le pasó al chico. Me cago en la hostia. —Echa el humo del cigarrillo como si expulsara al demonio—. Estar allí tirado en la tierra fría. ¿Cuánto tiempo, dos o tres días?

—Tres, sí.

—No logro borrar esa imagen. Y eso que he visto muchas cosas. Pero que se caiga por segunda vez en ese lugar, eso no es normal, me cago en la hostia. Y luego quedarse allí tirado con el frío que hace, sin su pierna, sin poder moverse. No consigo quitármelo de la cabeza.

—Buscaba respuestas.

—Una cosa siempre provoca la otra. Quizá no deberíamos haberlo sentado nunca en una moto. Nunca deberíamos haberlo llevado al bosque, era demasiado sentimental para eso. La forma en que miraba a aquel conejo, lo mal que se sentía. Era un amante de los animales. Tan amante de los animales como tú, joder.

—¿A santo de qué viene todo esto?

—Niña, yo tenía todas las respuestas que él necesitaba. Pero fui demasiado cretino para dárselas. Y ahora ha estado tres días tirado en aquel maldito bosque.

Johan mueve los ojos a uno y otro lado, parece nervioso. Isa nunca había visto así a este roble inflexible.

—Aquel cabrón me había contado todo lo que pensaba hacer —prosigue—. Pero creí que se le pasaría. Debería haber sabido que

cuando uno de nosotros promete algo así, lo cumple.

—¿Qué prometió papá?

—¡Sharrel! Sharrel me lo prometió. Y si ese promete algo, sucede. Que tu padre caería en la última manga.

—¿Por eso estuvo Sharrel presente en el último cross?

Veels ya lo había vaticinado, pero de alguna manera ella ya lo sabía.

—¿Cómo sabes que estuvo allí?

—Ten. —Isa saca el artículo del periódico de su bolsillo y se lo entrega a su tío abuelo—. En la última fila.

—Me cago en la hostia, sí.

—Entonces, no fue un accidente.

—No, claro que no. Sharrel había soltado el sello de aceite, y destrozado el indicador de nivel. Así de simple.

A Isa, las manos le tiemblan demasiado para encender el cigarrillo. Lo sabía, por supuesto que lo sabía. Sin embargo, es muy distinto oír la confirmación con palabras de otro.

—¿Lo sabe tu padre? —pregunta Johan.

—Creo que sí. Llevaba encima esta foto cuando se marchó de casa. Creo que eso era justo lo que buscaba en el Arenal.

—Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

—Hay que ir a por Sharrel. Esto no puede quedar así, no puede ser que alguien se salga con la suya después de hacer algo así.

—Mucha suerte.

—¿Lo hizo solo?

—¿Acaso crees que yo...?

—No, pero mira bien esa foto. ¿Quién es la mujer que está detrás de él?

Johan aprieta el cigarrillo entre los dientes, se acerca el artículo a la cara. Puede que no reconozca a nadie, es una foto borrosa, amarillenta y, encima, en los últimos días la han arrugado varias veces. Pero no es ausencia de reconocimiento lo que Isa ve aparecer en los ojos cada vez más grandes de su tío abuelo. Es incredulidad. Se saca el cigarrillo de la boca, sacude la cabeza, y mira a Isa.

—Esa estúpida.

—¿Es mamá?

—¡Ja, ja, ja! —Por lo visto, la insinuación le resulta lo bastante graciosa como para que su barriga vuelva a temblar—. Casi aciertas —parece exultante, pero su alegría no dura mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Me cago en la hostia, menuda estúpida.

—Tío Johan.

—Es la otra —le contesta devolviéndole la foto. Baja la ventanilla, lanza su colilla y escupe fuera. Después mira a Isa—. Es su hermana.

lo que quiero contar sobre bella

Y entonces llegó Isabella. Patita de conejo, pequeño talismán.

Y yo no estaba preparada para su llegada, nadie lo estaba. Aun así llegó, tenía que llegar para provocar el terremoto que es, en definitiva, un bebé: cada recién nacido hace temblar la tierra a la que es arrojado, pone en movimiento la grava, la arena y el fango, incluso en lugares donde llevan siglos sin moverse. Todo cambió de lugar, y cambiaron las relaciones.

Tres hermanos: el mayor da noticias suyas después de años de encierro silencioso, convoca a los otros dos para decirles que tendrán que ceder su sitio, porque —aleluya— va a tener un nieto.

Tres hermanos: cada uno de ellos sobre su placa tectónica, los dos menores que de repente deben escuchar a un hombre con el que llevan años sin hablar. Convocados. Tan pronto lo miran a los ojos —los mismos ojos de pitbull que ellos— recuerdan cuál es la relación de fuerzas, y comprenden hasta qué punto sus placas han sido desplazadas por el bebé. Él, el mayor, no puede tocarlos y ni falta que hace. Ellos lo escuchan.

Tres hermanos: el mayor encerrado durante décadas, el mediano en exilio voluntario al otro lado de la frontera con los prusianos, el menor desterrado al cobertizo. E incluso el menor escuchó, el menor que no permitía que nadie le ordenara nada —salvo sus hermanos, con ellos no protestaba lo más mínimo— se resignó y asumió su papel de provocador que durante toda su vida aterrorizaría a la joven familia desde aquel cobertizo. Con eso debía contentarse aquel cabrón.

La casa era para Tom y Maureen y su hijo nonato, que apenas crecía en el vientre de opio de su madre, saciándose con la sangre intoxicada. La casa no sería para nadie más, así lo había decidido Frank. Su antiguo dormitorio acogió a una nueva moradora, pues él nunca volvería a dormir en aquella casa. Los trofeos que Tom y Maureen habían expuesto allí fueron trasladados a la buhardilla, vagos recuerdos de un pasado que nunca regresaría, recuerdos que ahora por fin podían dejar sitio a nuevas perspectivas. Esperanza: un bultito de esperanza, un talismán nonato. Unas semanas más.

Maureen bajaba por la escalera de la buhardilla cuando una punzada en el vientre la hizo encogerse. Se fueron a toda prisa al hospital. Nada de unas semanas más, el bebé llegó al cabo de unas horas. Un bultito de preocupaciones.

Era una niña. Demasiado pronto, diminuta y desesperadamente adicta a la morfina. Fue así como los médicos descubrieron lo que había hecho Maureen durante todo ese tiempo, que durante casi dos años le había dado a Tom media dosis y se había guardado la mitad para ella, para ella y para el feto, aunque sus conocimientos médicos no le permitían conocer ese último detalle. Lo descubrieron en el hospital y al cabo de unos días lo sabíamos todos, Dios, apenas podíamos creerlo, apenas podíamos creer que no lo hubiésemos visto antes. Entonces muchas cosas empezaron a encajar. Reentje.

Allí estaba, la diminuta niña, adicta de nacimiento. La llamaron Isabella, un nombre que debió de elegir Tom. Nosotros la llamábamos Bella, desde el primer momento en que empezó a correr la noticia sobre la niña y la morfina: Tom y Maureen tienen una hija que se llama Bella. Así se apoderan de ti, con tu nombre, tu vida: así te conviertes en un bien común desde tu nacimiento. Quién soy yo para decir que habría que hacerlo de otra manera.

En el hospital los libraron de su adicción a la morfina: a la madre, al padre y a la recién nacida, a los tres, por lo que cuando aquellos dos recibieron el alta y volvieron a casa con aquel bultito de preocupaciones no solo no tenían ni idea de cómo debían cuidar de aquel bultito, sino que tampoco sabían cómo arreglárselas sin aquel consuelo en la sangre. Sin embargo, los tres habían conseguido desengancharse. Lo único que no pudo dejar Tom fueron los antidepresivos, ni entonces ni nunca, ni siquiera cuando más tarde los dejó por iniciativa propia y se le fue la olla y puso patas arriba a todo el pueblo.

Allí estaba, la bebita Bella. Sin bautizar y sin Dios, pero allí estaba. Sin bautizar y sin Dios, sí, pero aun así se empeñaron en ponerle un padrino, Dios sabe por qué tuvieron que darme esa patada, por qué lo eligieron precisamente a él, que no tenía nada que enseñarle a ese bultito, ¿fue idea del propio demonio o lo fue de Reentje con sus estúpidos tres deberes, Reentje que intentaba tender la mano para, a través de su hija, unirse al odioso clan que nunca se había unido a

nada? ¿Por qué esa patada después en mi vientre sangrante? Es algo que me pregunté a menudo. Pero, ¡ay!, allí estaba, la bebita Bella, llegó para tranquilizar a esos dos, asegurarles que nunca volverían a estar solos. Para él, se convirtió en su talismán, su pata de conejo, su razón para vivir; para ella, su razón para seguir, para hacer el sacrificio que nuestra madre no pudo hacer. Jamás en la vida abandonaría a Tom Keller como hizo nuestra madre con nuestro padre. Jamás en la vida retrocedería ante su error, por evidente que se volviera ese error a medida que iban pasando los meses.

Y es que Reentje iba de mal en peor. Volvió su dolor de cabeza. Lo que había reprimido durante dos años y medio con aquella porquería volvió a aplastarle el cráneo como una apisonadora de diez toneladas.

Aquel mismo año murió nuestro viejo padre, sin que yo hubiese podido consolarlo llenando el silencio hueco, el vacío que se había instalado en nuestra casa.

Falleció después de haber sido abandonado dos veces y tras su muerte solo quedamos mi hermana y yo, y ninguna de las dos quisimos mirarnos a los ojos. No podíamos. La volví a ver en el funeral antes de que enterrásemos a nuestro padre, la vi allí sentada y fue la última vez que las dos nos quedamos donde estábamos sin rehuir la presencia de la otra. La iglesia estaba llena a rebosar, no había estado tan llena desde que el padre Lubbelink vomitó su sangre sagrada, pues nuestro padre era muy querido en el pueblo, Dios, eso quedó bien claro aquel día y aquel día fui plenamente consciente de ello, del amor que durante unas horas venció al luto, y puede que no haya vuelto a ser tan feliz desde el funeral de padre. Y todo el mundo sentía lo mismo, estoy segura, todos veíamos el simbolismo de aquella iglesia repleta que nos recordaba al cura que nos había sido arrebatado de forma tan bestial por un miembro de aquel horrible clan; el simbolismo de aquel templo a rebosar que debía su existencia a ese otro miembro joven de aquel horrible clan que había caído de forma tan brutal aquel día que yo ya no quiero recordar; el simbolismo de que el miembro más joven del clan, la recién nacida, fuera nieta tanto del hombre al que rememorábamos ese día como del hombre al que maldecimos, nuestra ambivalencia

encarnada, dos gotas de sangre que nunca tendrían que haberse mezclado presentes aquí y ahora con su madre —la hermana que crie como si fuera mi hija y que me fue brutalmente arrebatada, la hija carnal del buen hombre por el que nos habíamos congregado allí—: todo ese simbolismo, todas esas imágenes iban apareciendo en las bóvedas de crucería sobre nuestras cabezas, bailaban en redondo al son de la música de órgano que resonaba en la iglesia, se perseguían como el zorro que se muerde la cola.

El amor de la comunidad que no era para ella. Yo se lo hubiera concedido. Sabía muy bien dónde estaba ella, mi hermana con la pequeña Bella en su regazo, tranquila, tan callada e inmóvil como su padre Tom. Toda aquella gente no fue a la iglesia por Maureen. Ella estaba absolutamente sola con su niña y su dolor de cabeza; el resto de su horrible nuevo clan no era bienvenido en aquella casa de Dios, y después de la ceremonia, mi hermana no volvería a sentirse bienvenida. Allí estaba ella, nadie fue a darle el pésame ni a presentarle sus respetos, nadie le dedicó una sola mirada, uno tras otro vinieron a expresarme sus condolencias, y pasaron delante de ella, ignorándola, y en aquel momento no hubiese deseado otra cosa más que apartar a toda aquella gente e ir hacia ella, ¡oh hermanita, hermanita! Quería correr hacia ti, quería estrecharte en mis brazos y perdonarte el habernos abandonado, pero no pude: a mí también me dolía la cabeza, solo de pensarlo, la sentía llenarse de avispas que rompían mis pensamientos a picaduras, la sangre detrás de mis ojos me cegaba. Así pues, me quedé sentada como una lisiada, aparté la vista y me concentré en el amor y el simbolismo. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a hablar con ella, años, casi dos décadas enteras.

En aquellos años tras el nacimiento de su hija, Tom Keller estaba mejor. No es que lo viésemos nunca. No es que mirásemos en el interior de aquella casona sin cortinas que no necesitaba cortinas porque de todas formas nadie miraba lo que pasaba dentro, es lo que estábamos acostumbrados a hacer, a pesar de que ahora vivieran en ella una niña, una Teeking y el único Keller del que no teníamos nada que temer. Pero Tom estaba bien, eso era lo que nos decíamos unos a otros y por consiguiente así era. Ya fuera por las

pastillas o por el bultito cada vez más grande; después de años de dolor crepuscular, Tom Keller volvía a tener algo por lo que sonreír. La vida era como el agua del brazo del IJssel, la vida era ligera. Daban paseos a lo largo del río y hacían visitas a la feria en Alemania. Se los podía oír vivir. Los fines de semana, cuando paseábamos por el bosque los oíamos, al padre y a la hija, los oíamos disfrutar, divertirse y jugar a la petanca entre las toperas del patio. Bella ronroneando y retozando y Tom siguiéndola lentamente con su pata de palo. La única que se quedaba siempre dentro era Maureen, en la penumbra, con los ojos cerrados y la cabeza apretada entre las manos. Mientras los otros dos se divertían fuera, a ella se la tragaba la tierra.

Así era la vida, hasta que empezó la escolaridad obligatoria. Entonces, Bella tuvo que enfrentarse por primera vez con el mundo exterior, después de cinco años de no haber conocido apenas otra cosa que la granja y las personas que vivían en ella: padre, madre, padrino-tío abuelo al fondo del patio, otro tío abuelo que muy de tarde en tarde regresaba de su exilio para echar un vistazo.

Y, por supuesto, ese mundo exterior tenía una opinión clara, la gente estaba preparada, los padres habían susurrado a sus retoños todo lo que necesitaban saber para mantenerse apartados de ella. Aquella niña se convirtió en un ejemplo de todo lo que no debían hacer los niños. «Así no puedes ir a la escuela, ve a por el ungüento para ubres, coge una manopla y quítate esas costras de la cara. Pareces la hija de Keller. ¿A ver esas uñas? ¿Se te está deshilachando el pantalón?».

No es que la odiásemos todos, de verdad que no lo creo, ¿cómo puedes odiar a una niña, cómo puedes odiar a tu propia sobrina perdida?

No, no era eso, y menos ahora que empezábamos a tener cada vez menos noticias de sus dos tíos abuelos. No la odiábamos. Pero aparte de eso tampoco queríamos hacer nada más. ¡Y qué pintas tenía, qué fácil era marginarla! Ella y sus padres no tenían dónde caerse muertos. De tanto en tanto, el de Alemania les daba algo, pero por lo demás arrebañaban el plato para comerse hasta la última miga. A la que más se le notaba era a Bella, debido al contraste con el resto de los niños: ella se paseaba por el patio de la

escuela con los harapos deslucidos de la Fundación Madre Teresa entre los coloreados trajecitos de Oilily y los United Colors de Benetton. Y por tanto la marginaban, murmuraban que tenía pulgas. No sabría decir si era cierto o no, pero en cuanto la gente empieza a decir esas cosas, poco importa que tenga o no razón; poco importaba que Bella Keller no tuviera pulgas, puesto que de alguna manera estaban en lo cierto cuando decían que Bella Keller las tenía, puesto que estaba afectada, infectada por una estirpe criminal, en el sentido de que con estas cosas siempre cabe preguntarse quién sabe de verdad lo que es verdadero: el que vive en medio de su vida o la comunidad que está alrededor y puede verlo todo desde una distancia, que puede ver que, aunque esa persona sepa con total seguridad que no tiene pulgas, en cierta manera sabe que las tiene. De verdad que no la odiábamos. Pero ¿qué podíamos hacer?

Pasaron cincuenta estaciones, la vida a la sombra de la torre de la iglesia cambió como cambian todos los pueblos. Cincuenta estaciones que habríamos podido contar por las hojas del haya llorona de la plaza, viéndolas caer y volver a florecer una y otra vez, siempre y cuando esa haya aún hubiese estado allí, pero hubo que talarla para hacer sitio a los coches. Desplazamientos. Ladrillo, arena y asfalto. Años de novedades, de televisión por cable y teletexto; nuevos medios de comunicación que escupían la nueva verdad sobre Dios en nuestras salas de estar (en fin, en fin, qué se le va a hacer). Años de dudas, de iglesias a las que el obispado despojaba de servicios religiosos, a nuestro alrededor se cortaba por lo sano. En el norte, en Groninga, incluso derribaban pueblos enteros. Los prusianos derribaron el Muro. El puesto de fritos de Harrie Garink se convirtió en un restaurante chino. Nos dieron nuevos números de teléfono, que nadie había pedido. En la plaza vendían basura, cada vez más, los jóvenes se metían de todo en las venas, hasta que les salían manchas rojas y morían por aquello con lo que Dios los castigaba, los demás jóvenes se marchaban a estudiar fuera si tenían cabeza para los estudios y ya no volvían. Nos fuimos vaciando hasta que empezaron a llamarnos zona en situación de despoblación y ya no pudimos evitar la profecía autocumplida. Tapiaron los escaparates de las tiendas. Fusionaron municipios. Derribaron la fundición y de sus cenizas surgió un supermercado Jac Hermans extragrande.

Durante alguna de aquellas cincuenta estaciones, Maureen decidió dejar la Asociación de la Cruz, porque no le aportaba suficiente y podía ganar el doble trabajando para Diepenbrock. Johan ya no les daba nada y el demonio que vivía en el patio trasero de la granja no hacía más que molestarlos; había hundido algunos bloques de hormigón en la tierra y construyó un anexo donde criaba bestias, e incluso se las apañó para convertir aquel trabajo absolutamente normal en algo absolutamente ilegal.

Y ya desde la muerte de nuestro padre aquí dentro cambió todo. El café pasó a manos de otro propietario, y luego otro, y luego unos cuantos más, y cada vez venía menos gente y el interior se volvía más ajado y la música peor, la música que yo seguía oyendo igual de fuerte a través del suelo de madera, incluso más fuerte, hasta que de repente, un buen día blindaron las ventanas y se acabó la música, ese día se dejaron de oír ruidos y murmullos, y llegaron los olores.

La mayoría de los que venían aquí abajo eran niños. Niños como ella, de su misma edad, chavales alemanes que acababan de sacarse el carné de conducir, pero que seguían siendo los mismos niños que había visto cruzar la plaza apenas diez años antes, de la mano de sus madres, para hacer la compra o buscar una ración de cerdo agridulce en domingo.

Y ella venía a menudo. Era lo único bueno de todo esto, que podía verla detrás de los visillos. Siempre la veía, la esperaba sentada delante de la ventana que daba al aparcamiento donde la niña que había venido al mundo siendo una yonqui dejaba tirada su bicicleta y yo veía cómo esa niña venía hacia aquí con la mirada muerta como si alucinara permanentemente, así se acercaba a mí, o eso me imaginaba yo, que caminaba hacia mí y no hacia los de abajo. Qué ganas tenía de conocerla. Veía la cólera que llevaba en su interior y que, en mi opinión, ella misma no comprendía. Porque nos parecíamos muchísimo: ni ella ni yo lográbamos integrarnos y a las dos nos ponían furiosas las majaderías a nuestro alrededor, en mi opinión Bella se parecía más a mi familia que a la otra. A fin de cuentas, formaba parte de mi familia; ella era al mismo tiempo aquello que yo llevaba dentro y aquello que nunca más debía entrar en mi interior.

Una y otra vez, me imaginaba que llamaba a mi puerta; aquí abajo ella podía elegir entre dos puertas y yo me lo imaginaba así: incluso me levantaba para abrirle, aunque ella siempre desaparecía en esa parte de la casa a la que antes yo podía acceder desde arriba, bajando la escalera, esa era mi entrada, hasta que después de varios propietarios me la amputaron por completo. Y me esforzaba en descubrir su voz entre los murmullos, quería apretar la oreja contra el suelo como hacíamos mi hermana Reentje y yo de pequeñas, de eso hacía ya mucho tiempo. Pero nunca oía su voz.

Con todo, puede que durara solo tres años. Tres años hasta que la niña que era demasiado joven para lo que sucedía aquí abajo se volvió demasiado mayor para encontrar algo que hacer en este pueblo.

Cómo debió de ser para Tom. Otro Keller con talento.

Un Keller con talento no se queda nunca mucho tiempo en casa, seguro que él lo sabía mejor que nadie. Y ella tenía talento, aprendía con aquella cabecita suya, tenía un talento indudable y, por mucho que intentara apagarlo con los vapores de aquí abajo, tarde o temprano ya no podría contenerlo más y volaría lejos de aquí para cultivarlo en una ciudad universitaria. Creo que a la Academia de Bellas Artes. Una oportunidad que nadie había tenido en aquella familia. Puede que, en sí, Frank fuera apto para estudiar; cuando acabó primaria, hace un montón de décadas, su maestro se fue en bicicleta hasta la granja para hablar con Netta, empezó a pedalear con más entusiasmo en cuanto vio aparecer la glicinia recién florecida y llegó sin aliento para contarle la buena noticia a la señora Keller de que su hijo podría seguir aprendiendo. Sin embargo, no hubo forma de convencer a aquella mujer: su hijo Frank debía ganar dinero y Netta Keller no había oído hablar nunca de nadie que ganara dinero aprendiendo. Unos años más tarde, cuando Johan acabó primaria, el maestro consideró la posibilidad de volver a presentarse en la granja y hacer un discurso inflamado, pero después del anterior encuentro no se vio con fuerzas. Con el tercero, el canalla, el maestro ni siquiera se planteó que pudiera seguir aprendiendo.

No, Isabella sería la primera, y así fue. Tom debía desprenderse de lo único que lo había mantenido vivo en los últimos dieciocho años, era como si por segunda vez en su vida le amputaran una parte de su cuerpo, como si tuviera que acostumbrarse por segunda vez al dolor fantasma.

Y así pues, Tom volvió a caer. Cayó en el pozo sin fondo en el que su mujer llevaba tiempo flotando. Un silencio vacío, como el que habíamos conocido padre y yo cuando ella nos dejó. Hacía años que Maureen y Tom ya no significaban nada el uno para el otro: Maureen se deslomaba como una autómata en la casa grande del viejo verde y Tom apenas agradecía ya los pequeños momentos robados en los que ella se dignaba a volver a casa y sin un «hola» o un «cómo estás» se deslomaba como una autómata cuidándolo. Era como si no estuvieran allí, dos fantasmas que flotaban en una casa en llanto. A ella no se lo podemos reprochar, ni yo ni nadie. No podemos culparla de que no se diera cuenta de nada. De que él echaba de menos a su hija y que, cuando cayó, el golpe fue más duro que nunca. De que Tom fue palideciendo, hasta volverse casi transparente, hasta casi esfumarse. Un espectro que tiraba los antidepresivos por el desagüe. De que empezó a delirar de día y de noche.

Es un milagro que un buen día se percatara de que él había desaparecido.

Aquí también se hizo un vacío cuando Bella se marchó. Creo que todos lo sentimos, de una u otra manera, por poco interés que hubiésemos prestado a su existencia en todos aquellos años. De repente dejamos de verla durante meses enteros. Durante meses no vimos a ningún Keller errando por la plaza, con las manos en los bolsillos, escupiendo en el suelo, a los otros no los veíamos desde hacía años, pero ahora que la pequeña Bella se había mudado a la ciudad, flotaba una calma total sobre los adoquines. Por primera vez en las vidas de todos nosotros, aquella familia había dejado de ser un factor de importancia. Aunque tal vez eso solo sucediera en mi cabeza, mi cabeza silenciosa que ya no zumbaba; sentía la calma, calma y concentración, y solo entonces me di cuenta de lo vieja que me había vuelto. Hacía tiempo que había dejado de llevar

la cuenta. Debería estar muerta, ¿me había tenido tan ocupada aquel zumbido que había olvidado morirme? Me lo pregunté durante semanas, durante semanas enteras aquel silencio absoluto en mi cabeza me permitió reflexionar. Memento mori, silencio absoluto. Hasta que llegó un día en que un Keller apareció en la plaza.

Era él. Hacía dos décadas que no lo había visto.

Salió cojeando del autobús, atravesó la plaza con aquella pata coja, tan lentamente que me entraron ganas de vomitar, porque me dio tiempo suficiente para pensar a qué vendría, sabía que venía a preguntarme algo, algo que, desde que mi hermana me abandonó, no le he contado a nadie, porque ni siquiera quiero pensar en ello, pero allí estaba él y yo me levanté de la butaca y me fui a la cocina para no tener que verlo, él aún estaba lo bastante lejos para no descubrirme, estaba convencida de eso, conque me fui a la cocina y allí me quedé quieta, porque no podía mirarlo a la cara sin volverme loca gritando, me deslicé hacia el suelo apoyando la espalda contra el horno y esperé, contuve la respiración como conteníamos antes la respiración cuando lo veíamos subido a la moto, atravesando los prados con sus dos tíos, esperé y esperé y pensé que tal vez se iba a otro sitio, que me lo había imaginado todo con ese avispero zumbador que tengo por cabeza, o que tal vez ni siquiera había estado aquí. Acababa de convencerme de ello cuando oí el golpe en la puerta. Sabía lo que venía a preguntarme, así, sin pastillas con su cabeza delirante. Me tapé la boca con la mano, no podía parar de tiritar y la puerta del horno en mi espalda tiritaba conmigo, toda la cocina empezó a traquetear y tintinear y abajo él golpeaba la puerta una y otra vez, pero yo me quedé sentada, cerré los ojos con fuerza y recé hasta veinte avemarías antes de que por fin se pararan los golpes.

Eso fue el día en que desapareció, que puso patas arriba al mundo entero. A mí no me gusta hablar, pero yo lo sabía todo, desde aquella noche con sus tíos y el conejo, podría haber vaticinado que saldría mal y ahora había llegado la hora. Lo volvieron a ver una vez más, aquí, justo delante de mi puerta, una vez más estuvo aquí y después desapareció.

Tal vez debería habérselo contado a alguien. A Veels o, acaso a

Bella cuando vino ella también a llamar a mi puerta. Debería haber contado que, después de yo qué sé cuánto rato, me levanté apoyándome en la encimera y volví a la ventana, y lo vi allí parado, hablando con unos chavales alemanes con los que hizo un trato de que entraría aquí abajo para comprarles porquería y ellos le devolverían el favor llevándolo en coche, yo no sabía adónde; ahora sabemos todos que fue al Arenal. Con aquella foto, con aquellas preguntas. Debería habérselo dicho a Bella, porque sí, también ella vino a llamar a mi puerta. Unos días después de su padre, hacía meses que no la veía y de repente la vi llegar y me imaginé por enésima vez que llamaría a mi puerta en lugar de ir a comprar porquería aquí abajo pero aquel día, cuando llamó de verdad a mi puerta como yo había esperado todas las otras veces, cuando por fin sucedió, entonces me quedé paralizada en la butaca, también me sorprendió después de tantas veces, pensé ahora sucederá pero no me moví, tampoco esa vez lo conseguí, igual que me sucedió cuando vino su padre, y también ella se rindió después de llamar unas cinco o seis veces.

Dios, aquella semana fue una montaña rusa. Durante días enteros estuve pendiente de Radio Grandioos, equipos de búsqueda, perros rastreadores, helicópteros. Nosotros nos sentíamos muy culpables, yo no tanto, aun así: nosotros. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Lo recordamos todo, tal como me sucedía a mí cada día. Todo lo que le habíamos hecho a aquel chico que ya era un hombre, toda aquella historia y ahora, por primera vez en dos décadas, yo volvía a verla en todas las caras que pasaban por la plaza, me daba cuenta de que aquella noticia había arado los campos de su memoria. Y Dios, qué alivio sentimos cuando lo encontraron poco después, cuando todos suspiramos en silencio que no estaba muerto y lo más importante que no fue por nuestra culpa pues al fin y al cabo eso es lo más difícil: vivir con la culpa, más difícil, grotesco y agotador que ser la propia víctima.

Qué alivio sentí al pensar que todo se había acabado. Que ya nunca más ninguno de ellos llamaría a mi puerta, que ella regresaría a la ciudad universitaria y que Reentje volvería a cuidar de él tal como ella misma se había impuesto en otro tiempo como su tercer deber y

que el ruido se apagaría en la plaza y alrededor, en mi cabeza y mi alrededor. Nunca más llamaría a la puerta, eso era lo único que sabía con certeza. De ninguna manera podía figurarme que unos días más tarde se presentaría aquí, por segunda vez, más enfadada de lo que nunca hubiese podido imaginarme. de ninguna manera podía figurarme que, de algún modo, acabaría atando cabos. que uno de sus infames tíos abuelos se lo contó cuando fue a buscarla en plena noche porque había atropellado a un lobo o yo qué sé qué, una bestia que a veces aparece de pronto delante de los faros tal como si fuera nuestro Dios todopoderoso saltando de una caja. él se lo contó y ella no dudó en venir a verme, enfadada, furiosa. aún puedo oír los golpes contra la puerta.

A veces, solo de vez en cuando, tengo la sensación de que mis recuerdos y mis historias no son míos.

A veces. Por lo menos los recuerdos y las historias que se refieren realmente a mí. Me llevo las manos a la cabeza, aunque eso no me sirve de nada.

Al menos, el hoy que no existe, pues cada suspiro exhalado significa que ese suspiro pertenece ya al pasado, el pasado sin aire y sin fondo en el que recuerdas ese suspiro distinto de cómo fue en realidad.

Al menos hoy, y a veces también ayer, no son míos, nunca ha habido espacio para ellos, tengo la cabeza demasiado llena de las vidas que han tocado la mía.

Cuando pienso en estas cosas, mi cabeza se vuelve papilla, mi cerebro puré.

Cuanto más lejos está, mayor es la nitidez con la que lo veo todo, pero cuando pienso en las cosas que suceden hoy, de algún modo siento que abandono mi cabeza y asciendo y entonces es como si yo no fuera yo sino como si fuera una corriente de aire que mece suavemente los visillos y las telarañas y los penachos de polvo que

cuelgan del techo y entonces me veo ahí sentada como si fuera un personaje en mi propia historia. Esto es lo que creo que pasa, así lo noto cuando pienso en ese día de no hace mucho, de hace demasiado poco para colocarlo en su contexto, lo vivo todo como si fuera hoy y cuando siento algo como si fuera hoy, entonces le sucede eso a mi cabeza, que la abandono y me convierto en una corriente de aire, siento como si fuera hoy ese momento ese momento ese momento en que llamó por segunda vez a mi puerta, bella isabella keller, volvió a llamar a mi puerta una segunda vez y esa vez le abrí y la dejé entrar pues esperaba a otra persona, aunque en el estado en que me encuentro ahora no logro recordar quién o qué ni en qué momento abrí la puerta sin pensarlo y vi quién tenía ante mí, ya no importaba a quién hubiera esperado. nada importaba ya, ya no había escapatoria.

isabella.

isabella.

isabella y yo.

6 de enero /

ella trajo consigo sus avispas

El andén está desierto, una expendedora de snacks vacía sobre un lienzo desvaído. En algún lugar, muy lejos, se aprecian los humos de la planta incineradora de residuos que padre siempre llamaba la máquina de hacer nubes. En aquella época, el cielo siempre parecía más azul.

El tren ya se acerca, su susurro va abollando poco a poco el silencio perfecto. La gente se pregunta a veces por qué sigue habiendo una estación aquí. Tres kilómetros más allá hay otra y tres kilómetros antes, también. A los trenes regionales no les queda más remedio que parar en cada estación.

Está exhausta, no ha dormido ni un segundo.

Habría querido recibir a Erva en circunstancias muy diferentes. Quería mostrarle lo bonito que es todo aquí, lo sensibles y hospitalarias que son las personas detrás de las historias, las historias detrás de las personas. Qué bonito habría sido presentarle a Lien, aunque fuera ganadera. Romper esa etiqueta. Qué bonito habría sido enseñarle las fotos de campeón de padre, presentarle a padre, o incluso a madre, mostrarle lo mucho que se desloma por su familia en casa de Diepenbrock. Personas de verdad, no las sombras vagas y teóricas de personas sobre las que se filosofa en las buhardillas de los centros político-culturales. Sino personas de verdad. No el reflejo de la montaña en el agua, sino la propia montaña. No la sombra de la hoguera en un claro, sino las llamas. No la media luna sino the whole of the moon (No olvidar devolverle algún día el LP de los Waterboys a Dex).

yo había dormido muchísimo ese día, demasiado para alguien que estaba acostumbrada a vivir durante décadas siguiendo el ritmo de una vieja, incluso cuando aún me faltaba mucho para llegar a vieja, durante décadas me levantaba temprano y sabía exactamente cómo quería llenar el día, hacia qué lado quería dirigir mi cabeza y cuándo sería la hora de las avemarías que acompañan determinados pensamientos. pero ese día particular me desperté demasiado tarde, atontada y en realidad extenuada, quizá por ello me sorprendió tanto, cuando me desperté ya

me sentía translúcida aunque ahora no sabría decir si lo sentía de verdad o si solo lo recuerdo así ahora o si entonces ya sentía que más tarde lo recordaría así. translúcida me fui a la sala de estar, translúcida miré por la ventana. por qué no me habían despertado los badajos. ¿qué había salido mal? ¿qué demonios les pasaba a las campanas de la iglesia de sint martinus?

Qué bien huele. Querida Erva. Qué alegría tenerla cerca otra vez. Llorar entre sus rizos.

—Eres preciosa —exhala en un susurro que se entrelaza con el runrún del motor al ralentí.

—No tienes nada de qué preocuparte, he entregado tu trabajo. Y me dijeron que incluso puedes presentarte a la recuperación.

—Gracias —le contesta Isa en voz baja.

—Entonces, ¿no abandonas?

Isa se encoge de hombros.

—Parecías tan confusa cuando me llamaste esta mañana.

—Todavía estoy un poco mareada por lo de ayer.

Son unas palabras que hace solo una semana habrían tenido un significado muy distinto: alcohol y drogas. No me sueltes, por favor.

Erva se aparta un poco y hace una mueca.

—Y encima hueles mal.

—Venga ya, ¿es que no estás acostumbrada a los punks apestosos que te rodean siempre?

—¿Qué camioneta es esta? —pregunta Erva—. Me costó reconocerte en el aparcamiento.

Oh, sí. Su coche, su coche de verdad, quedó totalmente siniestrado en una carretera de bosque.

—Es una furgoneta, se la he mangado a mi padrino —contesta Isa.

Se la encontró allí, en el granero. Las llaves en el contacto, como siempre, el depósito lleno. Tan fácil. Charles se pondrá furioso cuando lo descubra, pero ¿qué podía hacer ella?; madre había acompañado a padre al hospital para una visita de control. En

realidad, es muy lógico. Peligroso, aunque lógico.

Por favor, no me sueltes.

tenía una cita, eso creo o eso creía entonces, aunque no recordaba con quién o no recuerdo ahora con quién y ya no sé si entonces sabía con quién. qué más da. salsa de carne, eso me apetecía, eso lo recuerdo muy bien. pan de centeno con salsa de carne o si acaso con manteca de cerdo.

La furgoneta acelera por el dique de Wolsink, el brazo del río pasa muy rápido. Imposible ver hacia qué lado fluye. Tal vez sus aguas estén quietas.

—El padrino de esta furgoneta, ¿es el mismo padrino del que me hablaste esta mañana? ¿Digamos, el malo de la película?

—Una persona solo tiene un padrino.

—Ies, ¿en qué líos te metes robándole la furgo a un tipo así?

Quien no duerme, tampoco duerme a medias. Quien no duerme a medias, no tiene alucinaciones. El volante parece escurrirse en las palmas húmedas de Isa.

—¿Has traído el número de Dex, tal como te pedí?

—Me lo sé de memoria. —Erva repiquetea nerviosa los dedos sobre las rodillas, por primera vez desde que Isa la conoce, no parece estar a gusto—. Ies, ¿qué vamos a hacer?

—Armar jaleo. Gritar.

—¿No deberían haber venido conmigo Dex y los chicos?

—Más tarde. Lo que vamos a hacer ahora podemos hacerlo solas.

sí, sí el reloj de la iglesia de sint martinus estaba roto y más que roto. era el único reloj que tenía yo, hacía años que en mi apartamento no tenía otra forma de saber la hora, salvo quizá por el ángulo en el que entraba la luz del sol transportando partículas de polvo hacia la repisa vacía de la chimenea, y por tanto solía mirar fuera, a la torre, solía mirar las agujas que ahora estaban paradas y con ellas el tiempo. me fui a la cocina para calentar la salsa, pero antes de que pudiera encender una cerilla oí los golpes. golpes fuertes en la puerta, ahora sé que eran de enfado, pero entonces lo oía todo a medias. otra vez y otra. y yo, yo bajé, aturdida y traslúcida, flotando sobre la alfombra de la escalera, y ni por un instante se me ocurrió que pudiera ser ella, ni lo que venía a hacer.

—Mejor espera un momento en el coche. Vuelvo enseguida.

Isa se apea, cierra la portezuela dando un golpe que la asusta a ella misma. Se acerca a la puerta a grandes zancadas. Golpea con el puño. Grita.

Esa estúpida, así la llamó el tío Johan, así la llamaba siempre su madre. ¿Qué demonios se le había perdido a esa estúpida en el accidente de padre?

No contesta. Isa vuelve a golpear la puerta, esta vez con más fuerza. Golpea la madera con el pie. La vez anterior, por supuesto la vio llegar, aquella vez que vino, sin duda fue eso. Oyó voces. Estúpida. Esta vez no se librará.

Isa se dispone a dar otra patada, si hace falta abrirá un boquete en la madera. La puerta es muy vieja, muy quebradiza. Tal vez mejor que no, no vaya a ser que se le claven astillas en la pantorrilla y tenga que ir al hospital.

De pronto, alguien quita un cerrojo. Abre la puerta. No a medias, sino de par en par. La tía también parece asombrada.

¡Sí, diablos, allí está! Allí están. La tía, Isa y la tía.

parecía cansada y ausente. quizá por ello tardé un poco en reconocerla, tal vez por ello no me sobresalté enseguida, sino que el espanto salió después, cuando comprendí. dios santo, creía de verdad que me encontraría con otra persona.

¿Cuánto tiempo hace que no se han visto? Isa no la recordaba así en absoluto. La última vez fue fugazmente, Isa todavía era una niña, estaba en la tienda con madre y señaló a su tía y madre le dijo que cerrara la boca y se la llevó fuera. En todos esos años, la ha convertido en su cabeza en una mujer muy diferente. Ahora la ve vieja. Demasiado vieja. Se quedan así mirándose, en silencio, incómodas. Un semblante pálido, tan blanco como la nieve mojada, traslúcido dirían algunos, pero algo así no existe. Está, pero a la vez no está. Parece tener la mente en otra parte.

La tía se santigua. Abre un poco la boca y susurra

esperaba a otra persona

y de alguna manera no parece decírselo a Isa sino a la plaza desierta que hay detrás de ella, al reloj de la iglesia, al campanario, al viento, al cielo nublado. O puede que allí detrás haya alguien escuchando, leyéndole los labios. ¡Grita ya! Erva está mirando. Demuéstrale de una vez por todas de lo que eres capaz.

¡Qué vieja es! Parece mucho más vieja que madre, y eso que madre ya parece mucho más vieja que las mujeres de su edad.

Solo ahora mira a Isa a los ojos. Le hace un gesto para que entre, como si de pronto supiera a qué ha venido Isa. ¡Venga, grita! Abre la boca.

¿Qué haría Charles ahora?

Isa sigue a su tía hacia arriba por la ajada escalera. Cruzan el rellano, la tía señala una estrecha puerta en la parte delantera de la vivienda. Siguiendo sus indicaciones, Isa toma asiento en la butaca que hay junto a la ventana. Vistas a la plaza de la iglesia, a los coches, a la furgoneta. Isa saluda con la mano, pero Erva no la ve.

Los vapores de abajo llegan hasta aquí a través del entarimado.

le indiqué que pasara y me precediera porque aunque sea mitad familia y esa mitad podría ser buena, nunca dejaría que la otra mitad me mirara la nuca con esos ojos de pitbull que tienen. quién sabe lo que podrían clavarme. cuando llegó arriba me esperó, ahora comprendo que fue por educación, pero entonces estaba demasiado nerviosa para verlo, esperaba a otra persona y su llegada me dejó desconcertada, intentaba luchar contra mi miedasco, intentaba convencer a mi yo traslúcido de que ella no tenía nada que ver con el pasado, que el pasado había muerto en el momento de nacer ella, pero yo sabía como nadie que alguien aseguró de veras, antes de que se convirtiera en un tópico, que el pasado no está muerto y que el pasado ni siquiera es pasado y por tanto hice caso omiso a su gesto y le ordené que siguiera hacia la sala de estar, le ordené que se sentara mientras yo preparaba un smodde koffie.

—No vengo a tomar café ni té, me cago en la hostia, vengo a hablar.

Eso suena bien, ese es el tono, así lo haría él. La tía ya está en la cocina. ¿Lo habrá oído?

En la repisa hay fotos, más fotos de las que caben, la mayoría ni siquiera pueden verse porque se tapan unas a otras. Fotos del bar como era antes, una sala larga y estrecha en la que solo hay dos hombres, uno en la barra y otro detrás. De la plaza de la iglesia cuando todavía no había un aparcamiento, en el centro el viejo roble, la foto está tomada desde esta habitación. De una familia, un padre y dos niñas con el uniforme escolar. Parecen felices. Una veta atraviesa el papel amarillento y las esquinas están rizadas, pero aún se ve claramente que las niñas ríen.

Nunca ha visto reír así a madre.

cuando el agua rompió a hervir, saqué un puñado de granos de la lata, los molí y los eché en el cazo de bronce y me fui a la salita para ver si ella, si isabella, quería nata o azúcar con el café o si prefería tomarlo solo y, algo ausente, me contestó

—Solo.

y luego esperé en la cocina a que el café borboteara tres veces, esperé allí mientras mi viejo yo sabía muy bien cuánto tardaría el smodde koffie en borbotear tres veces en un cazo de bronce, así que también podía esperar en la salita, pero noté que mis viejas piernas empezaban a temblar, conque no dejé que mis piernas temblorosas me llevaran hasta la sala y las dejé temblequear en la cocina, esperando sin necesidad a que estuviera listo el café, y después ya no pude escapar más, después tuve que ir adonde ella con la bandeja de nuestro padre sobre la que había dos tacitas de café y caminé lentamente mientras rezaba en silencio para que ella no se diera cuenta de lo mucho que retemblaban la bandeja y las tazas.

Las tazas tintinean en la bandeja. Es té negro, en fin, qué se le va a hacer. Las dos se sientan, Isa en el sillón y Annie frente a ella en el canapé. En la mesa un vaso con cigarrillos, Isa coge uno y lo enciende sin pedir permiso.

sabía a qué venía, por supuesto que lo sabía. venga, muchacha. ya sé la respuesta.

—Sé que estuvo usted allí.

yo no estuve allí.

—Estuvo allí con mi padrino, los dos agarrados del brazo como si se lo estuvieran pasando en grande.

La habitación resulta sofocante, está cerrada. Isa ahuyenta el humo del cigarrillo de su cara.

—He traído la foto —dice.

suspiré, aliviada de que no mencionara su nombre. él no estaba presente, juro que él no estaba allí y yo tampoco estaba para controlar que él no estuviera pues no puede existir un mundo en el que estuviésemos los dos presentes, aquel día pesado como un bloque de cilindros en aquel páramo.

Dios, cuánta paciencia se necesita con esta mujer. Hay que seguir siendo amable, gritar no servirá de nada, Isa ya se ha percatado de eso. Esa estúpida la llaman. La tía. Isa lo entiende. Entiende por qué no puedes conseguir respuestas a tu manera, sino que debes adaptarte siempre a la persona que tiene la información, el poder.

—¿Qué le ha hecho mi familia? ¿A qué vienen todas esas historias, esas patrañas?

patrañas asquerosas, ay, hermanita, tu niña ha acabado hablando igual que tú.

dios santo, menuda pregunta, que qué me ha hecho esa familia. el psiquiatra o el cura diría que la gente habla de lo uno para no hablar de lo otro. pero a mí eso siempre me pareció demasiado fácil, hablo de tom debido a ti, hermanita, te lo he dicho muchas veces y siempre, siempre, siempre lo seguiré diciendo. esa familia que te apartó de mí, ese odioso clan con el que no quería tener nada que ver nunca más. por qué ha tenido que venir hasta aquí, por qué ha traído bella sus avispas, a su podrida familia.

¿Así de sencillo? Tiene que haber algo más. Su familia. Isa cierra la mano hasta formar un puño, se muerde el labio. Dientes y uñas. Debes seguir siendo amable.

—Pero nosotras también somos familia, ¿no?

niña, eso díselo a tu madre.

—Habla usted igual que ella.

no volví a hablar con ella después de que se casara con uno de aquel odioso clan del que ya se podía sentir y oler que algo andaba mal cuando esos dos tíos se llevaron al niño al bosque en plena noche y le obligaron a hacer cosas que un niño de nueve años no tiene edad para hacer, puedo volver a contar la historia entera otra vez y tantas como sean necesarias para que la gente me comprenda, es mi historia, es la historia del alma vieja e ignorada que se quedó atrás sola con su ventana y su campanario, no la historia de la que se casó ni de la tísica ni siquiera la del accidentado que desapareció ni del mentor o del inglés y menos aún del demonio canalla malvado hiperterrorista; aquí está la historia de puro miedasco, de todo lo que me han hecho, a mí no me gusta hablar, pero esta es la historia...

Isa se sobresalta, en la plaza de la iglesia suena un claxon con fuerza. Se levanta y mira por la ventana. Erva gesticula desde la furgoneta. ¿Qué hora es?

Abreviemos, esto se está alargando demasiado. Isa se saca el artículo de periódico del bolsillo, a estas alturas se ha convertido en una pelota arrugada. Lo lanza al regazo de Annie.

—Escucha, estúpida, estuviste allí, en el accidente. Míralo.

La tía se asusta por el repentino cambio de tono y derrama té sobre la tela beige de su canapé.

froté la mancha justo como me había enseñado padre que no debía hacer. ahora ya no importaba, el tiempo ni siquiera avanzaba, ya solo quedaba el miedasco. deja que todo se ensucie. por qué había traído consigo su zumbido, por qué teníamos que hablar de aquel día, qué necesidad había de soltar a las bestias zumbadoras por enésima vez en mi cabeza, por qué tienen que picarme toda la vida, tan a menudo que, señor ten piedad, que me pongo roja y me hincho y por dentro empiezo a sangrar. nunca estuve allí, él nunca estuvo allí.

—Él te sostiene como si fueras su amorcito. Le ayudaste, no sabría por qué, pero vosotros dos estabais juntos y os confabulasteis juntos para sabotear la vida de mi padre. Y ahora quiero respuestas, de lo contrario llamaré a mi amiga que espera en el coche y esa tiene bastante menos paciencia que yo. Quiero respuestas, ya. Y no me vengas con sabiondeces.

Sí, así lo haría Charles, así lo diría él. Sabiondeces.

nunca me sostuvo como ese hombre sostiene a la mujer de la foto. de forma tan forzosa, con tanta violencia.

—¿De qué hablas? Te está abrazando. ¿Quieres decir que te estaba reteniendo?

La tía llora, no son lágrimas, aunque sin duda llora. Sigue arañando la tela del canapé mientras unas lágrimas invisibles corren por sus mejillas.

Isa toma un sorbo de té. ¿Por qué llora?

—Tía, ¿qué hizo Sharrel...?

no menciones ese nombre o te lanzo todo lo que tengo a la cabeza.

—¿Qué le hizo?

nada de nada. nada. no sucedió, no estuvo allí aquel día, pesado como un bloque de cilindros. no lo vi en el cuartel general, toqueteando la moto, hiperterrorista saboteador. él no me vio, porque yo no estaba allí, no me hizo nada porque no me vio porque no lo vi porque él no estaba ni yo tampoco. nunca lo descubrí, nunca me castigó allí en el cuartel. no tuve que apartarlo, pesado como un bloque de cilindros, huesudo, duro y pesado.

—Tía...

el olor del heno seco y del aceite para motores no llenó mi nariz, aquella mano castigadora con los dedos mugrientos no me taparon la boca, el barro no se me pegó a la espalda, sus rodillas huesudas no se metieron entre las mías. después no me arrastró hacia el público donde el zumbido de avispas hizo que nadie me viera ni oyera. no me obligó con tanta violencia a mirar ese páramo cuando todo salió mal.

Demasiado mareada para tomar un sorbo.

Isa alarga el brazo para dejar la taza sobre la mesa, pero se le escapa de la mano temblorosa y se rompe al dar contra la mesa, fragmentos de cerámica sobre el mantel de ganchillo. Su tía no se fija, su mirada parece atravesar a Isa, atravesar el tiempo.

Cabrón asqueroso.

¿Transcurren minutos enteros? Tal vez no transcurra nada, y solo estemos en un vacío entre conciencia y movimiento, el momento en que tú...

¡Por Dios, madre! Lo sabe, lo sabe desde hace tiempo, sabe lo que sucedió. Y a pesar de todo se ha quedado.

—¿Tía Annie?

La tía no la mira. Mira algo que Isa no puede ver. Llora lágrimas que no fluyen, suplica a alguien que no está.

—Tía Annie, la creo.

tal vez fuera eso lo único que yo necesitaba, lo que su madre no podía darme. hermanita, hermanita. no sé cuánto tiempo me quedé callada. días, no, claro no días, pero aun así: días. lo mucho que puede doler el alivio. no logro acostumbrarme. creyó todo lo que yo no había dicho.

a mí nunca me gustó hablar.

pero entonces. ¿qué nos queda cuando ya no nos estorban la incredulidad y la reticencia? por el amor de dios, ¿qué debemos hacer cuando han caído todas las excusas que levantamos para no tener que hacer nada? ¿qué debemos hacer?

Sí, ahora, después de lo que parecía una eternidad, se miran. Erva debe de aburrirse como una ostra en el coche. Pero de eso se trata, por primera vez es como si la tía fuera auténtica. Como si su rostro adquiriera color.

—Ese no puede salirse con la suya.

eso ya sucedió, dije, y era cierto. lo recuerdo con claridad, que lo dije así.

recuerdos claros.

es como si estuvieran formados de rocío y poco a poco se fueran solidificando, es como si yo misma me compusiera de rocío y corriente de aire y entrara en mi cuerpo a trompicones, como cuando la radio del coche vuelve a encenderse después de haber recorrido kilómetros en un túnel. Va y viene, a trompicones. Yo casi habría vuelto de no haber sido porque de pronto dijo

—También Sharrel se encont...

por favor, no menciones ese nombre.

—También él se encontrará algún día con la persona equivocada —sigue diciendo Isa. Se levanta, echa un vistazo a la habitación. La repisa de la chimenea llena de fotos. Pasa los ojos por la mancha en el canapé, la vajilla rota, el papel pintado, el visillo. La ventana y el aparcamiento—. Y sé con quién será.

y entonces vi en ella lo que habría querido ver todos esos años en mi hermana, vi que sabía lo que hacía, que sabía muy bien lo que debía hacer. que preferiría cortarse una oreja antes que tener que oír una vez más esta historia, que sabía muy bien cómo debía acabar la historia.

yo lo sabía y ella también y eso bastaba, más claro que el hielo fino sobre el que habían correteado los cormoranes durante todos aquellos inviernos. Quién era ahora el maldito o la maldición, quién el atormentador y el atormentado. Querida Bella con sus avispas.

Yo lo sabía todo, salvo la última pregunta.

—¿Qué?

Que si me permitía contar la historia, esta vez, la historia completa. A mí no me gusta hablar, pero lo que sí quiero decir es cómo fue aquella noche que enviaron al canalla al infierno.

—Pero es mi vida, mi familia.

Pero era mi historia, niña, siempre fue mi historia. ¿Qué vale una vida sin la historia?

—¿Promete decir la verdad?

No he dicho nunca nada más que la verdad.

Su cabeza sigue en aquella sala de estar, en el sillón frente al canapé, incluso ahora, ahora que sus temblorosas piernas la llevan hacia el coche. Se queda parada. ¿Qué estación del año es? Invierno sobre su piel, otoño en el aire. Primavera en el jardín de la casa parroquial.

Un vertiginoso caleidoscopio, falta de sueño. Isa agarra la manija de la puerta, toma una gran bocanada de aire y se sube a la furgoneta. Ahora tranquila, siéntate. Llora con tu mejor amiga.

—Joder, tía, que me estoy congelando. ¿Es que no me has oído tocar el claxon?

—Lo siento. ¿Estás bien? —Llorar entre sus rizos. Más tarde.

—¿Y tú, estás bien?

—Creo que ha llegado la hora de llamar a Dex. Dile que reúna a todos los cabrones que pueda.

—Ies, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a liberar a las bestias.

El siguiente tema se titula

liberar a todas las bestias

Se habían pasado horas sentadas mirando el brazo del río. Bancos de besugos en el agua turbia, madreselva invernal en la ribera. Habían aparcado la furgoneta con el culo hacia la orilla y abrieron las puertas y entonces se sentaron en la zona de carga, con los pies fuera, los dedos entrelazados, guardaron silencio y observaron. Hacia qué lado corría el agua dependía de cómo lo miraras, era una cuestión de perspectiva. Así que se quedaron allí sentadas. El silencio antes de la guerra. Bella agotada de toda la semana, de toda la vida, y en realidad lo mismo podía decirse de su amiga, que se llamaba Erva o Arwa, Erva debía de ser, un nombre dulce y melodioso en árabe o bosnio o algo de ese rincón del mundo sobre los que las personas como yo que nunca han ido a ninguna parte pueden tener sueños dulces y melodiosos, me parecía un nombre precioso, un nombre que casi podía oler como una fruta aromática, un nombre que nunca había oído hasta aquel día así como tampoco había oído nunca los nombres de todos los demás.

A esos ya los habían llamado desde una cabina de teléfono. Les dieron una breve explicación sobre lo que debían hacer, cómo estaba distribuido el patio, cuántos visones había más o menos. Por lo demás, tenían que hacerlo como siempre. Debían llevar consigo cascos integrales, guantes, ganzúas y, para mayor seguridad, algunos cócteles molotov en el maletero. Solo recurrirían a la violencia si no quedaba otro remedio. Ojalá aquella noche quedara otro remedio.

Después, tras todas las instrucciones, ellas dos se habían ido al río, Isabella por fin podía enseñarle lo que tanto le gustaba de este sitio. Con Erva encontraba consuelo, un consuelo que aquí no había podido encontrar nunca, lo noté por la manera en que miraba por mi ventana. Cuando al final de la tarde cayó el crepúsculo ambas se tumbaron en el espacio de carga del vehículo, se protegieron del frío envolviéndose en las mantas de fieltro para mudanzas que el demonio siempre llevaba consigo para ese maldito perro suyo. Así se daban calor bajo el zumbido de los grillos y el rumor del agua, esperando a que fuera bastante tarde para hacer lo que habían venido a hacer. (Hermanita, ¿podríamos haberlo hecho nosotras dos? Me dan envidia, a pesar de que nunca antes lo había

considerado como una posibilidad me da mucha envidia, esa ternura consoladora, catártica, casi religiosa, lo bueno que debe de ser tener a una mujer fuerte junto a la cual estar tumbada, para que te dé calor y te susurre que no estás sola, y te proteja en un mundo de hombres huesudos y pesados como bloques de cilindros).

La noche en que mandaron al infierno a aquel canalla. Al final, les bastó un solo ojo para que los exculparan, un solo ojo daría testimonio de que fue en defensa propia.

Solo al cabo de un rato después del anochecer, se atrevieron a dejar la furgoneta y adentrarse en el bosque. El sueño reparador había hecho mucho bien a Isabella, se sentía tan calmada y tan valiente como cabría esperar de una chica de dieciocho años en semejante situación. Allí caminaban las dos, lentamente y en el mayor silencio posible —armadas contra la oscuridad con el faro de moto que habían encontrado en el espacio de carga de la furgoneta—, sobre las raíces sobre las que tantas cosas habían sucedido, por el sendero donde todo había empezado (donde había acaecido justo lo contrario de lo que iban a hacer esta noche, el Señor nos lo da y el Señor nos lo quita, muy de vez en cuando, en las profundidades del bosque, se caza o se libera), atravesaron las colinas donde Bella había buscado al hombre que otros encontrarían, y justo antes de la granja apagaron el improvisado foco y al amparo de la noche esperaron a los demás. Habían traído consigo las mantas de mudanza, se habían cubierto con ellas con la esperanza de que, al detectar su propio olor, Sjef no las atacara.

La casa estaba a oscuras; dentro y alrededor de la infame casa sin cortinas no había ni un alma, eso se veía a simple vista. Un vacío fantasmal llenaba el lugar donde solía estar aparcado el coche de Reentje. Uno de sus deberes la había enviado de nuevo con Tom Keller hacia el hospital, lejos de aquí donde tendría lugar el Apocalipsis 20:12.

¿las oyes? están chillando, aseguró Bella.

Sin embargo, entonces empezó todo, incluso antes de que Erva pudiera escuchar bien, aún antes de que se hubiesen recuperado de sus inofensivas correrías por el bosque apareció el coche familiar, con las luces largas encendidas y circulando demasiado rápido

como para pasar desapercibido, pues esa vez no iba con ellos la única que conseguía imponer cierta calma y cautela a aquellos gamberros: Erva llevaba ya rato con Bella y ahora pateaba furiosa la grava suelta precisamente porque no podía creer que, después de tantas amonestaciones, a aquellos tipos no se les hubiese pasado por la cabeza que no podían presentarse en aquel lugar con las luces largas y acelerando a setenta, ochenta o noventa por hora. Pero allí estaban, los cuatro jinetes, el diabólico cuarteto. Aparcaron, abrieron y cerraron de golpe las puertas del coche, se estiraron, soltaron una sarta de sandeces y vilipendios sobre el fin del mundo, y cada una era más grosera que la anterior. Allí estaban, el cariñoso y tímido Dexter al que solían llamar Dex y Jop Kistenbakker o como se llamara el toro rojizo, el capullo al que Isabella preferiría no volver a ver nunca más, pero cuya presencia era indispensable en una situación como aquella, y luego estaban los otros dos, los mugrientos cancerberos que siempre los acompañaban con sus rastas enmarañadas.

Y fue la tranquila y valiente Isabella la que instó a aquella pandilla de vándalos a que cerraran el pico, algo que nunca había osado hacer antes. Les lanzó las mantas de mudanza y les ordenó que se restregaran el áspero tejido por los brazos y la cara. Bella esperaba que aquel cabrón pelirrojo se resistiera y se las diera de gallito, pero para su sorpresa, todos ellos siguieron sus indicaciones, si bien ligeramente enfurruñados. Dexter repartió los cascos integrales que ahora preferían en lugar de los pasamontañas para poder protegerse si llegaban a desencadenarse disturbios. Siguieron a Isabella hacia la penumbra anaranjada al otro lado del patio, seis cascos de moto que nunca se habían subido a una moto, deslizándose por la gravilla, tan silenciosos como les habían ordenado las chicas. Que los descubrieran no era una opción esta noche.

Jop Kistenbakker tropezó con un bloque de hormigón.

De inmediato, Bella le hizo una seña para que se tragara su maldición, temerosa de despertar a Sjef que siempre se ponía a ladrar tan pronto oía desplazarse un fragmento de grava. No obstante, el patio permaneció en silencio, un silencio como un zumbido. Milagros. Tal vez bendiciones.

Sabían que detrás de la puerta del cobertizo les esperaba mucho

sufrimiento, lo habían visto a menudo, tenían suficiente experiencia con los criaderos de visones en época de gaseado, aunque ahora sabemos que ninguna experiencia ni expectativa del mundo podían haberlos preparado para el tipo de sufrimiento que les esperaba aquella noche al fondo del patio, detrás del candado para el cual habían traído ganzúas y cizallas y una amoladora angular. Esperaban encontrarse con jaulas pequeñas llenas de excrementos y bestias amontonadas y medio muertas, esperaban oír unos chillidos y pitidos infernales y ver colas peladas, pelajes arrancados, heridas abiertas, manchadas de sangre y mierda y meado, y más que nada montones de visones muertos cuyos cuerpecillos flojos habían sido lanzados a un rincón después del último combate en la cámara de gas.

Sin embargo, mientras se acercaban a la puerta del cobertizo no oyeron chillidos ni pitidos ni movimiento. Solo un silencio mortal y un olor que todos pudieron notar en la parte posterior de la garganta.

A Dexter le entraron náuseas, se le podía oír luchar contra las arcadas que le provocaba el ácido que escocía en su esófago.

nunca pude acostumbrarme a esa peste, dijo Isabella.

pero esto huele muy distinto, contestó Erva, apesta más de lo normal, es un hedor dulzón y casi químico.

Jop Kistenbakker se dirigió hacia la puerta del cobertizo armado con la cizalla y dispuesto a introducirla en el candado, pero entonces descubrió que el candado ya había sido forzado, y que la puerta estaba entreabierta. No hizo falta que dijera ni una palabra, pues todos lo vieron, los seis, y mientras el frío cortaba la noche, permanecieron unos segundos presas de la incredulidad y la incomprensión mirándose los cascos unos a otros.

Fue Isabella la que acabó acercándose a la puerta, la agarró por la manija donde siempre había un candado, y la abrió.

El hedor era insoportable. Peces muertos en el agua ensangrentada del Nilo, ¡Moisés y Aarón liberadnos, por favor! Isa esperaba oír a las bestias, pero la noche siguió callando. Por segunda vez aquella

semana, la segunda vez en su vida, dio un paso en el cobertizo, palpó la pared en busca de luz, hasta que la luz la encontró a ella. Le sorprendió lo intensa que era, y al igual que la primera vez, retrocedió un paso y tropezó con el umbral de la puerta. Dexter impidió que cayera agarrándola con los brazos por debajo de las axilas. Isa había olvidado lo fuerte que era. Reprimió la pregunta de si era lo bastante fuerte para lo que les esperaba.

En el vano de la puerta, una enorme silueta los miraba desde lo alto. Ahora, la linterna los cegaba a todos, incluidos Jop y los peludos sarnosos prestos a atacar con sus herramientas. No tenían ni idea de a quién se enfrentaban, qué mundos iban a chocar, Isabella no los había prevenido.

apágala, Naddy.

Todos volvieron la vista bruscamente para mirar detrás de ellos, de donde procedía la voz nasal y chillona que Isabella reconoció en cuanto le entró en el oído, pero que solo pudo identificar cuando vio la figura en la intensa luz, corpulenta, con las piernas abiertas. John Veels. Estaba tan aliviada de verlo ahí que tardó un instante en darse cuenta de que había desenfundado su arma. Naddy, que se encontraba en el vano de la puerta, apagó su linterna y los seis sacudieron la cabeza para quitarse el resplandor de los ojos, y pasaron unos instantes antes de que se acostumbraran de nuevo a la oscuridad.

Isabella se quitó el casco. Veels exhaló un suspiro cuando vio quien era.

¡por dios, muchacha! Bajó el arma.

¿qué demonios es esto: maderos?, gritó Jop.

Acto seguido, uno de los peludos apartó a Erva y echó a correr —seguramente tenía ya demasiados antecedentes—, pero bastó que Veels chasqueara la lengua mientras lo apuntaba con la pistola para que el joven cambiara de opinión y se uniera al grupo con las manos en alto.

calma muchachos, estáis echando a perder toda la operación.

qué hacéis aquí, preguntó Isabella.

lo mismo podría preguntarte yo a ti. ¿no te había dicho que te mantuvieras al margen? esto no es nada bueno, muchacha.

¿habéis encontrado algo?, preguntó Isabella, ¿dónde están las bestias?

fuera lo que fuera lo que tenía ahí dentro, contestó Veels, se lo ha llevado. ahora está vacío. solo queda la peste.

eso, eso es, empezó a balbucear Isa, eso es imposible. hace un momento que las he oído.

Naddy tuvo un acceso de tos, era a la que más afectaba el olor, seguía atrincherada en el vano de la puerta del cobertizo donde ya estaba cuando la pandilla preparaba sus planes. Quién sabe cuánto llevaba allí dentro, quizá ya estuviera dentro cuando Isabella y Erva corrían por el bosque. Uno de los rastas se estremeció cuando el ataque de tos rompió el silencio de la noche, y el movimiento de sus hombros delató su nerviosismo. Naddy recobró la compostura, enderezó la espalda y volvió a mirar al grupo desde lo alto, la pupila de su ojo bueno saltaba de un vándalo a otro como una canica en la máquina del millón.

chicos, quitaos los cascos, ordenó Veels mientras apuntaba al grupo con su pistola con la que trazaba torpes movimientos circulares, como si intentara atrapar un lazo imaginario con ella. Su voz se había vuelto de pronto más imperiosa. Solo Erva y Dexter obedecieron enseguida. Jop y los otros dos hicieron caso omiso a la orden.

haced lo que os dice, no seáis idiotas, les aconsejó Isabella, mientras intentaba recordar quién era quién, cosa bastante difícil con la luz anaranjada de la lámpara exterior y los cascos. Reconoció a Jop por su chaqueta militar, en cambio resultaba casi imposible distinguir entre sí a los otros dos que se movían con nerviosismo por la grava, como si se estuvieran meando.

chicos, volvió a intentar Isabella.

primero que aparte la pistola, replicó Jop con frialdad.

quitaos los cascos, y luego contadme con calma lo que hacéis aquí,

contestó Veels.

yo vivo aquí, dijo Isabella, interponiéndose con las manos en alto entre Veels y Jop, y estos son mis amigos. aquí podemos hacer lo que queramos.

muchacha, apártate, le ordenó Veels. no me fío ni un pelo.

señor veels, dijo Isabella con calma.

quiero respuestas ahora, de lo contrario tendréis que acompañarme. no vaya a ser que acabe creyendo que le habéis ayudado, que le habéis vaciado el cobertizo. ¿es eso, keller?

¿keller? Era la primera vez que la llamaba así, que la reducía a lo que por lo visto ella siempre había sido para él.

no me fío ni un pelo. naddy. Chasqueó la lengua, e hizo una seña a su compañera.

Ella también se soltó el cierre de la funda de la pistola y desenfundó el arma. Mientras la levantaba, le temblaba el brazo, tal vez aún no había tenido que hacerlo nunca.

apartad esas pistolas, gritó Jop, blandiendo la cizalla por encima de su cabeza.

quitaos los cascos, ya, le contestó Veels a voz en grito.

Isabella dio un paso al frente, seguía con las manos abiertas en alto, el pecho justo delante de la pistola.

señor veels, suplicó con la voz quebrada.

apártate, keller, gritó Veels.

Entonces todo fue muy rápido. Jop blandió la cizalla hacia Veels, con la torpeza y la brutalidad que lo habían acompañado a lo largo de su vida, estuvo a punto de darle en el cogote a Isabella, pero la cizalla golpeó unos metros más allá en la grava sin producir daños directos ni indirectos. Entonces se oyó un estallido que lo cambió todo, más fuerte de lo que ninguno de ellos podría haber imaginado

que sonaran aquellas pequeñas pistolas de policía. Cada uno de ellos recordaría más el retumbar que vino después, el momento de confusión, ¿de verdad ha... puede que le haya... dado a alguien? Cada uno de ellos lo recordaría, salvo John Veels, que se derrumbó y cayó de bruces en la grava.

Detrás de él, en la luz anaranjada, había ahora dos nuevas siluetas, animal y humano, bestia y demonio. Los ladridos de Sjef cortaron la explosión del Lee-Enfield.

me cago en la hostia, le advertí que lo machacaría, ladró Charles.

Sí, lo digo, digo su nombre, ya no me importa lo mucho que duela por dentro. He prometido contar toda la verdad, se lo debo a ella después de todo lo que hizo aquella noche por mí.

¡sharrel!, gritó Isabella, ¡qué haces!

cierra el pico, mocosa, lo único que quiero que me cuentes es lo que has hecho con mi furgoneta. Con una mano apuntaba al grupo con el Lee-Enfield, mientras con la otra tiraba con fuerza de la correa de Sjef. La bestia redujo sus ladridos a un débil gemido.

En un reflejo, Bella se volvió hacia Naddy, esperanzada, pero cuando vio cómo le temblaba la pistola en la mano, sospechó que todo estaba perdido. Charles también lo vio.

ay, pero mira, la reina tuerta también forma parte del grupo. su majestad, dijo haciendo una reverencia. venga, deja caer esa pistola, conmigo no te va a servir de nada.

Naddy temblaba de pies a cabeza, parecía sufrir un ictus, llena de miedasco miraba con su único ojo a aquel bellaco del que tanto había oído hablar, después bajó la vista incrédula y se quedó contemplando a su ídolo y mentor que yacía con el rostro en la grava y ya no se movía. Y de pronto, inesperadamente, Naddy se puso a gritar, dejó caer la pistola y chilló con todas sus fuerzas.

Sjef empezó de nuevo a ladrar, Charles lo soltó y en cuestión de un segundo se plantó delante de la policía, saltó y hundió sus grandes dientes en su muslo. La joven se puso a chillar aún más fuerte,

intentando apartar al perro a patadas, pero él la tenía bien agarrada entre sus colmillos.

En aquel momento, Jop se lanzó al suelo para coger la pistola de Veels, que había quedado tirada en la grava a un metro del cadáver. Sin embargo, justo cuando llegaba al suelo y cogía el arma por el cañón, Charles se plantó delante de él y con su pesada bota pisó la mano de Jop, todos los que oyeron el crujido se dijeron que debía de ser la grava, y no un hueso astillado. Jop gritó de dolor y soltó el cañón. Charles recogió el arma del suelo y la lanzó hacia el tejado del cobertizo, desde donde fue a parar al canalón.

Naddy empezaba a perder contra Sjef, cayó al suelo y la bestia se abalanzó sobre ella. A su vez, Erva e Isabella le saltaron encima e intentaron apartarla procurando no hacerle demasiado daño, pensando bondadosamente que la pobre bestia tampoco tenía la culpa.

En ese momento, los dos rastas también entraron en acción. Corrieron hacia su amigo que yacía en el suelo, gimiendo, con la mano aún debajo de la pesada bota de su verdugo, pero cuando llegaron a su altura no se detuvieron, sino que siguieron corriendo, dejándoles atrás y tomaron el sendero en dirección al coche familiar. Charles los observó riendo, ni siquiera se molestó en detenerlos.

menudos amigos tienes, mocosa, le gritó a Bella mientras el familiar se alejaba haciendo chirriar los neumáticos, con su maletero lleno de trastos que habían traído por si la cosa se salía de madre.

Charles podría haber dirigido su observación al cielo oscuro. Su sobrina nieta (su ahijada) estaba demasiado ocupada luchando con el lebrel como para prestarle atención. Solo Dexter se había quedado como petrificado con la espalda apretada al cobertizo, y la boca ligeramente abierta.

¡cógela!, le gritó Isabella, ¡coge el arma!

La tenía prácticamente entre sus pies, justo donde la había dejado caer Naddy, pero el chico parecía estar en otro mundo.

¡dex! ¡la pistola!

Solo después de que Bella le gritara varias veces, pareció percatarse de lo que debía hacer, aunque entonces ya era demasiado tarde, entonces estaba frente a los ojos de pitbull de aquella mala bestia y volvió a quedarse helado, mientras Charles se arrodillaba ante él y por segunda vez en un minuto sacaba un arma reglamentaria de la grava. Dexter parecía incapaz de moverse, ni siquiera cuando Charles volvió a erguirse, llevó el brazo hacia atrás y haciendo un movimiento oscilatorio le golpeó la oreja con la culata del arma de Naddy. El chico se encogió y se agarró la cabeza, pobre Dexter. Charles se metió la pistola en el bolsillo del abrigo, y escupió al joven.

Sjef pegaba mordiscos a su alrededor, en dos ocasiones agarró la mano de Erva y ella notó la carne desgarrarse entre sus dientes, aunque por lo pronto seguía sin sentir dolor. Naddy seguía gritando en el suelo y solo se quedó en silencio cuando el perro le mordió en plena cara. Bella y Erva tiraban del perro, a veces conseguían agarrarlo brevemente, apartarlo de la policía, pero cada vez su delgado cuerpo se les escurría de las manos y volvía a lanzarse sobre la agente de policía. De repente, mientras Isabella intentaba sujetarlo otra vez por las patas, el animal salió disparado lejos del cuerpo de Naddy, y acabó rodando en la grava a varios metros de allí. Bella y Erva se sobresaltaron, alzaron la vista y vieron a Jop.

Antes de que Sjef pudiera recuperarse, Jop se plantó delante de él y le lanzó una segunda patada en el vientre, la bestia rodó por la grava y empezó a gemir. Jop le pateó la cabeza, una, dos veces, muy rápido. Era el único de ellos que no tenía problemas con el antropomorfismo, aquel cabrón incluso parecía estar disfrutando, volvió a patearlo otra vez; los gemidos del perro eran cada vez más débiles.

¡para!, chilló Isabella, ¡jop, ya basta, para! No obstante, Jop siguió pateando, incluso después de que enmudecieran los gemidos. El único que pudo detenerlo fue Charles, que le hundió la culata del Lee-Enfield entre los omoplatos al tiempo que gritaba a pleno pulmón.

Jop tropezó, cayó de bruces en la grava.

maldito hijo de puta, le gritó Charles, se sentó sobre el chico y, con la mano libre, intentó quitarle el casco, pero estaba demasiado ceñido. Jop consiguió volverse y golpear a Charles en plena cara. Lo que vino a continuación parecía una lucha entre gigantes, dos audaces cabrones en el resplandor anaranjado. El joven se defendía bien, en un momento dado, incluso consiguió sentarse encima de Charles, e intentó con todas sus fuerzas arrebatarle el fusil de las manos, pero a los pocos segundos volvía a estar debajo, con la rodilla de Charles sobre su pecho. Cuando este empezó a machacar el casco de Jop con la culata del fusil, la lucha no tardó en acabarse.

Charles lo estaba aporreando con la misma culata con la que, en otro tiempo, su hermano había hecho pedazos la iglesia de Sint Martinus, golpeó hasta que el vidrio de la visera se rompió y siguió golpeando después de que los trozos de cristal se clavaran en los ojos de Jop y el chaval chillara de dolor, los chillidos quemaban la noche cada vez que Charles alzaba el fusil por encima de su cabeza y la hacía caer como una sentencia de muerte.

Fue en ese momento cuando Bella y Erva vieron la oportunidad de intervenir. Se levantaron de un salto y se colocaron detrás de Charles, justo cuando este levantaba el fusil sobre su cabeza por quinta o sexta vez. Isabella consiguió agarrar la culata y tiró de ella con todas sus fuerzas; él soltó el fusil, milagrosamente, lo soltó, y el contragolpe la hizo caer de espaldas en la grava. Charles se volvió, atónito, intentó erguirse para acercarse a Bella, pero antes de que se incorporara, Erva le propinó una patada en plena cara. Cayó a un lado del cuerpo de Jop.

maldita hija de puta… Charles se puso de rodillas y se agarró la cara, le había dado bien. me cago en la hostia, malditas mocosas, ahora os vais a enterar, gritó mientras apartaba la mano de su cara ensangrentada y se la metía en el bolsillo del abrigo. En un santiamén ya estaba apuntando a Erva con el arma reglamentaria de Naddy, con el brazo extendido apenas a un metro de distancia, mientras ella retrocedía con las manos en alto, susurrando no, no, no como si a este diablo pudiera importarle, como si un Keller hubiera atendido nunca a una súplica. Sin embargo, Charles no era el único Keller en aquel patio.

Aquello pareció asombrarlo. Seguro que ni por un instante se le pasó por la cabeza que aquello fuera posible, a juzgar por lo

sorprendido que estaba cuando su sobrina nieta apareció al lado de Erva con el Lee-Enfield, el fusil que no había acarreado más que desgracias a toda la familia, el destino que los había hundido generación tras generación en un pozo negro sin fondo. Ahora apuntaba a su padrino con ese fusil y lo aceptaba, aceptaba todo lo que conllevaba el fusil. Isabella no cerró los ojos, los mantuvo bien abiertos.

Allí estaban, por primera vez desde que se había desatado la violencia, incluso en un momento de quietud, solo el viento hacía ruido y todo lo que tocaba, arbustos en la linde del bosque, hileras de alisos susurrantes, ondeantes, allí estaban en medio de aquella quietud: Jop y Naddy en el suelo, ambos incapaces de moverse a causa del dolor, aunque ella con su ojo bueno puesto en la escena, Dexter aún acurrucado contra el cobertizo, Erva encañonada por el diablo y el diablo encañonado por su propia ahijada.

Y él debió de saber que esa era la única manera en que podía acabarse todo, si se tomó un instante para repasar su vida terrenal como al parecer hace la gente en el último momento, debió de comprender que esa era la única manera, que debía acabar con el cañón de aquel fusil apuntándolo. Él sí, Isabella no. Isabella solo pensaba en Erva cuando hizo lo que hizo, cuando liberó para siempre a las bestias gimientes, hormigueantes y chirriantes en nuestras cabezas.

Nunca más nos molestarían, de ninguna forma a Isabella, Maureen y Annie. Tres mujeres por fin libres, yo ya no volvería a tener zumbidos cuando pensara en Maureen, mi pequeña Reentje. Pero Isabella no estaba ocupada con eso, no pensaba para nada en eso mientras apuntaba al verdugo con el Lee-Enfield; ella solo pensaba en la vida de la única persona en el mundo que la comprendía y aceptaba plenamente, pensaba en ella, pero lo miraba a él, porque no quería fallar, no podía fallar.

Lo miró con sus ojos separados de los Keller y él le devolvió la mirada con los ojos separados de los Keller pues sabía muy bien lo que iba a suceder, tan inevitable como san Juan 15:16. Por un instante parecía querer decir algo, abrió la boca, pero entonces ya se había acabado. Por primera vez en su vida, Isabella Keller mataba algo con un gran fusil.

1 febrero

guijarros en el agua. el tiempo nos ha pasado de largo, fluyendo, nadie sabe hacia qué lado, el invierno casi ha acabado y yo todavía no he dicho ni una palabra. me han dejado aquí junto a la hierba algodonera. caminaban y me empujaban y luego dejaron de empujarme y me quedé parado junto a la hierba algodonera de la orilla, porque mi silla de ruedas no podía seguir avanzando. quédate aquí, papá, me pidió isabella, y sin esperar a ver si yo empezaba a decir cosas siguieron caminando, cruzaron el puente, y ahora están las tres al otro lado. isabella lanza guijarros al río tranquilo. las ondas se vuelven cada vez más grandes, por lo demás apenas se ve el agua, solo las ondas y el reflejo del cielo azul y el sol cada vez más rojo, frío y brillante. los copos de hierba algodonera me cosquillean la cara. los aparto con un movimiento de la mano. annie sonríe desde la otra orilla, sonríe y agita la mano lentamente, nunca pensé que volvería a verla. habrá creído que la saludaba, pero yo solo espanto los copos de hierba de mi cara, y huelo el brazo del río. ahora las tres agitan las manos. querida isabella, qué enfadada puede estar a veces. me saluda con la mano, y reentje, y annie. y aquí puedo oler el río, por primera vez en mucho tiempo, la tierra vuelve a desprender olor, el brezo de invierno y el calicanto de invierno ya florecen. el final de la tarde y el final del invierno. el pueblo casi está listo para el carnaval. después llegarán las ferias y las hogueras de pascua, ya se pueden oler las hogueras de pascua, te chamuscan los pelillos de la nariz, y en los patios de las granjas los perros ladran a los pequeños fuegos de verano cuyo humo se eleva al cielo. se huele el sol, ahora todavía frío, pero luego ardiente como el fuego y el demonio, y después llegará septiembre y se cosechará el maíz y la tierra volverá a estar desnuda y el sonido de los perros y de los fuegos quedará ahogado por el estruendo de las motos, y luego de nuevo el invierno en que el sol se vuelve frío y la negra tierra ancestral se endurece y ya no se oye ni se huele nada, ni siquiera el bosque. pero ahora está todo, si te fijas. tiempo de febrero. me han dejado junto a la hierba algodonera. annie y reentje porfiando sobre el agua, desde la otra orilla las oigo discutir sobre hacia qué lado fluye. por eso hemos venido caminando hasta aquí y me han empujado hasta que la silla de ruedas ya no podía seguir avanzando, para que annie pueda demostrar algo que nadie cree. en las últimas semanas dicen que yo

las he unido y que las he liberado del mal. qué más da. no recuerdo mucho de eso. ya vuelven a soliviantarse como reentje dice que antes siempre se soliviantaban. aquí, el brazo del río es un remanso ancho y tranquilo, es imposible ver hacia qué lado fluye, diga lo que diga annie. pero yo no digo nada al respecto. las saludo con la mano, ahora sí. no lo ven. caminan por el muelle cogidas del brazo, esas dos hermanas, después de todos esos tiempos líquidos. yo no las he unido. no puedo hacer esas cosas, soy una circunstancia, soy como el tiempo. a veces nieva y a veces el sol te quema la piel y el resto lo hacen las propias personas. y mi queridísima isabella que siempre está enfadada, pero nunca hace daño, arroja los guijarros, con las manos tranquilas y abiertas, los guijarros trazan una curva antes de acabar en el agua. ondas. reentje le tiende la mano, sonríe. ven aquí, dice y bailaremos el vals del cervecero. ahora las tres miran el agua quieta, cogidas del brazo. agito la mano. fue annie la que dijo que necesitaba una silla de ruedas. ay sí. fue annie la que dijo que no debía esperar a que llegara una pierna nueva, que debía salir, porque el aire libre es bueno para la cabeza. annie cuida un poco de nosotros. cuando paseamos, ellas me empujan por turnos, reentje y annie, o isabella y esa amiga suya cuando vienen. vienen a menudo. creo que ya vuelve a fluir bien, dice annie, creo que por fin vuelve a fluir hacia los prusianos. lo nota por el rosario que cuelga alrededor de su cuello, la piel del dorso de su mano es fina, cuando me empujaba yo podía contar las venas. fluye como siempre, replica reentje, malhumorada, no puede evitarlo, es su cabeza. ahora isabella empieza a hablar del presidente de francia. dice que si los guijarros son capaces de provocar semejantes ondas en un río, seguro que el presidente chirac puede provocar ese tipo de cosas, corrientes y contracorrientes, con su gran bomba. se lo ha contado esa amiga suya. parece que por fin duerme bien, isabella, que no tiene miedo, aunque sus ojos siguen sin tener su color. yo todavía no he dicho ni una palabra. casi ha acabado el invierno, eso se notará, dentro de poco los álamos volverán a florecer, después el boj y la cola de zorro. las bestias volverán a criar. como cada año, el bosque se llenará de conejos, así sucede siempre, todo es agua, todo fluye, el tiempo, todo fluye y se mueve, cómo esas tres mujeres se miran y cómo me miran a mí, cogidas del brazo. vuelvo a oler la hoguera de pascua, sí, huele a tierra ancestral sin fin, más allá del sol rojo. entonces veo el bosque y la arena, y veo barro limpio, no fango. me vuelvo a ver corriendo a toda velocidad por las pistas.

huellas de neumáticos. baches. derrapando en las curvas lisas. bien apretada, tom. veo a mis tíos al borde del camino, y a mi padre. veo el tiempo que vino antes, caminando solo por las sendas forestales, el tiempo en que la vida todavía no tenía capullos de flores. no sé qué habría hecho falta para que los tallos crecieran hacia otro lado, más cerca del sol, tal vez. a lo mejor no tanto, puede que bastara con el aleteo de una mariquita. si yo hubiese seguido aquí sentado, ellas seguirían bailando allí. en fin, qué se le va a hacer. qué más puedo decir al respecto. ondas, condiciones meteorológicas, solo eso. nos espera una hermosa estación.

AGRADECIMIENTOS

El escritor ha aprovechado diversas fuentes: algunos de los platos mencionados proceden del libro Potdeurmekare (1988) de Rita Keuper, Hans van Det y Henk Harmsen; la noticia de prensa sobre el atentado contra la Banque Paribas se ha destilado a partir de noticias existentes sobre los atentados; la interacción entre Isa y Jop Kistemaker en el edificio okupa, el Beurskrach, está inspirado en Los hombres me explican cosas (2017) de Rebecca Solnit; los términos «páramo» y «tierra ingrata» se utilizan a menudo para describir tierras difíciles de cultivar; los historiadores Leo y Theo Salemink escribieron a este respecto en su libro Ondankbare grond, een boerenepos [Tierra ingrata, una epopeya campesina] (2014); y, lo más importante, la grandiosa Ode aan de Achterhoekse motorcross [Oda al motocross del Achterhoek] (2016) de Peter Rietman y Willy Hermans fue una obra de consulta imprescindible a la hora de escribir esta novela.

Ohrid, 2014 – Utrecht, 2022

árbol genealógico

ANNIE TEEKING

Antonia Theodora

MADRE

TEEKING

MAUREEN KELLER

TEEKING

Maria Theodora

THEO TEEKING

Theodorus Fredericus

isabella keller

Isabella Carolina

Theodora

alemana

TOM KELLER

Antonius Bernardus

Franciscus

frank keller

Franciscus Bernardus

BERNARD KELLER

Bernardus Franciscus Johannes

CHARLES KELLER

Carolus Maria

NETTA KELLER-BANNINK

Antonetta Carolina Maria

johan keller

Johannes Antonius

LISET